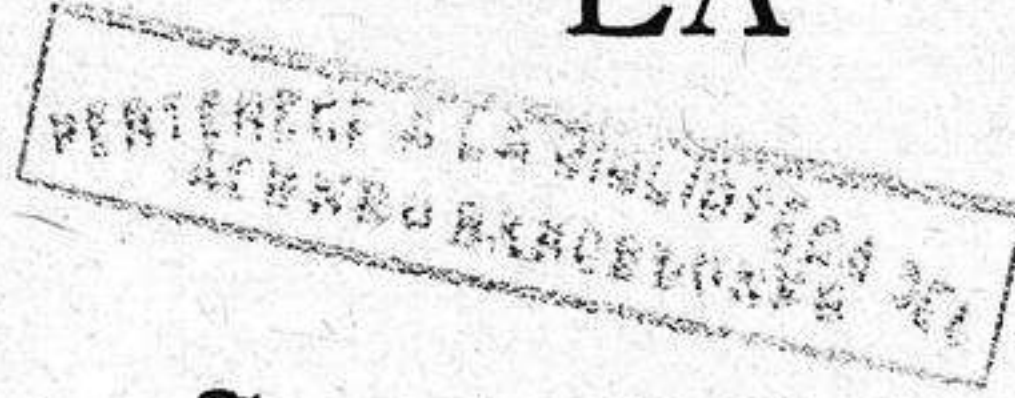


AÑO V

NÚM. LIX

LA



ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

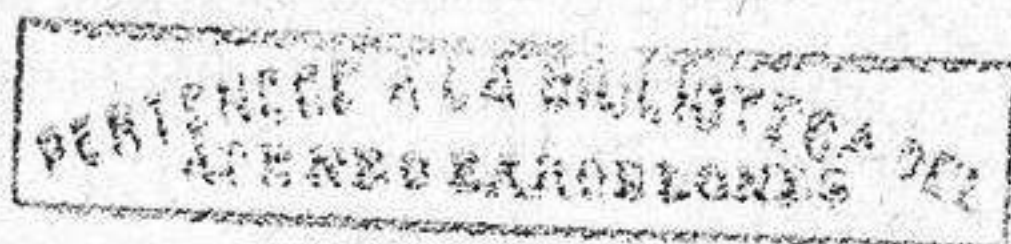
DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

~~~~~  
NOVIEMBRE—1893  
~~~~~

AGUSTÍN AVRIAL, IMPRESOR
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

LA CORTINA CARMESÍ



Hace un montón de años iba yo á caza de aves acuáticas en los pantanos del Oeste, y como entonces no había ferrocarriles en las comarcas por donde me era preciso viajar, tomé la diligencia de *** que pasaba por la pata de ganso del castillo de Rueil; á la sazón sólo iba en el cupé una persona. Esa persona, muy notable desde todos los puntos de vista, y á quien conocía por haberla encontrado mucho en sociedad, era un hombre á quien ruego me permitan Vds. llamar el vizconde de Brassard. Inutil precaución, probablemente. Los pocos centenares de personas que se llaman la buena sociedad en París, son muy capaces de poner aquí su verdadero apellido. Sería como cosa de las cinco de la tarde. El sol iluminaba con su luz poniente un camino polvoroso, orillado de álamos y praderas, por el cual nos lanzamos á todo galope de cuatro fornidos caballos cuyas grupas musculosas veíamos levantarse pesadamente á cada latigazo del postillón, que, á imagen de la vida,

hace siempre restallar demasiado el látigo al partir.

El vizconde de Brassard hallábase en aquel punto de la existencia en que ya no se hace restallar el propio. Pero es uno de esos temperamentos dignos de ser ingleses (se ha educado en Inglaterra), que heridos de muerte, jamás convendrían en ello y morirían sosteniendo que viven. En sociedad y hasta en los libros hay la costumbre de burlarse de las pretensiones de juventud de los que han pasado de esa dichosa edad de la experiencia y de la sandez, y hay razón para hacerlo cuando es ridícula la forma de esas pretensiones; pero cuando no lo es, cuando, por el contrario, es imponente como la altivez que no quiere abdicar y que le inspira, no digo que eso no sea insensato, puesto que es inútil, pero es hermoso como tantas otras cosas insensatas... Si es heroico en Waterloo el sentimiento de la Guardia que *muere y no se rinde*, no lo es menos en frente de la vejez, que no tiene la poesía de las bayonetas para incitarnos. Pues bien,

para cabezas organizadas á lo militar, el no rendirse nunca es siempre *toda la cuestión*, á propósito de todo, como en Waterloo.

El vizconde de Brassard, que no se ha rendido (aún vive, y más tarde diré cómo, pues merece la pena de saberse), el vizconde de Brassard era, en los momentos en que subía yo á la diligencia de ***, lo que la sociedad, feroz como una mujer joven, llama inicuamente «un viejo verde». La verdad es, que para quien no se paga de palabras ó de cifras en esto de la edad, pues nunca se tiene sino la que se representa, el vizconde de Brassard podía pasar por «verde» á secas. Por lo menos, en aquella época, la marquesa de V..., inteligente en materia de hombres jóvenes y que hubiera esquilado á una docena, como esquiló Dalila á Sansón, hacía gala de llevar sobre fondo azul, en un brazalete muy ancho, jaquelado de oro y esmalte negro, una guía del bigote del vizconde, más envejecido por el diablo que por el tiempo. Sólo que, viejo ó no viejo, no se figuren Vds. bajo ese epíteto de «verde» inventado por la sociedad, nada de lo frívolo, ruin y mezquino que se le atribuye, porque no tendrían Vds. la noción exacta de mi vizconde de Brassard, en quien, ingenio, maneras, fisonomía, todo era amplio, vistoso, opulento, lleno de lentitud patricia, como convenía al más magnífico *dandy* que he conocido, ¡yo que he visto volverse loco á Brummel y morir á Orsay!

En efecto, el vizconde de Brassard era un *dandy*. Si lo hubiese sido me-

nos, de seguro que hubiera llegado á mariscal de Francia. Desde su juventud fué uno de los más brillantes oficiales de fines del segundo imperio. He oído muchas veces á sus camaradas de regimiento que se distinguía por un arrojo mezcla de á lo Murat y á lo Marmont. Con esto y con una cabeza muy firme y muy fría cuando no redoblaban los tambores, en poquísimo tiempo hubiera podido ascender á las primeras gerarquías militares, pero ¡el dandismo!... Si combinan Vds. el dandismo con las cualidades que constituyen el oficial—sentimiento de la disciplina, regularidad en el servicio, etc.—verán lo que queda del oficial en la combinación, y si no salta como un frasco de pólvora. Para no haber estallado veinte veces en su vida el oficial Brassard, es que era dichoso, como todos los *dandys*. Mazarino le hubiera empleado,—sus sobrinas también, pero por otro motivo:—era un real mozo.

Había tenido esa hermosura más necesaria que á nadie al soldado, porque no hay juventud sin belleza, y el ejército es la juventud de Francia. Por de contado, aquella hermosura, que no es lo que seduce á las mujeres, sino las pícaras circunstancias, no había sido la única protección que se cernió sobre la cabeza del capitán Brassard. Según creo, era de raza normanda, de la raza de Guillermo el Conquistador, y dícese que había hecho muchas conquistas... Después de abdicar el Emperador, naturalmente se había pasado á los Borbones; y, durante los Cien Días, sobrenaturalmente les había continuado

siendo fiel. Por eso, cuando los Borbones volvieron por segunda vez, el vizconde fué armado caballero de San Luis por la propia mano del futuro Carlos X, á la sazón Príncipe heredero. Durante todo el tiempo de la Restauración, el guapo Brassard no entraba ni una vez de guardia en las Tullerías sin que la duquesa de Angulema no le dirigiese algunas palabras afectuosas, al pasar junto á él. Ella, á quien la desgracia le había hecho perder la gracia, sabía recobrarla para él. Al ver este favor, el ministro hubiera dado cualquier cosa por ascender al hombre á quien así distinguía la Señora; pero, aun con la mejor voluntad del mundo, ¿qué hacer en pro de ese furibundo *dandy* que en un día de revista echó mano á la espada, al frente de las banderas de su regimiento, contra su Inspector general, por una observación acerca de un asunto del servicio?... Bastante hizo con librarle de los rigores del consejo de guerra. El vizconde de Brassard había extendido á todas las cosas ese negligente menosprecio de la disciplina. Excepto en campaña, donde reaparecía de cuerpo entero el oficial, jamás se había ceñido á las obligaciones militares. Por ejemplo, á riesgo de que le arrestasen por largo tiempo, muchas veces se le había visto abandonar furtivamente su guarnición para ir á divertirse á una ciudad próxima y no regresar sino los días de parada ó de revista, advertido por algún soldado que le quería; porque si á sus jefes no les hacía gracia tener á sus órdenes un hombre á cuyo

natural repugnaba toda clase de disciplina y de rutina, en cambio adorábanle sus soldados. Era excelente con ellos. No los exigía sino que fuesen muy valientes, muy quisquillosos y muy mujeriegos, en una palabra: que realizasen el tipo del antiguo soldado francés, del cual nos han conservado una imagen tan exacta y hechicera *El permiso de las diez* y tres ó cuatro canciones antiguas, que son unas obras maestras. Tal vez los inducía demasiado al duelo, pero pretendía que éste era el mejor medio que conocía de desarrollar en ellos el espíritu militar. «No soy un gobierno, decía, y no tengo condecoraciones que darles cuando se baten valientes entre sí; pero las condecoraciones de que soy gran maestro (era personalmente muy rico), son guantes, correaes de repuesto y todo lo que pueda engalanarlos, sin que se oponga la ordenanza.» Por eso, la compañía que mandaba dejaba chiquitas, por la hermosura de los arreos, á todas las demás compañías de granaderos de los regimientos de la Guardia, con ser ésta ya tan brillante. Así es cómo exaltaba hasta lo sumo la personalidad del soldado, siempre dispuesto en Francia á la fatuidad y á la coquetería, esas dos provocaciones permanentes, una por el tono que toma y otra por la envidia que da. Dicho esto, compréndese que las demás compañías de su regimiento estuviesen celosas de la suya. Se hubieran batido por entrar en ella y vuelto á batirse por no salir.

Tal había sido durante la Restaura-

ción la situación excepcional del capitán vizconde de Brassard. Y no habiendo entonces todas las mañanas, como bajo el Imperio, el recurso del heroísmo en acción que hace perdonarlo todo, nadie hubiera ciertamente podido prever ó adivinar cuanto tiempo hubiera durado aquella martingala de insubordinación, asombro de sus camaradas, que jugaba contra sus jefes con la misma audacia que se hubiera jugado la vida si hubiese ido al fuego, cuando la revolución de 1830 quitó á estos el cuidado, si lo tenían, y al imprudente capitán la humillación que más le amenazaba cada día de ser dado de baja en el ejército. Herido gravemente en las jornadas de los tres días, había desdeñado seguir al servicio de la nueva dinastía de los Orleans, á la cual despreciaba. Cuando la revolución de Julio les hizo dueños de un país que no supieron conservar, encontró al capitán en cama, con una herida hecha en el pie al bailar, como si hubiera dado una carga, en el último baile de la duquesa de Berry. Pero, al primer redoble de tambor, no por eso había dejado de levantarse para ponerse al frente de su compañía; y como no le fué posible ponerse las botas á causa de la herida, se fué en busca del motín como hubiera ido al baile, con zapato de charol y media de seda, poniéndose así á la cabeza de sus granaderos en la Plaza de la Bastilla, con el encargo de barrer en toda su longitud el bulevar. París, donde aún no se habían levantado barricadas, tenía un aspecto siniestro y temible. Estaba desierto. Caía el sol á plomo, cual una lluvia de fuego á la que pronto seguiría otra, puesto que todos esos balcones, con las persianas corridas, iban en breve á vomitar la muerte... El capitán Brassard formó sus soldados en dos filas á lo largo y lo más cerca posible de las casas, de modo que cada fila de soldados no estuviese expuesta sino á los disparos de la acera de en frente, y él, mas *dandy* que nunca, fué por medio del arroyo. Apuntándole por los dos lados millares de fusiles, pistolas y carabinas, desde la Bastilla hasta la calle de Richelieu, no le habían herido, á pesar de su anchura de pecho de que quizá estaba un si es no es orgulloso, porque el capitán Brassard sacaba el pecho en el combate como una mujer guapa en el baile con el propósito de alardear de buena pechuga, cuando al llegar delante de Frascati, esquina á la calle de Richelieu, y en el momento en que mandaba á su tropa replegarse detrás de él para tomar la primera barricada que halló en su camino, recibió una bala en su magnífico pecho dos veces provocador, por su anchura y por los largos alambres de plata que en él relucían de hombro á hombro, y le rompieron un brazo de una pedrada, lo que no le impidió apoderarse de la barricada y llegar hasta la Magdalena al frente de sus hombres entusiasmados. Allí, dos mujeres que huían en carretela del París insurrecto, al ver herido á un oficial de la Guardia, cubierto de sangre y echado encima de los sillares de piedra que en aquella época rodeaban á la iglesia de la Magdalena, en la cual aún se tra-

bajaba, pusieron el coche á su disposición y se hizo conducir por ellas al Gros-Caillou, donde á la sazón se hallaba el Mariscal de Ragusa, á quien dijo militarmente: «Mariscal, tengo cuerda para un par de horas; pero durante esas dos horas póngame V. donde quiera.» Sólo que se engañaba... Tenía para más de dos horas. La bala que le había atravesado no le mató. Quince años después fué cuando le conocí; y, con desprecio de la medicina y de su médico, que terminantemente le había prohibido beber en todo el tiempo que le duró la fiebre de la herida, pretendía que si se salvó de una muerte cierta fué bebiendo vino de Burdeos.

Y en cuanto á beber, ¡cómo bebía! Porque, *dandy* en todo, lo era en su manera de beber, igual que en todo lo demás... Bebía como un polaco. Habíase mandado fabricar una espléndida copa de cristal de Bohemia, en que cabía ¡Dios me perdone! una botella de Burdeos entera... ¡y se la bebía de un sorbo! Y hasta agregaba, después de haber bebido, que todo lo hacía en esas proporciones... ¡y era verdad! Pero en un tiempo en que la fuerza va disminuyendo en todas sus formas, acaso se juzga que no había de qué ser presumido. Lo era por el estilo de Bassompierre, y resistía el vino como él. Le he visto embocarse doce veces su copa de Bohemia, ¡y como si tal cosa! A menudo le he visto aún, en esas comidas que las personas decentes tratan de orgías, y después de las más copiosas libaciones nunca pasaba de ese asomo de chispa que con gracia ligeramente

soldadesca, llamaba «*estar de gala con uniforme*» haciendo el ademán militar de ponerse la bombilla en la gorra. Queriendo yo dar á conocer bien qué clase de hombre era, para que se comprenda el interés de la historia que voy á narrar, ¿por qué no he de decir á ustedes que le he conocido siete queridas de hecho y á la vez, á ese buen *braguetero* del siglo XIX, como le hubiera llamado el siglo XVI en su pintoresco lenguaje? Las llamaba poéticamente «las siete cuerdas de mi lira» y en verdad que no apruebo esta manera musical y frívola de hablar de su propia inmoralidad. Pero, ¿qué quieren ustedes? Si el capitán vizconde de Brassard no hubiera sido todo lo que acabo de tener el honor de decirles, mi historia sería menos picante y es muy probable que no hubiera pensado en contarla.

Lo cierto es que no me esperaba de ningún modo encontrarlo allí, cuando monté en la diligencia de *** en la pata de ganso del castillo de Rueil. Hacía mucho tiempo que no nos habíamos visto; y, con la perspectiva de pasar algunas horas juntos, tuve sumo gusto al encontrar á un hombre que aún era de nuestros días y que tan diferente era ya de los hombres de nuestros días. El vizconde de Brassard que hubiera podido entrar en la armadura de Francisco I y moverse en ella con tanto desembarazo como con la esbelta casaca azul de oficial de la Guardia Real, no se asemejaba en talante ni en proporciones á los más cacareados jóvenes de ahora. Ese sol poniente, de

una elegancia grandiosa y que irradió por tan largo tiempo, hubiera hecho parecer muy esmirriados y paliduchos á todas esas lunillas de moda, que en la actualidad asoman por el horizonte. Hermoso con la belleza del emperador Nicolás, á quien recordaba por el torso, aunque menos ideal de cara y menos griego de perfil, llevaba corta la barba que, como los cabellos, había permanecido negra por un impenetrable misterio de organización ó de tocador; y esa barba invadía hasta muy arriba las mejillas, con un colorido animado y masculino. Bajo una frente de la mayor nobleza,—abombada, sin una arruga, blanca como el brazo de una mujer,—y que la gorra de pelo propia del granadero, que al hacer caer el cabello como el casco, aclarádoselo un poco por delante, la había hecho más espaciosa y más altiva, el vizconde de Brassard casi escondía—tan hundidos estaban debajo del arco superciliar—un par de ojos centelleantes, de un azul muy oscuro pero brillantísimos en su profundidad, y que punzaban como dos záfiro labrados en punta. Aquellos ojos no se tomaban la molestia de registrar, sino que penetraban con sus miradas. Nos dimos la mano y hablamos. El capitán Brassard hablaba despacio, con una voz vibrante que se comprendía ser capaz de llenar un Campo de Marte con sus voces de mando. Educado desde su infancia en Inglaterra, como ya he dicho, tal vez pensase en inglés; pero esa lentitud, sin torpeza, daba un giro muy particular á lo que decía,

incluso á sus bromas; porque al capitán le gustaban los chistes y hasta le agradaban un poco subidos de color. Tenía lo que se llama dichos agudos. El capitán Brassard iba siempre *demasiado lejos*, decía la condesa de F..., esa linda viuda que no lleva más que tres colores desde su viudez: negro, violeta y blanco. Menester era que le encontrasen de buena sociedad, para no encontrársele á menudo de la mala. Pero cuando se pertenece realmente á la primera, ya saben ustedes que todo se permite en el Faubourg Saint-Germain.

Una de las ventajas de la conversación en coche es la de que puede cesar cuando ya no hay nada que decir, y eso sin apuro para nadie. En un salón no hay esa libertad. La cortesía obliga á hablar á despecho de todo, y á menudo se sufre la penitencia de esa hipocresía inocente, con lo vacío y aburrido de esas conversaciones en que los necios, aunque silenciosos de nacimiento (los hay), se afanan y se regodean por decir algo y ser amables. En carruaje público, todo el mundo está en su propia casa como en la de otro, y sin cometer por eso ninguna inconveniencia se puede quedar en el silencio que guste y hacer que á la conversación siga la meditación... Por desgracia, los azares de la vida son horriblemente ramplones, y antaño (porque esto ya es de antaño) se subía veinte veces á un coche de servicio público—como hoy veinte veces á un vagón—sin topar con persona de conversación animada é interesante... El

vizconde de Brassard cruzó al principio conmigo algunas ideas que nos habían sugerido las particularidades del camino, los detalles del paisaje y algunos recuerdos de la sociedad en que nos habíamos encontrado en otro tiempo; luego, la terminación del día nos comunicó su silencio con su crepúsculo. La noche, que en otoño parece caer á plomo del cielo—¡tan de prisa llega!—nos pasmó con su fresco y nos arrebujamos en nuestros abrigo, buscando con la sien el duro rincón que sirve de almohada á los que viajan. No sé si mi compañero se durmió en su rinconada del cupé, pero yo permanecí despierto en la mía. Estaba tan harto del camino que seguíamos y que tantas veces había recorrido, que apenas hacía caso de los objetos exteriores, los cuales desaparecían con el movimiento del carruaje y parecían correr en las tinieblas en dirección opuesta á la que llevábamos. Atravesamos por muchos pueblecillos diseminados acá y acullá por aquella larga carretera que los postillones aún llamaban una soberbia «cinta de coleta» en memoria de la suya, cortada desde tanto tiempo atrás. La noche se puso oscura como un horno apagado; y entre esa oscuridad, aquellos pueblos desconocidos por donde pasábamos tenían extraño aspecto y producían la ilusión de que estábamos al fin del mundo... Esta clase de sensaciones que anoto aquí, como recuerdo de las impresiones últimas de cosas que pasaron, ya no existen y no volverán á existir nunca para nadie. Ahora, los

caminos de hierro, con sus estaciones á la entrada de las ciudades y villas, ya no permiten al viajero abarcar con rápida ojeada el fugitivo panorama de sus calles, al galope de los caballos de una diligencia que en seguida muda de tiro para proseguir el viaje. En la mayor parte de esas pequeñas poblaciones por donde cruzábamos, escaseaban los reverberos, ese lujo tardío, y veíase allí ciertamente mucho peor que en las carreteras que acabábamos de dejar. En éstas, á lo menos, el cielo tenía toda su anchura y la inmensidad del espacio emitía una luz vaga; mientras que en aquéllas, lo junto de las casas que parecían besarse, sus sombras arrojadas en esas calles estrechas, la poquedad de cielo y de estrellas que se veía por entre las dos filas de aleros, todo aumentaba el misterio de esas ciudades dormidas, donde el único hombre que se encontraba, á la puerta de alguna posada, era un mozo de cuadra con su farol, quien conducía los caballos de refresco y abrochaba las hebillas de sus jaeces, silbando ó jurando contra sus caballos rehacios ó demasiado vivos... Fuera de esto y la eterna pregunta, siempre la misma, de algún viajero aturdido por el sueño, que bajaba un cristal y gritaba de noche, con voz más sonora cuanto más silenciosa: «¿Dónde estamos, postillón?» Ningún ser viviente se oía ni se veía alrededor ni dentro de ese coche lleno de gente adormilada, en aquella ciudad adormecida, donde acaso algún soñador, como yo, trataba de divisar á través del vidrio

de su compartimento la fachada de las casas esfumadas por las tinieblas, ó dirigía la vista y el pensamiento á alguna ventana con luz aún en aquella hora tan intempestiva en esas poblaciones pequeñas, de costumbres cronométricas y sencillas, para quienes la noche se ha hecho sobre todo para dormir. Siempre tiene algo de imponente la vigilia de un ser humano, aunque no sea más que un centinela, cuando todos los demás seres están sumidos en ese amodorramiento de la animalidad fatigada. Pero la ignorancia de lo que hace velar detrás de una ventana con las cortinillas bajas, donde la luz indica vida y pensamiento, añade la poesía del ensueño á la poesía de la realidad. A lo menos, en cuanto á mí, jamás he podido ver una ventana iluminada por la noche en una ciudad dormida por donde pasaba, sin atribuir á ese cuadro de luz un mundo de ideas, sin imaginar detrás de esas cortinas intimidades y dramas... Sí, y ahora, al cabo de tantos años, aún tengo en la cabeza el recuerdo de esas ventanas, que han permanecido eterna y melancólicamente luminosas y que me hacen decir á menudo, cuando al pensar en ellas vuelvo á verlas en mis ensueños:

«¿Qué habría detrás de aquellas cortinas?»

Pues bien, una de las que se me han quedado más impresas en la memoria (y pronto comprenderán Vds. la razón), es una ventana de una de las calles de la ciudad de ***, por la cual

pasábamos aquella noche. Para que vean Vds. si mi recuerdo es preciso, estaba en la tercera casa más allá de la fonda en que mudábamos de tiro; pero tuve más espacio para contemplar aquella ventana que el tiempo de una sencilla parada. Acababa de ocurrir un percance en una de las ruedas de nuestro carruaje, y habían enviado en busca del maestro carretero, á quien fué preciso despertar. Y despertar á un carretero en una ciudad de provincia dormida, y hacerle que se levante para apretar una tuerca á una diligencia que no tenía *competidora* en aquel trayecto no era asunto de poca monta y de unos cuantos minutos... Si el maestro carretero dormía tan á pierna suelta en la cama como los viajeros en el coche, no debía ser fácil despertarle... A través del tabique del cupé oía yo los ronquidos de los viajeros de la berlina; pero no había bajado ninguno de los viajeros de la baca, quienes ya se sabe que tienen la manía de apearse siempre en cuanto para la diligencia (porque la vanidad en Francia se cuele en todas partes, hasta en la baca de los coches), probablemente para mostrar su agilidad en subir de nuevo... La fonda ante la cual nos habíamos detenido estaba cerrada. No se cenaba en ella. Habíamos cenado en la anterior muda de tiro. La fonda dormía, como nosotros. Nada revelaba en ella vida. Ningún ruido turbaba su profundo silencio... á no ser los escobazos monótonos y fatigados del hombre ó mujer (estaba muy oscuro para distinguirlo

bien), que barría entonces el gran patio de esa fonda muda, cuya puerta cochera solía quedarse abierta. Esa escobada perezosa por el enlosado, también tenía aspecto de dormir, ó por lo menos de tener unos deseos de mil demonios de hacerlo así. La fachada de la fonda estaba oscura como las demás casas de la calle, donde no había luz más que en una sola ventana... ¡precisamente la ventana que se me quedó grabada en la memoria y que tengo siempre aquí entre ceja y ceja!... La casa en la cual no podía decirme que brillaba aquella luz, porque se cernía misteriosamente á través de una doble cortina carmesí, era un caserón de un solo piso, pero con el techo de la planta baja sumamente alto.

—¡Qué cosa tan extraña! ¡Parece la misma cortina!—dijo el vizconde de Brassard, como si hablase consigo mismo.

Me volví hacia él, como si hubiese podido verle en nuestro oscuro compartimento del coche; pero el farol puesto debajo del pescante y destinado á alumbrar los caballos y el camino, acababa precisamente de apagarse... Creí que estaba dormido, y no dormía, sino que chocábale como á mi el aspecto de aquella ventana; pero, más adelantado de noticias que yo, sabía él por qué le chocaba.

Pues bien, el tono que empleó para eso (¡una cosa tan sencilla!) era tan impropio de la voz del vizconde y me asombró tanto, que tuve empeño en satisfacer la curiosidad que me asaltó de pronto de verle la cara, y largué un

fósforo como si hubiese querido encender el cigarro. El azulado resplandor del fósforo disipó un momento la oscuridad.

Estaba pálido, no como un muerto... sino como la misma muerte.

¿Por qué palidecía? Aquella ventana, de un aspecto tan particular; esa reflexión y esa palidez de un hombre que solía palidecer poquísimo, porque era sanguíneo y, cuando se conmovía, la emoción poníale como la púrpura hasta el craneo; el temblor que sentí correr por los músculos de su fuerte biceps, que tocaba entonces mi brazo en las estrechuras del coche: todo eso me producía el afecto de ocultar alguna cosa, que yo, cazador de historias, podría saber quizá dándome buena maña para ello.

—¿Conque también V. miraba aquella ventana, capitán, y hasta la reconocía V.?—le dije, con ese tono indiferente que parece no interesarse gran cosa por la respuesta, y que es la hipocresía de la curiosidad.

—¡Caramba; si la reconozco!—exclamó con su voz habitual, sonoramente timbrada y que recalca las palabras.

Había vuelto la serenidad al ánimo de ese *dandy*, el más firme y majestuoso de los *dandys*, los cuales ya saben ustedes que menosprecian toda emoción, como un sentimiento inferior, y que no creen, como ese necio de Goethe, que el asombro pueda ser jamás un respetable estado de ánimo del espíritu humano.

—No paso por aquí á menudo, pro-

siguió muy tranquilo el vizconde de Brassard, y hasta evito pasar. Pero hay cosas que nunca se olvidan. No son muchas, pero las hay. Conozco tres: el primer uniforme puesto, la primera batalla dada, y la primera mujer poseída. Pues bien; para mí, esa ventana es la cuarta cosa que no puedo olvidar.

Detúvose y bajó el vidrio que tenía delante... ¿Era para ver mejor aquella ventana de que me hablaba?... El conductor había ido en busca del maestro carretero y no regresaba. Los caballos de relevo, retardándose, no habían llegado aún de la parada. Los que nos habían conducido, inmóviles de fatiga, molidos, sin desenganchar, con la cabeza colgando, ni siquiera daban sobre el silencioso empedrado la patada de la impaciencia, soñando con su cuadra. Nuestra diligencia dormida asemejábase á un coche encantado, detenido por la varilla de las hadas en alguna encrucijada de un claro de la selva de «La Hermosa dormida en el bosque.»

—El hecho es—dije—que para un hombre de imaginación, esa ventana tiene fisonomía propia.

—No sé lo que tendrá para V.—repliqué el vizconde de Brassard—pero sé lo que tiene para mí. Es la ventana del dormitorio que tuve en mi primer servicio de guarnición. Ahí he vivido... ¡demonio, hace ya treinta y cinco años!... detrás de esa cortina... que parece no haber cambiado en tantísimo tiempo, y que encuentro iluminada enteramente igual que cuando...

Se detuvo otra vez, reprimiendo el

pensamiento; pero yo tenía empeño en hacérselo soltar.

—¿Cuando estudiaba V. la táctica, capitán, en sus primeras vigilias de subteniente?

—Me dispensa V. demasiado honor, respondió. Es verdad que era subteniente en aquel entonces; pero no me pasaba las noches encima de la táctica; y si tenía encendida la lámpara á esas horas indebidas, como dicen las personas arregladas, no era para leer el Mariscal de Sajonia.

—Pero—repliqué, rápido como un golpe de raqueta—¿acaso, de todas maneras, para imitarle?

Me devolvió la pelota, diciendo:

—¡Oh! Entonces no imitaba al Mariscal de Sajonia, en el sentido que dice V... Eso no fué hasta más tarde. Entonces no era sino un mocoso de subteniente, muy paquete con el uniforme, pero muy torpe y muy tímido con las mujeres, aunque nunca lo han querido creer, probablemente á causa de este demonio de cara que tengo... Jamás he sacado partido con ellas de mi timidez. Por supuesto, en aquellos buenos tiempos no tenía más que diez y siete años. Acababa de salir del Colegio militar. Se salía á la edad en que ahora se entra; porque el Emperador, ese terrible consumidor de hombres, de haber durado en el trono, hubiera concluido por tener soldados de doce años, como los sultanes de Asia tienen odaliscas de nueve.

«Como se ponga á hablar del Emperador y de las odaliscas, pensé, me quedo sin saber nada.»

Y repliqué en voz alta:

—Sin embargo, vizconde, apostaría á que si conserva V. tan presente el recuerdo de esa ventana que luce allá arriba, sólo es porque detrás de su cortina ha tenido para V. una mujer.

—Y ganaría V. la apuesta, caballero —dijo con gravedad.

—¡Ah! ¡Caramba, estaba bien seguro de eso—proseguí.—Para un hombre como V. y en una pequeña ciudad de provincia por donde no habrá pasado V. diez veces desde la primera guarnición en ella, sólo un sitio que haya sostenido y una mujer que haya V. tomado por asalto, pueden consagrar en su memoria con tanta intensidad la ventana de una casa que vuelve V. á encontrar hoy, iluminada de cierto modo, en la oscuridad.

—Sin embargo, no he sostenido un sitio... á lo menos militarmente—contestó, siempre con gravedad, siendo á menudo en él una manera de bromear el estar serio—y, por otra parte, cuando se rinden tan pronto, puede llamarse un asedio...? En cuanto á tomar más ó menos por asalto á una mujer, ya le he dicho á V. que por entonces era yo absolutamente incapaz de hacerlo... Por eso, aquí no fué una mujer la tomada: ¡lo fui yo!

Le saludé. ¿Lo vió en aquel cupé oscuro?

—También fué tomado Berg-op-Zoom—le dije.

—¡Y los subtenientes de diez y siete años—añadió—no suelen ser unos Berg-op-Zoom intomables de juicio y de castidad!

—Vamos—exclamé alegremente—otra señora ó señorita Putifar...

—Era una señorita—interrumpió con una candidez harto cómica.

—...Qué agregar al rimerero de todas las demás, capitán. Sólo que aquí, el José era militar... un José que no habrá huido...

—Al contrario, que huyó en toda regla—contestó cada vez con mayor sangre fría—aunque demasiado tarde ¡y con un miedo! Con un miedo capaz de hacerme comprender la frase del mariscal Ney que escuché con mis propios oídos y que viniendo de semejante hombre me alivió un poco, lo confieso: «¡Quisiera yo saber quién es el calzonazos (otra frase dijo con todas sus letras) que dice no haber tenido nunca miedo!»

—Capitán, una historia en la cual ha tenido V. esa sensación debe de ser interesantísima.

—¡Pardiez!—dijo bruscamente.—Si tiene V. curiosidad, puedo contarle esa historia, que ha sido en mi vida un acontecimiento mordiente como un ácido en el acero, y que ha dejado para siempre una mancha negra en todos mis placeres de mal sujeto... ¡Ah, no siempre es provechoso ser un mal sujeto!—añadió, con una melancolía que me chocó en ese buzón formidable á quien creía yo aforrado en cobre como un *brick* griego.

Y volvió á levantar el vidrio que había bajado, sea por temor de que por allí saliesen los sonidos de su voz y se oyese lo que iba á contar, aunque nadie había alrededor de aquel coche in-

móvil y como abandonado; sea porque aquel regular ir y venir de la escoba, que con tanta pesadez rascaba el enlosado del gran patio de la fonda, le pareciese un importuno acompañamiento de su historia. Y escuchábale yo, atento á su voz nada más, á los menores matices de su voz, puesto que no podía verle la cara en aquel oscuro compartimento cerrado; y con los ojos más fijos que nunca en aquella ventana, en la cortina carmesí que lucía siempre con la misma claridad fascinadora, y de la cual iba él á hablarme así:

«Tenía diez y siete años y acababa de salir del colegio militar. Nombrado subteniente de un simple regimiento de infantería que esperaba, con la impaciencia acostumbrada por aquel tiempo, la orden de partir para Alemania, donde el Emperador realizaba esa campaña que la historia ha llamado campaña de 1813», no tuve tiempo más que para abrazar á mi anciano padre en el fondo de su provincia antes de reunirme, en la ciudad donde estamos esta noche, con el batallón de que formaba parte. Porque esta pequeña ciudad, de unos cuantos miles de habitantes nada más, sólo tenía de guarnición nuestros dos primeros batallones; los otros dos habíanse distribuido entre los pueblecillos inmediatos. V. que probablemente no ha hecho más que pasar por esta ciudad cuando se dirige V. al Oeste, no puede figurarse lo que es, ó por lo menos lo que era hace treinta años, para quien se ve obligado á residir en ella, como lo estaba yo entonces. Cier-

tamente era la peor guarnición adonde pudo haberme enviado en mis comienzos el azar (que siempre creo que es el diablo, y entonces fué el ministro de la Guerra). ¡Trueno del cielo, que ramplonería! No recuerdo haber tenido en ninguna parte, de entonces acá, ninguna residencia más desagradable y aburrida. Sólo que á mi edad y con la primera embriaguez del uniforme—una sensación que V. no conoce pero que es conocida por todos los que lo han llevado—no sufría nada por lo que más tarde me hubiera parecido insostenible. En el fondo, ¿que se me daba á mí de esta tétrica ciudad de provincia? Después de todo, habitaba mucho menos en ella que en mi uniforme—obra maestra de «Thomassin y Pied» que me tenía embebecido. Ese uniforme, por el cual estaba chiflado, me ocultaba y me embellecía todas las cosas; y (le va á parecer á V. muy fuerte cosa, pero es la pura verdad), aquel uniforme era al pie de la letra mi verdadera guarnición. Cuando me aburría en extremo en esta ciudad sin movimiento, sin interés y sin vida, vestíame de gala y el aburrimiento huía delante de mi alzacuello. Era como esas mujeres que no dejan de emperejilarse lo mismo aunque estén solas y no esperen á nadie. Yo me vestía... para mí. Gozaba á solas de mis charreteras y de la dragona del sable, brillante al sol, en cualquier rincón del paseo desierto, donde á eso de las cuatro, acostumbraba á pasearme sin buscar á nadie para ser feliz; y engallaba el pecho allí, tanto como más

tarde en el bulevar de Gante, cuando oía decir detrás de mí al dar el brazo á alguna mujer: «Hay que convenir en que es un magnífico tipo de oficial.» Por supuesto, en esta ciudad pequeña, de escasísima riqueza, sin comercio y sin actividad de ningún género, no existían sino antiguas familias casi arruinadas, que se mofaban del Emperador porque, como ellas decían, no había hecho vomitar lo robado á los ladrones de la revolución; y por ese motivo no festejaban á sus oficiales. Por tanto, nada de reuniones, de bailes, de veladas, ni tertulias. A lo sumo, los domingos una vueltecilla por el paseo, donde después de misa de doce, cuando hacía buen tiempo, las madres iban á pasear y exhibir á sus hijas hasta las dos, hora de vísperas; y al dar la primera campanada, volaban las faldas y quedábase vacío aquel ruín paseo. Aquella misa de doce, á la que no asistíamos, por supuesto, la he visto convertirse en tiempo de la Restauración en misa militar, á la cual estaba obligada á asistir la plana mayor y la oficialidad de los regimientos; y, á lo menos, eso era un signo de vida en el anonadamiento de las guarniciones muertas. Para unos mozos como nosotros, en la edad de la vida en que el amor, la pasión por las mujeres, ocupan tan gran lugar, aquella misa de tropa era un recurso. Excepto los que formaban parte del destacamento de servicio sobre las armas, toda la oficialidad se desparramaba y se situaba en la iglesia como era de su gusto bajo la nave. Casi siempre plantábamos nues-

tros reales detrás de las mujeres más guapas que acudían á esa misa, donde estaban seguras de ser miradas; y nosotros las distraíamos lo más posible, hablándonos á media voz, de modo que ellas lo oyesen, de los encantos que cada una tenía de cara ó de palmito. ¡Ah, la misa de tropa! He visto comenzar allí muchas novelas. He visto meter en los manguitos dejados en las sillas por las jóvenes, cuando se arrodillaban junto á sus mamás, muchas cartitas amorosas, las respuestas á las cuales nos traían el siguiente domingo en los mismos manguitos. Pero en tiempo del Emperador no había misa de tropa; y, por consiguiente ningún medio de aproximarse á las *pollas distinguidas* de esta pequeña ciudad, donde no eran para nosotros más que ensueños más ó menos ocultos bajo velos y entrevistos de lejos. No había indemnización ninguna de esta pérdida en redondo de lo más interesante de la población de la ciudad. Los burdeles que V. sabe, y de los cuales no se habla entre personas decentes, eran horrores. Los cafés, donde se anegan tantas nostalgias en esa terrible ociosidad de la vida de guarnición, eran tales, que ¡imposible poner en ellos los pies, á poco que respetase uno sus charreteras! En esta pequeña ciudad, donde ahora ha crecido el lujo como en todas partes, tampoco había entonces ninguna fonda donde pudiéramos tener una mesa de oficiales pasadera, sin que nos robasen como en un monte) tanto que muchos de nosotros habían renunciado á la vida colectiva y se

habían desperdigado hospedándose en casas particulares de vecinos poco acomodados, quienes les alquilaban habitaciones lo más caro posible, y añadían así alguna cosilla á la pobreza habitual de su mesa y á la pequeñez de sus ingresos.

En ese número me contaba yo. Uno de mis camaradas, que vivía aquí en la parada de los caballos de posta, donde tenía cuarto (porque la parada estaba en esta calle por aquel tiempo, unas puertas más atrás de nosotros, y si hubiese luz aún vería V. en la fachada el viejo sol de oro, á medio salir de su fondo de cerusa, justificando el rótulo de «*Al sol naciente*»), uno de mis camaradas había descubierto para mí una casa donde hospedarme cerca de él, ahí donde está esa ventana tan empingorotada, y que esta noche me produce el efecto de ser siempre la de mi cuarto, ¡como si fuese ayer! Dejé que me aposentase. Era de más edad que yo, llevaba más tiempo en el regimiento, y gustábale ayudar en esos primeros momentos y detalles de mi vida de oficial á mi inexperiencia, que era también indolencia. Ya se lo he dicho á V.: todo me era igual, excepto la sensación del uniforme, acerca de la cual insisto porque muy pronto no tendrá idea de ella esta generación de congresos de la paz y de mamarracherías filosóficas y humanitarias; y excepto también la esperanza de oír zumbiar el cañón en la primera batalla donde hubiese de perder mi doncellez militar (y V. perdone esta expresión soldadesca). No vivía más que con estas dos ideas; sobre todo con

la segunda, porque era una esperanza, y se vive más en la vida que no se tiene que en la vida que se tiene. Me quería á mí mismo para mañana, como el avaro; y comprendía muy bien á los devotos que se las arreglan en este mundo como en un mal paso donde sólo se ha de estar una noche. Nada se parece más á un fraile que un soldado, y yo era soldado. Así me las arreglé con mi guarnición. Fuera de las horas de comer, que lo hacía con mis patrones, de quienes ahora le hablaré á V., y de las de servicio y maniobras diarias, me pasaba la mayor parte del tiempo en mi cuarto, tendido en un gran diván de cuero azul oscuro, cuya frescura me producía el efecto de un baño frío después del ejercicio, y sólo me levantaba para ir á tirar á las armas y jugar unas partidas de imperial en casa de mi vecino de enfrente, Luis de Meung; quien estaba menos ocioso que yo, porque entre las modistillas de la ciudad había escogido una bonita jovenzuela, echándosela por querida, y le servía para matar el tiempo... Pero lo que sabía yo en materia de mujeres no me inclinaba mucho á imitar á mi amigo Luis. Lo que sabía acerca de ellas lo había aprendido vulgarmente, allí donde lo aprenden los cadetes de Saint-Cyr los días de salida... Y además, hay temperamentos que tardan en despertar... ¿No ha conocido V. á Saint-Rémy, el más calavera de una ciudad célebre por sus calaveras, á quien llamábamos «Minotauro» no desde el punto de vista de los cuernos (aunque los tenía, puesto que había muerto al

amante de su mujer), sino desde el punto de vista del consumo de virgindades?»

—Sí, le he conocido—respondí;—pero viejo, incorregible, cada vez más libertino á cada año que pasaba por él. ¡Vaya si he conocido á ese gran trone-
ra de Saint-Rémy, como hubiera dicho Brantôme.

—En efecto, era un hombre á lo Brantôme—replicó el vizconde.—Pues bien; Saint-Rémy, á los veintisiete años cumplidos, no había tocado aún una copa ni unas faldas. El mismo se lo dirá, si V. quiere. A los veintisiete años, en materia de mujeres era tan inocente como el niño que acaba de nacer, y aunque yo no mamaba de su nodriza, sin embargo nunca había bebido más que leche y agua.

—¡Bien ha recobrado el tiempo perdido!—exclamé.

—¡Sí—dijo el vizconde;—y yo también! Pero á mí me costó menos trabajo el recobrarlo. Mi primer período de cordura no excedió del tiempo que pasé en esta ciudad. Y aunque no tenía la virginidad absoluta de que habla Saint-Rémy, sin embargo vivía como un verdadero caballero de Malta que era, en atención á que lo soy *de nacimiento...* ¿No lo sabía V.? Hasta hubiera sucedido á uno de mis tios en su encomienda, á no ser porque la revolución suprimió la orden, de la cual, por abolida que estuviese, me he permitido algunas veces llevar la cinta. ¡Una fatuidad!

En cuanto á los patronés que me alojaban, eran lo más burgueses que se pueda imaginar V. No eran más que

dos, marido y mujer, ambos viejos y no de mal tono, antes al contrario. En sus relaciones conmigo hasta tenían esa cortesía que ya no se encuentra, sobre todo en su clase social, y que es como el perfume de un tiempo desvanecido. Yo no estaba en la edad en que se observa por observar y me interesaban harto poco para que pensase en penetrar en el pasado de aquellos dos viejos, en la vida de los cuales me mezclaba del modo más superficial dos horas diarias; á mediodía y por la noche, para comer y cenar con ellos. Nada se translucía de ese pasado en sus conversaciones delante de mí, las cuales versaban de ordinario acerca de cosas y personas de la ciudad, que me enseñaban á conocer y de quienes hablaban, el marido con sus puntas y ribetes de jocosa maledicencia, y la piadosísima mujer con más reserva pero con gusto no menor. Sin embargo, creo haber oído decir al marido que había viajado en su juventud por cuenta de no sé quién y por no sé qué, y que había tardado en regresar para casarse con su mujer... quien le había esperado. Por lo demás, eran gentes buenísimas, de costumbres muy dulces y de muy serenos destinos. La mujer se pasaba la vida haciendo calceta para su marido; y éste, aficionado á la música, rascando en el violín composiciones antiguas de Viotti, en un desván encima de mi cuarto. Acaso habían sido más ricos. Acaso alguna pérdida de intereses que deseaban ocultar les había obligado á tomar un huésped; pero, aparte de eso, en nada se notaba. En su hogar, todo era indicio

del bienestar de esas casas á la antigua, abundantes en bien oliente ropa blanca, en plata de mucho peso y cuyos muebles parecen inmuebles, según lo poco que se cuida de renovarlos. Encontrábame bien allí. La mesa era buena, y gozaba amplio permiso para abandonarla en cuanto, según frase de la vieja criada Oliva que nos servía, en cuanto me había «*restregado las barbas*»; harto honor el de llamar «barbas» á los cuatro pelos de gato del bigote de un mocosuelo de subteniente que aún no había concluido de crecer.

Llevaba allí como cosa de un semestre, tan tranquilo con mis patronos, á quienes jamás había oído decir ni una palabra referente á la existencia de la persona á quien iba á encontrarme en casa de ellos, cuando un día, al bajar á comer á la hora de costumbre, advertí en un rincón del comedor la presencia de una buena moza que empinada en la punta de los pies, colgaba por las cintas su sombrero de una pátera, como una mujer que está en su propia casa y acaba de regresar á ella. Arqueada hasta más no poder, como lo estaba para colgar el sombrero de aquella pátera puesta tan alta, ostentaba el magnífico talle de una bailarina que se echa hacia atrás, y aquél talle estaba aprisionado (es palabra exacta, por lo muy ceñido á las formas), dentro del brillante corpiño de un *spencer* de seda verde con flecos que caían sobre su vestido blanco, uno de esos vestidos de entonces, ajustadísimos por las caderas y que no temían señalarlas en redondo, cuando

las había... Con los brazos aún al aire, volvióse al oírme entrar, dando á su nuca un movimiento de torsión que me hizo ver su cara; pero acabó su quehacer como si yo no hubiese estado allí, miró si no había arrugado las cintas del sombrero al colgarlo; y hecho esto pausada, atenta y casi impertinente (porque, después de todo, estaba yo allí, de pie, esperando á que hiciese caso de mí, para saludarla), por fin me dispensó el honor de mirarme con su par de ojos negos, muy fríos, á los cuales sus cabellos, cortados á lo Tito y reunidos en rizos encima de la frente, comunicaban la especie de profundidad que ese peinado da á la mirada... Yo no sabía quién pudiera ser á esa hora y en ese sitio. Nunca iba nadie á comer á casa de mis patronos... Sin embargo, probablemente venía ella á comer. Estaba puesta la mesa, con cuatro cubiertos... Pero mi asombro de verla allí fué con mucho superado por el asombro de saber quién era, cuando lo supe... cuando mis dos patronos, al entrar en el comedor me la presentaron como su hija recién salida del colegio y que viviría con ellos en lo sucesivo.

¡Su hija! ¡Era imposible ser menos hija de gentes así, de lo que era aquella joven! ¡Y no es porque las muchachas más guapas del mundo no puedan nacer de toda especie de personas. Yo las he conocido... y también V., ¿no es así? Fisiológicamente, el ser más feo puede producir el ser más hermoso. ¡Pero ella! Entre ella y ellos mediaba el abismo de una raza... Por

otra parte, fisiológicamente, — puesto que me permito usar este terminacho pedante de estos tiempos, pero no de los míos — no podía fijarse en ella sino por el aire que tenía, extraño en una muchacha tan joven como ella, porque era una especie de aire impasible, muy difícil de caracterizar. Sino lo hubiese tenido, sólo se hubiera dicho de ella «¡Vaya una chica guapa!» y no se hubiera pensado en ella más que en todas las chicas guapas que se encuentra uno por casualidad y de las cuales se dice eso, para no volver á pensar nunca más en ello después. Pero aquel aire... que la diferenciaba por completo no sólo de sus padres, sino de todos los demás, de quienes no parecía tener las pasiones ni los sentimientos, le dejaba á V. clavado de sorpresa... en el sitio... *La infanta del falderillo*, de Velázquez, si la conoce V., podría darle una idea de aquel aire, que no era altanero, ni despreciativo, ni desdeñoso, ¡no!, sino sencillamente impasible; puesto que el aire altanero, despreciativo, desdeñoso, dice á las gentes que existen, puesto que se toma la molestia de desdeñarlas ó menospreciarlas, al paso que ese aire dice tranquilamente: «Para mí, ni siquiera existe V.» Confieso que aquella fisonomía me hizo dirigirme, aquel primer día y otros muchos la pregunta, aún insoluble hoy para mí: ¿cómo aquella buena moza había salido de ese pobre hombre de gabán amarillo verdoso y chaleco blanco, gordo, con una cara del color de las compotas de su mujer, con un lobanillo en el co-

gote, desbordado por encima de su corbata de muselina, y que tartajeaba? Y si el marido no ponía en ningún aprieto, porque en esta clase de cuestiones nunca está la dificultad en el marido, también la madre me parecía tan imposible de explicar. La señorita Albertina (tal era el nombre de aquella archiduquesa de actitud, caída del cielo en casa de aquellos burgueses como si el cielo hubiera querido burlarse de ellos), la señorita Albertina, á quien sus padres llamaban Alberta, por abreviar, pero el cual nombre cuadraba mucho mejor á su cara y á toda su persona, tan poco parecía hija del uno como de la otra... En aquella primera comida, igual que en las sucesivas, me pareció una muchacha bien educada, sin afectación, habitualmente silenciosa y que, cuando hablaba, decía en buenos términos lo que tenía que decir, pero sin pasar nunca más allá de esa línea... Por supuesto, que aun cuando hubiera tenido todo el ingenio que ignoraba yo que tuviese, no hubiese encontrado de ninguna manera ocasión de manifestarlo en las comidas que hacíamos. La presencia de su hija había modificado forzosamente las chismografías de los dos viejos, quienes habían suprimido los pequeños escándalos de la ciudad. Así como sueña, en aquella mesa ya no se hablaba sino de cosas tan interesantes como hablar del tiempo. Por eso, la señorita Albertina ó Alberta, que tanto me había chocado al principio por su aire impasible, no teniendo absolutamente nada más que ofrecerme, me cansó

muy pronto de aquel aire... Si la hubiese encontrado en la sociedad á que estaba yo llamado y que hubiera debido frecuentar, esa impasibilidad me habría herido en lo vivo. Mas, para mí, no era una joven á quien poder cortejar... ni aun con los ojos. Mi posición para con ella, encontrándome de huésped en casa de sus padres, era delicada y por la cosa más ínfima pudiera llegar á ser falsa... No estaba bastante cerca ó bastante lejos de mí en la vida para poder ser algo para mí... y bien pronto respondí naturalmente, y sin ninguna clase de intenciones, con la más completa indiferencia á su impasibilidad.

Y eso no se desmintió nunca, ni por su parte, ni por la mía. Entre nosotros no hubo sino la urbanidad más fría y sobria de palabras. No era para mí sino una imágen que apenas veía; ¿y qué era yo para ella?... En la mesa, —sólo allí nos encontrábamos— miraba más al tapón de la botella del agua ó al azucarero que á mi persona... Lo que decía, muy correcto, siempre muy bien dicho pero insignificante, no me daba ninguna clave del carácter que pudiera tener. Y además, por supuesto, ¿qué me importaba?... Hubiera pasado toda mi vida sin pensar siquiera en mirar á aquella serena é insolente muchacha, con un aire de infanta tan fuera de lugar. Era preciso para esto la circunstancia que voy á decir á V. y que me hirió como el rayo, como el rayo que cae sin tronar.

Una noche, hacía cosa de un mes que la señorita Albertina había regre-

sado á casa, y nos poníamos á la mesa para cenar. Estaba sentada junto á mí, y concedíala yo tan poca atención, que ni siquiera me había fijado aún en este detalle diario que hubiera debido chocarme, el de que en la mesa estuviese junto á mí, en vez de estar entre su madre y su padre; cuando, en el momento en que desdoblé la servilleta encima de las rodillas... ¡no, nunca podré darle á V. una idea de aquella sensación y de aquel asombro!... sentí una mano que atrevidamente cogía la mía por debajo de la mesa. Creía soñar... ó más bien, no creí nada... sólo tuve la increíble sensación de aquella mano audaz que venía en busca de la mía hasta debajo de mi servilleta. ¡Y fué tan inaudito como inesperado! Toda mi sangre, encendida por aquel asimiento, se precipitó desde mi corazón hasta aquella mano, como aspirada por ésta; y luego, como impelida por una bomba, volvió á subir furiosamente á mi corazón. Ví azul... me zumbaron los oídos. Debió de acometerme una palidez horrible. Creí que me iba á desmayar... que iba á disolverme en la indecible voluptuosidad producida por el montoncillo de carne de aquella mano, un poco grande y fuerte como la de un muchacho, la cual se había ceñido á la mía. Y como, según sabe V., en esas primeras edades de la vida tiene su espanto la voluptuosidad, hice un movimiento para retirar mi mano de aquella loca mano que la había cogido, pero que apretándomela entónces con el ascendiente del placer que tenía conciencia de produ-

cirme, la guardó autoritaria, vencida como mi voluntad, y con el más cálido apretón, deliciosamente reprimido... Hace ya de esto treinta y cinco años, y me dispensará V. el honor de creer que mi mano se ha estragado un poco respecto al apretón de mano de las mujeres; pero, cuando pienso en ello aún siento la impresión de aquella, oprimiendo la mía con un despotismo insensatamente apasionado. Presa de los mil escalofríos que aquella envolvente mano comunicaba á mi cuerpo entero, temí revelar lo que experimentaba delante de aquel padre y aquella madre, cuya hija atreviase á su vista á... Sin embargo, avergonzado de ser menos hombre que aquella audaz muchacha que se exponía á perderse y cuya increíble sangre fría disimulaba el extravío, me mordí el labio inferior hasta hacerme sangre, con un esfuerzo sobrehumano para contener el temblor del deseo, que podía revelárselo todo á esas pobres gentes confiadas; y entonces buscaron mis ojos la otra de esas dos manos en que aún no me había fijado y que en ese peligroso momento hacía girar friamente el botón de la lámpara que acababan de poner encima de la mesa, pues iba cerrando la noche... ¡La miré!... ¿Aquella era, pues, la hermana de esa otra mano que sentía yo penetrar por la mía, como un foco de donde irradiaban y se extendían á lo largo de mis venas inmensas olas de fuego! Aquella mano, un poco gruesa, pero de dedos largos y bien torneados—en la punta de los cuales producía sonrosas

transparencias la luz de la lámpara que caía á plomo sobre ella—no temblaba y hacía su pequeño trabajo de arreglar la mecha, con una firmeza, una facilidad y una graciosa languidez de movimiento incomparables. Sin embargo, no podíamos continuar así... Necesitábamos nuestras manos para comer... Así, pues, la de la señorita Alberta abandonó la mía; pero en el momento de soltarla, su pie, tan expresivo como su mano, se apoyó con el mismo aplomo, la misma pasión y el mismo imperio en mi pie, y permaneció así todo el tiempo que duró aquella comida hartamente breve; lo cual me produjo la sensación de uno de esos baños insoportables de calientes al principio, pero á los cuales se acostumbra uno y acaba por hallarse tan á gusto, que no cuesta trabajo creer que algún día podrán los condenados encontrarse frescos y suaves entre las llamas del infierno, como el pez en el agua... Dejo á la consideración de V. si cenaría yo aquella noche y si metería baza en los dicharachos de mis honrados patrones, que en su placidez no sospechaban el drama misterioso y terrible que entonces se representaba debajo de la mesa. De nada se percataron; pero podían advertir alguna cosa, y positivamente me inquietaba por ellos... mucho más por ellos que por mí y por ella. Tenía la honradez y la conmiseración de mis diez y siete años... Decíame: «¿Es una sinvergüenza ó una loca?» Y miraba con el rabillo del ojo á aquella loca que durante la cena no perdió ni

una sola vez su aire ceremonioso de princesa, y cuya cara permaneció tan serena como si su pie no hubiese dicho y hecho encima del mío todas las locuras que puede decir y hacer un pie.

Confieso que aún me dejaba más atónito su aplomo que su locura. Había yo leído muchos de esos libros ligeros donde no sale bien parada la mujer. Me había educado en un colegio militar. Utópicamente, por lo menos, era un Lovelace de fatuidad, como lo son más ó menos todos los jovencuelos que se creen guapos chicos y han recibido besos á montones, detrás de las puertas y en las escaleras, dados por los labios de las doncellas de sus mamás. Pero esto desconcertaba mi pequeño aplomo de Lovelace de diez y siete años. Esto me parecía más gordo que cuanto había leído y oído decir acerca de la naturalidad en la mentira que se atribuye á las mujeres, acerca del intenso disimulo con que pueden ocultar sus más violentas ó profundas emociones. Figúrese V.; ¡tenía ella diez y ocho años! ¿Los tenía siquiera?... Acababa de salir de un colegio del cual no tenía yo ningún motivo para sospechar, con la moralidad y la piedad de la madre que lo había elegido para su hija. Aquella carencia total de empacho—digámoslo con todas sus letras—aquella falta absoluta de pudor, aquel fácil dominio de sí misma, al hacer las cosas más imprudentes y peligrosas para una joven, con la cual no se había anticipado por ningún ademán y con nin-

guna mirada el hombre á quien se entregaba ella con tan monstruoso adelanto, todo eso se me subía á la cabeza y aparecíase con claridad á mi mente, á pesar del desplomo de mis sensaciones.... Pero ni en ese momento ni más tarde me detuve en filosofar acerca de ello. No sentí un falso horror por la conducta de aquella joven tan horriblemente precoz para el mal. Por supuesto, ni á mi edad de entonces, ni aún mucho más tarde, es cuando se cree depravada á la mujer que de buenas á primeras se arroja á nuestros brazos. Casi hasta nos hallamos dispuestos á encontrarlo sencillísimo, por el contrario; y si se exclama «¡pobre mujer!» es ya mucha modestia esa lástima. En fin, si yo era tímido, no quería pasar por tonto: la gran razón francesa para hacer sin remordimiento lo peor que haya. Sabía de cierto, sin asomo de duda, que lo que por mí sentía aquella joven no era amor. El amor no procede con ese impudor y esa impudencia; y también me constaba que tampoco lo era lo que ella me hacía sentir. Pero amor ó no... lo que fuese... ¡lo quería yo! Cuando me levanté de la mesa, estaba resuelto... La mano de aquella Alberta en quien no pensaba un minuto antes de que se hubiese apoderado de la mía, habíame dejado hasta en lo más recóndito de mi ser el deseo de entrelazarme todo entero con ella toda entera, como se habían enlazado su mano y la mía.

Subí á mi cuarto como un loco; y cuando la reflexión hubo enfriado algo

mis ardores, me pregunté que iba á hacer para enredarme en toda regla en una *intriga*, como se dice en provincias, con una joven tan diabólicamente provocativa. Sabía al poco más ó menos, como hombre que no puso los medios para enterarse mejor, que nunca se apartaba de su madre; que solía trabajar junto á ésta en el mismo cuarto de labor, en el alféizar de aquel comedor que hacía de gabinete; que no tenía en la ciudad ninguna amiga que viniese á verla; y que nunca salía sino los domingos, para ir á misa y á vísperas con sus padres. ¡Todo eso no era para animar..! Comencé á arrepentirme de no haber intimado un poco más con esas dos sencillas personas, á quienes había tratado sin altivez, pero con la cortesía desapegada y á veces distraída que se usa con quienes son de un interés muy secundario en la vida; pero caí en la cuenta de que no podía modificar mis relaciones con ellos sin revelarles ó hacerles sospechar lo que yo quería ocultarles... Para hablar en secreto con la señorita Alberta, no tenía más que los encuentros en la escalera al subir á mi cuarto ó bajar de él; pero, en la escalera, podían vernos y oírnos... El único recurso á mi alcance en aquella casa tan metódica y pequeña, donde todo el mundo se codeaba, consistía en escribir; y puesto que la mano de aquella muchacha atrevida sabía buscar tan bien la mía por debajo de la mesa, no cabe duda de que aquella mano no haría muchos remilgos para coger la cartita que yo le diese; y la escribí. Fué la esquela de

circunstancias, la carta suplicante, imperiosa y embriagada, de un hombre que ha bebido ya el primer sorbo de felicidad y pide otro... Sólo que, para entregársela, no había más remedio que esperar á la comida del día siguiente, y eso me pareció largo; mas, al fin llegó esa comida. La tentadora mano, cuyo contacto llevaba yo veinticuatro horas de sentirlo en la mía, no dejó de volver á buscármela por debajo de la mesa, como la víspera. La señorita Alberta notó mi carta y la cogió muy bien, según lo tenía yo previsto. Pero lo que no preví es que, con aquel aire de infanta que lo desafiaba todo con su altivez de indiferencia, metió la esquela por la abertura del corpiño con rápido movimiento, levantando un encaje replegado; y todo eso con una naturalidad y tal presteza que nada notó su madre, quien, con los ojos puestos en lo que estaba haciendo, servía la sopa; y el imbécil de su padre, que se pasaba la vida pensando en su violín, no vió más que fuego.

—Nunca vemos más que eso, capitán, interrumpí alegremente, porque su historia me producía el efecto de ir á parar un poco deprisa á ser una aventurilla de guarnición, pero no me sospechaba lo que iba á seguir. Mire V., hace unos días, sin ir más lejos, había en un palco de la Opera inmediato al mío, una mujer, probablemente por el estilo de su señorita Alberta. Por supuesto, tenía más de dieciocho años, pero le doy á V. palabra de honor de que rara vez he visto una mujer de una decencia más majestuosa.

Mientras duró toda la obra, permaneció sentada é inmóvil como sobre una base de granito. No se volvió ni á derecha ni á izquierda una sola vez, pero sin duda veía por los hombros, que tenía desnudos y muy hermosos, porque en mi palco y detrás de nosotros dos había también un hombre joven, al parecer tan indiferente como ella para todo cuanto no fuese la ópera que se cantaba entonces. Puedo dar fe de que aquel joven no hizo ni una de las cucamonas usuales que los hombres hacen á las mujeres en los sitios públicos, y que pueden llamarse declaraciones á distancia. Sólo cuando se concluyó la función, y en esa especie de tumulto general de los palcos que se desocupan, púsose de pie la dama en el suyo, para abrocharse el albornoz, y la oí decir á su marido con la voz más conyugalmente imperiosa y clara: «Enrique, recógeme el capuchón.» Y entonces, por encima de la espalda de Enrique, que se había precipitado con la cabeza abajo, alargó ella el brazo y la mano y cogió una carta del joven, con la misma sencillez que hubiera tomado de manos de su marido el abanico y el ramo. El pobre hombre se levantó, sosteniendo el capuchón, un capuchón de color de fuego, pero menos encendido que su cara, y que, á riesgo de una apoplejía, había pescado como pudo debajo de las banquetas... ¡A fe mía! después de haber visto aquello me marché, pensando que en lugar de entregar ese capuchón á su mujer, hubiera hecho mejor en guardarlo para él, con el fin de ocultar lo

que acababa de salirle de pronto en la cabeza.

—Es buena esa historia—dijo el vizconde de Brassard bastante fríamente;—en otros momentos quizá me hubiese hecho más gracia; pero, déjeme V. acabar la mía. Confieso que con semejante muchacha no estuve intranquilo dos minutos acerca del destino de mi carta. Aunque hubiese estado colgada del cinturón de su madre, encontraría el medio de leerla y contestarme. Para una temporadilla de conversación por escrito, hasta contaba con aquel pequeño correo que acabábamos de inaugurar debajo de la mesa, cuando el día siguiente, al entrar en el comedor con la certidumbre, muy acariciada en el fondo de mi persona, de obtener en el acto una respuesta muy categórica á mi carta de la víspera, creí que me daba un torozón al ver que habían cambiado el cubierto y que la señorita Alberta estaba colocada donde siempre hubiera debido estarlo, entre su padre y su madre... ¿Y por qué ese cambio?... ¿Qué había pasado, sin saberlo yo? ¿Habían notado alguna cosa el padre ó la madre? Tenía frente á mí á la señorita Alberta, y la miraba con esa intención fija que desea ser comprendida. Había en mis ojos veinticinco signos interrogantes; pero los suyos estaban tan tranquilos, tan mudos, tan indiferentes como de costumbre. Me miraban cual si no me viesen. Nunca he visto un mirar que impacientase tanto como aquellas largas miradas tranquilas que caían sobre uno como si fuese una cosa. Estaba hir-

viendo en curiosidad, contrariedad, inquietud, un montón de sentimientos agitados y decaídos... y no comprendía cómo aquella mujer, tan segura de sí misma que pudiera creerse que en lugar de nervios tuviera debajo de su fina piel casi tantos músculos como yo, pudiese no atreverse á hacerme una seña de inteligencia que me advirtiese, que me hiciese pensar, que me dijese con la rapidez posible que nos entendíamos, que estábamos en connivencia y éramos cómplices en el mismo misterio, fuese ó no fuese amor... Había para preguntarse si verdaderamente era la mujer de la mano y del pie debajo de la mesa, de la carta cogida la víspera y guardada con tanta naturalidad en el corpiño, delante de sus padres, como quien se pone una flor. Tanto había hecho que no debiera apurarle echarme una mirada. Pero, no; nada conseguí. Transcurrió toda la comida sin esa mirada que acechaba yo, que esperaba, que quería encender en la mía y que no se encendió. «Habrá encontrado algún medio de contestarme» decía para mí al dejarla mesa y subir á mi cuarto, no pensando que tal persona pudiese retroceder después de haberse adelantado tan increíblemente; no admitiendo que pudiera temer nada, ni importársele de nada en tratándose de sus caprichos, y no pudiendo creer, francamente, que por lo menos no lo tuviese por mí.

«Si sus padres no tienen sospechas, pensaba también, si la casualidad es lo que ha sido causa de ese cambio de cubierto en la mesa, mañana volveré

á encontrarme junto á ella...» Pero ni al día siguiente, ni en los demás, ya no me vi junto á la señorita Alberta, quien continuó con la misma incomprendible fisonomía y el mismo tono suelto para decir las nonadas y los lugares comunes de que había costumbre de hablar en aquella mesa de gente de poco fuste. Comprenderá V. que yo la observaba como hombre á quien le interesa la cosa. Tenía un aire lo menos contrariado posible, cuando yo lo estaba horriblemente, hasta la ira; una ira capaz de partirme por el eje, y que era preciso disimular. Y aquel aire que jamás perdía, poníame aún más lejos de ella que la mesa redonda interpuesta entre nosotros. Y tan violentamente desesperado me encontraba, que concluí por no temer comprometerla mirándola, apoyando en sus grandes ojos impenetrables, y que permanecían helados, el peso amenazador y ardoroso de los míos. ¿Era una añagaza su conducta? ¿Era coquetería? ¿No era sino un capricho en pos de otro capricho? ¿O era simplemente estupidez? De entonces acá he llegado á conocer mujeres de esa clase: al pronto insurrección de los sentidos, y luego estupidez. «¡Si los hombres conociesen el momento preciso!» decía Ninón. ¿Había pasado ya el momento de Ninón? Sin embargo, continuaba yo esperando siempre... ¿qué?... una palabra, una seña, cualquiera cosa arriesgada en voz baja, al levantarnos de la mesa, entre el ruido de las sillas al moverlas; y como eso no sucedía, quebrábame los cascos, con las ideas más estrambóticas, con todo

lo más absurdo que imaginarse pueda. Se me puso en la cabeza que, con todas las imposibilidades que en casa nos rodeaban, me escribiría por el correo interior; que sería lo suficiente astuta, cuando saliese con su madre, para colar una carta en el buzón. Y bajo el imperio de esta idea, requemábame la sangre dos veces diarias, una hora antes de que pasara el cartero por delante de casa... En aquella hora decía diez veces á la vieja Oliva, con voz ahogada: «¿Hay carta para mí, Oliva?» Y siempre me contestaba ella: «No, señor, no la hay.» ¡Ah, la dentera concluyó por ser hartó aguda. El deseo burlado trocóse en odio. Me puse á odiar á aquella Alberta; y, por odio de deseo burlado, á explicar su conducta conmigo por los móviles que más pudieran hacerme despreciar, porque el aborrecimiento tiene sed de menosprecio. El desprecio es el néctar del odio. «¡Pícaro cobarde, que tiene miedo de una carta!» decía para mí. Como ve V., llegaba á los improperios. Insultábala con el pensamiento, sin creer que al injuriarla la calumniase. Hasta me esforzaba en no pensar más en ella, á quien acribillaba con los epítetos más soldadescos, cuando hablaba de ella con Luis de Meung; pues le hablé de ella porque el empeño á que me había arrojado había extinguido en mí todo género de caballerosidad; y había narrado toda mi aventura á mi buen Luis, quien se retorció los rubios bigotes al oirme, y me decía sin ambajes, porque no eramos moralistas en el regimiento número 27:

—¡Haz lo que yo! Un clavo saca otro clavo. Toma por querida á una costurerilla de la ciudad, y no pienses más en ese demonio de chica.

Pero no seguí el consejo de Luis. Estaba hartó interesado en el juego, para eso. Si hubiese podido saber ella que yo me echaba una querida, quizá hubiera tomado una para azotarla con los celos el corazón ó la vanidad. Pero no lo sabría. ¿Cómo había de llegar á saberlo? De llevarme una querida á casa, como Luis á su *Fonda de Postas*, eso era romper con las gentes buenas con quienes vivía y que inmediatamente me hubieran rogado que buscara otro alojamiento; y yo no quería renunciar, si no podía conseguir más que eso, á la posibilidad de encontrar de nuevo la mano ó el pie de aquella tentadora Alberta, quien, después de lo á que se había atrevido, continuaba siendo siempre la gran princesa Impasible.

—Di, más bien Imposible—replicábame Luis, burlándose de mí.

Pasó un mes completo, y á pesar de mi resolución de mostrarme tan olvidadizo é indiferente como ella, de contraponer mármol á mármol y frialdad á frialdad, no viví sino con la tensión del acecho, que aborrezco hasta en la caza. ¡Sí, mis días fueron un acechar perpetuo! Acecho, cuando bajaba á comer y esperaba encontrarla sola en el comedor, como la primera vez. Acecho al comer, cuando mi vista buscaba de frente y de lado á la suya, encontrándola limpia é infernalmente serena, y que ni se apartaba de la mía ni contestaba á ella. Acecho despues de co-

mer, porque me quedaba después un rato á la sazón para ver á ambas damas reanudar su labor junto al alféizar de la ventana, espiando si dejaría caer *ella* alguna cosa, el dedal, las tijeras, un trapo, que pudiese recoger yo, y al entregárselos tocar su mano, aquella mano que entonces tenía yo atravesada en el cerebro. Acecho en mi cuarto, creyendo siempre oír á lo largo del pasillo aquel pie que se había puesto encima del mío con una voluntad tan absoluta. Acecho hasta en la escalera, donde creía poder encontrarla, y donde la vieja Oliva me sorprendió una vez de centinela, con gran confusión mía. Acecho en mi ventana, esa ventana que ve V., donde me plantaba cuando ella tenía que salir con su madre, y de donde no me movía antes de que regresase, tan en vano para mí como todo lo demás. Cuando salía, envuelta en su chal de polluela, un chal de rayas rojas y blancas, ¡nada se me olvida!, sembrado de flores negras y amarillas en ambas rayas, no volvía su torso insolente ni una sola vez; y de regreso, siempre pegada á su madre, no alzaba la cabeza ni los ojos hacia la ventana donde la esperaba yo. ¡Tales eran los miserables manejos á que me había condenado! Bien sé que las mujeres nos obligan á todos á hacer más ó menos el oso, ¡pero en esas proporciones! Aún se me subleva la antigua fatuidad que debiera estar muerta en mí. ¡Ah, ya no pensaba en la dicha de mi uniforme! En cuanto terminaba el servicio del día, después del ejercicio ó la revista, regresaba á escape á casa; pero

no para leer rimeros de memorias ó de novelas, mis únicas lecturas por aquel tiempo. Ya no iba á casa de Luis de Meung, ni cogía el florete. No tenía el recurso del tabaco, que adormece la actividad cuando es devoradora, y del cual disponen Vds. los jóvenes que me han sucedido en la vida. Entonces no se fumaba en el regimiento número veintisiete, á no ser entre soldados, en el cuerpo de guardia, al jugar á la brisca encima del tambor... Permanecía pues ocioso de cuerpo destrozándome... no sé si era el corazón... sobre aquel diván que ya no me daba el grato frescor tan gustoso para mí en aquellos seis pies en cuadro de mi cuarto, donde me agitaba cual un leoncillo dentro de su jaula, al oler la carne fresca próxima á él.

Y si eso pasaba de día, lo mismo era en una gran parte de la noche. Me acostaba tarde; no dormía. Teníame despierto aquella Alberta del infierno, que lo había encendido en mis venas, y luego se había alejado como el incendiario que ni siquiera vuelve la cabeza para ver llamear el fuego detrás de él. Lo mismo que la ve V. esta noche, y aquí el vizconde pasó el guante por el cristal del coche situado delante de él, para enjugar el vapor que empezaba á formar gotitas, bajé esa misma cortina en esa misma ventana, que entonces igual que ahora no tenía persianas, con el fin de que los vecinos, más curiosos en provincias que en ninguna otra parte, no figoneasen el fondo de mi cuarto. Era este un aposento de la época, un aposento á es-

tilo de los del Imperio, entarimado en punto de Hungría, sin alfombra, en que el bronce veíase por todas partes destacándose de la madera de cerezo, primero en forma de cabezas de esfinge en los cuatro ángulos de la cama y de garras de león en sus cuatro pies; luego en todos los cajones de la cómoda y de la gaveta, en forma de camafeos con cara de león y con anillas colgantes de sus fauces verdosas, y de las cuales se tiraba para abrir esos muebles. Una mesa cuadrada, de un cerezo más rojizo que el del resto del mueblaje, con tabla de mármol gris y rebordes de cobre calados, estaba enfrente de la cama, contra la pared, entre la ventana y la puerta de un gran cuarto tocador; y frente á la chimenea el gran diván de tafilete azul de que tanto le tengo hablado ya... En todos los ángulos de aquella estancia elevada y espaciosa había rinconeras de falsa laca de China, y en una de ellas veíase misterioso y blanco entre la oscuridad del rincón, un antiguo busto reproducido de la Níobe clásica, que asombraba encontrar allá, en casa de esos vulgares miembros de la clase media. Pero, ¿no pasmaba mucho más esa incomprensible Alberta? Las paredes, revestidas de madera y pintadas al óleo con un color blanco amarillento, no tenían cuadros ni grabados. En ellas había puesto mis armas, tendidas sobre largas grapas de cobre dorado. Cuando tomé esa gran calabaza de habitación, como decía con elegancia el teniente Luis de Meung, que no poetizaba las cosas, hice poner en medio

una gran mesa redonda que cubrí de mapas militares, de libros y papeles: era mi escritorio. Allí escribía, cuando tenía que escribir... Pues bien, una tarde, ó, mejor dicho, una noche, había llevado el diván junto á esa gran mesa y dibujaba allí á la luz de la lámpara, no para distraerme del único pensamiento que me absorbía desde un mes atrás, sino para sumergirme aún más en él; porque lo que dibujaba era la cabeza de aquella enigmática Alberta, era el rostro de aquella diablesa de mujer, de la cual estaba poseso, como dicen los devotos que se está del diablo. Era tarde. La calle, por donde pasaban todas las noches dos diligencias en dirección opuesta (como hoy), una á las doce y tres cuartos y otra á las dos y media de la madrugada, parando ambas en la *Fonda de Postas* para mudar de tiro, la calle estaba silenciosa como el fondo de un pozo. Hubiera oído el vuelo de una mosca; pero, si acaso había alguna en mi aposento, debía de dormir en algún rincón de la vidriera ó en uno de los pliegues acanalados de esa cortina, de fuerte tela de seda cruzada, que había soltado de sus alzapaños y caía recta é inmóvil delante de la ventana. El único ruido que había entonces en torno mío lo hacía yo con el lápiz y el difumino. Sí, *ella* era lo que yo dibujaba; y sólo Dios sabe con qué caricias de mano y con qué ardiente preocupación. De pronto, sin ningún ruido de cerradura que me lo advirtiese, entreabióse mi puerta, emitiendo ese sonido aflautado de las puertas que tienen secos los goznes, y

se quedó entornada como si tuviese miedo del sonido que acaba de lanzar. Alcé los ojos creyendo haber cerrado mal aquella puerta que se abría ella sola, impensadamente, filando aquellas notas quejumbrosas, capaces de hacer estremecerse de noche á los que velan y despertarse á los que duermen. Me levanté de la mesa para ir á cerrarla; pero la entornada puerta se abrió cada vez más y con mayor suavidad, pero renovando el agudo chillido, que sonó como un gemido en la casa silenciosa; y cuando se hubo abierto de par en par, vi á Alberta... ¡Alberta, que á despecho de las precauciones de un miedo que debía de ser inmenso, no había logrado impedir que chillase aquella puerta maldita!

¡Ira de Dios! hablan de visiones los que creen en ellas, pero la visión más sobrenatural no me hubiera causado la sorpresa, la especie de puñalada en el corazón que sentí y que se repitió con insensatas palpitaciones, cuando ví venir hacia mí aquella Alberta, desfavorida por el ruido que acababa de hacer al abrirse aquella puerta, y que empezaría de nuevo si la cerraba. No se olvide V. de que yo no tenía diez y cho años. Vió tal vez mi terror por el suyo. Con enérgico ademán reprimió el grito de sorpresa que podía escapármeme, y que de seguro se me hubiera escapado, sin ese ademán, y volvió á cerrar la puerta, no ya con lentitud, puesto que la lentitud la había hecho rechinar, sino con rapidez, para evitar ese chillido de los goznes (que no sólo no evitó, sino que se repitió más claro,

más franco, de un tirón y sobreagudo), y cerrada la puerta, puesto el oído contra ella, escuchó para observar si respondía á aquél algún otro ruido, que hubiera sido más intranquilizador y más terrible... Creí verla tambalearse... Me lancé hacia ella, y bien pronto la tuve entre mis brazos...

—¡Su Alberta de V. tenía agallas!— dije al capitán.

—Acaso crea V.—prosiguió, como si no hubiese oído mi burlesca observación—que cayó en mis brazos, de espanto, de pasión, perdida la cabeza, como una joven perseguida ó á quien se puede perseguir, que no sabe ya lo que hace al entregarse á la última de las locuras, cuando se abandona á ese demonio que todas las mujeres tienen — según se dice — metido en alguna parte, y que sería siempre dueño absoluto de ellas, si no tuviesen también otros dos para contrariar á aquél, la cobardía y la vergüenza. Pues bien, ¡no, no fué así! Se engañaría V., si tal creyese... Ella no tenía ninguno de esos miedos vulgares y atrevidos... Más bien fué ella quien me estrechó en sus brazos, que yo á ella en los míos... Su primer impulso había sido esconder la frente contra mi pecho; pero la levantó y me miró con los ojos abiertos de par en par — ¡unos ojos inmensos! — como para ver si en efecto era yo á quien tenía de ese modo entre sus brazos. Estaba horriblemente pálida, como nunca la había visto yo de pálida; pero no se habían alterado sus facciones de princesa. Tenían como siempre la inmovilidad y la firmeza de.

una medalla. Sólo que por su boca, de labios ligeramente regordetillos, vagaba no sé que extravío, que no era el de la pasión satisfecha ó que va á serlo enseguida. Y ese extravío tenía en aquel momento un no sé qué tan sombrío, que, para no verlo; planté en aquellos hermosos labios rojos y eréctiles el robusto y fulminante beso del deseo triunfante y soberano. La boca se entreabrió... pero los negros ojos, de una negrura profunda, y cuyos largos párpados casi tocaban á mis párpados, no se cerraron, ni palpitaron siquiera; pero en el fondo de ellos, como en su boca, vi pasar la demencia. Enganchada por ese beso de fuego y como cogida por los labios que se adherían á los suyos, aspirada por el aliento que la respiraba, pegada siempre á mí, la llevé hasta encima de aquel diván de tafilete azul—mi parrilla de San Lorenzo desde hacía un mes que me revolcaba en él, pensando en ella—y cuyo tafilete azul se puso á crugir voluptuosamente debajo de su dorso desnudo, porque estaba casi en cueros. Acababa de salir de su cama, y para venir, se había visto obligada... ¿lo creera V?... á cruzar el aposento donde dormían su padre y su madre. Lo había atravesado á tientas, con las manos hacia adelante, para no tropezar con algún mueble que hubiera resonado con su choque y hubiera podido despertarlos.

—¡Ah!—exclamé.—No, se es más valiente en las trincheras. ¡Era digna de ser la querida de un soldado!

—Y lo fué desde aquella primera

noche—replicó el vizconde.—Lo fué, con tanto ímpetu como yo, ¡y cuidado si tenía yo ímpetu, se lo juro á V.! Pero igual da... ¡vea V. el desquite! En nuestros más vivos transportes de placer, ni ella ni yo pudimos olvidar la espantosa situación que Alberta nos creaba á los dos. En el seno de esos goces que venía á buscar y á ofrecerme, estaba entonces como absorta por el acto que ejecutaba con una voluntad tan firme, con un empeño tan tenaz. Yo no me asombraba: ¡estaba estupefacto! Sin decírselo ni manifestárselo, tenía la más horrible angustia en el corazón, mientras ella me apretaba contra el suyo hasta dejarme sin aliento. A través de sus suspiros de placer, á través de sus besos, á través del aterrador silencio que reinaba en aquella casa dormida y confiada, escuchaba yo una cosa horrible: ¡Si se despertaría su madre, si se levantaría su padre! Y hasta por encima de su hombro miraba yo detrás de ella si la puerta, á la cual no había echado la llave por temor al ruido que pudiera hacer, no iba á abrirse de nuevo y mostrarme pálidas é indignadas, las dos cabezas de Medusa de aquellos dos viejos á quienes burlábamos con una cobardía tan audaz, surgiendo de pronto en medio de la noche como imágenes de la hospitalidad violada y de la justicia. Hasta esos voluptuosos crujidos del tafilete azul de nuestro diván, que me habían tocado la diana del amor, me hacían estremecer de espanto... Mi corazón palpitaba encima del suyo, que parecía golpearme con sus

latidos... Aquello era embriagador y desembriagador á la vez, ¡pero era terrible! Más tarde me fuí acostumbrando á todo eso. A fuerza de renovar impunemente aquella imprudencia sin nombre, me volví tranquilo en tal imprudencia. A fuerza de vivir en aquel riesgo de ser sorprendidos, me avecé á él. Ya no pensaba en eso. No pensaba más que en ser feliz. Desde aquella primera noche formidable, que hubiera debido espantarla de las otras que siguieron, había decidido que vendría á mi cuarto una noche sí y otra no, puesto que yo no podía ir al suyo — á su alcoba de solterita, sin más salida que por las habitaciones de sus padres; — y vino con regularidad cada dos noches, pero sin perder nunca la sensación, el estupor, de la primera vez. El tiempo no produjo en ella el efecto que en mí producía. No se endureció para el peligro, afrontado cada noche. Siempre permanecía silenciosa, hasta junto á mi corazón, hablándome apenas con la voz — pues, por supuesto, ya comprenderá V. que era elocuente; — y cuando más tarde adquirí serenidad, á fuerza de peligros arrostrados y vencidos, y la hablé como se habla con la querida, de lo que constituía ya el pasado entre nosotros y de aquella frialdad que había sucedido á sus primeras audacias, inexplicable y desmentida por el hecho de tenerla en mis brazos; cuando, en fin, la dirigí todos esos porqués insaciables del amor, que en el fondo quizá no es más que una curiosidad, nunca me respondió sino con largos abrazos. Su triste boca permanecía muda del todo... ; excepto de besos! Hay mujeres que nos dicen: «Me pierdo por tí» ó «Bien me vas á despreciar» y esas son diferentes maneras de expresar la fatalidad del amor. Pero, ella no. No decía una palabra... ; Cosa extraña, y aún más extraña persona! Producíame el efecto de una gruesa y dura tapa de mármol, que abrasaba, con lumbre por debajo... Creí que llegaría un momento en que por fin se rajase el mármol con el calor ardiente; pero el mármol no perdió nunca su rígida tersura. Las noches en que iba á entregarse á mí, no tenía más abandono ni más palabras; y, me permito esta frase eclesiástica, siempre fué tan *difícil de confesar* como la primera noche que entró en mi cuarto. Nada más pude sacar en limpio... A lo sumo, un monosílabo arrancado por obsesión de aquellos hermosos labios por los cuales estaba tanto más enloquecido cuanto más fríos é indiferentes los había visto durante el día; y aun así, un monosílabo que no daba gran luz acerca de la naturaleza de aquella joven, que me parecía ella sola más esfinge que todas las esfinges cuya imagen se multiplicaba en torno mío, en aquel aposento de estilo del Imperio.

— Pero, capitán — interrumpí de nuevo; — sin embargo, ¿tuvo término todo aquello? V. es un hombre de temple, y todas las esfinges son animales fabulosos. No los hay en la vida; y ¡qué diablo! acabaría V. por encontrar lo que escondía en su regazo aquella buena pieza.

— ¡Término! Sí, tuvo término, — ex-

clamó el vizconde de Brassard bajando bruscamente el vidrio del cupé, como si hubiese faltado la respiración á su pecho monumental y necesitase aire para concluir lo que tenía que contar. —Pero, como dice V., el regazo de aquella joven singular no se abrió para eso. Nuestros amores, nuestras relaciones, nuestra intriga, —llámelo V. como guste, — nos dieron, ó más bien *me* dieron, sensaciones que no creo haber experimentado nunca desde entonces con mujeres más amadas que aquella Alberta que quizá no me amaba, á quien tal vez no amaba yo. Nunca he comprendido bien lo que yo sentía por ella y ella sentía por mí, ¡y eso duró más de seis meses! Durante esos seis meses, todo lo que comprendí fué un género de goce del que no se tiene idea en la juventud. Comprendí el goce de los que se ocultan. Comprendí el placer del misterio en la complicidad que, aun sin la esperanza del triunfo, aún formaría conspiradores incorregibles. En la mesa de sus padres como en todas partes, Alberta era siempre la señora infanta que tanto me había chocado el primer día que la vi. Sobre su frente neroniana, sus cabellos azules en fuerza de ser negros, que formaban fuertes sortijillas hasta tocar á las cejas, no dejaban transpirar nada de la noche pecadora que no producía en ella ningun rubor. Y yo que trataba de ser tan impenetrable como Alberta, pero que estoy seguro de que me hubiera hecho diez veces traición á mí mismo si me hubiese tratado con personas observadoras, me ahitaba orgu-

lloso y casi sensualmente en lo más recóndito de mi ser con la idea de que toda aquella soberbia indiferencia era mía, y tenía para mí todas las bajezas de la pasión, si es que la pasión puede ser baja nunca. Nadie más que nosotros sabía eso en la tierra... ¡y era deliciosa esta idea! Nadie; ni siquiera mi amigo Luis de Meung, con quien era discreto desde que era feliz. Sin duda lo había adivinado todo, puesto que él también era tan discreto como yo: no me hacía preguntas. Había reanudado con él sin esfuerzo mis hábitos de intimidad, los paseos con uniforme de gala ó de diario, las partidas de imperial, los asaltos de esgrima y los vasos de ponche. ¡Pardiez! cuando se sabe que el placer vendrá, en forma de una joven hermosa que tiene como una especie de *furor*... en el corazón, á visitarle á uno con regularidad en noches alternas, eso simplifica lindamente los días.

—Pero los padres de esa Alberta, ¿dormían como los Siete Durmientes? —exclamé de burlas, cortando por lo sano las reflexiones del antiguo *dandy* con una broma, y para no parecer interesado en extremo por su historia, que me interesaba; porque con los *dandys* no hay más que la broma para ser tenido un poco en serio.

—¿Con qué cree V. que busco fuera de la realidad efectos de narrador?— dijo el vizconde.—Pero, ¡si yo no soy novelista! Algunas veces no acudía Albertina. En toda una noche no se abría la puerta, cuyos aceitados goznes estaban ahora suaves como el al-

godón en rama; y era porque su madre la había oído y llamado, ó porque su padre la había visto deslizarse á tientas á través del cuarto. Sólo que Alberta, con su cabeza de acero, encontraba cada vez un pretexto: le había dado una indisposición... iba en busca del azucarero sin llevar luz, por temor á despertar á nadie.

—Esas cabezas de acero, capitán, no son tan escasas como aparenta V. creerlo,—interrumpí otra vez, por contrariarle.— Después de todo, su Alberta no era de más temple que la mocita que en la alcoba de su abuela, dormida detrás de sus colgaduras, recibía todas las noches á un amante que entraba por el balcón; y la cual, no teniendo un diván de tafíete azul, se acomodaba para eso encima de la alfombra, á la pata la llana... Conoce V. esa historia lo mismo que yo. Cierta noche, exhalado al parecer por la joven en el colmo del placer, un suspiro más fuerte que los anteriores despertó á la abuela, quien desde dentro de las colgaduras gritó un «¿Qué tienes, niña?» capaz de hacerla desmayarse bajo el pecho de su amante. Mas no por eso dejó de responder desde su sitio: «Abuelita, es que se me clava la varilla del corsé al buscar la aguja que se me ha caído en la alfombra, y no la encuentro.»

—Si, conozco esa historia—replicó el vizconde de Brassard, á quien había querido humillar en la persona de su Alberta, con una comparación.— Si mal no recuerdo, la joven de quien habla V. era de la familia de los Guisa,

y salió del apuro como una joven digna de su apellido; pero se calla V. que á partir de aquella noche no volvió á abrir más el balcón á su amante, que según creo lo era el señor de Noirmontier; al paso que Alberta volvía á la noche siguiente de esos terribles apuros, y se exponía con más afán al peligro arrostrado, como si no se tratase de nada. A la sazón, yo no era más que un subteniente bastante mediano en matemáticas y que se ocupaba de ellas muy poco; más, para quien sabe hacer el menor cálculo de las probabilidades, era evidente que un día... mejor dicho, una noche... aquello tendría un desenlace...

—¡Ah, sí!—exclamé, recordando sus palabras anteriores á su historia;—el desenlace que había de darle á conocer á V. la sensación del miedo, capitán.

—¡Precisamente!—respondió con un tono más grave y que contrastaba con el tono ligero en que yo me expresé.— Ya lo ha visto V., ¿no es así?; desde el día en que me agarró la mano por debajo de la mesa, hasta la noche en que surgió como un fantasma en el marco de mi puerta, Albertina no me había escatimado las emociones. Había hecho pasar por mi alma más de un genero de escalofrío; más de una especie de terror; pero eso no era aún sino la impresión de las balas de fusil que silban en torno de uno y de las balas de cañón cuyo viento se siente: se tiembla, pero se sigue adelante siempre. Pues bien, no fué ya eso. ¡Fué miedo, completo y verdadero miedo; y no ya

para Alberta, sino para mí, y sólo para mí! Lo que tuve fué positivamente esa sensación que debe de poner tan pálido el corazón como la cara; fué aquel pánico que hace emprender la huída á regimientos en masa. El que habla en este momento con V. ha visto huir á todo el regimiento entero de Chamboran, al heroico Chamboran, sueltas las bridas, á galope tendido, arrebatando en su oleada despavorida á su coronel y á sus oficiales. Pero en aquella época aún no había yo visto nada, y aprendí... lo que me parecía imposible llegar á saber.

Oiga V.... Era una noche... con la vida que llevábamos, no podía ser más que una noche... Era una larga noche de invierno y no diré que una de las más tranquilas para nosotros, porque ya lo eran todas, y habían llegado á serlo en fuerza de ser dichosas. Dormíamos en la boca de aquel cañón cargado; no teníamos la menor inquietud en entregarnos á los placeres del amor encima de aquella hoja de sable puesta al través de un abismo, como el puente del infierno de los turcos; Alberta había venido más pronto que de costumbre, para estar mucho más tiempo. Cuando venía así, mi primera caricia, mi primer movimiento de amor era para sus pies, no calzados entonces con botitos verdes ó de color de hortensia, esas dos coqueterías suyas y delicias mías, sino que desnudos para no meter ruido, llegaban hasta mí yertos por el frío de las baldosas sobre las cuales había andado, á lo largo del corredor que desde el cuarto de

sus padres conducía á mi cuarto, sito al otro extremo de la casa. Yo le calentaba esos pies helados por mí; que, al salir de una cama caliente, tal vez le acarreasen por mí alguna horrible enfermedad del pecho... Sabía el medio de templárselos, y dar tonos de rosa ó de bermellón á esos pies pálidos y fríos; pero aquella noche fracasó mi recurso... Mi boca fué impotente para atraer hacia aquel empeine combado y hechicero la placa de sangre que á menudo placiame producir en él, como una roseta de color de fuego... Aquella noche, Alberta estaba más silenciosamente amorosa que nunca. Sus apretones tenían esa languidez y esa fuerza que eran para mí un lenguaje; y un lenguaje tan expresivo, que si yo seguía hablándola y la decía todas mis locuras y todas mis embriagueces, ya no la pedía que me respondiese y hablase. La comprendía por lo prieto de sus abrazos. De pronto, ya no la comprendí. Sus brazos dejaron de oprimirme sobre su pecho, y creí en uno de esos casi desmayos como le daban con frecuencia, aunque por lo común conservaba en sus deliquios la crispada fuerza del aprietaamiento... Todo puede decirse entre nosotros; somos dos hombres, y podemos hablar como dos hombres... Sabía yo por experiencia los espasmos voluptuosos de Alberta; y cuando se apoderaban de ella, no interrumpían mis caricias. Continuaba yo en mi postura, encima de su corazón, esperando que recobrase la vida consciente, con la orgullosa certidumbre de que recobra-

ría los sentidos debajo de los míos, y que el rayo que la había herido la resucitaría volviéndola á herir otra vez... Pero se engañó mi experiencia. Mirábala yo tal como estaba ella, entrelazada conmigo encima del diván azul, espiando el momento en que sus ojos, ocultos bajos sus anchos párpados, me volviesen á mostrar sus hermosos globos de terciopelo negro y de fuego; en que sus dientes, que se apretaban y rechinaban casi hasta romper su esmalte al menor beso dado de pronto en su cuello y corrido á lo largo por sus hombros, se entreabriesen y dejasen paso á su aliento. Pero ni volvieron en sí los ojos, ni se separaron los dientes... El frío de los pies de Alberta había ido subiendo hasta sus labios y debajo de los míos... Cuando sentí aquella horrible frialdad me incorporé de medio cuerpo arriba para mirarla mejor, desprendí de mí cintura con sobresalto sus brazos, uno de los cuales cayó sobre ella y el otro quedó colgando hasta el suelo desde el diván donde estaba tendida boca arriba. Despavorido, pero lúcido aún, le puse la mano en el corazón... ¡Nada! ¡No había nada en el pulso, nada en la sien, nada en las arterias carótidas, nada en ninguna parte de su cuerpo... nada más que la muerte en todas ellas y con su espantosa rigidez!

¡Estaba seguro de la muerte... y no lo quería creer! El cerebro humano tiene esas estúpidas voluntades, contra la claridad misma de la evidencia y del destino. Alberta había muerto. ¿De qué?... Yo no lo sabía: no era mé-

dico. Pero estaba muerta; y aunque vi con la claridad de la luz del mediodía que era inútil cuanto pudiese hacer, sin embargo, hice todo cuanto me parecía tan desesperadamente inútil. En mi absoluta carencia de todo, de conocimientos, de instrumentos, de recursos á qué apelar, vertí sobre su frente todos los frascos de mi tocador. Le pegué resueltamente en las manos, á riesgo de despertar los ruidos de aquella casa donde el más leve rumor nos hacía temblar. A uno de mis tíos, comandante del 4.º de dragones, le había oído decir que un día salvó á un amigo suyo de una apoplejía, sangrándole á escape con una de esas lancetas que se usan para sangrar á los caballos. Tenía mi cuarto lleno de armas. Cogí un puñal y pinché con él en la sangría el brazo de Alberta. Destrocé aquel espléndido brazo de donde no corrió sangre. Algunas gotas se coagularon allí: estaba cuajada. Ni besos, ni chupones, ni mordeduras pudieron galvanizar aquel rígido cadáver, aquel cuerpo que se volvió cadáver bajo mis labios. No sabiendo ya lo que me hacía, concluí por echarme encima de ella, medio que según dicen añejas historias emplean los taumaturgos para hacer resucitar, no esperando volver á encender allí la vida, pero conduciéndome como si lo esperase. Y encima de aquel cuerpo helado fué donde se me apareció con claridad una idea, que no se había desprendido del caos en que me sumió la horripilante muerte repentina de Alberta... ¡y tuve miedo!

¡Oh!... ¡pero un miedo!... ¡un miedo inmenso! Alberta había muerto en mi cuarto, y su muerte lo pregonaba todo. ¿Qué iba á ser de mí? ¿Qué era preciso hacer?... ¡Con ese pensamiento sentí la mano, la mano física de aquel terror tremendo, entre mis cabellos erizados como agujas! Mi columna vertebral se derritió en un fango helado y quise luchar, pero en vano, contra aquella deshonorosa sensación... Me dije que era preciso tener sangre fría... que, después de todo, era yo un hombre... que era militar. Me puse las manos en la cabeza, y, cuando el cerebro me daba vueltas dentro del cráneo, me esforcé en razonar la situación horrible en que estaba metido... y en detener, para fijarlas y examinarlas, todas las ideas que me azotaban el cerebro como una cruel peonza, y todas las cuales, á cada vuelta iban á chocar contra ese cadáver que estaba en mi aposento, contra ese cuerpo inanimado de Alberta que yo no podía volver á su alcoba y que su madre tendría que encontrar á la mañana siguiente en el *dormitorio del oficial*; muerta y deshonorada! La idea de aquella madre, á la cual habría yo tal vez muerto al deshonorarla, pesábase en el corazón más que el mismo cadáver de Alberta... No se podía ocultar la muerte; pero el deshonor, probado por el cadáver en mi cuarto, ¿no había medio de ocultarlo?... Tal era la pregunta que me hacía á mí mismo, el punto fijo que miraba dentro de mi cabeza. Dificultad creciente á medida que la miraba, y que adqui-

ría las proporciones de una imposibilidad absoluta. ¡Alucinación horrible! Parecíame por momentos que el cadáver de Alberta llenaba toda mi estancia y ya no podía salir de allí. ¡Ah! Si la suya no hubiese estado situada detrás de las habitaciones de sus padres, á riesgo de todo, la hubiera vuelto á llevar á su cama. ¿Pero podía yo hacer con su cuerpo muerto en brazos, lo que viva hacía ella ya con tanta imprudencia, y aventurarme así á atravesar un cuarto para mí desconocido, donde no había entrado nunca, y en el cual descansaban durmiendo con el sueño ligero de la vejez el padre y la madre de la infeliz?... Y sin embargo, tal era el estado de mi cabeza, impelíanme con tanta furia el miedo al mañana y á aquel cadáver en mi aposento, que se apoderó de mí esa idea, esa temeridad, esa locura de llevar á Alberta á su alcoba, como único medio de salvar la honra de la pobre muchacha y de ahorrarme la vergüenza de las acusaciones del padre y de la madre, en una palabra, de librarme de aquella ignominia. ¿Lo creerá V.? ¡Apenas puedo creerlo yo mismo cuando pienso en ello!

Tuve fuerzas para coger el cadáver de Alberta, y levantándola por los brazos, cargar con ella en hombros. ¡Horrible losa de plomo, más pesada, mucho más, que la de los condenados en el infierno del Dante! Hay que haber llevado como yo aquella carga de una carne que una hora antes hacía hervir de deseos la sangre, y que á la sazón me dejaba yerto... ¡Hay que ha-

berla llevado, para saber bien lo que era! Así cargado, abrí mi puerta y con los pies descalzos, como ella, para hacer menos ruido, me metí por el corredor que conducía á la alcoba de sus padres, y cuya puerta estaba en el fondo de él, deteniéndome á cada paso con las piernas desfallecidas, para escuchar el silencio nocturno de la casa, sin oír más que las palpitations de mi corazón. Aquello fué largo. Nada se movía... Iba paso á paso... Sólo, cuando llegué junto á la terrible puerta del cuarto de sus padres, la cual me era preciso trasponer y que al venir Alberta no había cerrado del todo para encontrarla entornada al regreso, y cuando oí las dos respiraciones lentas y tranquilas de esos dos pobres viejos dormidos con toda la confianza de la vida, ¡ya no me atreví!... No me atreví á pasar aquel umbral oscuro y abierto en las tinieblas... Retrocedí; huí casi con mi carga. Cada vez más despavorido, regresé á mi cuarto. Volví á poner el cuerpo de Alberta sobre el diván, y agachado de rodillas junto á ella, repetí las suplicantes preguntas: ¿Qué hacer? ¿Qué iba á ser de mí? En el derrumbamiento que en mí se efectuaba, pasó por mi mente la idea insensata y atroz de arrojar por la ventana el cuerpo de aquella hermosa joven, ¡mi querida por seis meses! ¡Desprécieme V.! Abrí la ventana... aparté la cortina que ve V. allá... y miré el tenebroso agujero en el fondo del cual estaba la calle, porque estaba muy oscura aquella noche. No se veía el empedrado. «Creerán en un suicidio» pensé; y cogiendo otra vez á Alberta, la levanté en vilo... Pero un relámpago de sentido común se cruzó con la locura. «¿Desde dónde se habrá matado, de dónde habrá caído, si mañana la encuentran debajo de mi ventana?...» me pregunté. La imposibilidad de lo que quería hacer me abofeteó. Cerré otra vez la ventana, que rechinó en su falleba. Volví á bajar la cortina de la ventana, más muerto que vivo con todo el ruido que hacía. Por supuesto, por la ventana, sobre la escalera, en el pasillo, por todas partes donde podía dejar ó arrojar el cadáver eternamente acusador, la profanacion era inútil. El exámen del cadáver lo revelaría todo; el ojo de una madre tan cruelmente advertida, vería todo lo que el médico ó el juez quisieran ocultarle... Era insoportable lo que sentía, y al ver relucir mis armas contra la pared de mi cuarto, cruzó por mí la idea de acabar de un pistoletazo, en el estado cobarde de mi alma *desmoralizada* (una palabra del Emperador, que más tarde comprendí). Pero, ¿qué quiere V.?... Seré franco: tenía diez y siete años, y amaba... á mi espada. Era soldado por gusto y sentimiento de raza. Jamás había entrado en fuego, y quería verlo. Tenía ambición militar. En el regimiento nos burlábamos de Werther, un héroe de aquellos tiempos, que nos daba lástima á los oficiales. El pensamiento que me impidió eximirme, matándome, del innoble miedo que seguía siendo dueño de mí, me condujo á otro que me pareció la salvación misma en el callejón sin salida

donde me retorció. «¡Si fuese en busca del coronel!» dije para mí.—El coronel es la paternidad militar.—Y me vestí como se viste uno cuando tocan generala, en una sorpresa... Tomé mis pistolas, por precaución de soldado. ¿Quién sabe lo que podría suceder?... Besé por última vez, con el sentimiento propio de los pocos años,—siempre se es sentimental á la edad de diez y siete,—la boca muda, y que siempre lo había estado, de aquella hermosa Alberta finada y que me colmaba desde seis meses atrás de sus más voluptuosos favores... Bajé de puntillas la escalera de aquella casa donde dejaba la muerte... Jadeando como un hombre que se fuga, empleé una hora (¡me pareció una hora!) en descorrer el cerrojo de la puerta de la calle y en hacer girar la gruesa llave dentro de su enorme cerradura; y después de haber vuelto á cerrar, con las precauciones de un ladrón, corrí como un fugitivo á casa de mi coronel.

Llamé allí cual si hubiese fuego. Resoné como una trompeta, cual si el enemigo hubiese estado á punto de arrebatarse la bandera al regimiento. Lo eché todo á rodar, incluso al ordenanza que quiso oponerse á que entrase á semejante hora en el cuarto de su amo; y una vez despierto el coronel por la tempestad de estrépito que armaba yo, se lo dije todo. Me confesé de un tirón y en toda regla, con rapidez y descarro, porque apremiaban los momentos, suplicándole que me salvase...

¡Era un hombre el coronel! De una ojeada, vió el horrible remolino den-

tro del cual forcejeaba yo... Tuvo lástima del más joven de *sus hijos*, como me llamó; ¡y creo que entonces me hallaba en estado de inspirar lástima! Con el juramento más francés, me dijo que era preciso comenzar por levantar el campo inmediatamente, yéndome de la ciudad, y que él se encargaría de todo... que vería á los padres en cuanto me hubiese marchado; pero que era menester largarme de aquí, tomar la diligencia que dentro de diez minutos cambiaría de tiro en la *Fonda de Postas*, y llegar á una ciudad que me designó y adonde él me escribiría... Me dió dinero, porque se me había olvidado cogerlo, me estampó cordialmente en las mejillas sus veteranos bigotes grises; y diez minutos después de aquella entrevista, trepé á la baca de la diligencia (no había otro sitio), que recorría el mismo trayecto que esta donde nos hallamos ahora, y pasé á golope debajo de la ventana (¡figúrese qué miradas la echaría!) del fúnebre aposento donde había dejado muerta á Albertina y que estaba iluminado como esta noche.»

El vizconde de Brassard se detuvo, con su fuerte voz un poco alterada. Ya no pensé en burlarme más. No fué largo el silencio entre nosotros.

—¿Y después?—le dije.

—Pues bien, velo ahí: ¡no hay después!—respondió.—Durante larguísimo tiempo, aquello atormentó mi curiosidad exacerbada. Seguí á ciegas las instrucciones del coronel. Aguardé con impaciencia una carta que me hiciese saber lo que había hecho y lo

que había sucedido después de mi partida. Aguardé un mes; al cabo del cual recibí, no una carta del coronel, quien sólo escribía con el sable en el rostro del enemigo, sino la orden de cambiar de cuerpo. Se me mandaba presentarme en el regimiento número 35, que iba á entrar en campaña; y era preciso que en el término de 24 horas quedase incorporado al nuevo regimiento á que pertenecía. Las inmensas distracciones de una campaña (¡y de la primera!), las batallas á que asistí, las fatigas y también las aventuras de mujeres que tuve después de aquella, me hicieron descuidar el escribir al coronel, y me apartaron del cruel recuerdo de la historia de Alberta, sin poder borrarlo no obstante. Lo tengo dentro, como una bala que no se puede extraer... Pensaba que un día ú otro me encontraría con el coronel, quien por fin me pondría al corriente de lo que deseaba saber; pero el coronel se hizo matar á la cabeza de su regimiento en Leipzig... Luis de Meung también se había hecho matar un mes antes... Esto es bastante despreciable; pero todo se adormece en el ánimo más robusto, y acaso por ser el más robusto... La devoradora curiosidad por saber lo que había pasado después de mi marcha concluyó por dejarme tranquilo. Habiendo transcurrido tantos años de entonces acá, y cambiado como estaba yo, hubiera podido venir sin que me conociesen á esta pequeña ciudad, é informarme por lo menos de lo que se supiese, de lo que se hubiese traslucido de mi trágica

aventura. Pero siempre me lo ha impedido algo que ciertamente no es el respeto á la opinión, de la cual me he burlado toda la vida, sino algo análogo á aquel miedo que no querría sentir por segunda vez.»

Ese *dandy*, que sin el menor *dandismo* me había contado una historia de tan triste realidad, se calló. Me quedé pensativo, bajo la impresión de aquella historia, y comprendí que ese brillante vizconde de Brassard, la flor de los más altivos *dandys*, el grandioso bebedor de *clarete*, al estilo inglés, era, como cualquier otro, un hombre más profundo de lo que parecía. Me acordaba de la frase que me había dicho al principio, acerca de la *mancha negra* que durante toda su vida había estropeado sus placeres de calavera... cuando de pronto, me cogió brusca-mente del brazo y me dijo:

—¡Calla, mire V. la cortina!

La sombra esbelta del talle de una mujer acababa de pasar por allí, dibujándose en ella.

—¡La sombra de Alberta!—exclamó el capitán, añadiendo con amargura: —La casualidad es hartó burlona esta noche.

La cortina había vuelto á ser un cuadrilongo vacío, rojo y luminoso. Pero el maestro carretero, que había estado trabajando en su tuerca mientras hablaba el vizconde, acababa de terminar su tarea. Los caballos de relevo estaban dispuestos y pateaban, sacando chispas con los cascos. El conductor de la diligencia, con el gorro de astracán encasquetado hasta las orejas

y con el registro, cogió las riendas y se encaramó en el pescante; y así que estuvo en la banqueta de la baca, gritó con voz clara la voz de mando, en medio de las tenebras de la noche:

—¡ Arre!

Y arreamos á andar; y bien pronto dejamos atrás la misteriosa ventana, que aún veo siempre en mis meditaciones, con su *cortina carmesí*.

J. BARBEY D'AUREVILLY.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS

AMOR DE MUJER

Traducción de Shakespeare.

Si osada mano su corriente enfrena,
encrepase el arroyo cristalino;
mas dejándole libre en su camino,
entre las guijas melodioso suena.

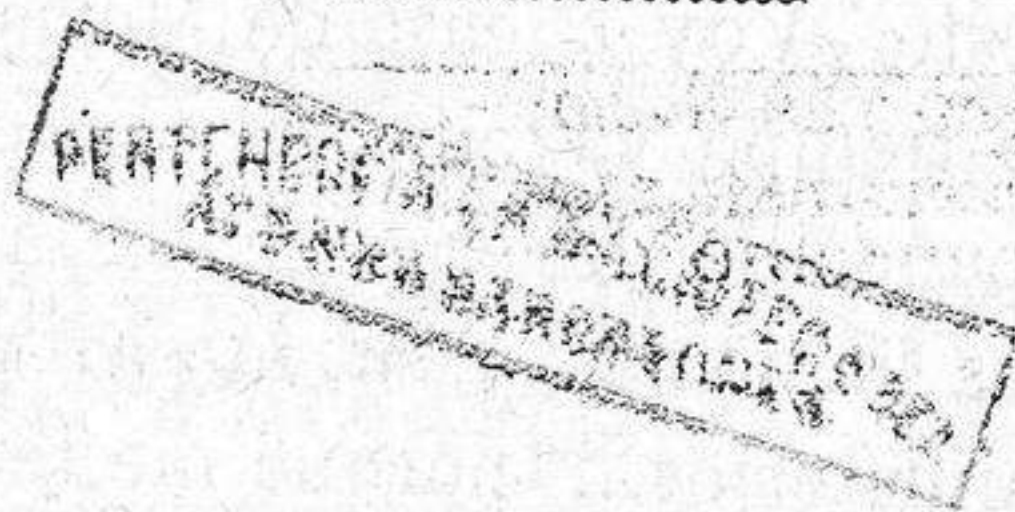
Los lirios besa de su orilla amena,
vueltas dando y revueltas peregrino,
hasta sumir, cumpliendo su destino,
en el inmenso mar su onda serena.

Si estorbáis mi pasión, yo me rebelo;
dejad en paz mi enamorada vida,
é iré, débil mujer, cual fuente mansa,

hasta llegar al solo bien que anhele,
y descansar allí, como alma herida
que en la gloriosa eternidad descansa.

M. A. CARO.

LA CARTERA DE BIXION



Una mañana del mes de Octubre, pocos días antes de abandonar París, presentóseme en casa, durante el almuerzo, un hombre con traje mugriento, cascarrioso, patizambo, cargado de espaldas, tiritando sobre sus largas piernas como un ave zancuda desplumada. Era Bixion. Sí, parisien- ses, vuestro Bixion, el fiero y encantador Bixion, ese guasón empedernido que tanto os ha regocijado de quince años á la fecha con sus folletos satíricos y sus caricaturas... ¡Ah, qué penuria la del infeliz! Sin una mueca que hizo al entrar, nunca le hubiese conocido.

Con la cabeza inclinada sobre el hombro y el bastón entre los labios como un clarinete, el ilustre y célebre chusco adelantóse hasta en medio de la habitación, y vino á tropezar con mi mesa, diciendo con voz doliente:

—¡Tengan lástima de este pobre ciego!...

Estaba tan bien imitado, que no pude por menos de echarme á reír. Pero él me dijo muy fríamente:

—Si cree V. que me chungueo, mire mis ojos.

Y volvió hacia mí dos grandes niñetas blancas, sin mirada.

—Estoy ciego, querido, ciego para toda la vida... Véase lo que es escribir con vitriolo. Me he abrasado los ojos con este bonito oficio; vamos, quemado hasta el fondo... ¡hasta las arandelas!—añadió, enseñándome los calcinados ojos donde no quedaba ni sombra de una pestaña.

Sentí tal emoción, que nada encontraba que decirle. Mi silencio le inquietó:

—¿Está V. trabajando?

—No, Bixion, estoy almorzando.
¿Quiere V. hacer lo mismo?

No contestó; pero, por el estremecimiento de las ventanillas de su nariz, comprendí que se moría de ganas de aceptar. Le cogí de la mano y le hice tomar asiento al lado mío.

Mientras le servían, el pobre diablo husmeaba la mesa con una risita:

—Bien huele todo esto. Voy á regalarme. ¡Hace tanto tiempo ya que no almuerzo! Un panecillo de diez céntimos todas las mañanas mientras recorro los ministerios... porque, ya sabe V., ahora recorro los ministerios; es mi única profesión. Trato de agenciarme un estanco de tabacos... ¿Qué quiere V.? Hay que llevar á casa para el puchero. Ya no puedo dibujar; ya no puedo escribir... ¿Dictar?... Pero, ¿qué?... Yo no tengo nada en la cabeza; yo no invento nada. Mi oficio era ver las muecas de París y hacerlas; ahora ya no hay medio... Entonces he pensado en una expendeduría de tabaco; por supuesto, no en los bulevares. No tengo derecho á ese beneficio, por no ser madre de bailarina, ni viuda de oficial de alta graduación. ¡No! sencillamente un estanquito de provincias, en cualquiera parte remota, en un rincón de los Vosgos. Tendré una gran pipa de porcelana, me llamaré Hans ó Zebedeo como en Erckmann-Chatrian, y me consolaré de no escribir ya haciendo cucuruchos

de picadura con las obras de mis contemporáneos.

He ahí todo cuanto pido. No es gran cosa, ¿verdad?... Pues bien; el diablo que lo consiga... Sin embargo, protecciones no me debían faltar. En otro tiempo estaba yo muy bien relacionado. Comía en casa de Mariscal, en casa del príncipe, en casa de los ministros; todas esas gentes ambicionaban tenerme á su mesa, porque los divertía ó porque me tenían miedo. Ahora ya no soy el coco para nadie. ¡Ojos míos, mis pobres ojos! Y no me convidan en ninguna parte. Es una cosa tan triste una cabeza de ciego á la mesa... Hágame V. el favor de darme el pán... ¡Ah, bandidos, caro me harán pagar ese maldecido estanco! Llevo seis meses paseándome por todos los ministerios con mi petición. Llego por la mañana, cuando encienden las estufas ó se da una vueltecita á los caballos de su excelencia por la arena del patio; no me voy hasta la noche, cuando llevan los quinqués y comienzan á oler bien los guisos...

Toda la vida me la paso sentado en los arcones de leña de las antecámaras. ¡Vaya, y que no me conocen los ujieres! En Gobernación me llaman «Ese buen señor». Y yo, para conquistar su apoyo, hago equívocos ó dibujo de un trazo en un rincón de su papel secante unos

bigotazos que les hacen reir... ¡He ahí á lo que he llegado después de veinte años de escandalosos triunfos, he ahí el final de la vida de un artista!... ¡Y decir que hay en Francia cuarenta mil galopos á quienes la boca se les hace agua con nuestra profesión! ¡Decir que todos los días hay en provincias una locomotora haciendo vapor para traernos banastas de imbéciles ávidos de literatura y de ruido impreso!... ¡Ah, novelesca provincia, si pudiera servirte de enseñanza la miseria de Bixion!

En seguida, metió la nariz en el plato y se puso á comer con glotonería, sin decir una palabra... Daba lástima verle. A cada minuto perdía el pan, el tenedor, buscaba á tientas el vaso... ¡Pobre hombre! Aún no tenía costumbre.

Al cabo de un momento continuó:
—¿Sabe V. lo que hay más horrible para mí? Es no poder ya leer mis periódicos. Hay que ser del oficio para comprender esto... Algunas veces, al volver á casa por la noche, compro uno, nada más que por aspirar aquel olor á papel húmedo y á noticias frescas... ¡Es tan bueno! ¡Y no hay nadie para leerme las! Mi mujer podría, pero no

quiere; pretende que en la sección de sucesos hay cosas poco decentes... ¡Ah! Esas antiguas querindangas, en cuanto se casan, ni Dios que las aguante sus impertinencias. Desde que la he convertido en la señora de Bixion, se ha creído obligada á hacerse beata; pero, ¡hasta qué punto!... ¡Pues no quería darme colirios con agua de la Saleta! Y luego el pan bendito, los petitorios, la Santa Infancia, los niños chinos, ¿qué sé yo qué más?... Estoy de buenas obras hasta el cogote... Y, sin embargo, sería una buena obra leerme los periódicos. Pues bien; no le da la gana. Si mi hija estuviese con nosotros, ella me los leería; pero desde que estoy ciego, la he hecho entrar en Nuestra Señora de las Artes, para tener una boca menos que alimentar...

Esta es otra que tal, para divertirme. No hace nueve años que vino al mundo, y ya ha tenido todas las enfermedades... ¿Y triste? Pues, ¿y fea? Más fea que yo, si es posible... ¡Un monstruo!... ¿Qué quiere V.? Nunca he sabido hacer sino caricaturas... ¡Ah, qué necio soy en contarle á V. mis interioridades de familia. ¿Qué pueden importarle á V. esas cosas?... Vamos, deme V. otro poquito de anisado. Necesito ponerme en marcha. Al salir de aquí, voy á Instrucción pública, y los ujieres son allí difíciles de desarru-

gar el ceño. Son antiguos profesores de colegios todos ellos.

Le eché aguardiente. Comenzó á saborearlo á sorbitos, con aire enternecido... De pronto, entrándole no sé qué capricho, se levantó copa en mano, paseó un instante en torno suyo su viperina cabeza ciega, con la amable sonrisa de un señor que va á hablar; y luego, con voz estridente, como para arengar en un banquete de doscientos cubiertos, brindó así:

—¡Por las artes! ¡Por las letras!
¡Por la prensa!

Y salió con un *toast* de diez minutos, la improvisación más loca y asombrosa que jamás haya salido de aquella cabeza volcánica.

Figuraos una revista de fin de año, titulada *Las letras en el arroyo en 186...*; nuestras corporaciones sedicentes literarias, nuestras quisquillas, nuestras disputas, todas las zumbas de una sociedad excéntrica, estercolero de tinta, infierno sin grandeza, donde nos tiramos á degüello, donde nos sacamos las tripas, donde nos quitamos el pellejo, donde hablamos de intereses y grandes ganancias más que entre los mercachifles, lo cual no impide (por supuesto) morir de hambre, todas nuestras cobardías, todas nuestras miserias; el viejo barón T. de la Tómbola yéndose á hacer «*ñam, ñam*» á las Tullerías con su chistera

y su traje flamante; luego, nuestros muertos en el año, los entierros de reclamo, la oración fúnebre del señor delegado, siempre la misma: «¡Nuestro querido y malogrado! ¡Pobre querido X.!» á un infeliz á quien se niegan á pagarle la sepultura; y los que se han suicidado, y los que se han vuelto locos; figuraos todo esto referido, detallado, gesticulado por un genio de la mueca, y entonces tendréis idea de lo que fué la improvisación de Bixion.

Acabado su *toast*, bebida su copa, me preguntó la hora y se fué con aire feroz, sin decirme siquiera adiós... Ignoro qué tal les iría á los ujieres del señor Duruy con su visita aquella mañana; en cuanto á mí, sé que en toda mi vida jamás he estado tan triste, tan tétrico como después de marcharse aquel terrible ciego. El tintero me descorazonaba, la pluma me daba horror. Hubiera querido irme lejos, correr, ver árboles, oler algo bueno... ¡Qué odio, santo Dios! ¡Qué hiel! ¡Qué necesidad de babearlo todo, de mancharlo todo! ¡Ah, miserable!...

Y daba grandes zancadas por mi cuarto con furor, creyendo siempre oír la asquerosa risita falsa que soltaba al hablarme de su hija.

De repente, junto á la silla donde había estado sentado el ciego, sentí rodar una cosa bajo mis pies. Al bajarme, conocí su cartera, una gran cartera reluciente, rozada por las esquinas, que no abandona nunca, y á la cual denomina, riéndose, su bolsa de veneno. En nuestra tertulia, aquella cartera tenía tanto renombre como los famosos cartapacios del señor de Girardin. Decíase que allí dentro había cosas horribles... La ocasión era de perillas para convencerse de ello. La vieja cartera, demasiado abultada, habíase roto al caer, y todos los papeles rodaban por la alfombra; tuve que recogerlos uno por uno...

Un paquete de cartas escritas en papel con flores. Todas empezaban: *Mi querido papá*; y llevaban la firma de: *Celina Bixion, de las Hijas de María*.

Antiguas recetas para enfermedades de niños: crup, convulsiones, escarlatina, sarampión... (¡la pobre criatura no se había librado de una sola!)

Por último, un gran sobre cerrado, de donde salían, como de un gorro de niñita pequeña, dos ó tres pelos rubios rizados; y en el sobre, con letra gorda y temblona, letra de ciego:

Cabellos de Celina, cortados el 13 de Mayo, día de su entrada allá abajo.

He ahí lo que había dentro de la cartera de Bixion.

Vaya, parisienses, todos sois iguales. Muchos ascos, ironía, risa infernal, bromas feroces; y luego, para concluir: *Cabellos de Celina, cortados el 13 de Mayo.*

ALFONSO DAUDET.

EL DESTINO DEL HOMBRE

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS.

Aunque tenemos firme esperanza en los progresos de la raza humana, sin embargo, individualmente, al avanzar en edad, nos desprendemos de muchas cosas que en nuestra juventud nos proporcionaban el más intenso placer. Pero, por otra parte, si hemos empleado bien el tiempo, si nos hemos calentado las manos cuerdamente «en el hogar de la vida», puede ser que la edad nos dé más de lo que perdemos. A medida que disminuyen nuestras fuerzas, también sentimos menos la necesidad de ejercicio; poco á poco, la esperanza ocupa el lugar de la memoria. ¿Aumentará ésta ó no nuestra felicidad? Eso depende de lo que haya sido nuestra vida acá abajo.

Hay vidas que pierden de valor conforme se acerca la vejez; cada placer se marchita, uno tras otro; y los mismos que subsisten, pierden poco á poco su sabor. Otros, por el

contrario, ganan en riqueza y en paz mucho más de lo que les ha arrebatado el tiempo.

Los goces de la juventud pueden superar en intensidad y en sabor, pero van siempre mezclados con la ansiedad y la agitación; y no pueden igualar en plenitud y en profundidad á los consuelos que trae la edad, como la más hermosa recompensa de una vida exenta de egoísmo.

Sucede con el fin de la vida como con el fin del día; puede ocurrir que haya nubes, y sin embargo, si el horizonte permanece claro será hermoso el atardecer.

La vejez acumula amplia provisión de recuerdos. La vida está llena de «alegrías demasiado exquisitas para durar; y, no obstante, más exquisitas aún cuando han pasado». (Montgomery.)

Supone Swedenborg que en el cielo los ángeles avanzan de continuo hacia la primavera de su vida,

tanto que cuanto más largo tiempo han vivido, más jóvenes son en realidad. ¿No tenemos amigos que parecen realizar este ideal; que han conservado, por lo menos en el espíritu, toda la frescura de la infancia y de quienes, con más exactitud, se puede decir lo que se ha dicho de Cleopatra: «la edad no puede marchitar, ni el hábito desgastar, la variedad infinita de sus hechizos?»

«Cuando considero la vejez—dice Cicerón—veo que hay cuatro razones para disputarla por miserable: la primera, es que nos mantiene apartados de los negocios; la segunda, que debilita el cuerpo; la tercera, que nos priva de casi todos nuestros goces; la cuarta, que nos aproxima á la muerte.» Veamos si estas razones tienen verdaderamente tanta importancia y si son razonables.

Verse libre de los absorbentes negocios de la vida, comprender que se ha merecido el vagar y el reposo, no es una desgracia.

Ya he contestado á la segunda queja, relativa á la edad, en el capítulo acerca de la *Salud*.

En cuanto á la ausencia de las pasiones, «¡oh noble privilegio de la edad, si verdaderamente nos libera de lo que constituye el gran afán de la juventud! Pero los sentimientos más elevados de nuestra naturaleza no se debilitan por eso; an-

tes al contrario, purifican á medida que se desembarazan de sus elementos más groseros.»

«Cada hombre—dice Manú—viene solo al mundo, solo muere, solo recibe la recompensa de sus buenas acciones, y solo el castigo por sus pecados. Cuando el hombre muere, su cuerpo yace sobre la tierra como un árbol caído, pero su mérito acompaña á su alma. Coseche virtud el hombre y haga provisión de ella, de modo que tenga una inseparable compañera entre las tinieblas por las cuales hemos de pasar todos y que es tan duro haber de atravesar.»

También puede con toda verdad afirmarse que «el hombre es el sol del mundo, más que el verdadero sol. El fuego de ese corazón admirable es la única luz y el único calor que valen la pena de calentarse y medirse». (Emerson.)

¿No es extraordinario ver cuántas personas toman voluntariamente, y lo saben, un camino que dista mucho de ser el de la dicha, y que prefieren hacer desgraciados á los demás antes que hacerse felices á sí mismos?

Platón, en *Fedra*, explica esto diciendo que el hombre es un ser compuesto, con tres naturalezas; y hasta le compara á un par de caballos alados, con su conductor. «Uno de los dos caballos es noble y de

raza pura; el otro es feo y de raza bastarda; como puede esperarse de ello, no es fácil guiarlos.» El noble corcel trata de llevar el carro hacia las regiones superiores; el otro se esfuerza de continuo por volverlo á la tierra. A medida que pasa el tiempo, si el conductor es prudente y firme, la parte noble de nuestra naturaleza nos elevará cada vez más.

«El hombre—dice Shelley—es un instrumento, que recibe sin cesar impresiones exteriores é interiores y que resuena como un arpa eólica puesta en vibración por todos los vientos y que produce con su soplo diverso melodías siempre cambiantes.»

Cicerón cita la proximidad de la muerte como el cuarto inconveniente de la vejez. La sombra de la muerte está siempre presente en muchos espíritus, como el féretro en las fiestas egipcias, y oscurece el sol de la vida. Pero ¿debemos considerar la muerte como un mal?

Estos admirables versos de Shelley: «La vida, semejante á una cúpula de vidrio de mil matices, mancha el puro esplendor de la eternidad, hasta que la muerte la rompe en pedazos á sus pies», parecen contener un doble error. La vida no ensucia necesariamente el puro esplendor de la eternidad, y no puede ser hecha pedazos por la muerte.

«El hombre — dice Coleridge — tiene tres tesoros: el amor, la luz y los dulces pensamientos, regulares como el aliento de un niño. Tiene también tres fieles amigos, más seguros que el día y la noche: él mismo, el Creador y el ángel de la muerte.»

La muerte es el fin de todo, el remedio para muchos, el deseo de gran número de personas; y merece sobre todo la gratitud de aquellos hacia quienes va, antes de ser llamada (Séneca). Después de una vida tempestuosa, la muerte es la paz.

«Duncan descansa en su tumba; después de la agitada fiebre de la vida, duerme bien. La traición ha cometido su acto más perverso; ni el hierro, ni el veneno, ni las conspiraciones domésticas, ni los ejércitos extranjeros, nada puede tocarle de ahora en adelante.» (Shakespeare.)

Si la muerte es el fin de todo, nadie sabrá entonces que está muerto. Sin embargo, supónese á menudo que el viaje hasta «la región desconocida de donde no vuelve ningún viajero» debe de ser un viaje penoso y doloroso, pero no es así. Con frecuencia, la muerte es apacible y casi sin sufrimientos.

Durante su última enfermedad, Beda traducía el Evangelio de San Juan al anglosajón; y la mañana de

su muerte, notando su debilidad el secretario, le dijo: «Ya no falta más que un capítulo, pero parece que os cuesta trabajo hablar.»—Puedo hablar muy bien, respondió Beda; tomad la pluma y escribid tan deprisa como podáis:» Al fin del capítulo, dijo el amanuense: «Acabóse.»—Bien dijiste—le fué respondido;—*consummatum est*. Pidió que le pusieran frente al sitio donde acostumbraba á orar, y dijo: «Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo». Y, al pronunciar esta última palabra, expiró.

Goëthe murió sin apariencia de sufrimiento, cuando se preparaba á escribir, expresando su dicha de ver la primavera de regreso.

Refiérese que, á la muerte de Mozart, «el no acabado *Requiem*, estaba puesto encima de la cama; casi hasta el fin, trató de imitar los efectos particulares de ciertos instrumentos, y exhaló el último suspiro en brazos de su mujer y de Sussmayer, su común amigo.»

Platón estaba en vías de escribir cuando murió; Lucano recitaba un fragmento de su poema sobre la batalla de Farsalia; Blake murió cantando; Wagner se adormeció, con la cabeza sobre el hombro de su mujer. El tránsito de muchas personas ha sido durante el sueño. Diversas altas autoridades médicas han expresado su sorpresa de que

los moribundos sientan tan raras veces espanto ó penas. Hasta los mismos que perecen de muerte violenta, como por ejemplo, los soldados muertos en el campo de batalla, sufren muy poco, probablemente.

Pero, ¿qué es la vida futura? En los actuales momentos puede decirse que hay dos puntos de vista muy diferentes. Algunos, aun creyendo en la inmortalidad del alma, no creen en la inmortalidad del alma individual, y pudiera deducirse que nuestra vida continúa en nuestros hijos, según la comparación que hace san Pablo entre nuestra resurrección y el grano de trigo que revive en la planta del año siguiente.

En cuanto á la realidad de la felicidad futura, sería egoísta el insistir demasiado en la parte que nos corresponde. Si aun admitiendo la inmortalidad del alma, se piensa que en la vida futura hay una solución de continuidad en la memoria y un completo olvido de la vida terrena, ¿qué importa saber cuál será la suerte del alma que habita en nuestro cuerpo, más bien que lo que haya de ocurrir á otra alma cualquiera?

Desde este punto de vista, la importancia de la identidad, ¿no depende de la continuidad de la memoria? Sea como fuere, créese generalmente que el alma desprendida del cuerpo conserva la con-

ciencia de su identidad y se despertará de la muerte como se sale de un sueño. De suerte que, si no podemos afirmar que, «millones de criaturas espirituales marchan invisibles sobre la tierra, cuando estamos despiertos y cuando dormimos» (Cicerón), en todo caso existen en alguna parte del espacio, y aunque sean invisibles para nosotros, las miramos de seguro cuando contemplamos las estrellas.

Sin embargo, ni en este caso ni en el otro, la muerte no puede mirarse como un mal. Descar que la salud y la fuerza resistan todos los ataques del tiempo, es otro asunto enteramente diferente.

«Pero, si no estamos destinados á la inmortalidad, es una cosa deseable, sin embargo, que expire el hombre cuando llega su hora; porque como la naturaleza prescribe límites á todas las cosas, también los prescribe á la vida. La vejez viene á terminar la vida como concluye una representación escénica; debemos evitar la fatiga que de ella resulta, sobre todo cuando se añade á ello la saciedad.» (Cicerón.)

Desde este punto de vista, es inútil «llorar al aproximarse la muerte; no es más que una fiebre pronto calmada, un breve sufrimiento, un temor que se apacigua con rapidez, una solemne esperanza realizada. Un rayo de luz de la luna sobre el

Océano dormido no es más sereno. ¿Por qué llorar? ¿No llores al acercarse la muerte! El manantial de las lágrimas está cerrado. ¿Quién sabe con qué brillo refulge la luz interior ante esos ojos eternamente cerrados? ¿Quién sabe qué santo amor llena ese corazón que parece frío é inmóvil!»

Muchas almas fatigadas han hallado consuelo pensando que «algunos años más que pasar, algunas estaciones por ver venir, y estaremos con los que descansan dormidos en el sepulcro. Algunas luchas aún, algunas separaciones todavía, otras pocas penas, otras cuantas lágrimas, y ya no lloraremos más.»

Nadie ha expresado esta idea con más grandiosidad que Shelley.

«¡Paz, paz! no está muerto, no duerme, se ha despertado del sueño de la vida. Nosotros somos quienes, extraviados entre tempestuosas visiones, continuamos una vana lucha con los fantasmas. Alzó el vuelo sobre las tinieblas de nuestra noche. La envidia y la calumnia, el odio y el sufrimiento, y esta agitación que los hombres llaman locamente placer, ya no tienen ningún imperio sobre él y no podrán atormentarle más. Hállase al abrigo del contagio de la lenta inmundicia del mundo; y no habrá que llorar inútilmente ni sobre una materia fría ni sobre una cabeza que encanece.»

La mayoría de la gente se resiste á creer que «estamos hechos de la misma sustancia de los ensueños, y que nuestra corta vida no es sino un largo sueño». (Shakespeare.)

Según la idea más generalizada, la muerte desata al alma de las trabas del cuerpo y nos conduce al tribunal de Dios.

De hecho, «no hay muerte; lo que parece así, no es más que una transición. Esta vida mortal no es más que la antesala de aquella elísea vida, cuyo pórtico se llama la muerte». (Longfellow.)

Tenemos cuerpo, «somos espíritus.»—«Yo soy una alma que arrastra un cadáver»—dice Epicteto. El cuerpo es simplemente la forma perecedera de la esencia inmortal. Platón inducía que, para justificar las miras de Dios, debe haber una vida futura. Sea lo que fuere, para las gentes de edad, la muerte es un descanso. La Biblia insiste acerca del beneficio del reposo: «Mi paz os doy, pero no como os la da el mundo.» Descríbese el cielo como un lugar donde no pueden hacer daño los malos, y donde las gentes fatigadas descansan.

Pero supongo que cada cual se habrá preguntado en qué consisten los goces del cielo, «porque todo cuanto sabemos acerca de lo que hacen allá arriba los bienaventurados es que cantan y aman». (Waller.)

La idea de una *lucha por la vida* en el cielo, estaría conforme con el ideal de muy pocas personas. No seríamos más felices de lo que ahora somos. Este mundo es muy hermoso; no hay más sino que sería preciso poder disfrutar de él apaciblemente. Sin embargo, una vida del todo pasiva, puramente vegetativa, nos ofrecería muy poca seducción; sería casi intolerable.

El temor al cambio parece incompatible con la dicha perfecta; y, sin embargo, una monotonía fatigosa y sin término, la incesante repetición de las mismas cosas, sin descanso y sin variedad, inspiran tedio y no regocijo.

«Una duda cruza de nuevo por nuestro espíritu: ¿puede dar Dios al gran corazón del hombre una dicha sin saciedad y que, á través de la marea sin fin de los siglos eternos, no llegue á hastiar á las almas? Pero el hombre responde: si Dios ha ornado tan bien un mundo fugitivo y que desaparecerá muy pronto; si lo ha provisto de una tan rica provisión de goces para todo ojo humano, ¿qué verán los de quienes le aguardan, cuando aparezca rodeado de gloria entre mundos que no han sido creados para un día, sino para la eternidad?» (Trench.)

Aquí, la ciencia puede sugerir una respuesta. La felicidad eterna estribará en la solución de los pro-

blemas que nos han tenido confusos; en la adquisición de nuevas ideas, en el conocimiento de la historia de lo pasado, del mundo de los animales y plantas, de los secretos del espacio, de las maravillas estelares y de las regiones más allá de las estrellas. Aprender á conocer todo lo que es bello é interesante en nuestro globo: he ahí un objetivo digno de nosotros. Y nuestro globo no es más que uno de los millares de mundos que ruedan por el espacio. Algunas veces, por la noche, cuando contemplo las estrellas, me pregunto si, libre mi espíritu de su envoltura carnal, tendrá alguna vez el privilegio de visitarlas y explorarlas. Cuando las hayamos visitado, nuevo interés se despertará en nosotros y nos dará el alimento de una nueva vida.

Libres de toda inquietud, hay allí innumerables asuntos de interés; tanto, que lo único de que aún se dudará es de «si podrá bastar una eternidad para medir la extensión y la grandeza de los encantos siempre nuevos que nos reserva el Paraíso». (Trench.)

«A mi parecer—decía Greg—el cielo que Dios nos ha prometido no es el cielo del asceta ó del teólogo dogmático, el del místico sutil ó del indomable mártir tan presto á perseguir como á sufrir, sino un cielo de afecciones puras y permanentes;

tendremos ilimitada capacidad para leer el libro de la ciencia, de páginas eternas; aquellos á quienes hemos amado estarán todos reunidos en torno nuestro; nunca seremos desconocidos ni importunos, y podremos trabajar en obras magníficas, con todas las fuerzas necesarias para realizarlas: tal será ese mundo de problemas resueltos y de ideales cumplidos.»

Ciertamente, no exagera Cicerón cuando dice:

«¡Oh día glorioso aquel en que yo también parta á reunirme con aquella divina compañía y asamblea de espíritus, en que abandone la agitada é inmunda escena de este mundo! Porque, no sólo iré junto á esos grandes personajes de quienes he hablado, sino también junto á mi caro Catón, el mejor hombre que ha habido, el más notable por la fidelidad de su afecto; él, cuyo cadáver he quemado yo, mientras hubiera sido más natural que él quemase el mío. Pero su alma, que nunca me ha abandonado y que á menudo mira atrás, ha partido sin duda á esas regiones donde ha visto que yo también estaba destinado á dirigirme. Aunque trastornado por esta separación, parecía soportarla con paciencia; y no porque me fuese indiferente, sino que me consolaba al pensar que la separación y la ausencia no durarán lago tiem-

po. ¡Oh Escipión! has dicho haberte á menudo extrañado con Lelio de que la vejez fuera soportable: he aquí las razones por las cuales la acepto, no sólo sin enojo, antes con regocijo. Si yerro en creer que las almas de los hombres son inmortales, prefiero conservar mi ilusión, y deseo que nadie del mundo me arranque este error en que me complazco. Pero si después de la muerte pierdo toda conciencia de mí mismo, como se lo imaginan ciertos filósofos de espíritu estrecho, no tengo que temer que los filósofos desaparecidos se burlen de mi ilusión.

Tampoco puedo omitir este conmovedor pasaje de la *Apología*, donde, defendiéndose á sí mismo Sócrates ante el pueblo ateniense, dice: «Reflexionemos más, y veremos que hay mayores razones para creer que la muerte es un bien; porque, una de dos, ó la muerte es un estado de anonadamiento y de completa inconsciencia, ó, como dicen, es un tránsito, una emigración del alma de un mundo á otro. Sí, según el primer supuesto, la muerte fuera como el sueño de un hombre á quien no perturbe ningún ensueño, sería para nosotros un bien inestimable. Porque si alguien tomase como punto de comparación, una noche no turbada por ningún ensueño, pienso que ni el mismo gran rey hubie-

ra podido hallar en su vida muchos días ni noches de que pueda afirmar haberlos pasado más agradablemente. Si tal es la muerte, repito que se gana con morir; porque la eternidad entonces no es más que una noche sin fin. Pero si la muerte es un viaje que nos transporta á otro lugar donde, según dicen los hombres, se encuentran todos cuantos murieron, qué mayor beneficio, ¡oh amigos míos y jueces! puede imaginarse?

»Porque si, cuando el peregrino llega á los infiernos se libra de los que administran justicia aquí abajo y encuentra allí los verdaderos jueces que, á lo que se dice, hacen justicia, Minos, Radamanto, Eaco, Triptolemo y otros hijos de Dios que fueron justos en vida, la peregrinación es digna de efectuarse. ¿Qué no daríamos por hablar con Orfeo, Museo, Hesiodo y Homero? Si eso es verdad, dejadme morir y morir cuanto antes. Sería para mí de prodigioso interés encontrarme con Palamedes, Ajax, hijo de Telamón y otros héroes de antiguas edades, muertos víctimas de injustas condenas. ¡Qué placer el de hablar con ellos, y comparar mis sufrimientos con los suyos! Pero sobre todo, podría continuar mis estudios acerca de la verdadera y la falsa ciencia en este mundo como en el otro, y aprendería á distinguir

los que son sabios de los que pretenden serlo y no lo son. ¡Qué no daría un hombre, ¡oh jueces!, por poder contemplar al jefe de la gran expedición de Troya, ó á Ulises, ó á Sísifo y tantos otros hombres y mujeres! ¡Qué infinito gozo el de hablar con ellos y plantearles cuestiones! En el otro mundo no condenan á muerte á un hombre por haber discutido (1); de seguro que no, porque los moradores de aquel lugar, no sólo serán más felices que aquí abajo, sino que son inmortales, de ser cierto lo que se dice.

»Por eso, ¡oh jueces!, regocijaos ante la muerte y estad seguros de que ningún mal puede acontecerle á un hombre de bien; ni durante esta vida, ni después de la muerte, los dioses no le abandonan nunca, ni á los suyos. Mi próximo fin tampoco es un efecto del acaso, y veo claramente que para mí vale más morir ahora y quedar libre; por eso se ha callado hoy el oráculo, y así, pues, no tengo resentimiento alguno contra los que me han condenado ó contra mis acusadores; no me han hecho ningún mal, aunque no hayan tenido intención de hacerme bien, y por eso tengo derecho á vituperarles un poco. Ha llegado la hora de marchar, y vamos á separarnos, yo para morir y vosotros

para vivir. ¿Qué vale más? Sólo Dios lo sabe.»

En la *Sabiduría* de Salomón se nos asegura que:

«Las almas de los justos están en manos de Dios, y ningún tormento las alcanzará.

»A los ojos de los necios, parece que han muerto y su partida se ha estimado como una desgracia.

»Parecía que su separación de nosotros era una completa desaparición, pero están en paz.

»Porque, aun cuando hayan sido castigados á los ojos de los hombres, sin embargo, su esperanza está llena de inmortalidad.

»Y después de su ligero castigo, serán ampliamente recompensados; porque Dios los ha puesto á prueba y los ha encontrado dignos de El.»

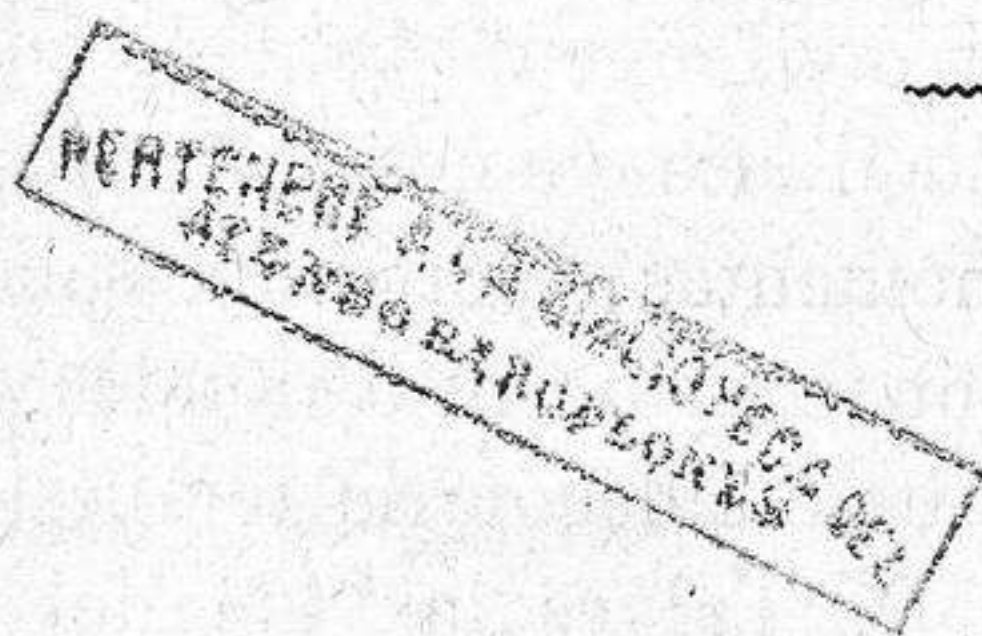
De seguro, si á la hora de la muerte la conciencia está en paz, el espíritu no debe hallarse turbado. Lo verdadero está lleno de incertidumbre, es verdad; pero aún más de esperanza.

Si después de las luchas de la vida entramos en el descanso «donde los malos dejan de hacer daño y donde las gentes fatigadas reposan» (Job), y donde más de un alma cansada halla puerto de salvación, entonces podremos decir: «¡Oh muerte! ¿Dónde está tu aguijón? ¡Oh sepulcro! ¿Dónde está tu victoria?»

(1) Alude á la causa de su propia condena.

Por otra parte, si confiándonos humildemente, pero con fe, en la bondad de un Padre amoroso y omnipotente, entramos en una nueva esfera de existencia donde podemos esperar encontrar, no sólo á los hombres de quienes hemos oído hablar tan á menudo, aquellos cuyas obras hemos leído y apreciado, sino también á las personas amadas que perdimos; un mundo superior donde, dejando detrás de nosotros los lazos de la carne y los límites de nuestra existencia terrena, nos reunimos con los ángeles, los arcángeles y todos los habitantes de los cielos, entonces, de seguro podremos esperar, ó más bien estaremos ciertos, que los intereses y placeres de este mundo no son aún nada en comparación de la vida que nos espera en nuestra patria eternal.

EL PROGRESO



¡Qué perspectiva se abre cuando el espíritu de investigación científica se halla difundido por esas vastas regiones donde la civilización, su verdadero precursor, ha comenzado ya su obra y continúa progresando! ¿Qué no tenemos derecho á esperar de potentes ingenios ejercitándose en condiciones en un todo diferentes de las que han existido hasta hoy, y en una extensión territorial que excede con mucho á la que hasta aquí había sido la única en producir toda la mies del espíritu humano?

(HERSCHEL.)

Hay dos vías que abren ante nosotros perspectivas de progreso. De una parte, el conocimiento más profundo de la naturaleza, de las propiedades de la materia y de los fenómenos que nos rodean, dará á nuestros hijos ventajas mucho mayores que aquellas de las cuales disfrutamos nosotros mismos; de otra parte, la extensión y el perfeccionamiento de la educación, el influjo cada vez más grande de la

ciencia, del arte, de la poesía, de la música, de la literatura, de la religión y de todas las potencias que tienden al bien, elevarán al hombre (tenemos lugar de esperarlo), le harán cada vez más y más apto para apreciar y gozar sus privilegios, y para comprender la verdad de este proverbio italiano. «Donde hay luz, hay alegría.»

Una cosa que ha contribuido mucho á retrasar el progreso, es la idea generalmente difundida, de que es una especie de ingratitude y hasta de impiedad el pretender perfeccionar lo que la divina Providencia ha ordenado para nosotros. Así, refiérese que Prometeo incurrió en la cólera de Júpiter por haber revelado á los mortales el uso del fuego; si otros progresos no han provocado análogos castigos, es porque la habilidad de los sacerdotes lo atribuyeron al favor de alguna divinidad particular. Este sentimiento no ha desaparecido por completo. Hasta puedo recordar el tiempo en que muchas gentes sencillas tenían preocupaciones contra el cloroformo y escrúpulos de emplearlo, porque se imaginaban que hay circunstancias en las cuales el sufrimiento es un deber.

En tiempo de los antiguos sajones, Edwin, rey de Northumbria, dícese que llamó junto á sí á sus nobles y sacerdotes para discutir si se conce-

dería ó negaría á cierto misionero el permiso para predicar. No se sabía qué partido tomar, cuando un anciano jefe se levantó y dijo: «Acordáos, ¡oh rey!, de las noches de invierno en que coméis en vuestro salón, con vuestros compañeros en torno; la noche es oscura y lúgubre, la nieve y la lluvia descargan fuera sus furores, al paso que en el interior la sala está caldeada y alegre por un fuego ardiente; ocurre entonces á veces que un gorrion vagabundo entre la oscura noche vuela por la cámara iluminada, la atraviesa de un extremo al otro y luego desaparece en la oscuridad. Le vemos durante algunos momentos, pero no sabemos de dónde viene ni á dónde va, entre las tinieblas de la tempestad exterior. Tal es la vida del hombre: una breve aparición entre la cálida luz de este mundo. Nada sabemos de lo que la precede y de lo que la sigue. Por tanto, si esos nuevos predicadores pueden ilustrarnos acerca de esas tinieblas que nos rodean, escuchemos lo que tengan que enseñarnos.»

Dícese á menudo que, á pesar de la importancia y lo imprevisto de los descubrimientos recientes, hay ciertos problemas que nunca podrán ser en definitiva resueltos. En cuanto á mí, prefiero abstenerme, á poner ningún límite de este género.

Cuando Park preguntó á los árabes qué era del sol durante la noche, si era siempre el mismo ó si se renovaba á diario, respondieron que tal pregunta era absurda y estaba por encima de toda investigación humana.

Aun en una fecha tan reciente como la de 1842, Comte, en su *Curso de filosofía positiva*, hablando de los cuerpos celestes, ponía por axioma «que podemos esperar determinar sus formas, distancias, magnitudes y movimientos, pero que nunca lograremos estudiar por ningún medio, su composición química y su estructura mineralógica».

Y cátrate que en pocos años desapareció aquella pretensa imposibilidad, mostrando cuán imprudente es limitar las posibilidades de la ciencia

En nuestros días, como en tiempos de Newton, puede decirse que el gran Océano de lo verdadero queda aún por explorar. Muchas veces deseo que algún presidente de la Sociedad Real ó de la Asociación Británica tome por tema de su discurso anual: *Las cosas que ignoramos*. ¿Quién puede decir qué descubrimiento está á punto de hacer la humanidad? Es extraordinario el ver durante cuántos años puede vivir el hombre junto á un descubrimiento importante sin realizarlo. Tomad por ejemplo la luz eléctrica.

Sabiase desde muchos años atrás, que si se hacía pasar una corriente eléctrica por una varilla de carbón, puesta dentro de un recipiente de vidrio donde se hubiera hecho el vacío, el carbón arrojaba una luz intensa, pero calentábase de tal suerte que hacía estallar al vidrio. Por consiguiente, la luz se inutilizaba, puesto que estallaba la lámpara en cuanto se encendía. Se le ocurrió á Edison la idea de que disminuyendo el espesor de la varilla de carbón podría llegarse á suprimir el calor, obteniendo á la vez una intensa luz. Precisamente en este punto se le negó su derecho á un privilegio de invención, pretendiendo que sólo el reemplazo de un tenue vástago por un simple filamento no constituye un cambio bastante importante para merecer que se le privilegiase. Los perfeccionamientos introducidos por Swan, Lane, Fox y otros, tan importantes en su conjunto, no se han hecho sino poco á poco.

Véase también el descubrimiento de los anestésicos. A comienzos de este siglo, Sir Humphrey Davy descubrió el gas hilarante; descubrió también que producía una insensibilidad completa, sin causar perjuicio á la salud. En efecto, una muela arrancada estando bajo su influencia, se extraía sin dolor. Estos hechos, conocidos por nuestros

químicos, eran expuestos á los estudiantes de nuestros grandes hospitales; y, sin embargo, durante medio siglo nadie pensó en aplicarlos. Continuóse operando como en pasados tiempos, y los pacientes sufrieron las mismas horribles torturas; sin embargo, teníaase entre manos este elemento bienhechor, cuyas maravillosas propiedades se conocían, pero de las cuales no se pensaba en hacer uso.

He aquí otro ejemplo. Dícese generalmente que la imprenta fué descubierta en el siglo xvi; y, en efecto, entonces se encontró un medio práctico de valerse de ella. Pero, en realidad, la imprenta era conocida mucho antes. Los romanos se valían de sellos, y en los monumentos de los reyes de Asiria se encuentra debidamente impreso el nombre del monarca reinante. ¿Qué faltaba? Un detalle, pero de la mayor importancia. El verdadero inventor de la imprenta fué aquel que tuvo la luminosa y fecunda idea de hacer matrices separadas para cada letra, en lugar de abrir una para cada palabra. Parece que eso era poca cosa; y, sin embargo, durante tres mil años, nadie había pensado en ello. ¿Quién puede decir cuántos otros descubrimientos tan sencillos y tan importantes están quizá en este momento á nuestra vista?

Arquímedes decía, « que si le da-

ban un punto de apoyo, levantaría el mundo ». Una verdad conduce á otra, cada descubrimiento hace posible otro descubrimiento más elevado que el anterior.

Tenemos lugar á esperar que los futuros trabajos arrojen viva luz sobre estas interesantes estructuras animales. Sin duda, podemos esperar mucho del perfeccionamiento de los microscopios, del uso de los reactivos y de ciertos procedimientos mecánicos; pero los átomos que constituyen la materia son tan infinitamente pequeños, que es difícil prever de qué manera podemos esperar conseguir una solución definitiva de esos problemas.

Loschmidt, cuyos descubrimientos han sido confirmados por Stoney y por Sir W. Thomson, calcula que cada uno de los más pequeños átomos de la materia tiene á lo sumo $\frac{1}{50.000.000}$ de pulgada de diámetro. Así, pues, no es imposible aspirar por ahora á hacer grandes progresos en el conocimiento de los átomos por el perfeccionamiento del microscopio. Con nuestros instrumentos actuales podemos percibir, trazado en vidrio, líneas que sólo tienen cada una $\frac{1}{90.000}$ de pulgada; pero, según las mismas propiedades de la luz, parece ser que no podemos prometernos percibir objetos que tengan mucho menos de $\frac{1}{100.000}$ de pulgada de diámetro. Sin duda,

podrán perfeccionarse nuestros microscopios; pero nuestros conocimientos, no sólo están limitados por la imperfección de nuestros instrumentos de óptica, sino también por la misma naturaleza de la luz.

Se ha calculado que una partícula de albúmina de $\frac{1}{80.000}$ de pulgada de diámetro no contiene menos de 125.000.000 de moléculas. En los cuerpos más sencillos, su número sería más grande; por ejemplo, en el agua no hay menos de 8.000.000.000. En ese caso, aunque fabricásemos microscopios mucho más potentes que ninguno de los que en la actualidad poseemos, sin embargo, no podrían permitirnos obtener por percepción directa, ninguna idea de la organización primordial de la materia. Las más pequeñas esferas de materia orgánica cuya forma podemos determinar claramente con nuestros instrumentos, es probable que sean en extremo complejas. Esas esferas se componen de varios millones de moléculas y de ello resulta que en la estructura de los tejidos orgánicos debe de haber un número infinito de caracteres diversos, que se eximen de todos nuestros medios de análisis y que, según podemos preverlo, se eximirán siempre. También se ha demostrado que los animales oyen sonidos que nosotros no podemos apreciar, y he probado que pueden percibir rayos

ultravioletas invisibles para nuestros ojos.

Ahora bien, como cada rayo de luz homogénea perceptible á nuestra vista se nos aparece como un color distinto, es probable que estos rayos ultravioletas deben de parecer á los animales un color aparte, del cual no podemos formarnos ninguna idea; tan diferente de los otros como el rojo lo es del amarillo y el verde del violeta. También se pregunta uno si la luz blanca difiere para esas criaturas de nuestra luz blanca, merced á la adición de ese color.

Según estas observaciones, no podemos por menos de decirnos que el mundo debe de parecerles á esos animales con seguridad, muy diferente de lo que nos parece á nosotros mismos. El sonido es la sensación que experimentamos cuando las vibraciones del aire hieren nuestro tímpano. Cuando las vibraciones son poco numerosas, el sonido es grave; á medida que aumentan de número, se hace cada vez más agudo; pero cesa de ser perceptible antes de llegar á cuarenta mil vibraciones por segundo. La luz es la sensación que experimentamos cuando las ondas luminosas hieren nuestro ojo. Cuando cuatrocientos millones de millones de vibraciones del éter hieren nuestra retina en un segundo, nos dan la sensación

del rojo, y á medida que aumenta su numero, pasa al anaranjado, al amarillo, al verde, al azul, al violeta. Pero no tenemos ningún órgano capaz de recibir una impresión de las vibraciones del éter superiores á cuarenta mil é inferiores á cuatrocientos billones (1) de vibraciones por segundo. Sin embargo, entre estos dos extremos, pueden existir un número ilimitado de sensaciones. Tenemos cinco sentidos, y algunas veces nos imaginamos que no es posible tener más; pero es evidente que no podemos medir lo infinito con nuestros medios tan limitados.

Por otra parte, examinando la cuestión desde otro punto de vista, encontramos en los animales órganos muy complejos, provistos de suma riqueza de nervios, y de los cuales no se han podido explicar las funciones, hasta ahora. Hay quizá cincuenta sentidos tan diferentes de los nuestros como el sonido es diferente de la vista, y, aun en los límites de nuestros propios sentidos, puede que haya multitud de sonidos que nosotros no podemos percibir, colores tan diferentes como el rojo lo es del verde, y de los cuales no podemos tener concepto alguno. Estas cuestiones y otras mil y mil

(1) Entiéndase que aquí contamos los billones según la numeración española. — (N DEL T.)

quedan por resolver. Es posible que el mundo con que estamos familiarizados y enmedio del cual vivimos, sea muy otro para los animales. Para ellos quizá esté lleno de armonías que no podemos oír, de colores que no podemos ver, de sensaciones que no podemos concebir. Poner aves y mamíferos rellenos de paja dentro de estanterías con cristales, clasificar insectos en una colección, secar plantas en herbarios, no es más que ocuparse de detalles enojosos y en los preliminares de la ciencia. Observar sus costumbres, comprender sus mutuas relaciones, estudiar su instinto y su inteligencia, comprobar cuáles son sus capacidades y sus vínculos con las leyes de la naturaleza, darse cuenta de cómo debe de aparecérseles el mundo: he aquí, por lo menos así me lo figuro, lo que constituye el verdadero interés de la historia natural y lo que puede ponerlos en camino acerca de sensaciones y percepciones de las cuales no podemos tener hoy ninguna idea.

Desde este punto de vista, me parecen ilimitados los progresos que faltan por hacer.

En cuanto á la condición actual del hombre, creo que es imposible negar que hay verdadero progreso.

En la Edad Media, por ejemplo, la instrucción y los buenos modales, apenas existían más que en la corte

de los reyes, y aun no en todas ellas. La vida en los castillos de Francia, Inglaterra y Alemania era ruda, casi bárbara. Mr. Galton ha expresado una opinión, que no tengo medios de comprobar. Dice que, en conjunto, la población de Atenas era tan superior á nosotros, como la nuestra lo es á los salvajes de la Australia. Pero aunque así sea, tal como es nuestra civilización, está más universalmente difundida; por eso el nivel general europeo es, sin disputa, mucho más alto que en otros tiempos.

Sin duda, en mucha parte lo debemos á que la literatura de nuestro país está cada vez más al alcance de todos, esta literatura que, según Macaulay, es «la más brillante, la más pura, la más duradera de todas las glorias de nuestro país; esta literatura tan rica en preciosas verdades y ficciones preciosas; esta literatura que puede gloriarse de poseer el príncipe de los poetas y el príncipe de los filósofos; esta literatura, en fin, que ha ejercido una influencia más extensa que nuestro comercio, más poderosa que nuestras armas.

Entre nosotros, muy pocos sacan de sus facultades todo el partido que podrían. El cuerpo deja de crecer al cabo de cierto número de años; pero el espíritu, si le dejáis libre, puede desarrollarse durante toda la vida.

El progreso en lo venidero no se limitará ciertamente á descubrimientos materiales, presentimos que la potencia de las facultades intelectuales del hombre va creciendo; y que problemas que nos parecen fuera del alcance del espíritu humano, tendrán solución y abrirán camino á nuevos progresos. Tenemos lugar á esperar que estos progresos, no sólo serán materiales é intelectuales, sino también morales.

Es natural que estemos orgullosos de la hermosura de Inglaterra, de la grandiosidad de nuestras ciudades, de la extensión de nuestro comercio, de la riqueza de nuestro país, de lo inmenso de nuestro imperio. Sin embargo, la verdadera gloria de una nación consiste, no en la extensión de su poderío, en la fertilidad de su suelo ó la belleza de su país, sino más bien en su superioridad moral é intelectual.

Y, sin embargo, ¡cuán pocos de nosotros, ricos ó pobres, han realizado lo que eran capaces de hacer! «¡Cuando obra todo lo que puede— exclama Shakespeare, —qué obra maestra es el hombre! ¡Qué noble es por la razón, qué infinito en sus facultades! ¡Qué admirable expresión hay en su rostro y en sus ademanes! «Por ahora, de cierto, bien pocos pueden alcanzar un ideal tan elevado.»

Los indios tienen una teoría, que

pretende que los animales, después de morir, reviven con una forma diferente: más noble, si se ha conducido bien, más vil en el caso contrario; encuentran que esta creencia es un poderoso acicate para obrar bien. Sea verdadera ó falsa respecto á la vida futura, esta teoría es de cierto verdadera para la vida presente. Si nos esforzamos por obrar bien durante un día, nuestra vida será mejor en el de mañana; si cedemos á nuestras pasiones y tentaciones, nos acercamos infaliblemente á una naturaleza inferior.

Es un interesante ejemplo de la solidaridad humana y un estímulo para los que no tienen pretensión alguna de ser genios, el pensar que, en resumen y con cortas excepciones, los períodos de progreso han sido generalmente aquellos en que todos los hombres de una nación han trabajado en común, unidos en un mismo sentimiento. El progreso, no sólo se debe á las tentativas de algunos espíritus superiores, sino también á los esfuerzos de millares de hombres ordinarios; no al genio de uno solo, sino al trabajo de todo un pueblo.

Reflexionad, en efecto, lo que pudiera ser:

«¡Ah! ¿Cuándo será la norma de cada hombre el bien de la humanidad? ¿Cuándo se extenderá la paz universal como un rayo de luz sobre la tierra, como una vía luminosa á través del mar, durante todo el curso del año de oro?» (Tennyson.)

Nuestra vida está rodeada de misterios, nuestro mundo es como una mancha en el espacio sin límites; y no sólo nuestra vida, sino la de la raza humana entera, no es más que un momento en la eternidad del tiempo. No podemos imaginarnos cual ha sido su origen y cual será su fin.

Aunque hasta el presente no podemos descubrir ningún género de investigaciones capaz de conducirnos á una solución, sin embargo, debemos considerar todo conocimiento nuevo como un paso adelante hacia la gran revelación.

El progreso es más lento ó más rápido; puede ser patrimonio de los demás hombres y no nuestro. No vendrá para nosotros más que si luchamos para merecerlo; pero de seguro vendrá.

«Sin embargo, hay una cosa que no destruiréis: el pensamiento, á quien el fuego y el hierro no pueden amedrentar.» (Swinburne.)

JOHN LUBBOCK.

LA OBRA MAESTRA DEL CRIMEN

CUENTO

I

El ojo del público es un
aguijón de gloria.

(STENDHAL.)

Pícaro suerte! Su nombre de pila era Oscar y su apellido Lapissotte; era pobre, sin talento, y se creía un genio.

Al entrar en la vida, su primer cuidado fué adoptar un seudónimo; su segundo cuidado, adoptar otro; y así sucesivamente, por espacio de diez años, usó todos los vocablos de capricho que pudo imaginarse para despertar la curiosidad de sus contemporáneos.

Por supuesto, esa curiosidad, que aparentaba temer apeteciéndola con todas sus fuerzas, no intentaba rasgar las densas tinieblas de su existencia. Con todos los rótulos prestados, ya se hiciera llamar Jacobo de la Mole, Antonio Guirland, Tildy Bob, Gregorius Hantska, ya se revistiese de desinencias nobles, plebeyas, extranjeras, románticas ó modernas, no por eso dejaba de ser el más desconocido de los hombres de pluma, el más oscuro de

los incomprensidos y el más pobre de los literatos. La gloria no quería nada con él.

—*E pur, si muove!* ¡Aquí dentro tengo algo!—decíase convencido, golpeando con el dedo la caja ósea de su cráneo, que le parecía profundo porque sonaba á hueco.

Es increíble á qué aberraciones puede conducir la vanidad literaria. Hay hombres de verdadero talento á quienes ha hecho cometer inconcebibles ridiculeces, induciéndoles hasta á ejecutar actos vergonzosos ú odiosos. ¿Qué será, pues, cuando atormenta á un miserable, nulo de marca mayor? La paciencia agotada, el orgullo agriado, la impotencia adquirida, una vida encenagada por una esperanza inútil y tenaz: no se necesita ni aun tanto para concebir la idea de acabar por un suicidio ó por un crimen.

Oscar Lapissotte no era bastante va-

liente para elegir su propia muerte. Por otra parte, sus pretensiones de superioridad intelectual hallaron pasto en la resolución de un delito. Y, en efecto, pensó que su genio había seguido hasta entonces mal camino al dedicarse á los ensueños del arte, y que estaba destinado á las violencias de la acción. Además, el delito le produciría una fortuna, y la riqueza pondría al fin de manifiesto á la luz del día ese espíritu trascendente que se marchitaba en la pobreza. Artística y moralmente probóse, pues, á sí mismo que era necesario cometer un crimen.

Lo cometió. Y, como si la realidad quisiera darle la razón, por la vez primera de su vida hizo una obra maestra.

II

Unos diez años antes del día en que se convirtió en un malvado, Oscar Lapisotte había vivido en el sexto piso de una casa de la calle de San Dionisio. Perdido entre una treintena de inquilinos, conocido tan sólo por uno de sus numerosos seudónimos, había sido amante de una antigua criada parlanchina, que le contaba todas sus menudencias. Servía á una viuda muy anciana, enferma y bastante rica. Por cierto que sólo permaneció él en aquella casa apenas un mes.

Una noche en que acababa de dejar á uno de sus amigos, interno en el hospital de la *Pitié*, al pasar por una sala

para irse, reconoció á la criada, que se hallaba moribunda. Díjole ésta que sólo hacía tres semanas que no estaba en casa de la viuda, que por el momento la había reemplazado una asistenta, que su señora estaba demasiado valedudinaria para ir á visitarla y que esto era muy desconsolador.

—Comprendo—dijo Oscar.—Quisieras verla, ¿no es así?

—¡Oh! no es por eso. Es que, si muero aquí, tengo miedo de que la señora lea todas las cartas que he dejado en su casa y me desprecie después de mi muerte.

—¿Y por qué te había de despreciar?

—¡Escuche V., voy á decirle la verdad entera! V. ha sido mi amante, pero hace mucho que pasó eso. Puedo confiarle que he tenido otros amores. No lo llevará V. á mal, ¿eh? Y luego, bien sabe V. que yo no era lo que á V. le corresponde. V. es un artista, un hombre de buena sociedad; me consiguió de paso, sin darle importancia. Pero en la casa tengo una especie de hombre que es de mi clase, un cochero; y si lo supiese la señora, sería mi perdición. ¡He hecho tantas cosas malas por él! ¡Ah, tunante, me tenía loca! Es el padre de mi hijo; por eso he hecho cuanto ha querido. Siempre me prometía reconocerle y casarse conmigo. Hoy bien veo que era decir por decir; ¡pero, no importa! Mi hijito no será desdichado del todo con lo que le dejo, y la señora es bastante buena para cuidar de él también; porque he escrito á la señora que tengo un hijo. Aquí está la carta, debajo de la almohada; y quiero que se

la entreguen cuando ya no exista yo, pero sólo si antes queman mis papeles. Sin eso, primero me trago la carta. No quiero que la señora sepa todo lo que he hecho. No tendría compasión del niño, si supiera que es hijo de una andorra y de una ladrona.

—Veamos, veamos, mi querida amiga—dijo bruscamente Oscar—explícame mejor tu situación. Hablas demasiado deprisa, todo lo embrollas; y es preciso que me pongas al corriente con claridad, si quieres que te preste algún servicio. No pretendo otra cosa, si es posible; pero, necesito comprender bien.

En ese momento, Oscar Lapissotte no pensaba de ningún modo en el crimen. Dejábase llevar sencillamente de su curiosidad de literato, husmeaba una novela y se disponía á obtener *original*.

—¡Pues bien—prosiguió la criada—he aquí de lo que se trata! Me propongo hablar claro. He caído enferma de repente, con un ataque de apoplejía, en la calle, y me han traído al hospital. La señora me ha dejado aquí, porque no se me podía transportar. La he escrito y me ha contestado. Ha venido de su parte á verme la asistenta. Pero ni á ésta, ni á la señora he podido hablarles de lo que me aflige. Tengo un paquete de cartas del cochero, ya sabe V., del padre de la criatura. En las cartas hay un montón de cosas malas, robos que me aconseja y gracias que me enviaba cuando yo los cometía. Porque he robado, sí; he robado para él, robado á mi ama. Debí haber quedado esas malditas cartas. Pero tenían

muchos «amor mío» y promesas de matrimonio y seguridades de que reconocería al pequeño. Entonces las guardé. Un día me amenazó el bribón con cogérmelas para comprometerme. Yo le negaba dinero, y me dió á entender que una vez dueño de mis papeles haría de mí cuanto se le antojara. Me entró un miedo de mil diablos. A pesar de todo, no quise desprenderme de las cartas. Para ponerlas en sitio seguro, dije á la señora que deseaba confiarla papeles de familia que me interesaban mucho, y así he logrado guardar mis cartas en su gaveta. La señora me ha cedido un cajón, con llave y todo. Bien sé que pudiera decirle que necesito esos papeles. Pero desconfío de la asistenta, que me los traería. Por palabras que se le han escapado, creo adivinar que también está enredada ahora con el cochero. Es un engañador, se lo digo á V. Y si la engaña es por conseguir el paquete, cuyo escondite conoce. Ya comprenderá V. mis apuros. ¡Oh, si fuera V. lo suficiente bueno! Verdad es que no lo merezco; pero por parte de V., sería una buena obra prestarme ese servicio.

—¿Qué servicio?

—Traerme mis cartas.

—Pero, ¿cómo quieres que yo las obtenga?

—¡Es muy sencillo, yendo por ellas! Por la noche, á las diez, la señora ha tomado ya el cloral para dormir; y en ese momento duerme como un tronco. Durante ese tiempo no está allí la asistenta, puesto que se marcha á las siete, después de comer. Ya comprenderá V.

que la señora no la ha dicho que tomaba cloral, por temor á un robo. No se lo ha dicho más que á mí, en quien la pobre tenía plena confianza. Pues bien; entra V. entonces, que ella no le oirá, y puede V. salir y traerme las cartas. Ya sabe V. que la casa tiene dos entradas. Por la escalera de servicio, el portero nada notaría. ¡Oh! ¿Hará V. eso por mí, diga?

—¡Estás loca! ¿Y cómo abrir la gaveta? ¿Y cómo pasar de la puerta de la habitación?

—Tengo doble llave de la gaveta: para vergüenza mía, la hice fabricar con el objeto de robar á la señora. Aquí está, con la de mi cajón. Aquí tiene V. también la llave para entrar por la cocina, por la escalera de la servidumbre. Se lo suplico. Sin embargo, nada sé; pero tengo fe en V., estoy segura de que lo hará para que muera yo en paz.

Oscar Lapissotte tomó las llaves. Tenía fijos los ojos. Una repentina palidez inundó su rostro. Nerviosas contracciones tiraban de las comisuras de sus delgados labios. Bruscamente se le había presentado la posibilidad del crimen. Muerta aquella mujer, era fácil de ejecutar la cosa.

—¡Oh, me ahogo, me ahogo—dijo la enferma, á quien la larga confianza había agotado las fuerzas.—¡Beber! ¡Deme V. de beber!

El dormitorio estaba á oscuras, vagamente iluminado por una lamparilla. Todo el mundo dormía en las camas próximas. Oscar levantó la cabeza de la enferma, sacó la almohada y se

la puso encima de la boca, donde la mantuvo con puños de hierro durante lo menos diez minutos. Tuvo el horrible valor de esperar, reloj en mano.

Cuando la destapó la cara, la enferma estaba asfixiada. No había podido hacer un movimiento, ni dar un grito. Parecía haber sucumbido de un derrame de sangre. Volvió á poner la almohada debajo de la cabeza y el cobertor debajo de la barba. El cadáver parecía una persona dormida.

Como la cama de la criada estaba bastante cerca de la puerta, el asesino salió sin hacer ruido. Pasó de largo el corredor de los internos, atravesó por una puertecilla de la calle de la Pitié y se encontró fuera sin haber sido visto.

Eran las nueve y veinte minutos.

Sin perder tiempo, con la fiebre de la ejecución, el miserable fué á paso largo á la calle de San Dinisio. Entró en la casa antes de las diez.

En el camino había madurado todo su plan.

Penetró primero en la cuadra, donde debían de estar los objetos del cochero. Cogió allí una corbata, desgarró un pedacito de ella y se lo metió en el bolsillo.

Luego subió por la escalera de servicio de cuatro en cuatro peldaños. Era en el primer piso, y se podían subir á zancadas los diez y ocho escalones sin riesgo de ser visto.

Abrió la puerta, entró sin ruido, llegó á la alcoba, y de un solo esfuerzo estranguló á la anciana, que dormía. También allí tuvo la sangre fría de

continuar apretando la garganta durante un cuarto de hora largo.

En seguida abrió la gaveta. En el cajón grande de en medio había acciones y obligaciones; en el de la izquierda, billetes de Banco; y en el de la derecha, rollos de luses. Apartó los títulos al portador y dejó los otros. En total, títulos, oro y billetes, había ciento cuarenta mil francos, con los cuales llenóse los bolsillos.

En seguida se ocupó de las cartas. Las encontró fácilmente en el rincóncito, arriba, donde la criada le había dicho que estaban.

Las quemó en la chimenea, pero cuidando de dejar intactos los párrafos más comprometedores para la criada y el cochero. Sólo con algunos bien escogidos, bastaba para reconstituir toda la historia del niño, de las provocaciones al robo, de los robos cometidos. Las puso en evidencia junto al guardafuego, admirablemente colocadas para hacer creer que las habían quemado de prisa y corriendo, y que se había huido antes de que se consumieran por completo.

Arrugó y desgarró el trozo de corbata dentro de la mano derecha del cadáver, cerrada y rígida.

Salióse entonces y se deslizó como un relámpago hasta la calle; é inmediatamente se puso á andar con el paso tranquilo y distraído de un soñador.

Decididamente, Oscar Lapissotte no se había engañado al creerse un hombre de genio: tenía el genio del crimen, y había trabajado de mano maestra.

III

En efecto; un crimen no es una verdadera obra maestra, sino cuando su autor queda impune. Y por otra parte, la impunidad no es completa sino cuando la justicia condena á un falso culpable.

Oscar Lapissotte obtuvo la impunidad completa.

La justicia no vaciló un solo instante para encontrar al asesino. Evidentemente, era el cochero. Los fragmentos de las cartas eran indicios infalibles. ¿Quién si no el cochero, amante de la criada, podía conocer tan bien las cosas favorables para el crimen? ¿Quién otro podía tener las llaves? ¿No había comenzado por robar á la viuda, de concierto con la criada? ¿No era lógico dar el paso que separa el robo del asesinato? Además, el acusador pedazo de corbata hablaba con claridad. Para colmo de desventuras, el cochero tenía malos antecedentes. Como última circunstancia abrumadora, no pudo justificar el empleo de su tiempo en la hora fatal. Por más que negó, protestando su inocencia, todo estaba en contra suya y nada abogaba en su favor.

Fué procesado, condenado á muerte, ejecutado; y los jueces, los jurados, el defensor, los periódicos, el público, estuvieron conformes en tener la conciencia tranquila acerca de

este punto. Sólo quedó un hecho oscuro en el asunto: la fortuna, que no se pudo encontrar. Creyóse que el criminal la había ocultado en sitio seguro, pero á nadie le cupo la menor duda de que la había robado.

En resumen: si hubo en el mundo delincuente á quien se le reconociese culpable de su crimen, lo fué él.

IV

Dícese que la conciencia de una buena acción da una paz profunda. Pero pocas personas han tenido el atrevimiento de decir que la impunidad de una mala acción proporciona también la felicidad. Barbey d'Aurevilly no ha temido escribir, entre sus admirables *Diabólicas*, una novelita rotulada *La Dicha en el crimen* (1), y no le ha faltado razón para ello; porque los malvados conocen la serenidad.

Oscar Lapissotte pudo gozar plenamente de su doble asesinato y saborear sus frutos con una serenidad absoluta. No experimentó remordimientos (2), ni terror. La única cosa trastornadora que sintió y fué acreciéndose más y más, era un orgullo inmenso.

(1) Esta novela verá la luz en el próximo número de LA ESPAÑA MODERNA: es una verdadera joya literaria.—(N. DEL D.)

(2) Véase acerca del remordimiento en los delincuentes el admirable estudio de Enrique Ferry incluido en la «Colección de libros escogidos»; tomos 42 y 73, *Estudios de Antropología criminal*.—(N. DEL D.)

Sobre todo, orgullo de artista. Lo que le hizo olvidar toda consideración moral, es precisamente la perfección de su obra y el convencimiento de que se había mostrado impecable de veras.

Pues bien; sólo con esto, su sed de superioridad tuvo con que hartarse hasta la embriaguez.

En todo lo demás continuó siendo un hombre mediano, oscuro, con razón desconocido. Por más que quiso aprovecharse de su nueva fortuna para forzar las puertas de los periódicos y revistas, por más que quiso agasajar á la crítica, no podía hacerse escuchar por el público. Sus versos, su prosa, sus ensayos teatrales estaban marcados con el sello de la nulidad. Las gentes del oficio conocían un poco á Anatolio Desroses, el literato de afición con más rentas que talentos; pero los lectores se burlaban de sus rentas, y todo el mundo estaba conforme en negarle la menor partícula de talento. Estaba en debida forma convicto de impotencia.

«¡Y, sin embargo—se decía á veces á sí propio con las miradas centelleantes;—sin embargo, si yo quisiera! ¡Si narrase mi obra maestra!... porque he hecho una obra maestra. En eso no caben dudas. Anatolio Desroses quizá sea un cretino, pase; pero Oscar Lapissotte es un hombre de genio. Es una lástima grande el pensar que una cosa tan bien maquinada, con tanta potencia concebida, con tamaño vigor de ejecución, de tan completo buen éxito, permanezca desconocida eternamente. ¡Ah, ese día tuve inspiración, la ver-

dadera, aquella en virtud de la cual se hacen las cosas perfectas. ¡Dios mío! el abate Prévost ha emborronado más de cien detestables novelas, y sólo ha escrito una *Manon Lescaut*. Bernardino de Saint-Pierre no dejará más que *Pablo y Virginia*. Hay muchos de esos genios singulares que solamente producen una obra. Pero también, ¡qué obra! Queda como un monumento en una literatura. Yo pertenezco á esa familia de ingenios. No he hecho sino una sola cosa buena. ¿Por qué la he vivido, en lugar de escribirla? Si la hubiese escrito, sería yo célebre. No tendría más que un cuento que enseñar; pero todo el mundo querría leerlo, por ser único en su género. He hecho *La Obra maestra del crimen*.»

Esta idea convirtiéndose á la larga en una idea fija.

Durante diez años luchó contra ella. Se dejó devorar ante todo por la pena de no haber hecho el sueño en vez de la acción, y después por el deseo de contar la acción como un ensueño. Lo que de continuo le incitaba no era el demonio de la perversidad, aquella extraña fuerza que impelía á los personajes de Edgard Poe á pregonar su secreto; sino tan sólo una preocupación literaria, la necesidad de fama, el prurito de la gloria.

Como un sutil consejero que refuta una por una las objeciones y hace valer los argumentos capciosos, su idea fija perseguíale con mil razones.

«¿Por qué no has de escribir la verdad? ¿Qué temes? Anatolio Desroses está al abrigo de la justicia. El crimen

es antiguo. Todo el mundo lo tiene en olvido. Conócese su autor: está muerto y enterrado con la cabeza entre las piernas. Parecerá como que has arreglado artísticamente una añeja historia judiciaria. Pondrás en ella todos tus pensamientos recónditos, todos los rencores que te han impelido al asesinato, todas las habilidades que has combinado por cometerlo, todas las circunstancias suministradas por ese asombroso inventor á quien llaman la casualidad. Tú sólo estás en el secreto de la obra, y nadie adivinará que la tomaste de lo real. En tu cuento no se verá nada más que el esfuerzo de una imaginación extraordinaria. Y entonces serás el hombre que apetece ser, el gran escritor que se revela tarde, pero con un golpe de maestro. Gozarás de tu crimen como jamás criminal alguno ha podido gozar del suyo. Obtendrás con él, no sólo la fortuna, sino también lauros. ¿Y quién sabe? Después de este primer triunfo, cuando tengas nombradía, harás que se lean tus otras obras y no cabe duda de que cambiará por completo la injusta opinión que de ti se tiene. En el camino de la celebridad, sólo el primer paso es el que cuesta. ¡Animo! Recupera un poco de aquella pasmosa audacia que tuviste un día en tu existencia. Mira qué bien te salió. Supiste agarrar una vez por los cabellos á la ocasión. De nuevo la tienes hoy en tus manos. ¿La dejarás huir? Bien sabes que la obra es magnífica, ¿no es así? Pues bien; nárrala sin miedo, sin rodeos, con altivez, en su majestuoso horror. Y si quieres

creerme, llega hasta el fin de tu orgullo, ten abierto descaro y renuncia al seudónimo que parece ser ya tu nombre y apellido, para firmar con los tuyos propios que parecerán un seudónimo. No hay que hacer ilustres á Jacobo de la Mole, á Antonio Guirland, ni siquiera á Anatolio Desroses; no hay que hacer ilustre á ese montón de individuos sin talento, sino á ti solo, á Oscar Lapissotte.»

Y llegó un día en que Oscar Lapissotte sentóse ante las cuartillas en blanco, llena de fuego la cabeza y febriles las manos, como un gran poeta que se siente dispuesto á dar á luz una gran cosa; y de un tirón escribió la historia de su crimen.

Narraba los míseros comienzos de Oscar Lapissotte, su vida de bohemio, sus múltiples fracasos, su patente medianía, sus terribles rencores, las ideas de suicidio y de crimen que danzaban dentro de su cerebro, las sublevaciones de un corazón engañado por lo quimérico y que busca su venganza en lo real, toda una novela psicológica penetrante, la anatomía de su alma. Luego, con sobrios rasgos de una espantosa claridad, describía la escena de la *Pitié*, la escena de la calle de San Dionisio, la muerte del falso culpable, el triunfo del verdadero asesino. Entonces, con una curiosa y diabólica sutileza de detalles, analizaba las causas que habían decidido al autor á publicar su delito, y acababa por hacer la apoteosis de Oscar Lapissotte, que ponía su verdadera firma al pie de aquella confesión.

V

La Obra maestra del crimen apareció en la *Revista de Ambos Mundos*, y tuvo prodigioso buen éxito.

Puede formarse idea de él por los siguientes párrafos de los artículos de crítica que saludaron su aparición:

«Todo el mundo sabe que bajo el seudónimo de Oscar Lapissotte, de un capricho tal vez galo en demasía (1), se esconde un autor que se complace en este género de disfraces, el señor D. Anatolio Desroses. Después de haber malgastado por mucho tiempo su talento en el periodismo insignificante, D. Anatolio Desroses acaba de darnos cumplida muestra de él. La narración está tomada de un drama procesal acaecido unos diez años ha en la calle de San Dionisio. Pero la imaginación del cuentista ha sabido transformar un vulgar asesinato en una obra cuya combinación es asombrosa. El mismo pobre Gaboriau no hubiera encontrado las complicaciones inventadas por don Anatolio Desroses. Daremos *La Obra maestra del crimen* en nuestro número doble del domingo próximo.»—(FELIPE GILLE.—*Figaro*.)

«Mientras hablo de la gallina con arroz, debo decir alguna cosa de la

(1) Por el jocoso contraste entre lo romántico del nombre Oscar y lo indecente del apellido Lapissotte (la meadita).—(N. DEL T.)

carne de gallina que me ha puesto *La Obra maestra del crimen*. En el análisis de los sentimientos hay su pizca de metafísica, que para mí desluce un poco la fantasía verdaderamente extraordinaria del relato. ¿Pero hay algún libro sin defectos? La misma extravagancia de esos detalles sutiles es como una salsa agradable. Primod de la Reynière y Restif de la Bretonne tienen esa clase de oscuridades regocijantes. Anatolio Desroses pertenece á la misma familia. Como ellos, ha escrito un fárrago de cosas desconocidas, entre las cuales destácanse cincuenta páginas notabilísimas. Será el más célebre entre los *olvidados* y los *desdeñados* de nuestros tiempos.» (CARLOS MONSELET.—*Evénement*.)

«El autor de este cuento no es un lírico, tal como nosotros lo entendemos; pero tampoco es un realista. Su genio fantástico tiene las alas de la oda. Sin embargo, preciso es confesar que Anatolio Desroses se ha amamantado á los pechos de las Euménides, de las perras sanguinarias que ladran tras la pista de Orestes, asesino de la gran Clytemnestra, más bien que á los de las Gracias, de seno hermoso. Mas, ¿qué importa el terreno, con tal de que en él se vean brotar los laureles?»— (TEODORO DE BANVILLE.—*National*.)

«¡No hay remordimientos! Así es el crimen de un ateo. Si por esas tinieblas cruzase un rayo de la fe cristiana, el Sr. Anatolio Desroses podría pasar por el Dante del infierno á la moderna. No es más que su Disderi. Pero eso es

fotografía iluminada con colores. Hay toques. Escribe. Llega hasta á saber analizar. Tal vez sondee los riñones de su generación, que bien enfermos los tiene.»— (LUIS VEUILLOT.—*Univers*.)

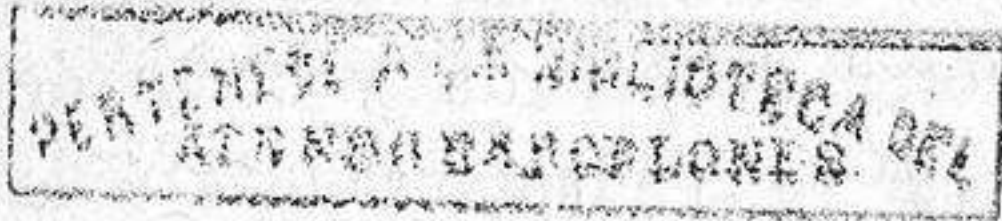
«¡Obra maestra es, en efecto, esta *Obra maestra del crimen*! ¡Y no hay crimen como él! Porque esta pluma tiene fulgores de espada y corte de escalpelo. Da estocadas terribles á la serenidad del delito y lo disecciona como en anatomía, aunque le haga una aureola de molinetes flamígeros. Se ve allí más claro, ¡eso es todo! Por supuesto, es la sulfúrea claridad que despide el ojo del Diablo; y también es el dedo del Diablo ese rabioso dedo de Anatolio Desroses, que desgarró la túnica del crimen y muestra el corazón humano sin hoja de parra. Me gusta este Sr. Anatolio *de las Rosas*, quien debiera llamarse *de las Espinas* ó *de las Ortigas*. Me gusta como un vicio.»— (J. BARBEY D'AUREVILLY.—*Constitutionnel*.)

Sarcey dió en el bulevar de las Capuchinas una conferencia acerca de *La Obra maestra del crimen*. Hizo comparaciones con Hoffmann y Edgard Poe, dos frases sobre el arte dramático con motivo de las preparaciones psicológicas que conducían á las escenas de asesinato, una digresión sobre el género zarzuelero, otra sobre la Escuela normal, una tercera sobre la esencia de la digresión, y, finalmente, llamó «un cuarto de genio» al autor, á la vez que le daba familiares palmaditas en la barriga.

En resumen: hubo un concierto de

elogios, aparte de los indispensables graznidos de los envidiosos, de los necios, de los mojigatos y otros peces menudos del periodismo.

VI



Sin embargo, en todos los artículos, incluso en los más halagüeños, había dos cosas que irritaron mucho á Oscar Lapissotte.

La primera, ¡que se obstinaban en tomar su verdadero nombre por un seudónimo y en llamarle Anatolio Desroses!

La segunda, que se hablaba demasiado de su imaginación, y no se hacía resaltar bastante lo verosímil de su relato.

Estos dos *desiderata* le atormentaron hasta el punto de que olvidó toda la ventura de su gloria naciente. Los artistas son así: hasta cuando la crítica los acuesta sobre un lecho de rosas, sufren si alguna hoja hace el menor pliegue.

Por eso, cierto día, como un quídam felicitase al grande hombre que había escrito *La Obra maestra del crimen*, y le diera con el incensario en las narices á todo vuelo, el grande hombre le contestó á quemarropa:

—¡Eh, caballero, de otro modo me felicitaría V. si estuviese al tanto de las cosas. Mi novela no es un cuento, sino un sucedido. El crimen se cometió como lo he narrado. Y yo lo come-

tí. Firmo con mi verdadero nombre de Oscar Lapissotte.

Dijo esto fríamente, con un gran aspecto de convicción, recalcando bien sus frases como quien quiere que le crean.

—¡Ah! ¡Delicioso! ¡Encantador!— exclamó su interlocutor.—La jocosidad es de un carácter lúgubre que tira de espaldas. Es género Baudelaire puro.

Y el día siguiente, todos los periódicos contaban la anécdota. Encontraron deliciosa la tentativa de mixtificación, por la cual Anatolio Desroses quería hacerse pasar por un asesino. Decididamente, era original y digno de ocupar á París.

Oscar Lapissotte se puso furioso. Al hacer aquella terrible confesión, había obrado maquinalmente en cierto modo. Ahora tenía verdadera necesidad de ser creído por alguien.

Renovó su confianza á todos los amigos á quienes halló en la calle. El primer día hizo mucha gracia. El segundo día parecióles monótona la farsa. El tercer día produjo aburrimiento. Al cabo de la semana, concluyó por pasar por un majadero en toda la extensión de la palabra.

No sabía sostenerse á la altura de su reputación de grande hombre. Sus más fervientes partidarios hicieron chacota de él.

Este comienzo de caída le exasperó. —¡Ah! ¡Es mucha cosa ésta!— dijo á los incrédulos en pleno café:—¿Conque nadie quiere creer lo que es la pura verdad? ¡Nadie quiere reconocer que, no sólo he escrito, sino ejecutado

La Obra maestra del crimen! Pues bien; voy á descargar mi corazón. ¡Mañana sabrá todo París quién es Oscar Lapisotte!

VII

Fué en busca del juez de instrucción que había actuado en el proceso de la calle de San Dionisio.

—Señor—le dijo—vengo á entregarme como preso. Soy Oscar Lapisotte.

—Caballero, no siga V. adelante—le respondió el juez con amabilidad.—He leído la novelita de V. y le felicito por ella. También conozco la excentricidad con que se divierte V. desde hace ocho días. Quizá cualquiera otro se ofendiese al ver que la burla de V. alcanza á la magistratura. Pero me gustan las letras, y no le recrimino porque ensaye V. conmigo también su ingeniosa farsa, puesto que eso me proporciona el gusto de conocerle.

—¡Eh, señor—dijo Oscar, impaciente con tales cortesías—no se trata de burlas! Le juro á V. que soy Oscar Lapisotte, que he cometido el crimen y voy á probárselo.

—Pues bien, caballero—repuso el magistrado—verá V. como soy de buen arreglo. Por lo curioso del caso, no tengo inconveniente en seguir la broma. Y hasta confesaré á V. que de antemano me regodeo en ver cómo un ingenio tan sutil cual el suyo podrá amañárselas para probarme lo absurdo.

—¿Lo absurdo? ¡Pero si lo que he narrado es la verdad absoluta! El cochero no fué culpable. Yo fuí quien dispuse...

—Creo haber dicho á V., apreciable señor mío, que he leído su narración. Si le place volvérmela á contar V. mismo, tendré en ello sumo gusto. Pero eso no me probará nada más sino lo que ya tengo por bien probado, á saber: que tiene V. una imaginación asombrosamente fértil y extraña.

—No he tenido nunca ni pizca de imaginación, como no sea para cometer mi delito.

—No para cometer: para escribirlo, señor mío, para escribirlo. ¡Y permítame V. emitir con franqueza mi parecer sobre el asunto! Ha tenido V. excesiva imaginación, ha pasado de los límites trazados á la fantasía del escritor, ha inventado V. ciertas circunstancias que pecan contra la verosimilitud.

—Pero, ¿no le digo á V....?

—¡Permita, permítame V.! Me dispensará V. que me crea algo competente en materia de crímenes. Pues bien; le aseguro, con la mano en la conciencia, que el crimen de V. no está combinado con naturalidad. El encuentro con la criada en *la Pitié* es una cosa casual en demasía. El cloral (dispéñeme el juego de palabras) es durillo de digerir. Y por el estilo otros muchos detalles. Como obra de arte, el cuento de V. es hechicero, original, bien urdido, lo que llaman Vds. interesantísimo; y admito que, como escritor, ha hecho V. perfectamente en disfrazar así la realidad. Pero su famo-

so crimen, en sí mismo, es imposible. Mi querido Sr. Desroses, hartó deploro haber de causarle pena; pero si le admiro como literato, no puedo verdaderamente tomarle en serio como criminal.

—¡Ahora vas á verlo!—rugió Oscar Lapissotte, saltando al magistrado.

Tenía espuma en los labios, sangre en los ojos, y todo el cuerpo agitado por un acceso de ira. Hubiera estrangulado al juez si no hubiesen acudido á los gritos.

Apoderáronse de aquel furioso, le ataron é inmediatamente fué encerrado.

Cinco días después lo condujeron á Charenton, como loco.

«¡He aquí á dónde lleva la literatura!—dijo al siguiente día no recuerdo qué cronista de periódico.—Anatalio Desroses ha hecho una vez, por casualidad, una cosa buena. Eso le ha trastornado de tal modo, que acabó por creer en lo real de su ficción. Es la añeja fábula de Pigmalión enamorado de su estatua. El pobre Murger me decía una vez..., etc..., etc....»

VIII

Y lo más espantoso es que Oscar Lapissotte no estaba loco, sino en su ca-

bal juicio y cada vez más atormentado por ello.

—De manera—pensaba—que tengo todas las desventuras. No quieren creer en mi nombre ni en mi crimen. Cuando haya muerto, pasará sencillamente por Anatalio Desroses, un *escribidor* que tuvo la suerte de estar en vena para escribir un solo cuento bonito; y se tomará por un protagonista de novela á este Oscar Lapissotte, de carne y hueso como soy, el hombre de sangre fría, resuelto, de acción, el héroe de la ferocidad, la viva negación del remordimiento. ¡Oh, que me guillotinen, pero que se sepa la verdad! Aunque sólo sea un minuto, antes de poner el cuello en la media luna; aunque sólo sea un segundo, mientras caiga la cuchilla; aunque sólo sea lo que dura un relámpago, quiero tener la certidumbre de mi gloria y la visión de mi inmortalidad.

Trataban con duchas esta exaltación.

Al cabo, en fuerza de vivir con su idea fija y en compañía de los locos, volvióse loco también.

Y precisamente entonces le dieron de alta por curado.

Oscar Lapissotte había concluido por creer que, en efecto, era Anatalio Desroses y que nunca había asesinado.

Ha muerto convencido de haber *imaginado* su obra y de no haberla *escrito*.

JUAN RICHEPIN.

NAMUNA

CUENTO ORIENTAL

(CONCLUSIÓN)

XXXII

Y á ese mismo veréis que en la taberna entre dos carboneros toma asiento, cerca de una sartén de mugre eterna, con el cutis ahumado y polvoriento; y alguna vez con la mirada tierna penetrará embozado y macilento y ante una luz lo dejaréis dormido, puesto en la sucia manga el rostro herido.

XXXIII

Veréis que de una cámara lujosa por la escala pendiente se retira y va luego á una casa vergonzosa donde la meretriz su aliento aspira, mientras en el balcón donde llorosa y á través de la noche doña Elvira cree divisarlo con febril anhelo, aún agita su luz y su pañuelo.

XXXIV

Le veréis con el traje del oficio que toma á su lacayo, aunque tiritita conquistar á una moza de servicio; y que al arroyo el cuerpo precipita

PERTENECER A LA BIBLIOTECA DEL
ATRIBU RANSTORNS

de su padre infeliz, sin más indicio
de vida que la fiebre con que agita
sus manos desgarradas contra el muro
que escaló audaz el seductor impuro.

XXXV

¿Qué efecto os causa el héroe que describo?
Quizá penséis que el mundo desgarrara
con un puñal su corazón altivo;
que el tedio le consume, como á Lara;
que el hombre fué con él duro y esquivo;
que la senda del bien divisa clara
y viendo que no sirve un cambio necio,
devuelve al mundo su odio y su desprecio.

XXXVI

¡Ah! No es así. Jamás persona alguna
se ocupó menos de cualquier desvío;
jamás le fué contraria la fortuna
en la menor pendencia ó desafío;
jamás del mar en la movable cuna
sufrió el choque de su ímpetu bravío;
jamás surgió á sus pies rápidamente
de la falsía la voraz serpiente.

XXXVII

Tal cual es en el mundo, se le adora;
aún conserva su rango y su bolsillo,
y ante Dios y ante el hombre, á cualquier hora,
se sienta imperturbable en el banquillo:
el daño que causó nadie lo ignora,
su genio luce con eterno brillo,
se le admira y elogia con afán:
éste ¿quién puede ser sino Don Juan?

XXXVIII

Sí, tan sólo Don Juan: mágico nombre
que el universo á su poder sujeta,
que lo pronuncia entusiasmado el hombre
sin explicarse su atracción secreta;
y de tan alto y singular renombre
que si animó su imágen un poeta,
por sólo bosquejarla en su memoria
se hizo más grande y aumentó su gloria.

XXXIX

Mas ¿qué hago aquí, insensato una y mil veces?
¿Te he de alabar, también, para que agrades,
oh sombra inmensa, que ante mí apareces de
no sé qué profundas soledades?
Si; pues si á algunos odio les mereces
por tus dudas, horrores é impiedades,
yo te profeso inquebrantable ley,
como el viejo Blondel tuvo á su rey.

XL

¡Quién tu caballo rápido me diera!
¡Quién pudiese volar á su albedrío
en el manto de Fausto y te siguiera
con llanto abrasador, ángel impío!
¡Quién sus muertos con júbilo leyera
en un papel tan lleno y tan vacío,
como esa larga lista que formaste
con los nombres de aquellas que olvidaste!

XLI

Tres mil nombres de amantes tiene en fila
y ninguno pronuncia satisfecho,
ni una lágrima arranca á su pupila;
y aquel fuego de amor que ardió en su pecho
y que á su muerte impávida y tranquila
se eleva al cielo en ráfagas deshecho,
como un ángel que busca otros fulgores,
no lo apagaron sus tres mil amores.

XLII

Y, ¡oh Don Juan! esas locas te adoraban
cuando tu férreo corazón ceñían,
á igual viento que tú se abandonaban,
y las más infelices que acudían
un cariño tan grande te mostraban,
que hasta la sombra de tu amor cubrían
de besos y era tuya su existencia,
teniéndolas un día en tu presencia.

XLIII

Mas tú, pálido espectro, ¿qué destino
á esas jóvenes dabas sin ventura?

¡Ay! amarlas, también, pobre asesino.
 En cada nuevo tipo de hermosura
 creyendo vislumbrar el sol divino
 que disipase, al fin, tu noche oscura.
 —¡Esta será!—exclamabas cada vez,
 y esperándola vino tu vejez.

XLIV

Preguntábasle al bosque, al mar, al viento,
 siempre y en todas partes por la hermosa
 que adoraba tu oculto pensamiento:
 soñaba tu capricho por esposa
 el fantasma y el sueño de un momento,
 y al arrojar tus muertos en la fosa,
 cual fiero sacerdote desgarrabas
 su corazón donde á tu dios buscabas.

XLV

¡Ah! ¿cuál fué tu ansiedad abrasadora?
 La que á este mundo en silenciosa guerra
 y después de tres siglos aún devora.
 La esfinge colosal su boca cierra:
 los años van contando hora tras hora,
 conocen que es esférica la tierra
 y en el cielo á compás miden los días,
 pero no saben lo que tú querías.

XLVI

¿Quién es — se preguntaban — esa prenda,
 la única, sin disputa, cuya mano
 sujetaría á su corcel la rienda
 y á la que llama con frecuencia en vano?
 ¿Dónde la halló? ¿dónde perdió su senda?
 ¿Qué lazo los unió desde temprano
 para que él sin lograr ninguna cita
 la lleve siempre en su memoria escrita?

XLVII

¿No encontró ni una sola, entre las miles
 de hermosas que mostrara en sus facciones
 y en sus vívidas gracias juveniles
 de su vago ideal las perfecciones?

Al comparar con éste sus perfiles,
notaba que con leves distinciones
todas le parecían sin ser *ella*,
é iba Don Juan en busca de su huella.

XLVIII

Y el mundo á tu capricho recorriste
sin que al mandarte Dios esa quimera
que fué la sola esposa que tuviste,
tu planta la tocase y destruyera;
y luego como un águila subiste
que devoró su víctima ligera,
ó como el trueno que al zumbiar desprende
el vivo rayo que la nube enciende.

XLIX

No llegó nunca á preocuparte nada
del estúpido mundo que, riendo,
te clavaba su atónita mirada:
viste su fondo miserable, horrendo,
y seguías trepando la escarpada
cima del monte y ávido exprimiendo
el duro seno que en la alegre edad
ofrece al soñador la Realidad.

L

Y la virgen feliz de azules ojos
te abrazaba en la cómoda otomana,
ahogando entre caricias tus enojos:
desde la alta princesa á la aldeana
ninguna se libró de tus antojos;
ni aun siquiera la abyecta cortesana
que disputabas á su pobre amante,
como el minero que encontró un diamante.

LI

Madrid, París, Italia, el mundo entero,
cruzaste, siendo un noble en los palacios
y en las caminos un ladrón artero:
jamás contaron tus sentidos lacios
los días, ni las noches, ni el dinero;
entonaba tu voz en los espacios
una canción, y sólo pretendías
largos amores é infinitos días.

LII

En vez de hallar cumplidos tus deseos
siempre encontrabas de terror cubierta,
la verdad con sus pálidos trofeos,
la hidra espantosa con la boca abierta:
y entregado á tus locos devaneos
ante ese mar que la ambición despierta
murmurabas con éxtasis muy hondo:
—¡La perla que yo busco está en el fondo!

LIII

Mueres con la esperanza no extinguida
de encontrarla á través del infinito,
siéndote igual dejar á tu partida
con llanto ó sangre tu recuerdo escrito.
Y más grande que el cielo y que la vida
viste tu encanto juvenil marchito
y agotóse tu genio que hoy asombra
estrechando en tus brazos una sombra.

LIV

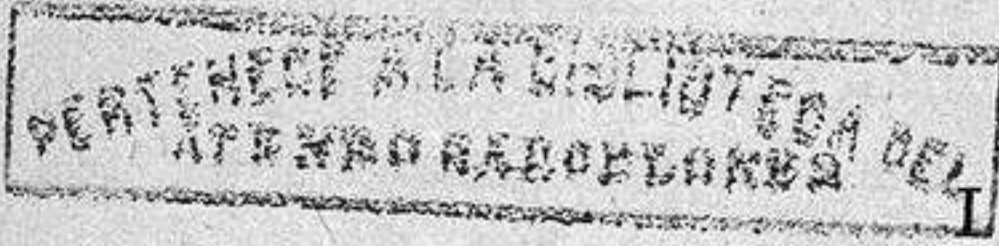
Y el día en que aparece el Convidado
de Piedra y dejas que tu mano apriete,
con súbito pavor quedas helado
al celebrarse tu postrer banquete.
Tú eres del hombre el símbolo acabado;
mientras tu mano izquierda se promete
alzar alegre hasta tu labio el vino,
das la derecha al trágico destino.

LV

Ahora comprenderás, lector sensato,
en qué abismo tan áspero y siniestro,
se puede hundir el soñador novato
que pretenda seguir á tal maestro.
Sólo una frase añadiré al relato
que entenderás, pues te supongo diestro:
Hassán amaba lo que amó Don Juan:
lo que Don Juan buscó, no lo cree Hassán.

CANTO TERCERO

¿ A dónde voy? ¿ Dónde estoy?
(Clásicos franceses.)



Juro por Dios que fué mi único intento
referir una acción breve y seguida:
no faltaban dulzuras á este cuento
y acaso viera mi ambición cumplida
dejando mi héroe al público contento:
mas al vuelo lancé tras de su vida
mi pluma, á fin de sorprenderle vivos
sus románticos sueños fugitivos.

II

Mi incomparable táctica ha triunfado
y es un mérito triple haber sabido
ser muy corto, muy largo y muy truncado:
el poema, el asunto, el plan seguido
y los tipos que en él he dibujado,
todo está á medio hacer por mi descuido,
como nos sirve un plato un mozo rudo
de un lado frito y por el otro crudo.

III

El componer para la escena esquivo,
pues no sabría conquistar renombre
y me falta además el genio vivo
y el temple audaz que necesita un hombre,
hoy que miré estrellarse á quien altivo
veinte años conservó su ilustre nombre
y ni una sola vez, ni una siquiera,
lo arrojó su caballo en la carrera.

IV

Los amigos al ver mi devaneo
me aconsejan con risa inoportuna
que la cítara rompa, y á paseo
mande á Hassán de igual modo que á Namuna;

mas yo su historia relatar deseo,
y ya que no he tenido la fortuna
de escribirla, dejadme que la indique,
y otro después, la escriba y la publique.

V

Pues bien; un musulmán acostumbraba
comprar en el bazar donde acudía
dos esclavas por mes; las acostaba
tres veces en su lecho; al otro día
dábales un gran baño; les llenaba
la bolsa, y libertad les concedía
plantándolas en medio de la calle,
donde otro con su amor las avasalle.

VI

Entre las muchas que llegó á tener
hubo una gaditana que robó
de la casa de un rico mercader
un pirata de Grecia á quien gustó;
y que al hallarla sola, sin querer
de su amistad antigua se olvidó,
sacándola engañada con el fin
de embarcarla en su ráudo bergantín.

VII

Hassán la amó con fervoroso anhelo,
pues nunca estuvo en adorar remiso
á las beldades del hispano suelo:
mas ya que despedirla fué preciso,
con dulces frases le brindó consuelo,
le dió un bolsillo de oro y hasta quiso
devolverla á su patria en una nave
que á partir iba con el viento suave.

VIII

Pero llevaba la española hermosa
herido el corazón, y no entendía
su proceder, ni se explicó otra cosa,
sino que era muy guapa y lo quería.
—¿Por qué me lanzas?—preguntó angustiada.
—¿Para qué me trajiste, si no había
de agradarte? ¡Ay de mí! ¿No ha trasmitido
mi corazón al tuyo ni un latido?

IX

Y al puerto dirigióse en el momento
con el saco que obtuvo en recompensa,
sentándose callada y sin aliento;
y cuando vió sobre la mar inmensa
partir la nave y levantarse el viento
acometióle una congoja intensa,
no halló esperanza á su dolor profuso
echóse el velo y á llorar se puso.

X

Y vió llegar cargadas de cadenas
seis africanas á un bazar impío,
poniéndose á enseñar sus formas buenas
sobre ricos tapices, un judío;
cual peces de oro entre las redes llenas
brillaban; agolpábase el gentío
al local y curtía el sol ingrato
la carne humana que se hallaba en trato.

XI

Aparecióse Hassán en el recinto
y alzándose Namuna huyó enseguida
hacia el hebreo con sagaz instinto.
—Soy rubia— dijo— y puedo ser vendida
tal vez algo más cara, con distinto
pelo, y á fin de estar desconocida
pásame los pinceles que manejas
por el rostro, los ojos y las cejas.

XII

Después con una acción de igual linaje
á la que usó Constancia con Camilo,
se desgarró con su puñal el traje,
diciendo:— Vaya, véndeme tranquilo
sin reparar que el precio suba ó baje.
Y su cadena descolgó del filo
de una verja de hierro y volvió á dar
su corazón al que la fué á buscar.

XIII

Y diré por ser cosa muy sagrada
la verdad, cuya voz me solicita,

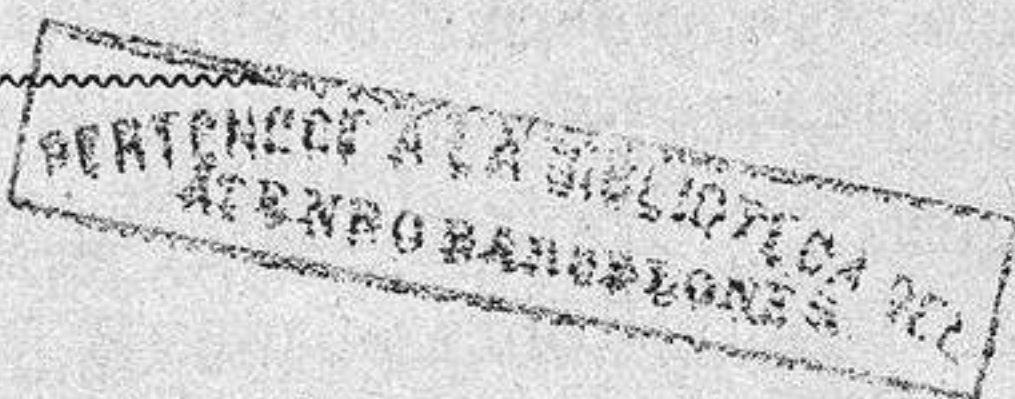
que Hassán tuvo á Namuna en su morada,
que la llevó á su lecho el israelita,
que al fin reconoció su frente amada
y esa noche llegó dulce y bendita
que ella siempre y cual único consuelo
de sus desdichas esperó del cielo.

XIV

Sobre todo diré que en este caso
vió Hassán que la mujer guarda en su seno
armas para vencer, y que un fracaso
encuentra el amor propio en el ajeno.
Mas todo aquí depende del acaso,
y nos enseña su episodio ameno
que la ventura que el mortal ansía,
dura una noche, cual la gloria un día.

GUILLERMO BELMONTE MÜLLER.

MADAMA DE PONTIVY



No, no es cierto que el amor sólo tenga un tiempo más ó menos limitado para reinar en los corazones; que después de una época de esplendor y embriaguez deba extinguirse fatal é inevitablemente; que cinco años, como dicen, sea el término más largo concedido por la naturaleza á la pasión satisfecha, que lleva en sí misma el germen de la muerte. No, no es cierto que el amor en los grandes corazones sea algo incomprensible que un nada hace nacer y otro nada desvanece; que esta pasión, la más elevada y la más bella, sea como un precioso cristal que más ó menos pronto cualquier accidente destruye para siempre al quebrarse en el suelo. Algunas veces sucede así; pero cuando el pensamiento y el alma toman en el amor la parte que el amor merece, cuando los recuerdos felices se han apoderado de nuestro espíritu, ningún accidente, ninguna frialdad momentánea son irreparables. El amor, como todo lo que depende del

pensamiento, no puede estar á merced de un capricho, de una falta involuntaria; ni tampoco como el cristal se quiebra. Esta clase de imágenes no tienen nada de común con él, porque el amor ni siquiera es un diamante que puede rayarse; es el alma misma, vive de una vida invisible, se cura con sus propios bálsamos, renace de sus cenizas, no ha cesado jamás, marcha hasta la tumba y se eterniza más allá. He aquí el amor que verdaderamente debe llamarse así y que nos ha dejado tiernos ejemplos. Más de uno, y quizá de los más hermosos, han quedado ocultos, porque al verdadero amor le encanta velarse con el misterio. Descubramos, sin embargo, con la delicadeza debida un modelo más, ya muy antiguo, del que por feliz coincidencia poseemos tantos datos, que sólo tenemos el trabajo de la elección. En él veremos todo el ardor y toda la sutileza de este sentimiento eterno; en él veremos, sobre todo, la fuerza de vida y de inmortalidad que

corresponde al verdadero amor; su imposibilidad de morir, su facultad para renacer, su eterna juventud brotando siempre con todas sus flores como nos cuentan de los rosales de Pœstum que florecen dos veces al año. Mad. de Pontivy, antes Mlle. d'Aulquier, huérfana, fué llamada por una tía suya á París y colocada por el favor de madama Maintenon en el colegio de Saint-Cyr. En medio de esta generación parlanchina, ligera y poco apasionada que debía formar la juventud selecta de principios de Luis XV, conservaba su sensibilidad concentrada y adormecida. Una especie de orgullo modesto ó de salvajismo tímido aislaba su alma y hacía que se la desconociese. Se la hubiera creído indiferente por naturaleza, cuando sólo lo era para las pequeñeces de la vida y esperaba algo grande y digno de excitar su sensibilidad. No conoció á Racine, que había muerto siendo ella pequeña, pero vió ejecutar sus obras sagradas y quizá lograron conmover su ánimo, aunque sin gran entusiasmo, como si se reservase para las afecciones serias. Un velo cubría su voz, un velo cubría su alma, y sus ojos, y todas sus bellezas. Su vida debía de ser como esos valles sombríos en los que no penetra el sol hasta el mediodía. Su personalidad no se fué formando por sucesivas gradaciones; de pronto resaltó con todo su relieve: su hora había llegado. Habría podido decirse de ella, cambiando alguna frase, el verso del poeta:

Et la grâce elle même attendit la beauté.

Cuando salió de Saint-Cyr, cuando la muerte de Luis XIV producía la caída de los poderes elevados con tanta complacencia por aquel rey, Mlle. d'Aulquier, que perdía el apoyo de Mad. de Maintenon, fué pedida en matrimonio por un caballero bretón, el cual, al verla, se enamoró repentinamente de ella. Su escaso patrimonio y el deseo vehemente de su tía de desembarazarse de una pupila de su edad, la decidieron á otorgársela. M. de Pontivy se la llevó en seguida á Bretaña, á un caserío de los más tristes. En aquella ocasión empezaron á estallar en la provincia disturbios que pronto se convirtieron en rebelión completa. El apoyo que España prestaba á los sediciosos envenenaba la situación.

La joven de Saint-Cyr, al vivir entre aquellos bretones juzgados demasiado poéticamente por Mad. de Sevigny desde su alameda de *las Rocas*, se dijo á sí misma que la realidad, observada á conciencia en el trato frecuente de la vida común, distaba mucho de lo que ella se había imaginado.

M. de Pontivy se encontraba en el número de los más ardientes y de los más comprometidos iniciadores de la rebelión. Mad. de Pontivy creía amarle, y le amaba quizá con un primer amor débil y poco profundo; entonces ni sospechaba que se pudiese querer de otro modo. Más adelante recordó que un día, una noche, seis meses después de su boda, ella, que generalmente estaba inquieta contando los minutos cuando tardaba su marido en volver, había dejado que diese la hora el gran

reloj sin poner atención en ello, ensimismada en sus pensamientos. Desde dicho día, aquel primer amor, como existencia prematuramente extinguida, había muerto en ella, pero no se dió cuenta de esto hasta más adelante; entonces estaba sencillamente resignada á aquella vida sin pensar siquiera en la protesta. La rebelión abortó como era de esperar. Muchos caballeros fueron detenidos. M. de Pontivy, con algunos más, consiguió escapar por mar y se refugió en España. Mad. de Pontivy marchó precipitadamente á París reclamada por su tía, á quien atemorizaba la sola idea de tener una parienta tildada de rebelde. Mad. de Pontivy no se ocupaba más que de obtener á fuerza de ruegos el perdón de su marido, ó al menos la posesión de los bienes, preocupada por el porvenir de su hija, porque en el primer año de matrimonio había tenido una hija que adoraba con una pasión singular, como nunca la había sentido por M. de Pontivy y dejaba comprender el tesoro de ternura que poseía aquel alma.

Al establecerse en casa de su tía se encontró en una sociedad muy diferente, pero casi tan belicosa como la que había dejado. El período de las intrigas molinistas estaba en su apogeo, y madama de Noyon, su tía, como aliada con los Tencin y los Rohan, enarboló bandera por este partido. Mientras se discutía sobre la Bula y en lo más vivo de sus propias inquietudes por obtener el perdón, cada vez más imposible, de su marido, Mad. de Pontivy encontró en casa de su tía á M. de Murçay.

M. de Murçay era un carácter excepcional, poco comunicativo, que quizá nunca habría tenido ocasión de apreciar Mad. de Pontivy, si con motivo de la angustia conmovedora en que se encontraba, no se hubiese acercado á ella deseoso de servirla y con más vehemencia de la que él acostumbraba. Aliado ó pariente lejano de Mad. de Maintenon, había nacido protestante, pero lo habían convertido, siendo aún niño, á la religión católica. Muy joven sirvió, distinguiéndose mucho en la última guerra de Luis XIV, y mereció en Denain un elocuente elogio de Villars. Su delicadeza, en extremo susceptible, le impidió aprovecharse del favor de su parienta y de las ventajas de su conversión, en la cual, por ser muy niño, no había tenido parte ni voluntad. Se ruborizaba á este solo recuerdo á pesar de no ser ardiente calvinista, como tampoco era ferviente católico; era lo que se llamó muy pronto hombre de buenos sentimientos, inclinado á la filosofía, pero disimulando todo esto bajo su laconismo estudiado. A lo cortés de sus maneras unía un carácter firme y un corazón generoso. Aunque al expirar el reinado de Luis XIV y la devoción reinante se le quitó un peso de encima al verse libre de aquel favor, al que difícilmente podía sustraerse y cuya idea le hería por la vergüenza secreta que le causaba su conversión, sin embargo, sólo veía en la regencia un desbordamiento deplorable y la ruina de todas las costumbres nobles, todo lo cual no impedía que echase de menos por una extraña con-

tradición, que no es tan rara como parece, aquel régimen que desaparecía. En una palabra, sus costumbres y sus ideales estaban en contraposición con sus opiniones, ó, como se ha llamado después, con sus principios. Esta especie de oposición ha sido luego muy frecuente, pero nunca, según creo, en una naturaleza tan equilibrada, en un alma tan noble como la de M. de Murçay.

Por su clase social y su superioridad personal, había conservado influencia y crédito, un crédito siempre desinteresado. Cuando vió en casa de Mad. de Noyon aquella sobrina joven, bella y sencilla, algo agreste á pesar de haberse educado en Saint-Cyr, tan preocupada por la suerte de un marido que la había colocado en tan cruel situación, y demostrando una abnegación verdadera entre tantas agitaciones ficticias, se conmovió y pidió á la tía permiso para ofrecer á Mad. de Pontivy sus respetos, á la vez que el poco favor de que él podía disponer. Fué bien acogido, y desde luego puso en juego toda su influencia en un asunto cada vez más desesperado.

A fuerza de ver á Mad. de Pontivy interesarse por aquel marido fugitivo, de tratar, por lo menos, de conservar los bienes, utilizando toda su influencia, y de llevar las noticias del poco éxito de sus gestiones á la cliente que quería complacer, la amó, y no pudo dudar de ello una noche que su corazón por propio impulso le vendió. Mad. de Pontivy estaba más hermosa que nunca; la moda de los *paniers* que adop-

taba por primera vez, hacía resaltar, aunque de ello no tenía necesidad, la elegancia de su talle; una languidez más pronunciada que de costumbre suavizaba las líneas de su semblante; tal vez fuera la ligera capa de polvos que cubría sus negros cabellos, ó el amor que despertaba timidamente en su alma. Acababa de ser motivo de animada conversación la caída del sistema, y los perjuicios que esto originaba á más de un interlocutor, habían animado la discusión. También se trató con no menor celo de la publicación de la Bula. Después llegó el turno á los negocios de Mad. de Pontivy. Cada cual daba su parecer y su consejo. Hay que añadir que la figura y la situación de Mad. de Pontivy empezaba á preocupar; que aquella abnegación tan natural y sencilla en ella, iban haciendo de ella, sin que se apercibiese, la mujer de moda, y que Mad. de Noyon, antes indiferente ó contrariada, se avenía mejor, en su vanidad de tía, con una sobrina que tenía reputación de Alceste. Así, pues, discutieron con detenimiento la mejor manera de obtener alguna ventaja en los asuntos de Mad. de Pontivy, cuando Mad. de Tencin, que acababa de felicitarla por su belleza realzada aquella noche, añadió de pronto como inspirada por una idea luminosa:

— «¿Por qué no ve Mad. de Pontivy al Regente? Al Regente es al que hay que ver.» Una sonrisa rápida y equívoca pasó por el semblante de las mujeres, pero casi todas se apresuraron á repetir: «Al Regente es á quien tenéis

que ver.» Mad. de Noyon, que vislumbraba una nueva perspectiva, acogió este parecer con una facilidad y una satisfacción tal, que parecía no comprender el peligro que podía ofrecer este paso, y hasta la misma Mad. de Pontivy, con toda su candidez, abría la boca para decir: «Pues bien, sí, veré si es necesario al Regente», cuando M. de Murçay, que hasta entonces había guardado silencio, se adelantó bruscamente hacia Mad. de Pontivy, y recogiendo su *bilboquet* (entonces de moda), que acababa muy oportunamente de caer al suelo, se lo entregó diciéndole en voz baja y estrechándole significativamente la mano: «Os guardaréis muy bien de hacer semejante cosa.» Mad. de Pontivy, que iba á consentir, se sonrojó repentinamente, y sin saber por qué, contestó llena de placer: «Me parece que no conviene que vea yo al Regente»; y la opinión de Mad. de Tencin, que iba á ser admitida por unanimidad, fué desechada en el acto. Al darse cuenta M. de Murçay de su acción y de la emoción que sentía, comprendió que amaba.

Mad. de Pontivy también sintió que se agitaba en ella algo desconocido, y cuando al encontrarse sola trató de dar nombre á lo que sentía, la palabra amor se ofreció á su imaginación. Entonces se estremeció, y arrodillándose en un reclinatorio, escondió el rostro entre las manos. Al día siguiente por la mañana, sin darse cuenta del motivo, abrazaba á su hija con más frecuencia y la niña aumentó sus temores diciéndola:

—¿Por qué hoy me quieres más?

Sin embargo, se tranquilizaba al pensar que todos los pasos y todas las conversaciones de aquellos últimos días habían tenido por objeto la libertad de M. de Pontivy, ó por lo menos la conservación de sus bienes y el honor de su casa. Pero resultaba que, empezando por ocuparse solamente de M. de Pontivy, concluía por admirar cuán delicada era la conducta de M. Murçay, que amándola (estaba segura de ello), trabajaba lealmente por la vuelta y por los intereses de su rival. La palabra rival era un dardo que la estremecía mostrándole el peligro. Esto no impedía que en la inmediata visita, queriendo hablar con M. de Murçay solamente de los medios de salvar y de traer al ausente, lo olvidaba sin darse cuenta de ello por completo, gozando con el encanto de aquella conversación tan fina, entretenida y variada, aunque versaba siempre sobre el mismo tema.

Luchaba en vano contra una pasión de la que no se habría creído capaz y que descubría cuando ya se había apoderado de su corazón. Su salud se alteraba, pero la misma languidez y palidez de sus facciones aumentaba su encanto.

Al llegar la primavera, se instaló con su tía en una casa de campo bastante lejana, y M. de Murçay, que se había quedado en París hasta la terminación del asunto, llegó una tarde del mes de Mayo para anunciarles el resultado. Las señoras estaban en el jardín y fué á buscarlas al cenador. No hizo más que saludar á Mad. de Noyon,

á quien habían avisado que la esperaba una visita en el salón, y se encontró frente á Mad. de Pontivy, que no le aguardaba. Estaba sentada, ó, mejor dicho, recostada sobre un banco al pie de una estatua del amor que parecía iluminarla con su antorcha, en una postura que hubiese envidiado una ninfa. Pudo contemplarla algunos instantes sin que ella se apercibiese. Al sentirle se levantó, adelantándose confusa.—«Acabo de llegar—la dijo;—el perdón completo ha sido desechado, sólo se ha podido conseguir el destierro perpetuo, y á este precio se conservan los bienes.»—«¡El destierro!»—dijo ella, y señaló una carta que acababa de recibir y que estaba entreabierta sobre el banco del cenador. M. de Murçay, animado por aquel signo, la tomó y la leyó, sabiendo por la lectura que M. de Pontivy era quien escribía diciendo que en caso de destierro definitivo esperaba que se reunirían en España. «¿Pensáis partir?»—exclamó él. Y la interrogación desaparecía ante el ruego.

—«¡Oh! Así debía de ser—respondió llorosa...—por él, por mí y hasta por mi hija, pero... no puedo... no puedo.» Y ocultaba su cara entre las manos sollozando. El se aproximó, puso una rodilla en tierra, la tomó una mano, estrechándola con respeto, y sin levantar los ojos, la dijo:

—¡Que partáis ó que os quedéis, mi vida es vuestra para siempre!

Mad. de Noyon, que no tardó en volver al cenador, interrumpió la escena. Los padecimientos de Mad. de Pon-

tivy se trocaron gradualmente en una deliciosa melancolía, que por fin el amor hizo desaparecer. M. de Murçay tenía una posesión cerca de la de madama de Noyon. Tía y sobrina fueron á visitarle y pasaron en su casa una semana entera, durante la cual pudo gozar á cada momento, en sus jardines y en sus prados, del inefable placer de un amante rendido que recibe en su casa á la que ama. Respecto á ella, la sola idea de haber dormido bajo el mismo techo que él, bajo el techo de su amigo, le causaba gran alegría, enterneciéndola hasta derramar lágrimas.

El invierno en París les proporcionó muchas ocasiones de encontrarse, tanto en casa de Mad. de Noyon como en otras partes. Arreglaron su vida sin que pudiese llamar la atención. La asiduidad de M. de Murçay cambió poco la situación exterior de Mad. de Pontivy. Ciertamente que la más prudente discreción dirigía sus relaciones. Además, la sociedad se empeñó en ver una heroína conyugal en Mad. de Pontivy, y no varió en su opinión. Mad. de Deffand llegó á decir un día: «Respecto á Mad. de Pontivy, ya sabemos que no se ocupa más que de los ausentes.»

El amor, tal como puede estallar en un alma apasionada, iluminaba los días de Mad. de Pontivy. Todo lo demás había desaparecido á sus ojos; no vivía más que por él. Los artificios de la coquetería, sus prohibiciones seductoramente irritantes, eran desconocidas para ella. El alma sola le bastaba, ó al menos así lo creía; pero cuando su amigo la demostró cuánto padecía, no resistió

y se entregó por completo, no por ella, sino porque quería ver completamente feliz al que amaba. Los meses de invierno hacían más difíciles sus citas, por estar rodeados de una sociedad observadora; pero ella no sufría ni se quejaba de aquellas molestias con tal de verle. Era completamente dichosa cuando podía, durante alguna ausencia de Mad. de Noyon, pasar un día entero á su lado, bajo pretexto de ir á la Visitación de Chaillot para ver á una amiga de la niñez, y entonces deseaba con pasión días y noches como aquellas. Tampoco era menos dichosa cuando le veía media hora en cualquier reunión rodeados de gentes que impedían toda confianza, y esta felicidad, debida á la sola mirada ó á la presencia del ser amado, la satisfacía por completo, colmando sus deseos. Hay venenos tan violentos, que una sola gota mata como puede hacerlo una fuerte dosis. Su amor, en sentido contrario, era para ella uno de estos generosos venenos; la violencia del filtro inutilizaba la medida. Tanto gozaba con un cuarto de hora silencioso, como hubiese gozado con una eternidad compartida.

M. de Murçay también estaba satisfecho, pero la dicha tiene sus matices distintos en cada persona; en él eran pálidos. Pronto se mezclaba una especie de tristeza que quizá aumentaba el encanto, pero que ocultaba el resplandor. Este era el aspecto habitual de su amor; nada faltaba, pero cierto entusiasmo deseable no lo coronaba. Aquel espíritu tan delicado, aquella alma tan tierna, que tanto había sabido con-

seguir en los preliminares de la pasión, ahora reposaba con placer y se perdía ante la luz brillante de su amiga, como la estrella de la mañana en una magnífica aurora. Mad. de Pontivy, á veces notaba aquellas sombras de un corazón tan enamorado y daba sentidas quejas, muy pronto calmadas por convincentes palabras y aún más por ardientes suspiros. Además, el sol que en ella resplandecía todo lo iluminaba. Así, pues, eran felices sin que las gentes sospechasen ni los importunasen. Ni sombra de celos entre ellos, ninguna vanidad; ella toda entusiasmo, él confiado y tranquilo. La historia de los afortunados tiene poco que contar; así pasaron años.

Sin embargo, llegó el caso de que la diferencia de caracteres se manifestase. Para Mad. de Pontivy no existía más que la pasión; con tal que la pasión reinase, tuviese su día, su hora, ó sólo una palabra al descuido, ó una mirada, todos los sacrificios, todas las ausencias y todas las contrariedades eran nada para ella y las juzgaba de tal precio, que no había con qué pagarlas. M. de Murçay á pesar de creerlo así también, padecía con la pesadez de aquellas horas, solamente ocupadas por futilidades. Espíritu libre, brillante, concluyó por revelarse en aquella fábrica de intrigas molinistas, cuyo centro, cada vez más animado, era la casa de Mad. de Noyon. Antes se reía, pero ahora se irritaba, porque le era preciso adorar á Mad. de Pontivy en aquel marco, del que la separaba constantemente con el pensamiento. Su cri-

terio tan justo, exageraba algunas veces sobre este punto, y cuando se representaba á su querido ídolo en medio de aquella hoguera teológica y la recomendaba tuviese cuidado no fuese á quemarse en ella, Mad. de Pontivy, le demostraba su exageración nombrándole á las Deffand, las Caylus y las Parabere, sin contar con ella misma, que á veces iluminaban con un rayo de alegría aquella monotonía de Bulas y de Concilios.

La sociedad que él hubiera preferido era la de aquellas damas cuyos nombres Mad. de Pontivy le citaba, y aun mejor la de Mad. de Lambert y M. de Fontenelle. Se inclinaba decididamente por el modernismo, y en los círculos donde el modernismo imperaba hubiera deseado ver á Mad. de Pontivy.

De vez en cuando llegaba una carta del marido que turbaba la tranquilidad habitual, siendo á manera de punto negro en el horizonte de aquel amor; pero como el sol de verano rechaza las nieblas, la ternura de Mad. de Pontivy se sobreponía á estos temores. Su amante, menos ardiente, aunque tan sensible como ella, no ocultaba su preocupación. Por una delicadeza excepcional, así como en un principio se habían ocupado tanto de aquel marido, único asunto de que entonces trataban, después que se confesaron su amor jamás lo nombraban, como no fuese imprescindible. M. de Murçay, que era el que más presente lo tenía, evitaba hablar de él ó lo hacía sin nombrarle, y hasta creo, en verdad, que después de la declaración en el cenador, jamás le lla-

mó por su nombre en las conversaciones íntimas. Sin embargo, esta idea era una verdadera espina clavada en su corazón.

Mad. de Pontivy no era exigente; pero como estaba apasionada, creía necesario y sencillo que M. de Murçay ocultase sus opiniones para no enojar á su tía que cada vez era más absolutista, dando ocasión á que sus relaciones se hiciesen más dificultosas.

Poseída por su única idea, en todo buscaba pretextos para sus fines, y no concebía que por afición á la filosofía, ó por una opinión cualquiera sobre los oráculos ó los milagros y á veces sobre el sombrero del abate Dubois, se originase un contratiempo en lo más esencial y sagrado. El contestaba á esto dándole mil explicaciones.

—Amiga mía, estoy tan apasionado como vos; entre nosotros sólo existe diferencia de naturalezas que tenemos que aceptar. Vos sois, bien lo sabéis, el sol que me ilumina; yo soy el astro que recibe vuestro reflejo, que oscurecéis y que no veis brillar. Pero aunque esta sea mi manera particular de ser, no olvidéis que el hombre posee diversas facultades, y que aun el amor más absoluto siempre deja lugar á un amante reflexivo para observar. Tratemos, pues, de hacerlo bajo el mismo punto de vista hasta de lo que no se relaciona con nosotros. No hablo solamente de lo concerniente á la honradez y á la justicia; pongámonos de acuerdo y hablemos de todo, incluso de obras del entendimiento, á fin de que nuestras almas se compenetren. Vea-

mos con claro juicio los sucesos más indiferentes para nuestro amor y así apreciaremos el nuestro en todo su valor. Cuando leéis á Mad. de Motteville ó á Retz que tanto os encantan, nos es muy grato encontrar unánimes nuestros pareceres y gozamos, como nos sucedía días pasados, cuando hablábamos paseándonos separados por el vallado de flores. Se descubre uno por entre algunos claros del follaje, se cambia una mirada, se estrecha la mano y se continúa oculto por la cortina de verdura.

Así la hablaba con frecuencia, tratando de ser elocuente para calmar por algún tiempo aquella exaltación constante, y cuando lo conseguía eran completamente felices. Pero como la ilusión de nuevas perspectivas es indispensable aun en el reinado del amor, cuando éste se prolonga, estas figuras, que de lejos bajo su elegante dosel y sus bóvedas floridas nos parece que realizan el ideal de toda una vida de amor, envidian á su vez á otras personas que á su entender han formado una unión más dichosa. Habrían querido vivir en tiempo de Ana de Austria, antes de la Fronda ó en la corte de Mad. Enriqueta durante sus viajes á Fontainebleau, y en los últimos encantadores años de Luis XIV en los laberintos todavía iluminados de Versailles; entre Mad. de Maintenon y de Montespan. Estaban completamente de acuerdo en estos deseos y trasladaban á aquella época su dicha presente. En esto consistía su novela, porque la novela no se forma nunca en el día en

que se vive; en la juventud la constituye el día siguiente, más tarde la víspera y el pasado.

A los cariñosos argumentos de M. de Murçay, Mad. de Pontivy, encantada y sonriente, respondía que tenía razón, pero en el fondo no quedaba convencida; volvía siempre á su constante idea de que la pasión lo es todo y lo demás insignificante y secundario; ó bien concedía que las observaciones de M. Murçay eran justas y que ella debería de ser más juiciosa y menos exaltada, cosa que procuraría conseguir; pero con esto tampoco se conformaba M. de Murçay.

Resultaba que sobrevenían graciosos altercados, y á veces tiranteces y frialdades reales que terminaban en paces apasionadas. El entusiasmo de la reconciliación les hacía ser menos prudentes, cosa que pudo serles fatal. En aquellos momentos de verdadero delirio era capaz de descubrirlo todo. La muerte y la ruina le parecían insignificantes y ansiaba morir con él; llegó hasta desear un hijo, pero esta prenda tan peligrosa le estaba negada: una caída que había dado hacía pocos años sin dejarla dolor ni señal, produjo algún desarreglo en todo su ser.

Este amor contaba ya varios años de existencia y componía, á pesar de todo, un ejemplo de rara felicidad disfrutada sin infidelidades ni coqueterías y sin contrariedades sociales. Sólo por exceso de amor solía turbarse por breves momentos.

Una noche estaban en una gran fiesta que daba en Sceaux la duquesa de

Maine, cuando al volver de la prisión abrió nuevamente su corte. La fiesta era espléndida, la noche estrellada rechazaba con su claridad el brillo de las bujías que quería competir con ella. Los paseos por los jardines se habían prolongado hasta tarde, oyendo las músicas ocultas entre la verdura, y las parejas que se cruzaban, los reflejos del follaje, las extrañas y graciosas sombras sobre el césped completaban la magia del cuadro, en el que no podían faltar los dos amantes. M. de Murçay, después de mil tentativas y rodeos, se despidió de Mad. de Pontivy porque tenía que volver á París aquella misma noche llamado por un asunto urgente; prometía estar de vuelta en Sceaux á la hora de levantarse aquellas damas: ella le dijo sorprendida:

—¡Cómo! ¿no os quedáis?

—Es imposible—respondió—lo he prometido. Y volvió á repetir que estaría de vuelta cuando ella se levantara. Cometió M. de Murçay una torpeza indisculpable en un amante; no se le ocurrió la idea de poder dormir bajo el mismo techo, aun sin esperanzas de más tiernas caricias. Al siguiente día estaba allí; había vuelto á toda prisa, pero esto no disipó la mala impresión de ella. Aspiró tristemente la rosa y el reseda matinal que él la ofrecía, y le recordó la impresión deliciosa que la produjo dormir bajo el mismo techo en otra ocasión memorable para sus amores. «Oh, entonces no habríais hecho lo mismo», repetía. El comprendió que había faltado, se confesó culpable de no haber sabido

apreciar desde el primer momento el placer de aquella impresión. La pasión de Mad. de Pontivy se resintió, y procuró calmarla, según decía, para ponerla al nivel de una ternura razonable.

Otras veces la decía «¡Creedme! el tiempo pasa, el corazón se marchita aun siendo dichoso; dentro de poco ya no tendré que esforzarme para extinguir en mí esto de que se queja vuestra tranquila afección, la llama imprudente en que se abrasa.» El la animaba rogándola que no variase, que por su manera de ser la amaba; que se creería para siempre desgraciado viéndose objeto de una pasión menos ardiente. Ella le creía un momento, pero al día siguiente volvía á su preocupación y le decía. «Antes, en mi amor de veinte años, creía que no había nada imposible para el hombre que amaba, tratándose del objeto amado; amigo mío, era pura ilusión. Al envejecer, reflexiono y conozco que me he equivocado; pero no tenéis que recibir mi perdón, de nada sois culpable.» Combatiendo aquella desaminación que creía injusta, obtenía M. de Murçay alguna tregua y renacía la esperanza de borrar para siempre aquellas melancolías, á impulso de un nuevo destello de la pasión. Al llegar un otoño seguía confiado y seguro de no haber desmerecido nada en la pasión que inspiraba á su amante.

Mad. de Pontivy acompañó á su tía al campo, donde no podía ver durante la temporada á M. de Murçay, á quien también alejaban de Mad. de Noyon

ciertas manifestaciones un poco vivas emitidas por él respecto á las ideas que aquella señora sustentaba. Se estableció él también en una casa aislada que no era la misma en que había recibido la primera vez á su amiga. En aquella ocasión, sin causa aparente y disfrutando de una tranquilidad triste y dulce, estuvo á punto de sobrevenir una revolución en aquellos amores. Las cartas de Mad. de Pontivy eran menos frecuentes y más tristes; se alimentaba de melancólicos recuerdos. Empezaba á sentir escrúpulos, á querer guardar las conveniencias sociales; pretextos involuntarios que la sugerían sus sentimientos lastimados. Pensaba en su hija, todavía en el convento, pero que no tardaría muchos años en salir; pensaba en su marido, que estaba entonces en América, probablemente desgraciado y quizá sin querer volver á Francia, pero que, sin embargo, después de la muerte del Regente se podía intentar algo hablando al duque. Todas estas ideas nacían y se desarrollaban en su imaginación, llenando el vacío que sentía. No luchaba, y se dejaba invadir por ellas, reservando únicamente en su seno una afección profunda. «¡Oh amigo mío, escribía ella, qué mujer tan amante y vehementemente ha muerto en mí! No creáis que puedo dejar de amaros, siempre sois el ser necesario á mi existencia... pero vuestra Hermione no es ya más que una sentimental Aricia. ¡Amigo mío, he sufrido mucho!» El, sin dudar de ella, sin creer en la muerte de su amor, advertía un cambio notable. Se

decía que ya no le amaba tanto, que no le amaba como en las anteriores ausencias, que alguna cosa le alejaba de él, y repitiéndose esto en las alamedas donde pasaba los días, tropezaba contra los árboles, aspiraba el suspiro del viento á través de las hojas levemente mecidas y se sorprendía deseando encontrarse en otros Elíseos fúnebres sin guardar pasiones ni recuerdos. La crisis fué grave; aquel amor sin infidelidades, sin temores, sin accidentes exteriores, moría irremisiblemente por consunción. Respecto á M. de Murçay, su pasión, algo eclipsada durante el esplendor de la de ella, empezaba á brillar en una de sus fases más tiernas, y aquella temporada solitaria le causaba una melancolía inexplicable que Mad. de Pontivy no podía apreciar en toda su extensión ni aun por las sentidas quejas que recibía en las cartas.

Todo era para él motivo de recuerdo. ¡Si lo supiese ella! ¡si le siguiese en sus paseos por el bosque! Una mañana salió según costumbre; los últimos días habían sido abrasadores; se dirigió á su sombría alameda, aunque aquel día era más fresco y cubría el cielo un velo de ligeras nubes. Por primera vez reparó en algunos árboles que ya habían cubierto la tierra con sus hojas amarillas, ¡oh! no, no ha llegado el otoño todavía, es que el sol ha abrasado á este pobre arbusto que se deshoja antes de tiempo. Por la tarde, cuando desaparecieron las nubes y vió hacia las colinas sobre un horizonte transparente y frío la luna naciente,

comprendió que, en efecto, llegaba el otoño aquel año más pronto, lo que tomó por presagio, y se preguntó y preguntaba al astro nocturno, al pálido cielo, á la noche, si había llegado también el otoño del amor.

Aún llegaban momentos más sombríos y desesperados cuando el silencio de Mad. de Pontivy se prolongaba demasiado después de una carta apasionada escrita por él. Entonces huía á los parajes más solitarios sin saber hacer otra cosa que repetirse á sí mismo estas palabras: *¡Ya todo huyó de mí, dejadme solo!*, y para continuar su queja y decirla por entero habría necesitado las lágrimas de Orfeo.

Los pensamientos conturbados que exponía á Mad. de Pontivy recibían contestación delicada y sentida pero cada vez más desanimada. Al terminar el otoño volvió á París, y esperaba para presentarse en casa de Mad. de Noyon, de quien se había separado con alguna frialdad, una palabra, una indicación de Mad. de Pontivy, que también había vuelto. No sabía qué hacer y trataba de dar un paso atrevido, cuando una noche, al entrar en casa de Mad. de Ferriol, donde se había reunido mucha gente, encontró á Mad. de Noyon y á su sobrina que ya habían llegado. Su vista descubrió desde la primer mirada á Mad. de Pontivy, y con trabajo pudo contener su emoción.

Estaba rodeada de mujeres, bastante próxima á la chimenea, de la que la separaba un solo sillón, ocupado. También parecía ella bastante emocionada, y seguramente estaba propicia á otor-

garle una entrevista. Ella no se movió de su sitio. Después de una hora de espera, de palabras entrecortadas y frívolas, de las que se desprendía la ansiedad contenida, después de soportar algunos dardos de Mad. de Noyon y haber hecho unas paces que diesen tregua, M. de Murçay se dirigió á Mad. de Pontivy, que seguía rodeada de gente, y la dijo en alta voz, para que la vecina sentada junto á la chimenea le oyesse, que deseaba hablarla un instante de lo que ella sabía, y que la rogaba fuese antes de marcharse. «Desde luego»—respondió Mad. de Pontivy. Y la vecina, que comprendió lo que deseaba, se levantó pasados algunos minutos. M. de Murçay se sentó apresuradamente al lado de la que no podía creer separada de él. La conversación empezó en términos tan apasionados, como lo permitía el lugar en que se encontraban; y con miradas que, á pesar suyo, velaban las lágrimas, la dijo: «¿Será posible que, en efecto, haya llegado el término de nuestro amor? Primero la tardanza en escribirme, después el silencio absoluto. Hoy, si no insisto, faltando quizá hasta á las conveniencias sociales, habría perdido la primera ocasión de hablaros. ¿Es posible que vuestro corazón no haya volado á mi encuentro? Cierto que he cometido faltas, que he tenido frialdades y negligencias, lo confieso y lo lamento, ¡pero qué implican, y cuánto me las he reprochado! Mucho me han hecho sufrir; las habría recogido apenas pronunciadas, pero la gente observadora que nos rodeaba me contenía, y, además,

mi fe en vos lo salvaba todo, creía en un fuego perpetuo y purificador; creía en un abismo sin fondo, donde ninguna de mis culpas se amontonaba. ¡Oh, señora — añadió levantando de vez en cuando la voz al pronunciar esta palabra (porque había que ocuparse de las gentes que les rodeaban)— esta amistad, esta afección eterna que me ofrecéis con fidelidad, con una fidelidad que creo en ella como siempre, no la desprecio, no la rechazo con desdén, pero esa afección no puede satisfacerme. Me deja huérfano y triste, comparándola con lo gozado. No quiero que me améis así, no, y si los obstáculos que separan nuestra existencia desapareciesen, si aquél que está en América muriese mañana en su destierro, no querría, al precio de esta ternura que me ofrecéis sin pasión, disfrutar de las dulzuras de una vida compartida. No; me amaréis como antes, ó seré desgraciado para siempre. El recuerdo de la pasión perdida es más hermoso que este tibio sentimiento. Partiré, haré largos viajes; volveré á aquel pedazo de tierra donde fuisteis mía; no os veré jamás, pero viviré en el pasado, y mi vida será una desolación eterna y fiel.» Al hablar así recobraba todo su poder en aquel corazón, que volvía á verle como en tiempo de los primeros encantos. Aquella naturaleza sensible, al lado de aquella otra más apasionada, pero cansada, le devolvía los ardorosos rayos que de ella había recibido durante tanto tiempo, y le miraba enternecida. «Basta— le dijo— mañana á las once, en Chailot.» El se retiró, tan impaciente y

emocionado, como en los primeros tiempos.

Al día siguiente, á las doce, bajo un cielo sonriente, paseaban juntos por una calle solitaria y todavía frondosa, de un vasto jardín sin cultivar en el que se encontraban solos. M. de Murçay, continuando el discurso de la víspera, resumía diciendo: «No es posible que todo esto desaparezca en un día... sin causa... por una palabra dicha ú omitida sin intención, por una falta indefinible que ni se puede señalar el momento en que se ha cometido. ¡El amor hecho pedazos como un sencillo mecanismo, como una porcelana que se cae de las manos! ¡No! ¡No es posible que lo creáis!... Dejadme obrar á mí, amiga mía, y olvidad, olvidad solamente. Prometedme que nada ha concluido, suponed que nada ha comenzado. Seréis Silvia; quiero conquistar de nuevo vuestro corazón. Quiero ganar paso á paso las escaleras de mi trono. Lo conseguiré, no me conoceréis, creeréis que amáis á otro, y sólo cuando triunfe y comparéis, veréis que soy el mismo. Dejadme, quiero resucitar en vos al amor, ese niño muerto según decís, y que sólo está dormido.» Ella escuchaba extasiada y silenciosa, levantando con el dedo el encaje negro que la velaba, y no perdiendo nada de lo que añadían las miradas. «¡Oh! permitid— la decía cogiendo su mano con el mayor respeto y cariño— decid que me permitís cobrar ánimo, decid que trataréis de amarme y que me concederéis hacer lo posible por convenceros.» «Pues bien, trataré— le respondió con

inefable gracia —y permitiré. Hasta esta noche en casa de mi tía.» Y se escapó corriendo hacia la puertecilla que daba al convento vecino, dejándole sorprendido con su repentina partida, y como si en esta nueva etapa que imploraba, empezase á ensayar las inocentes coqueterías de los primeros encuentros.

No tuvo que esforzarse mucho ni refinar los ardides; la llama brotó naturalmente, donde el fuego no había cesado. Los dos ponían más cuidado en complacerse mutuamente y no darse el menor motivo de queja. Reanudó sus visitas en casa de Mad. de Noyon, y á todas partes adonde iba aquel invierno Mad. de Pontivy, era el primero que encontraba á su llegada y el último que veía á la salida. La rodeaba de atenciones afectuosas, con una jovialidad y un entusiasmo que nunca había conocido en él, pero que, una vez observados, disfrutaba en todos sus detalles. Todo lo juzgaba con mejor criterio, y más agradecida que en la época de su ciego ardor. Había ocurrido un ligero cambio de papeles; se habían prestado uno á otro alguna cosa de ellos mismos que se amalgamaba en este segundo florecimiento de su pasión, ó, mejor dicho, llegaban á la verdadera y completa fusión de sus almas. Sin embargo, ella seguía retraída. En los primeros días de la primavera, fueron á pasar en Sceaux una semana. La pequeña corte se encontraba en todo su esplendor. Un día, después de la comida, giró la conversación, como solía suceder con frecuencia, sobre cuestiones

del corazón, y se trató de las condiciones y duración del amor. Se nombraron competentes autoridades; se citó al gran Condé, que ya entonces era duque de Enghien, émulo de Voiture y de Mlle. de Scudery; se citó también al duque su hijo, á la casa de Gourville y á la de Saint-Maur, competidores por el ingenio de madamas de Coulanges y de Lafayette: Mad. de Maine, como verdadera Condé, poseía todas estas cualidades. Cuando se trató de la duración del amor, aun del más fiel, Mad. de Deffand, sin poder contener su espíritu burlón, dijo que la mayor eternidad, cuando de eternidad se trataba, era la de cinco años, y como algunos protestasen de aquel lustro medido con compás, M. de Malezieux, el oráculo que había conocido á La Bruyère, citó las siguientes palabras: «En amor, no existe más razón para dejar de amarse, que el haberse amado demasiado.» M. de Murçay y Mad. de Pontivy, se miraron sonrojándose; callaban, preocupados por un mismo pensamiento más grave que todas aquellas conversaciones. Se discutió todo lo imaginable, pero generalmente, se atenían á la máxima de La Bruyère y á la idea epigramática de Mad. de Deffand, cuando madama de Maine, dirigiéndose á Mlle. de Launay, la dijo: «Y vos, ¿qué decís de esto, Launay?» «Yo —respondió con aquel tono alegre y candoroso que tanto la distinguía:—En asuntos de amor, sólo sé una máxima: lo contrario de lo que se afirma es siempre posible.»

Pasado un rato, M. de Murçay y madame de Pontivy que sentían necesidad de verse, se encontraron por instinto en un sitio solitario del jardín. Se arrastraron sus ojos en lágrimas y cayeron uno en brazos del otro. Pasada la primera expansión y renovación confusa de promesas, M. de Murçay hizo reparar á su amiga que aquel cenador en que se encontraban era semejante al que ocupaban cuando se declararon la primera vez su amor. Lo mismo que en el otro, había una estatua del amor; pero el dios, efecto sin duda de las iluminaciones de la noche, levantaba y cruzaba sobre sus cabezas dos antorchas.

—He aquí nuestro segundo amor— dijo él.—¡Oh, no, no ha llegado todavía el otoño!

Así disfrutaron varias primaveras, y en aquella armonía restablecida hubie-

se sido imposible adivinar sus primeras diferencias. La pasión en ella era más tranquila, en él más fogosa. A los dos les poseía la embriaguez de la dicha, más razonadora, pero al fin, embriaguez. El marido, que seguía en América, murió; pero ya era tarde y se encontraban tan felices, tan enamorados del pasado, que temieron perturbar su felicidad, de la que desaparecía hasta el lejano temor. Además, su hija había crecido y á ella era á quien había que casar. En efecto, se casó, pero murió muy pronto, al tener el primer hijo. Fué una pena horrible que estrechó aún más el lazo que les unía, si posible era. Así avanzaron en los años que pueden llamarse crepusculares, y en los que un velo debe cubrirlo todo, hasta los sentimientos que cada día son más profundos y más sagrados.

C. A. SAINTE-BEUVE.

EL ATAVISMO MORAL

I



Hay verdadero placer en discutir con un espíritu sincero y reflexivo, de convicciones libres de apasionamientos y tan desinteresadas como firmes, cuya fijeza se despliega en una variedad inagotable de ingeniosos desenvolvimientos servidos por una vasta erudición. Tal es M. Colajanni, y ese es el motivo para que yo, aunque me felicite altamente de estar de acuerdo con él en muchos puntos y de poder apoyarme frecuentemente en el resultado de sus sólidas disquisiciones estadísticas, aproveche la ocasión que se me ofrece hoy para contradecirlo un poco á propósito de sus ideas sobre el *atavismo moral* de los delincuentes.

Pero antes de todo, comienzo dedicando á su hermoso libro acerca de la *Sociología criminal* (1) los elogios que merece. Nunca la cuestión del tipo físico de los criminales, ni la de las re-

laciones del crimen con la locura, la epilepsia, la degeneración y la herencia habían sido examinadas con tanta minuciosidad, ni desde tantos puntos de vista diferentes, ni aclarados por la luz de tantas cifras y de documentos tan varios, todos de buen origen, como ahora. De este examen concienzudo se deriva la prueba de que las causas sociales del delito arrancan muy frecuentemente de predisposiciones naturales. Pero con su tesis acerca del atavismo moral parece que el autor se pone en contradicción parcial con ese resultado general de sus trabajos. Hagamos patente en pocas palabras lo que la posición adoptada por él y por él defendida con ingenio tiene de singular.

A sus ojos, el delincuente ¿es un loco? No (pág. 407). ¿Es un loco moral especialmente? Tampoco. ¿Es un epiléptico? Menos. ¿Es un enfermo? ¡Extraña enfermedad que en otras latitudes constituiría una excelente salud! ¿Es un degenerado? Más bien un regenerado, en cierto sentido, si es

(1) *La Sociología criminal*, del Dr. Napoleón Colajanni (Catania, Filipo Tropea, 1889.)

verdad que la moralidad nos separa del tipo intelectual primitivo de la humanidad y que la inmoralidad nos vuelve á él. Un mapa de Italia por regiones, en el que figuran las cifras de la delincuencia comparadas con las de las licencias concedidas á quintos por defecto de talla y por diversos vicios corporales de naturaleza eminentemente degenerativa, nos hace ver que no existe ninguna dependencia entre la criminalidad y la degeneración. Aquellas minuciosas investigaciones (páginas 300-307) llevan á esta conclusión: las provincias italianas que se distinguen por la salud física y la perfecta conformación orgánica, también se señalan por la superioridad criminal, y en aquellas donde, por lo contrario, la degeneración cunde, la moralidad relativa reina. Entonces ¿qué es el criminal? M. Colajanni responde volviendo á tomar la primera tesis de Lombroso, pero no refiriéndose más que á la mitad. El criminal es un neosalvaje ó un neobárbaro, un aparecido del tiempo de nuestros remotos ascendientes. Solamente que hay que guardarse de ver en él un salvaje en el sentido físico de la palabra; no lo es más que en el sentido moral.

El atavismo físico es aquí una explicación doblemente ilusoria, tanto porque supone gratuitamente la existencia de un tipo físico propio de los delincuentes, como porque si ese tipo físico fuese real, compuesto de deformaciones y de vergonzosos estigmas, su semejanza con los caracteres corporales de nuestros primeros padres sería la

hipótesis menos verosímil. Pero el atavismo moral puede y debe sostenerse; porque hay una grande analogía, moralmente, entre los salvajes que aún existen y nuestros criminales civilizados; y para corroborar esa asimilación podemos completarla con la analogía de los dos con los hijos, reproducción ligera del pasado moral de nuestras razas, y con las *gentes del pueblo*, retardadoras de la civilización. Entre paréntesis: esta última consideración, hecha por la pluma de un socialista demócrata, no deja de tener originalidad.

Pero ¿cómo—quizá se diga—puede ser el delincuente una reaparición atávica (1) del salvaje, ó del bárbaro moral, cuando no lo es también del salvaje ó del bárbaro físico? ¿De qué modo puede singularizarse, hasta ese punto, por la naturaleza de sus sentimientos y de sus actos, si nada, en las formas de sus órganos, y especialmente de su cerebro, ó, si se quiere, de su cráneo, le particulariza, á lo menos en la mayoría de los casos? ¿Por acaso todo carácter moral no está ligado necesariamente á un carácter corporal? ¿Por acaso toda variación intelectual no entraña, no implica una variación corporal? Véase lo que á este propósito nuestro autor contesta. Extiende, eleva el estudio del tipo criminal haciéndolo entrar, como un simple caso particular, en el estudio general de la correlación entre la función y el órgano. Para él

(1) Perdónese el neologismo, formado, como *atavismo*, de *atarvus*, abuelo.—(N. DEL T.)

ninguna función está ligada á un órgano especial, á lo menos á un órgano que nuestros ojos y nuestros instrumentos de observación puedan alcanzar (1). Eso es verdad respecto de las funciones nerviosas, pues no están localizadas ni son localizables en compartimientos determinados del cerebro. Además, la relación entre el órgano y la función, cuando existe, proviene de que la función con el tiempo se ha creado su órgano y continúa creándose, pero no de que el órgano se haya hecho y se haga su función. Este punto de vista encuentra su aplicación y su confirmación en sociología, donde se demuestra evidentemente que la guerra ha dado origen al militarismo, pero no lo contrario, y donde se observa que la naturaleza de la actividad dominante, agrícola, comercial, industrial, da á las instituciones su carácter propio, de modo igual que la evolución de cada literatura imprime á las lenguas su sello.

Así, aun admitiendo que hubiese

(1) Con respecto á la falta de relación entre las perturbaciones de la función y la deformación del órgano, Colajanni hubiera podido citar á Feré, contradictor suyo, sin embargo, en todo lo que concierne á la criminalidad - degeneración: «Las histéricas, nos dice (*Degeneración y criminalidad*, página 72, nota), que tienen muchas condiciones fisiológicas de la criminalidad (perturbaciones de la sensibilidad y de la movilidad, excitabilidad excesiva, etc.), y que á menudo se dejan arrebatar por impulsos de delincuencia (ladronas de muestrarios, vitrioleras, etc.), son notables muchas veces por la regularidad de su conformación física, y solamente un pequeño número ofrece estigmas anatómicos.»

una filiación anatómica ligada á las anomalías psíquicas de los malhechores, no podría pedírsele el secreto de las inclinaciones de éstos. Pero ese lazo es imaginario; cuando más se habrá podido localizar cerebralmente las facultades de los sentidos y ciertas facultades más elevadas, pero elementales todavía, no es seguro que la del lenguaje merezca el lugar á que Broca la ha confinado; á lo menos es seguro que la inteligencia y la memoria están diseminadas en todo el cerebro, en vez de estar encerradas en una determinada parte; cuanto al sentido moral, al instinto moral, al carácter moral ó como quiera llamársele, es, de todas las funciones del alma, la menos susceptible de localización, y es una extraña idea la de querer situarla á derecha ó á izquierda, más próxima ó más separada de la frente. Tanto valdría colocar la tristeza ó la alegría, como se ha pretendido, en las regiones temporales ó esfenoidales, y quizá la idea de encerrar la moralidad en una cualquiera circunvolución sería aún más ridícula, porque el sentido moral es de fecha demasiado reciente para que pueda haber tenido tiempo de crearse un órgano especial... Además, nada hay más independiente de los cambios físicos experimentados por una raza que las variaciones de su moralidad. No debemos, pues, de admirarnos si con arreglo al testimonio de los sabios más autorizados, la constitución física y especialmente del cráneo de cada raza humana, permanece estacionaria desde hace muchos centenares ó mi-

llares de siglos, á pesar de los progresos ó de la variabilidad extraordinaria de su capacidad intelectual y de sus cualidades morales. Broca nos enseña que «el hombre contemporáneo, por sus caracteres morfológicos fundamentales, no difiere del hombre prehistórico dentro de una misma raza», y concluye diciendo que «la evolución física no es paralela á la evolución psicomoral» (páginas 233 y siguientes).

II

Esa es la tesis de M. Colajanni. No pretendemos discutir todas las proposiciones que contiene, pero nos permitiremos exponer algunas reflexiones sueltas sobre varias, antes de entrar en el fondo de nuestro asunto. Para apreciar el juicio severo que á nuestro autor merecen las ideas antropológicas de los nuevos criminalistas, importa examinar si su escepticismo respecto á las localizaciones cerebrales es fundado ó no. La antropología criminal, con efecto, no es más que una frenología nueva; quizá haga de frenología sin que nadie lo haya intentado. Ahora bien; después de haber estudiado todas las objeciones sustentadas contra la teoría de las localizaciones, todas las hipótesis frecuentemente contradictorias emitidas acerca de este asunto por muchos sabios, M. Colajanni se pronuncia, no sin razón, en favor de la opinión que Brown-Sequard tiene del

cerebro, al cual considera como una federación de células, cada una completa en sí misma, pero especializada cada vez más á medida que se estrecha el lazo federativo: de ese modo la teoría de la localización de las funciones cerebrales, sería sustituida por la de la especialización de las funciones celulares del sistema nervioso. Ciertamente esta interpretación completamente sociológica de un problema biológico es muy feliz, y no tenemos que hacer más que seguir la metáfora de Brown-Sequard para ver un poco más claro en esta oscuridad. Supongamos, pues, que sin distinguir aisladamente á los individuos humanos, ó á los productores humanos, un observador de la luna, ó, lo que viene á ser lo mismo, un estadista bien parapetado en sus cifras, observa en conjunto las manifestaciones de la actividad humana en un Estado, es decir, los diversos géneros de producción agrícola, industrial, literaria y otros; no dejará de notar que en una comarca determinada se localiza la industria del hierro, en tal otra la fabricación de la tela, del algodón, de la seda, del cultivo de la música wagneriana ó de la poesía decadente, y se apresurará á deducir, quizá con precipitación, que cada uno de aquellos artículos es de monopolio exclusivo de cada uno de aquellos pequeños territorios de límites no bien marcados; pero una más atenta observación no tardaría en probarle que cada una de aquellas comarcas, si en un momento se viera privada de los artículos de que la proveen sus vecinos,

los cuales hubieran sido víctimas de epidemias ó de calamidades cualesquiera, sería capaz de fabricar por sí misma, bien ó mal, la mayor parte, no digo la totalidad, de las mercancías que necesitara. De esto se deduce una observación importante: que hay algunas industrias esencialmente localizadas, y otras que también esencialmente no lo son, ya porque son muy primitivas, ya porque responden á necesidades muy urgentes, la panadería y la alfarería, por ejemplo. Aun cuando muy reciente, una industria que se hubiera hecho muy necesaria, se encontraría en el mismo caso; por ejemplo, la fabricación de locomotoras ó de los telégrafos eléctricos. Podemos estar seguros de que si un pequeño Estado europeo, que recibe hoy del extranjero locomotoras y aparatos telegráficos, se viera de repente privado de esta importación, la supliría en el acto, fabricando desde luego esos artículos complicados, tan imperiosamente reclamados por las modernas exigencias, como la amasadera de la panadería ó la rueda del alfarero; pero en suma, y á pesar de esta excepción, las industrias más localizadas son las más nuevas. Ahora bien; si una distinción análoga se aplicase á las *industrias* del cerebro, á esas famosas *facultades* cuyo emplazamiento se ha buscado con tanto afán, para averiguar si las unas están ligadas á un territorio determinado y desaparecen cuando éste se destruye, en tanto que las otras vuelven á constituirse bien ó mal después de la lesión ó de la extirpación del territorio

preferido, ¿no habría motivo para suponer que también esas últimas—dotadas del privilegio de la ubicuidad cerebral—la memoria, la inteligencia, la moralidad—son las más antiguas, las más primitivas, la tercera tanto como las otras dos, y quizá más porque es menos indispensable al individuo? Pero si se admite con M. Colajanni que la moralidad es de origen moderno, hay derecho para asombrarse, precisamente por esa razón, de que nuestro autor le niegue una residencia cerebral; porque si afirma que no la tiene hace probable su antigüedad. Pero no hay, lo reconozco, más que una ligera presunción acerca de un asunto superficialmente tratado, esperando mejor ocasión.

Yo me pregunto que cómo concilia nuestro autor su gran principio de la función causa del órgano, con el contraste supuesto por él entre la variabilidad moral é intelectual de la humanidad y la permanencia física del tipo humano, del cráneo y probablemente del cerebro humano desde los tiempos geológicos. ¿Cómo esa variabilidad, continuada durante tantos millares de años, no ha podido quebrantar sensiblemente esa permanencia? Creo que hay aquí una verdadera contradicción. Cuanto á la dificultad de conciliar la permanencia en cuestión con la ley de la evolución, puede explicarse ingeniosamente si se supone con Morselli y otros antropólogos, que, á partir de la aparición del lenguaje y del lanzamiento de la nave humana en el océano social, la fuerza germinadora de las transformaciones simplemente fisioló-

gicas debió extinguirse en nosotros, porque fué reemplazada con ventaja por la fuente surgidora de descubrimientos nacidos al contacto social, acumulados y difundidos por el lenguaje. Idea seductora y profunda en el fondo de la cual se puede ver—por el que se coloque en mi punto de vista teórico—la común naturaleza de las innovaciones vitales y de las invenciones sociales, y lo fácil de explicar aquéllas por la semejanza que tienen con éstas. En este sentido, pues, la fijeza física de nuestras razas civilizadas se debería precisamente á sus modificaciones intelectuales, y en general sería permitido creer que en una especie viva cualquiera la fijeza tan sorprendente de ciertos caracteres *típicos* se debe, en gran parte, á la mutabilidad de ciertos otros, en los que la necesidad de novedades, inherente en cada forma de la vida, ha obrado con libertad (1). El mundo social sería entonces un medio de exteriorización notable abierto á la necesidad de novedades propia de la especie humana y más intensa en ella que en alguna otra, porque siendo el volcán vivo más elevado por donde se escapan las fuerzas del planeta, da á conocer lo que hay en ellas de más profundo. Pero creo que debe evitarse el confundir aquí la variabili-

dad social, que no es dudosa, con la variabilidad moral que es muy hipotética, y la observación precedente ganaría si fuese comparada con una idea de Darwin que M. Colajanni cita en alguna parte. Los órganos y las funciones más complejos y más nobles son, según el ilustre naturalista, los menos variables. Este principio se aplica preferentemente al cerebro y á las funciones del cerebro. Cosa maravillosa es en verdad que lo que hay más sensible al menor soplo exterior, sea lo que más resiste á las grandes tormentas, que lo que un nada impresiona no sea quebrantado por nada. ¿No será, quién sabe, porque la riqueza misma de sus propias modulaciones asegura la duración á una posición orgánica ó funcional prolongando su razón de ser?

Mientras más complejidad y amplitud, es decir, *variabilidad*, alcanza un motivo musical, más puede repetirse indefinidamente. Cualquiera que sea la manera de ver en este asunto, es lo cierto que nada hay más variable individualmente que las formas del cráneo, y nada, sin embargo, más inmutable en el término medio de los casos. Nada más variable que las ideas del *espíritu* y las pasiones ó los impulsos del *corazón*, fuente necesaria de toda moralidad, y nada más inmutable en una raza dada que *su* espíritu y *su* corazón. Sin duda, el horizonte del espíritu se ha extendido incesantemente; sin duda, el dominio del corazón y de la moral, el círculo de los hombres considerados semejantes nuestros y como tales dignos de nuestras simpa-

(1) Así es como socialmente la fijeza (relativa) de la lengua es proporcional á la variabilidad de sus empleos y á los progresos de la literatura y de las ciencias. Las lenguas y las religiones salvajes cambian más que las lenguas y las religiones de los pueblos civilizados.

tías y de nuestros respetos, se ha ido ensanchando; pero la virtualidad intelectual ó cordial ha permanecido la misma, no importa si concentrada ó desplegada; y por muy alto que la lectura de viejos documentos literarios ó de los más antiguos documentos lingüísticos nos permita elevarnos con alguna seguridad hasta el alma de nuestros abuelos, no digo de salvajes que nunca han sido nuestros antecesores, nos sorprendemos al notar la facilidad con que, después de algún ejercicio, nos ponemos al compás de su inteligencia y quizá en el diapasón de sus sentimientos.

Seguramente el corazón, desde Homero hasta nosotros, desde los patriarcas hebreos hasta nosotros, ha variado menos que el espíritu, si bien el espíritu ha conservado en el fondo la misma constitución. Opino que hay prejuicio científico en lo que se piensa acerca de la inmoralidad, la insensibilidad y la falta de honradez nativas de nuestros primeros padres, hasta nosotros, que constituimos pueblos civilizados, como en la tentativa hecha, hace ya algunos años, para demostrar que el sentido de los colores y de los sonidos se había modificado desde los tiempos homéricos, y que Aquiles ó Héctor no descubrían dos ó tres matices, donde nuestro ojo percibe cinco ó seis. Ha sido necesario que el evolucionismo renunciase al fin á ese corolario aparente de sus teoremas ó de sus axiomas capitales; y éstos, con esa renuncia, no han perdido nada de su fuerza.

M. Colajanni apoya su hipótesis en

hechos como los siguientes: conoce á un hidalgo siciliano, que siendo extraordinariamente sensible para las desgracias de las personas de su condición, es por completo insensible á los sufrimientos de la gente humilde. Pero yo también conozco á muchos campesinos muy honrados en su trato con otros campesinos, pero que no desean más que *hacer rodar* á los burgueses: también conozco á muchos individuos apasionados en política, que siendo muy delicados con sus correligionarios políticos, sin escrúpulo cometerían toda clase de indignidades contra sus adversarios. Esas gentes, con tal conducta, es verdad, se parecen á los pueblos primitivos por la concentración intensa de sus afectos y por su generosidad que gira en un campo muy estrecho. Pero en esos casos no hay atavismo; hay un defecto social, pero de ninguna manera vital; hay persistencia por costumbre y tradicional, muy frecuente en un medio insular y cerrado, como Sicilia y Córcega, de los sentimientos de otra edad.

III

Dicho esto, examinemos desde más cerca el atavismo moral concebido por M. Colajanni como la explicación única de toda criminalidad; porque, en efecto, el autor no se limita á interpretar, como hace Mantegazza, algunos crímenes extraños y arqueológicos de

aspecto, considerados « bloques erráticos morales », sino pretende esclarecer con el mismo criterio todos los géneros de delitos, hasta los más modernos, á pesar de la dificultad de retrotraer nuestra corrupción de ultracivilizados, nuestros abusos de confianza, nuestras refinadas estafas y nuestros atentados contra el pudor á la edad de la piedra hendida ó pulimentada. Además, Colajanni entiende el atavismo (pág. 476) en el sentido riguroso biológico de la palabra, y no quiere que nos contentemos con ver en el criminal, siguiendo las opiniones de M. Lacassagne, un simple retardado moralmente, un rezagado del ejército civilizado en marcha; y si bien admite que el criminal proviene generalmente de medios sociales retrasados, afirma que los que propenden á la criminalidad, aun en las clases más inferiores de nuestras sociedades, son la excepción y precisamente de esta excepción hay que darse cuenta desde el punto de vista de la herencia de remota fecha.

Así, pues, yo comprendería que se hubiese recurrido á esta interpretación de los hechos si no se presentase otra más natural y más verosímil, y con estas palabras aludo á la que suministra la Teratología moral. En su excelente obra destinada al estudio de la herencia psicológica, M. Ribot cita como ejemplo de hechos contrarios á la regla de la herencia, y por consiguiente del atavismo, la aparición repentina en una familia honrada y de vida regular, de ciertas anomalías morales, vicios y tendencias criminosas. De este

modo, M. Ribot ve revelarse una fuerza innovadora, digamos revolucionaria, de inneidad, allí donde M. Colajanni no percibe en actividad más que la fuerza conservadora, ó más bien prodigiosamente retrógrada de la herencia más antigua. ¿Cuál de los dos ha dicho verdad? A *priori* pudiera darse la razón lo mismo al uno que al otro: ¡cuántas veces los innovadores no han hecho más que rehabilitar lo pasado! ¡cuántas invenciones han sido reinventadas en este mundo! Posible es que las causas teratológicas hayan servido simplemente para desprender la influencia atávica. Cuando por motivo de un dique, al cual puede compararse una causa teratológica, obstáculo opuesto al curso de la evolución, un río no puede correr por su cauce actual, vuelve alguna vez á su antiguo lecho aunque abandonado hace ya varios siglos. Cuando por exigencias de la necesidad ciertas clases pobres dejan de comer trigo, su alimento nuevo, se dedican á comer centeno ó maíz. Cuando después de una guerra todos los puentes de un río han sido inutilizados se vuelve á hacer uso de las antiguas barcas. En estos ejemplos y en todos los que de la misma especie pudieran citarse, hay alguna cosa que socialmente equivale al atavismo y es la *imitación á distancia*, como el atavismo es la *generación á distancia* (1). Pero otras veces en

(1) El error de Lombroso consiste en que toma frecuentemente hechos de imitación por hechos de atavismo; y no soy yo el único que ha reparado en esa confusión; la misma cen-

nada se parecen á pesar de sus vagas y engañosas semejanzas. Cuando en la época de la decadencia del Imperio romano los estatuarios se fueron separando poco á poco de las tradiciones del arte en su apogeo, del arte adulto y perfecto, sus producciones cada vez más groseras, con las que cada vez imitaban menos, á pesar de sus afanes, los modelos de los maestros, llegaron á presentar frecuentemente un vago parecido con los esbozos informes de la escultura arcáica, ¿habrían pensado en imitarlas? Si la imitación no ha podido realizarse en ese caso, ¿no podremos creer también que en el caso en que ciertas monstruosidades anatómicas reflejan confusamente algún carácter propio de la animalidad inferior ó del pasado de la misma raza, tampoco ha podido realizarse la generación?

El problema consiste en averiguar si las semejanzas que se pretenden reconocer entre las deformidades morales de los malhechores y el estado moral de nuestros primitivos progenitores son, una vez que puedan ser probados, del primer género ó del segundo. Admitamos por un instante que sean del primero: entonces conviene recordar una observación, que me sugiere un pasaje de Darwin acerca de los caracteres latentes de los seres vivos. Debemos creer—nos dice este autor (1)—

sura le ha dirigido M. Manouvrier en una lección explicada en la Escuela de Antropología. (Véase la citada lección en la *Revista de la Escuela Antropológica*, Agosto de 1891.)

(1) *Variaciones de los animales y de las plantas*, t. II, pág. 64.

que muchos caracteres susceptibles de evolución duermen escondidos en cada ser organizado en una especie de panspermia interna que hace inútil, en verdad, la hipótesis de la *reinvencción* explicada antes. Los *posibles* de que se trata se han realizado todos en épocas anteriores; pero es preciso que sobrevenga un accidente, una causa nueva, para determinar la reaparición de uno de ellos entre millares que no reaparecerán jamás. En otros términos: entre todos los atavismos posibles, que son innumerables, ¿por qué se ha de realizar éste y no aquél ó el otro? Importa precisar este punto. Un niño nace cruel, trapacero, imprevisor, perezoso; y alguien afirma que en todas esas cualidades se parece á salvajes supuestos antepasados suyos; admitámoslo, pero debe tenerse en cuenta que entre sus antepasados no solamente habrá habido salvajes feroces, pérfidos, incapaces de previsión y de laboriosidad, sino también, y quizá en mayor número, salvajes apacibles, inteligentes, francos, laboriosos, bárbaros navegantes intrépidos ó heroicos guerreros, y vasallos fieles, ó pacíficos labradores. ¿Por qué se parece á sus peores abuelos y no á los mejores? Por razones que seguramente nada tienen que ver con la herencia.

Pero, además de lo dicho, ¿con qué derecho, en una monstruosidad moral que convierte á una persona en criminal, es decir, en un ser insociable, hemos de ver un espectro de nuestras sociedades antiguas ó prehistóricas? La interpretación *teratológica* tiene sobre

la interpretación atávica muchas ventajas, y, entre otras, la de explicar muy sencillamente por qué la criminalidad nativa es más frecuente en las clases pobres é incultas. Consideremos las condiciones desfavorables en que se produce entre ellas al embarazo de las mujeres. Las sabias investigaciones de Marro (1) le han llevado, según es sabido, á dar un origen intrauterino á la mayor parte de las anomalías que presentan los malhechores. Por otra parte, «Isidoro Godofredo Saint-Hilaire, nos dice M. Ribot, demuestra que las mujeres de las clases pobres, obligadas á dedicarse, aun cuando estén en cinta, á penosos trabajos, y las que no están casadas y tienen que disimular su estado, dan á luz monstruos con más frecuencia que las otras». Una objeción muy justa que M. Feré opondrá á la hipótesis del atavismo físico me parece muy aplicable, y quizá con más motivo, al atavismo moral. «Obsérvese — dice — que los vestigios de degeneración, tales como las manifestaciones neuropáticas ó vesánicas, escrófulas, etc., que se notan frecuentemente en los criminales, no tienen relación alguna con el atavismo al que parecen excluir porque son incompatibles con toda generación regular.» Por mi parte añadiré que la vileza, la crueldad, el cinismo, la cobardía, la pereza, la mala fe que se observan entre los criminales no pueden provenirles de la mayoría de nuestros comunes antecesores primitivos (2),

porque esas cualidades son incompatibles con la existencia y la conservación durante siglos prolongada de una sociedad regular, tan incompatibles seguramente con esta salud y esta fecundidad sociales como las neurosis y las escrófulas pueden serlo con la salud y la fecundidad fisiológicas.

M. Colajanni hace descansar su hipótesis acerca del atavismo moral en otra hipótesis sostenida por M. Sergi acerca de la formación del carácter moral en cada uno de nosotros por una superposición de costumbres y de tendencias acumuladas á manera de aluviones sucesivos por las innumerables generaciones de nuestros antepasados, y además, después de nuestro nacimiento por los sucesos de nuestra vida. En esa teoría, las tendencias de más remota fecha son también las más fundamentales y las más fijas; estas últimas son, por consiguiente, remitidas en crudo cuando causas accidentales han adelgazado ó elevado, como acontece entre los grandes criminales, las capas superiores y relativamente crecientes. Se reconoce sin dificultad en esa *estratificación del carácter* el mismo espíritu que ha sugerido á

herencia ordinaria y el atavismo. El degenerado, moral ó físico, lo es generalmente por herencia (véase á este respecto la tesis de Dr. Legrain acerca de la locura hereditaria de los degenerados); al estudiar su ascendencia se descubre casi siempre la explicación de sus anomalías; y precisamente por este motivo es útil pasar por cima de sus padres y de no sé cuantas otras generaciones para preguntar á sus antecesores fabulosos el secreto de sus depravaciones.

(1) Caracteres de los delincuentes.

(2) Distinguimos, sin embargo, entre la

M. Ribot su *estratificación de la memoria*, opinión, que, por lo demás, está fundada en hechos. Para apreciar en su valor verdadero y ciertamente real estos ensayos de estratigrafía psicológica y otros semejantes, conviene recordar ante todo una observación importante de Darwin. En la obra ya citada (1) prueba que la fijeza de los caracteres no tiene ninguna relación con su antigüedad. « Cuando un carácter surge—dice—puede en ocasiones fijarse muy fuertemente de un golpe. » Si esto es así, la ley de M. Sergi me parece atacada en su raíz. En segundo lugar, la geología del yo, por decirlo así, sería engañosa si no estuviera basada en un elemento esencial y preponderante; me refiero á esa armonía profunda que combina en nosotros los rasgos psicológicos, por otra parte muy numerosos y fortuitamente reunidos, que nos constituyen. Las capas sucesivas de la memoria no son yuxtapuestas de una manera estable como en los terrenos; son á cada instante levantadas y combinadas por la finalidad instintiva que las hace servir á nuestros deseos espirituales. De igual modo nuestros hábitos y nuestras tendencias, esos recuerdos orgánicos de antiguas acciones, no están reunidas en nosotros como en un libro las hojas, y nuestro carácter no es solamente el conjunto de aquellos recuerdos, sino es también el uso de ellos en una cierta

medida caracterizada por la naturaleza de los fines congénitos ó adquiridos que predominan en nosotros, y secundariamente de las convicciones mayores que se asocian á aquellos fines para trazarles el camino. Ahora bien: la naturaleza de esos fines innatos ó adquiridos se determina por la naturaleza de nuestros placeres y nuestros dolores propios, es decir, de nuestras sensaciones *sui generis*; y en la especificación de nuestros placeres ó de nuestros dolores, nuestro temperamento individual, formado de una combinación de apostaciones hereditarias en que el elemento atávico queda absolutamente perdido, desempeña el principal papel. Entre paréntesis, lo que acabo de decir explica por qué la palabra *carácter* está bien escogida para designar nuestro *género de voluntad* más bien que nuestro *género de inteligencia*. Nuestro género de inteligencia está determinado, es verdad, por la naturaleza de nuestras creencias fundamentales, como nuestro género de voluntad principalmente por la de nuestros deseos. Pero el origen de nuestras creencias es casi enteramente objetivo, exterior á nosotros, y su naturaleza, por lo mismo, depende, en primer término, de las informaciones accidentalmente ofrecidas á nuestro espíritu, mientras que la fuente primitiva de nuestros deseos es subjetiva y brota de las profundidades de nuestro organismo particular. No hay, pues, nada que nos individualice y nos caracterice bajo aquel respecto.

(1) *Variaciones de los animales y de las plantas*, tom. II, pág. 65.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

IV

M. Colajanni nos presenta, además, su tesis del atavismo moral como ligada á la pretendida ley general de un paralelismo entre la *fitogenesia* y la *ontogenesia*, entre la serie de transformaciones de la especie ó de la raza á que un individuo pertenece, y la serie de fases embrionarias ó infantiles que está obligado á recorrer antes de alcanzar su forma definitiva. Efectivamente; se nos dice que por diversos rasgos psicológicos, y, sobre todo morales, el criminal se asemeja al niño; y si fuese verdad que el niño, en conformidad con la ley citada antes, fuera la reproducción abreviada, atenuada y temporal de nuestros primeros padres, habría que decir lo mismo del criminal. Pero ante todo, ¿qué valor tiene la ley de que se trata? Aunque Broca hizo de ella una crítica muy acerada, parece que ha venido apoyándose en un número considerable de hechos. Y esos hechos, ¿no serán susceptibles de otra explicación? La necesidad que obliga al óvulo fecundado para que se convierta en ser adulto, cualquiera que sea la especie á que pertenezca, vegetal ó animal, á atravesar un cierto número *mínimum* de fases intermedias, es comparable á la rutina de una memoria de escolar que no pudiera acordarse del décimo verso de una fábula, sin haber recitado previamente los

nueve primeros; y ¿no podría también y mejor considerarse análoga á la razón geométrica y mecánica, imperiosa pero misteriosa en el fondo, que obliga á un cuerpo á *moverse* para *desplazarse*? Me explicaré. ¿Por qué un cuerpo que tiende á sustituir su emplazamiento A por otro emplazamiento M ó N, se halla en la imposibilidad de desaparecer bruscamente en A para aparecer inmediatamente en M ó N, y debe, por necesidad recorrer, á lo menos, todas las posiciones intermediarias B, C, D, etc., *mínimum* que se llama línea recta que une el punto A con el punto M ó N? No lo sé; pero sé que se da el nombre de *espacio* al conjunto completo y sistematizado de *mínima*, de esas series de posiciones racionalmente ligadas las unas á las otras por una especie de deducción rigurosa é inexplicable de lógica física. Como quiera que sea, cuando un cierto número de cuerpos en movimiento unos después de otros, á partir de un mismo punto A, propenden al mismo punto M, si con corta diferencia siguen el mismo camino, no es porque unos imiten á los precedentes ó porque sean influidos por el itinerario de éstos, es porque una necesidad común ó superior se impone á todos y los obliga á marchar siguiendo direcciones más ó menos paralelas. Todo lo que pueden hacer los subsecuentes si quieren utilizar la experiencia de los precedentes, es llegar al término por un camino cada vez más rectilíneo; y esto es precisamente lo que parece que hace la vida embrionaria en su evolución en que se repite

vagamente reduciéndose mucho la evolución de la especie. Pero después de un cierto grado marcado por la *rectilinealidad* completa, la reducción se hace imposible. ¿Quiere esto decir que habría también *rectilinealidades* evolutivas, por decirlo así, *mínima* de estados vivientes que atravesaron por fuerza, mediante una necesidad racional y de ningún modo por una simple imitación tradicional para pasar en línea recta desde el estado ovular al estado definitivo? ¿Por acaso la Vida concebida en su plenitud como la totalidad de todas las formas orgánicas reales y posibles y el sistema completo de sus relaciones necesarias, no sería en cierto modo un espacio invisible de Razón y de Lógica, disimulada como la Geometría y la Mecánica? Esta es una presunción, es verdad; pero la *repetición* pretendida de la fitogenesia por la ontogenesia, tampoco es más que una conjetura; y entre las dos, entre la que hace de la evolución viva un encadenamiento deductivo, y la que de ella hace un alambicamiento maquinal, ¿cuál justifica mejor la labor inmensa de la Vida? Viniendo ahora, pues, á nuestro asunto especial si se admite mi manera de ver, podría encontrarse perfecta semejanza moral entre el niño y el delincuente, y aun añadiremos entre el hombre del pueblo con nuestros remotos antepasados, sin que en estas relaciones apareciera el menor rastro de atavismo.

Pero ¿hay semejanza entre esos términos? No. Spencer se cree autorizado por sus estudios acerca de los salvajes

aún subsistentes como desperdicio manifiesto de la humanidad á trazar del hombre prehistórico (este autor dice el *hombre* y no los hombres, como si todos los hombres se pareciesen entonces) un retrato que reproduce sin vacilación. Nos pinta á este hombre imaginario antecesor común hipotéticamente de todos los pueblos civilizados y de todas las tribus salvajes, como «perezoso, frívolo, imprevisor hasta el exceso, nervioso, voluble, variable en sus emociones, constante en sus hábitos, opuesto á todo cambio, atolondradamente cruel, y antes de todo impulsivo». Aceptemos esta aplicación por un instante. Pero ¿qué aplicación tiene á las clases más humildes de nuestra edad ó de otra época histórica cualquiera? En todas partes el verdadero pueblo es laborioso, modesto, económico (es decir muy previsor), musculoso y nada nervioso, taciturno, tan tenaz en sus sentimientos como en sus costumbres é inofensivo mientras no se le irrita. Si es como los salvajes religioso y respetuoso con las autoridades, doble reproche que M. Colajanni le dirige, no se le puede censurar como delincuente por esos dos motivos. El delincuente comparado con las gentes honradas de su clase y de su país es notablemente irreligioso é irrespetuoso. Pasemos al niño. Pasemos al niño en verdad: nuestros antropólogos criminalistas no son afectuosos para él, y el negro retrato que del niño nos pintan no se parece en nada á un cuadro de Greuze. Su pequeña alma es á los ojos de aquellos antropólogos como una

mezcla de todos los vicios y de todos los crímenes en ciernes. Si esta edad carece de compasión, como ha dicho el peor padre de todos los poetas, ellos se la conceden. Sin embargo, lo que más me llama la atención al observar á los niños es la extraordinaria semejanza de los caracteres: conozco á muchos que no tienen inclinación á la mentira ni al hurto, que son considerados con los animales, poco dados á la cólera, etc. Verdad es que son egoístas; pero su egoísmo irreflexivo, que tiene algún encanto natural, ¿no será la expresión de su primer deber vital de la verdadera moralidad en ellos que consiste en crecer á expensas de los otros? La explicación de su carácter revoltoso, de su ligereza, de su apatía, y si se quiere de su graciosa ingratitud habitual y de sus otros pretendidos defectos ordinarios, claramente nos parece que cumplen la utilidad funcional de sus condiciones psicológicas sin que haya necesidad de invocar para explicárselos la hipótesis del atavismo. Se puede admitir esta hipótesis cuando se trate de explicar la existencia de órganos ó caracteres útiles en una época, inutilizados luego y reproducidos maquinalmente más tarde por una reminiscencia servil de la vida pero no se puede traer á cuento á propósito de órdenes y caracteres necesarios é indispensables (1). Supongamos un niño pacífico, reposado, servicial, preocupado

(1) Es digno de notarse que M. Pérez, con su competencia excepcional en estos asuntos, se pronuncia contra la explicación atávica del orden moral infantil.

siempre en los intereses ajenos, cuidadoso de lo por venir, virtuoso y sensible, y veremos que tantas preocupaciones se opondrán á su desarrollo. Mediante el egoísmo del niño, ó mejor dicho, mediante la limitación estrecha del círculo de su simpatía, se explica y se satisface la necesidad de expansión vital, origen de toda acción fecunda y de toda obra generosa relacionada con el orden social que en el hombre ya formado tienen su base en la abnegación y en el patriotismo. En un organismo que se esté desarrollando, esta necesidad fundamental se satisface por su mismo crecimiento sin generación exterior; y este hecho se realiza también en los organismos sociales, en los pequeños Estados obligados á crecer para vivir, en las tribus salvajes ó bárbaras que manifiestan con el nombre de patriotismo un egoísmo colectivo (no digo individual), siempre necesario pero más necesario en sus comienzos que más tarde, y van perdiendo su intensidad ruda á medida que su acción exterior puede sustituirse por su elaboración interior y continua. Inversamente, el egoísmo de los ancianos se justifica de igual manera, puesto que en un organismo que se halle en vías de declinación, toda la energía subsistente debe emplearse en contenerse en el plano inclinado de la vida, conforme al mismo deseo de expansión vital, que se transforma aquí en deseo estéril de retroceso vital. Entre los dos términos opuestos de la infancia y de la vejez, la edad adulta, lo mismo para las sociedades que para

los individuos, es la hora predestinada del desinterés en beneficio del prójimo de las colonizaciones y de las abnegaciones fecundas. Los lectores de Guyau reconocerán en la necesidad de expansión vital de que hablo, la idea principal de sus notables trabajos.

Para mejor comprender los rasgos morales é intelectuales del niño, será preciso compararlos con los rasgos similares que presentan los pequeñuelos de todos los animales, especialmente de los animales superiores. Lo que dice Agassiz en alguna de sus obras (en *La Especie*) respecto al sexo femenino, el cual en toda la escala del reino animal guarda cierta semejanza y hace sonar un mismo timbre psicológico, hasta el punto de que siempre se distinguen por su característica gracia las hembras de todos los animales, esa misma justa observación es perfectamente aplicable á los pequeñuelos de todos los animales. Al lado del «eterno femenino» universal está el *infantil* no menos eterno ni menos universal. Perritos, gatitos, monos pequeños, elefantes pequeños, pollos, buches, etc., todos tienen ó deben tener el mismo aturdimiento, la misma frivolidad, el mismo amor del juego, los mismos caprichos con que ejercitan sus fuerzas. Más bien que atavismo, ¿no hay profetismo, por decirlo así, en su género de vida? De igual modo que el gatito juega *al ratón* y el perrillo de caza *pára la pieza*, así el niño se dispone, mediante sus juegos, para las guerras, los casamientos, las marchas del hombre formado. Después de todo, ¿se dan mayores muestras de

egoísmo en un patio de colegio que en una asamblea parlamentaria ó en un campo de maniobras? No lo sé; pero creo que el rasgo dominante en el niño civilizado es la sociabilidad, el horror á la soledad.

Su mayor placer es reunirse con sus camaradas, y formar con ellos grupos y asociaciones jerárquicas con cierto indicio de disciplina. Si se pretende que el niño refleje el pasado tiempo de la raza, sea enhorabuena; pero entonces resultará que nuestros antecesores eran extremadamente sociables, disciplinados, alegres, amigos de fiestas y nada feroces, ni ladrones (1). La criminalidad infantil es infinitamente débil; M. Colajanni se ve obligado á reconocerlo, y tropieza con muchas dificultades para explicarlo. Si los niños fuesen tan malos como Colajanni supone, podrían fácilmente, á pesar de su debilidad física, valiéndose de nuestras armas de fuego y de nuestros instrumentos de muchísimas clases, y no obstante su temor al castigo, que tal vez se exagera, aunque ese temor se compadece mal con su imprevisión considerada excesiva, matar á las personas que detestan ó robar con fractura y escalamiento aquello que codician. La prueba de que podrían hacerlo está en que positivamente hay niños, no más

(1) En su interesante obra sobre los *Criminales*, el doctor Corre observa que en las razas no civilizadas, el niño nace inteligente y bueno, muy superior á sus padres. La hipótesis del atavismo moral, según esta opinión, nos llevaría á creer en la bondad, la inteligencia y la moralidad de los primeros antecesores de esas razas.

ni menos inteligentes ó robustos que otros, los cuales han cometido audaces asesinatos y llevado á efecto incendios. Pero es muy cierto y digno de notarse, que esa precocidad criminal, cuando de ese modo se revela, tiene ordinariamente causas sociales y no fisiológicas. Efectivamente, en las poblaciones urbanas muy densas y muy civilizadas, no en las rurales y atrasadas, es donde va aumentando la criminalidad de los menores. En París crece de una manera alarmante.

V

Queda la parte principal del problema, que consiste en averiguar si mejor que las clases inferiores y los niños, los delincuentes se asemejan á los salvajes, supuestos antecesores nuestros. No se puede dudar que el delincuente rural por excelencia, el *bandolero*, tan poco parecido al delincuente de las grandes ciudades, recuerda en algunos caracteres al salvaje *spenceriano*. Antes de invocar el atavismo conviene preguntar si los rasgos morales que se notan en el bandolero y que son para éste virtudes profesionales, son innatos ó adquiridos. A este propósito, opondré á M. Colajanni la observación que él mismo presenta (pág. 227) en respuesta á Lombroso, relativamente á la *insensibilidad física y moral* de los malhechores, en la cual ve, como en la insensibilidad del cirujano á los dolo-

res de sus pacientes, el efecto gradual de una larga *práctica* criminal, y no su causa. Pero antes de todo, importa comprobar si el esbozo que Spencer nos traza del *hombre* primitivo en general, conviene en particular á *esos hombres* primitivos que labraron la primera cuna de nuestras sociedades civilizadas.

Si queremos representarnos una idea de nuestros antecesores, desde el punto de vista moral é intelectual, ¿por qué hemos de tener necesidad de fundar nuestras inducciones en la depravación y en las supersticiones groseras de los salvajes actuales (1)? ¿Por qué esos seres estúpidos ó malvados, aun cuando sean los mejores entre ellos, cuya ineptitud para el progreso está de manifiesto en su persistencia secular en el salvajismo y en su enemistad hacia la civilización, han de ser considerados como los primeros promovedores del progreso que ha llegado hasta nosotros? Para conocer á esos promovedores, dirijámonos rectamente á esos gru-

(1) «Los hombres prehistóricos, según Baggehot, deberían tener sentimientos é impulsos de que los actuales salvajes carecen; ciertos restos de instintos que les ayudaban en la lucha por la existencia se han ido borrando á medida que la razón se desenvolvía. Hechos diarios nos muestran aún esta influencia de la Razón sobre el Instinto.» (Guyau: *Problemas de estética contemporánea*, pág. 138). Si es así, ¿por qué el instinto moral no ha de haber sido uno de los instintos necesarios en la colocación de los primeros fundamentos de las sociedades más tarde disueltas—no digo la causa, tratándose de salvajes—pero desenvueltos por cálculos de egoísmo, en la guerra perpetua y sin cuartel?

pos numerosos de sabios que estudian sus vestigios de todas clases que hallan su alma en sus tumbas y en sus templos arruinados, en las raíces de sus idiomas comparados, en sus mitos y en sus costumbres, confrontadas cuidadosamente. Consultemos á este propósito á los arqueólogos de la Lengua ó de la Religión, ó del Derecho ó del Arte: con unanimidad reconocen en nuestros remotos abuelos sentimientos de justicia, de mansedumbre y de actividad laboriosa, al mismo tiempo que valentía y firmeza. ¿Qué es lo más primitivo que M. de Laveleye y M. Sumner-Maine han hallado en el fondo de nuestras instituciones jurídicas europeas? Una organización completamente comunista de la propiedad, lo que supone esencialmente una mutua simpatía, una disposición á la confianza y á la fraternidad, condiciones indispensables de todo comunismo análogo. Igualmente M. Letourneau (1), testigo no sospechoso, ha encontrado en todas las tribus pastoriles ó agrícolas que viven ó han vivido en estado de comunidad, entre los pieles rojas, por ejemplo, y entre los gropas y los kupnis de Asia, «sentimientos altruistas, probidad instintiva y dulzura de costumbres». «Los kupnis—dice—á algunos pasos de sus aldeas, en una posición abrigada, tienen graneros comunes donde reúnen todas las mercancías, provisiones, etc., que consideran de valor. Esos almacenes están despro-

(1) Véase su *Evolución de la propiedad*, páginas 67, 134 y otras.

vistos de protección, y, sin embargo, aún no se ha dado el caso de que en ellos se cometa un robo, ni siquiera en tiempos de escasez.» Y ¿qué ha encontrado M. Fustel de Coulanges en su viaje de investigaciones respecto á los orígenes de la familia en nuestras antiguas razas? Una intensidad de vida doméstica y religiosa, una energía de virtudes patriarcales, de piedad filial, de justicia primitiva, que han llamado su atención y sin las cuales nunca hubiera sido posible ni concebible el antiguo hogar ni más tarde la ciudad antigua: ¿no ha sido necesario el amor al padre llevado hasta la adoración para transformar su tumba en altar y su recuerdo en culto sagrado (1)? Pregúntese á los sinólogos lo que piensan de los antiguos chinos, á los egiptólogos lo que saben de los más antiguos egipcios, á M. de Arbois de Jubainville lo que ha averiguado referente á los primitivos celtas, á Tácito, á Homero, á la Biblia, lo que debe pensarse de los antiguos germanos, de los antiguos helenos, de los antiguos hebreos, desde el punto de vista de la moral, y todos contestarán citando ejemplos de actividad, de constancia, de lealtad, de dominio de sí mismo y de sacrificios personales que difícilmente podrán ser comparados con nada de lo que hoy su-

(1) Véase lo que dice M. Fustel de Coulanges en la *Ciudad antigua*, acerca de la *antigua moral de la familia*, teniendo en cuenta la opinión exclusivista del autor. Seguramente nuestros primeros antecesores, frecuentemente en guerra ó en *caza guerrera*, conocieron y practicaron otros deberes, á más de los de la familia.

cede entre nosotros. El testimonio de los filólogos en otro orden de ideas confirmará aquellas opiniones: entre otros muchos puede consultarse á Pictet, en sus *Orígenes indoeuropeos* (1).

En verdad, si se admitieran las teorías de Morgán y de Mac-Lennan, que por cierto son entre sí contradictorias, acerca de la familia primitiva; si se declarara, en conformidad con esos autores, y sin prueba alguna, que la promiscuidad más absoluta había reinado en un principio—cosa excepcional aun entre las bestias que viven en sociedad—y que el rapto fué la primera forma de casamiento entre nuestros padres, y el infanticidio de las niñas la primera forma del sentimiento maternal ó paternal; si todas esas monstruosidades se aceptaran gratuitamente, sería preciso creer en la inmoralidad nativa de nuestros antecesores. Pero esas teorías, en mi sentir, han sido completamente refutadas por M. Sumner-Maine en primer término, y más recientemente por Starcke en su *Familia primitiva*, y creo poder prescindir de ellas. Remito al lector á los *Estudios sobre la historia del Derecho*, del primero de esos dos autores, donde encontrará un capítulo magistral, consagrado á probar con

abundancia de documentos autorizados, referentes á las razas superiores más diversas, que la «familia patriarcal» fué el punto de partida común y el único principio conocido de toda civilización—no digo de toda evolución social, y esta es una distinción importante cuyo olvido podría alterar la tesis de Maine. Ese poder amplio del *pater familias* antiguo indio, romano, griego, eslavo, celta, germano y añadamos chino—completado por la igualdad de todos sus súbditos y la demarcación precisa, especie de foso de fortificación abierto entre ellos y el resto del mundo por la idea de la agnación, coexistía con la *comunidad del lugar* y sus reglas complicadas. Esa comunidad era una asociación de familias entre las cuales reinaba el comunismo (aunque la afirmación sea discutible y discutida), si bien cada una de ellas era gobernada aparte patriarcalmente. Ahora bien; sea por ese comunismo, sea por aquella vida patriarcal, la condición previa é indispensable era una alta dosis de moralidad innata. Antes de acusar de duro el régimen de la *patria potestas* y de la agnación, se debe pensar que el padre de familia había comenzado siendo hijo de familia, y como tal, sujeto á los hábitos de respeto, de veneración, de afebilidad doméstica. Lo que aparentemente hay de duro y de cruel en la constitución de la familia patriarcal era efecto de su carácter defensivo y militar; la familia debía dar todo su poder á su general y cerrarse herméticamente como campo atrincherado. Pero ¡qué espíritu de solidaridad y de

(1) Cuanto á los arqueólogos de la Edad de piedra hendida ó pulimentada, nada preciso nos dicen acerca de la moralidad de los que *han podido* ser nuestros antepasados. No obstante, de los hechos que han reunido, pueden inferirse, como lo ha hecho M. Joly en su libro titulado *El Crimen*, algunas razones favorables á la creencia de que los hombres de aquellos períodos geológicos no vivieron desprovistos de piedad ni de equidad.

abnegación recíproca no supone la igualdad de los hijos! ¡Qué docilidad afectuosa y respetuosa no supone el poder supremo ejercido por el padre, por el más anciano, es decir, por el más débil ante el cual todos los fuertes debían inclinarse! Observemos que antes de todo, y desde los tiempos más remotos, el *pater familias* es juez, y juez muy justo, si pasaba lo mismo que sucede en China y en otras partes donde la equidad de los tribunales domésticos es objeto de unánimes elogios. Añadamos que la comunidad de lugar en todas partes donde aún subsiste, excluye esa anomalía monstruosa que llamamos «el indigente». Ese problema del «pauperismo» acerca del cual tantos libros estériles se han escrito, no ha recibido hasta ahora solución igual á aquella en eficacia. Y el hecho de que el hombre de lejanas edades la descubriera y practicara, me hace creer que ese hombre debía ser amante de la equidad y compasivo. Cuanto á las virtudes consistentes en el dominio de sí mismo, valor, constancia, heroísmo del asceta indio ó del salvaje torturado, no es posible negarlas á los hombres primitivos. Lo más que podemos hacer es atenuar su mérito con el pretexto de una impasibilidad física para el dolor, de la cual los dotamos arbitrariamente para dispensarnos de admirarlos.

Tal vez se diga que por medio de estos sondajes arqueológicos, no profundizamos bastante en las tinieblas de la Prehistoria. Si así es, apresurémonos á hundirnos hasta las más inferiores capas, y observemos de cerca al

antropoide en su representación subsistente: el simio. M. Colajanni se ha visto obligado á reconocer, de conformidad con Du Chaillu, Brehm y otros observadores (pág. 463), «la piadosa cooperación, la abnegación heroica y el recíproco auxilio» de que las sociedades de simios dan admirables ejemplos (1). ¡Y se pretendía que las primeras sociedades humanas hubieran sido fundadas exclusivamente sobre instintos animales y viciosos!

Pero no solamente los simios, ni aun los mamíferos, ni siquiera los vertebrados, sino todos los animales cuando ensayan la vida social, las abejas, las hormigas, las termitas, entre otras, practican *estoicamente*, heroicamente sus deberes, dictados por una moral tan rigurosa como extraordinaria, y despliegan en millares de ocasiones los más notables sentimientos de fraternidad, de ayuda recíproca, de valor en

(1) Podemos invocar un hecho muy significativo que M. Colajanni da á conocer en la nota de la pág. 388. El cerebro del feto humano se parece al de los jóvenes antropoides; y también el antropoide, en la primera fase de su vida, en la cual se parece físicamente al hombre, muestra «una inteligencia y una dulzura muy semejantes á las del hombre, cualidades que aquél pierde á medida que al desenvolverse su cerebro, por una especie de regresión, se va separando cada vez más de la forma humana. ¿Qué se puede inducir de esos hechos, desde el punto de vista del atavismo? Que el antecesor común del hombre y del simio tenía un grado de dulzura y de inteligencia, es decir, de moralidad innata, de que el mono se ha separado irremediabilmente, y el hombre temporalmente, en algunas de sus fases salvajes.

las luchas de la vida y otras muchas virtudes conocidas solamente por los naturalistas. Que se lea la obra de *Sociedades animales*, de M. Espinas, y se encontrará en cada una de sus páginas la prueba de lo que acabo de indicar. M. Delbœuf, que tanto se ha ocupado en la psicología de las bestias y que trata continuamente con sapos, lagartos y culebras, reconoce en éstos una gran bondad y otras muchas cualidades. Ciertamente es que éstos pertenecen á especies no sociables, sino solamente *amansables*, porque, ¿hay alguna especie que no lo sea? Pero entre las especies sociables se halla el mismo resultado aplicado *a fortiori*. ¡Y cuántas cosas notables, después de todo, no se hallarán, aun sin previa sociabilidad, es decir, sin moralidad instintiva! En toda especie sociable, pues, el individuo nace bueno y moralizable desde el comienzo de su vida; y ¿qué especie no tiende, no aspira á vivir en sociedad? En su *Sistema de política positiva*, obra extravagante quizá, pero de genial extravagancia, Augusto Comte insiste repetidas veces en esta importante idea: que la aspiración á la vida social es el anhelo de toda vida orgánica, anhelo frecuentemente esterilizado cuando no está servido por condiciones enérgicas de bondad, espíritu de unión y de sacrificio, pero siempre renaciente desde un extremo á otro de la escala animal, hasta que se realiza plenamente en nosotros. Esta idea está por completo confirmada más allá de los límites de toda previsión por los trabajos contemporáneos, tales

como las *Colonias animales*, de M. Perrier.

Demás de lo expuesto, me sorprende ver que uno de los más sagaces pensadores y más profundos moralistas de nuestro tiempo, Guyau (1), haya creído necesario buscar en el mundo viviente los gérmenes y los primeros ejemplos de la moral para dar á ésta una base objetiva suficiente. Nada más fácil si se coloca como fundamento el principio de que la vitalidad y sociabilidad es una misma cosa en el fondo, y si partiendo de esa idea se piensa en la propensión universal y eterna que anima á todos los seres vivientes, animales ó plantas, desde los vegetales ó los animales unicelularios hasta nosotros, á asociarse para formar organismos simples, propiamente dichos, y en seguida organismos de organismos, esos organismos de segundo grado que se llaman sociedades. Pero ese carácter esencialmente social de todo lo que tiene vida, nosotros no lo percibimos en todas las especies diferentes á las nuestras más que superficialmente y en lo exterior. Por analogía debemos creer que si pudiésemos penetrar en esos Estados herméticamente cerrados á nuestras observaciones, descubriríamos en ellos virtudes hermanas de nuestras virtudes. Juzgamos de las células vivas por sus actos, y no podremos dejar de enaltecer su *servicialidad* recíproca, su actividad, su carácter docil, su respeto á la regla común, á las tradiciones de su pasado,

(1) *Moral inglesa contemporánea*, in fine.

su profunda probidad, en una palabra. La nuestra es simplemente hija de la suya. ¡Y podrá suponerse gratuitamente después de esto, sin que haya sombra de prueba evidente, que el antecesor de las naciones más altamente colocadas en el pináculo de la civilización europea era egoísta, cruel, indisciplinable, perezoso, ladrón, incendiario y anarquista! ¡Y cuando un individuo notablemente perverso, insociable, nace entre nosotros, se invocará el atavismo para explicar el fenómeno! Por mi parte, comprendería precisamente lo contrario; comprendería que cuando en nuestras aglomeraciones urbanas de egoísmos y de utilitarismos en lucha, surgiese un corazón desinteresado, noblemente generoso, en él se viera la imagen de nuestros remotos antecesores, cuya sangre y sacrificios han creado nuestro presente bienestar. El heroísmo; ese es tal vez el verdadero atavismo moral.

G. TARDE.

LA GALLINA CHASQUEADA

(TRADUCCIÓN DE VANIERE)

Huevos de pato á veces la gallina
caliente incauta en maternal desvelo,
y después, con la cría sin recelo,
tal vez á un claro lago se encamina.

Los polluelos al agua cristalina
corren, y abaten con placer el vuelo;
ella, llena de afán y desconsuelo,
gira, se acerca, y á mirar se empina.

Pero la acuátil turba alborozada,
sin escuchar su voz, hiende la ola
en fácil juego, ó silenciosa náda.

Desconoce su estirpe al fin; la cola
recoge la gallina fatigada,
y al corral vuelve pensativa y sola.

M. A. CARO.

RECUERDOS DE MI INFANCIA ⁽¹⁾

I

Nuestro preceptor Karl Ivanovitch.

El 12 de Agosto de 18..., precisamente el día siguiente al en que había cumplido diez años y recibido regalos muy bonitos, Karl Ivanovitch me despertó á las siete de la mañana, matando una mosca por encima de mi cabeza con un mosquero de papel de pilón de azúcar, atado á la punta de un palo. Se las había arreglado tan torpemente, que rompió la imagen del ángel de mi guarda, colgada á la cabecera de mi cama de roble, y que la mosca muerta cayó sobre mi cabeza. Saqué la nariz de debajo de la cubierta, paré con la mano la estampa que seguía balanceándose, tiré la mosca muerta al suelo y me puse á mirar á Karl Ivanovitch con ojos adormilados, pero

irritados. Karl Ivanovitch, envuelto en su bata de bayeta á ramos, sujeta con un cinturón de la misma tela, tocado con un gorro de punto rojo con borla, y calzado con botas anchas de piel de carnero, seguía tranquilamente mirando y golpeando á lo largo de la pared.

«Es verdad, pensaba yo, que soy un niño; ¿pero por qué me molesta? ¿Por qué no va á matar moscas por encima de la cama de Volodia? ¡Sin embargo, no faltan allí! Pero Volodia es mayor que yo; yo soy el más pequeño de todos, y por eso me atormenta. Se pasa la vida, murmuré á media voz, buscando lo que pueda desagradarme. Ve muy bien que me ha despertado y que me ha asustado; pero hace como que no lo nota... ¡El mal hombre! ¡Y bien feo que está con su bata, y su gorro, y su borla!»

Mientras que yo desahogaba así interiormente mi despecho contra Karl

(1) Algunas páginas de este libro, catorce ó quince, vieron la luz en LA ESPAÑA MODERNA hace tres años, y desde entonces no cesamos de recibir cartas pidiendo su continuación, que hoy publicamos íntegra.—(N. DEL E.)

Ivanovitch, éste se acercó á mi cama, miró su reloj, que estaba colgado en una relojera bordada de perlas, colgó el mosquero de un clavo, y se volvió hacia nosotros con aire de buen humor.

— ¡Vamos, niños, vamos! Ya es tiempo de levantarse. Mamá está ya en el salón — gritó con su acento alemán.

Se sentó á los pies de mi cama y sacó del bolsillo la tabaquera. Yo hacía como que dormía. Karl Ivanovitch comenzó por tomar un polvo, luego se limpió la nariz y sacudió los dedos, y sólo entonces se ocupó de mí. Se puso á hacerme cosquillas en la planta de los pies, riéndose y diciendo:

— ¡Vamos, vamos, perezoso!

Me daban mucho miedo las cosquillas, y, sin embargo, ni salté de la cama ni contesté. Metí la cabeza bajo la almohada, di patadas con todas mis fuerzas, y me contuve para no reirme.

« ¡Qué bueno es y cuánto nos quiere! ¿Cómo he podido pensar mal de él? »

Estaba disgustado conmigo y con Karl Ivanovitch; tenía á la vez ganas de reir y de llorar; estaba muy nervioso.

— ¡Déjeme V., Karl Ivanovitch! — grité yo con los ojos llenos de lágrimas, sacando la cabeza de debajo de la almohada.

Karl Ivanovitch, sorprendido, dejó tranquilos mis pies y me preguntó con inquietud qué me pasaba, si ha-

bía tenido algún mal sueño. Su bondadosa cara alemana, y la solicitud con que trataba de adivinar el motivo de mis lágrimas, hicieron correr éstas aún con más abundancia. Tenía yo remordimientos, y no comprendía cómo un minuto antes había podido no querer á Karl Ivanovitch y encontrar horribles su bata, su gorro y su borla. Al presente, al contrario, todo esto me parecía encantador, y la borla hasta me parecía una prueba evidente de la bondad de Karl Ivanovitch.

Le dije que lloraba porque había tenido un mal sueño: había soñado que mamá había muerto y que iban á enterrarla. Inventaba, porque no me acordaba nada de lo que había soñado aquella noche; pero cuando Karl Ivanovitch, conmovido por mi relato, se puso á consolarme y á tranquilizarme, me pareció que efectivamente había tenido aquel espantoso sueño, y esto fué un nuevo motivo de llanto.

Cuando se fué Karl Ivanovitch y me hube levantado, ocupado en ponerme las medias, se apaciguaron algo mis lágrimas, pero no me abandonaban los sombríos pensamientos despertados por el sueño que había inventado.

Entró Kolia. Era un hombrecillo muy limpio, siempre serio, puntual, respetuoso, gran amigo de Karl Ivanovitch. Traía nuestros trajes y nuestros calzados: botas para Volodia, y para mí zapatos nuevos con cintas. No me habría atrevido á

llorar delante de él. Además el sol de la mañana entraba alegremente por la ventana, y Volodia, delante de su jofaina, remedaba á María Ivanovna, el aya de nuestra hermana, riendo con tanta gana, que Kolia mismo, la toalla al hombro, el jabón en una mano y el jarro del agua en la otra sonreía diciendo:

—Vamos, Wladimiro Petrovitch ¿quiere V. lavarse?

Toda mi tristeza desapareció.

—¿Están Vds. dispuestos?— gritó Karl Ivanovitch desde el fondo de la clase.

Su voz era severa y no llegaba hasta la expresión de bondad que me había conmovido hasta el llanto. En clase, Karl Ivanovitch era otro hombre: ya no era más que preceptor. Me vestí de prisa, me lavé y acudí, llevando todavía el cepillo con que alisaba mis cabellos húmedos.

Karl Ivanovitch, con sus gafas sobre la nariz y un libro en la mano, estaba sentado en su sitio de costumbre, entre la puerta y la ventana. A la izquierda de la puerta había dos mesitas: la de los niños (la nuestra), y *la suya*, la de Karl Ivanovitch. Sobre la nuestra se encontraban todas especies de libros, de clase y no de clase, los unos de pie, los otros tendidos. Los únicos apoyados correctamente contra la pared eran dos gruesos volúmenes de la *Historia de los Viajes*, encuadernados en rojo. Venían después libros grandes y pequeños, gruesos y delgados, tapas sin libros y libros sin tapas, todo amon-

tonado no importa cómo, cuando se nos ordenaba, antes del asueto, arreglar la «biblioteca»: así es cómo Karl Ivanovitch llamaba pomposamente á la mesita. En cuanto á los libros *suyos*, si la colección era menos numerosa que la nuestra, era aún más variada. Me acuerdo de tres: un folleto alemán, sin encuadernar, sobre el abono que conviene á las coles; un volumen encuadernado en pergamino (tenía una punta quemada), sobre la guerra de Siete Años, y un curso completo de hidrostática. Karl Ivanovitch pasaba una gran parte del tiempo en leer, hasta el punto de gastarse los ojos; pero fuera de los libros de la mesita y de *La Abeja del Norte*, no leía nada.

Uno de los objetos que había en la mesa de Karl Ivanovitch me ha quedado muy especialmente en la memoria. Era un redondel de cartón movable, montado sobre un pie de madera. En el redondel había pegada una caricatura representando á una señora y á un peluquero. Karl Ivanovitch era muy hábil para jugar, y él era el que había inventado y fabricado aquel redondel, con objeto de resguardar sus ojos malos de la luz.

Todavía veo delante de mí su larga figura, con la bata de bayeta y el gorro, de donde se escapaban escasos cabellos blancos. Está sentado al lado de una mesita sobre la cual está colocado el redondel de cartón con el peluquero: el redondel proyecta una sombra sobre su rostro; una de sus manos tiene un libro, la otra des-

cansa en el brazo del sillón; á su lado, su reloj en cuya esfera hay dibujado un cazador, su pañuelo á cuadros, su tabaquera negra y redonda, la caja verde de los anteojos y las despabiladeras en su platillo. Todo esto tan bien arreglado, tan bien ordenado, que basta verlo para adivinar que Karl Ivanovitch tiene la conciencia pura y el alma en paz.

A veces, cansados de correr abajo, por la sala, subíamos de puntillas y nos acercábamos dulcemente á mirar en la clase: Karl Ivanovitch estaba solo, sentado en su sillón y leyendo uno de sus libros favoritos con expresión apacible y solemne. Yo le sorprendía algunas veces no leyendo; sus anteojos se habían resbalado hacia la punta de su gran nariz; sus ojos, medio cerrados, miraban con una expresión particular y sus labios sonreían tristemente. En la habitación silenciosa no se oía más que el ruido desigual de su respiración y el tic-tac del reloj del cazador.

Sucedíale que no notaba que yo estaba allí, y yo seguía en la puerta y pensaba: ¡Pobre, pobre viejo! Nosotros somos numerosos, nosotros jugamos, nosotros nos divertimos, y él está completamente solo y nadie le mima. A la verdad, dice que es huérfano. ¡Y qué terrible es su historia! Recuerdo que un día se la contó á Kolia. ¡Es horrible estar en su situación! Me daba tanta lástima, que me acercaba á él y le cogía la mano, diciéndole: «¡Mi querido Karl Ivanovitch!» A él le gustaba esto; nunca dejaba

de acariciarme y se veía que estaba conmovido.

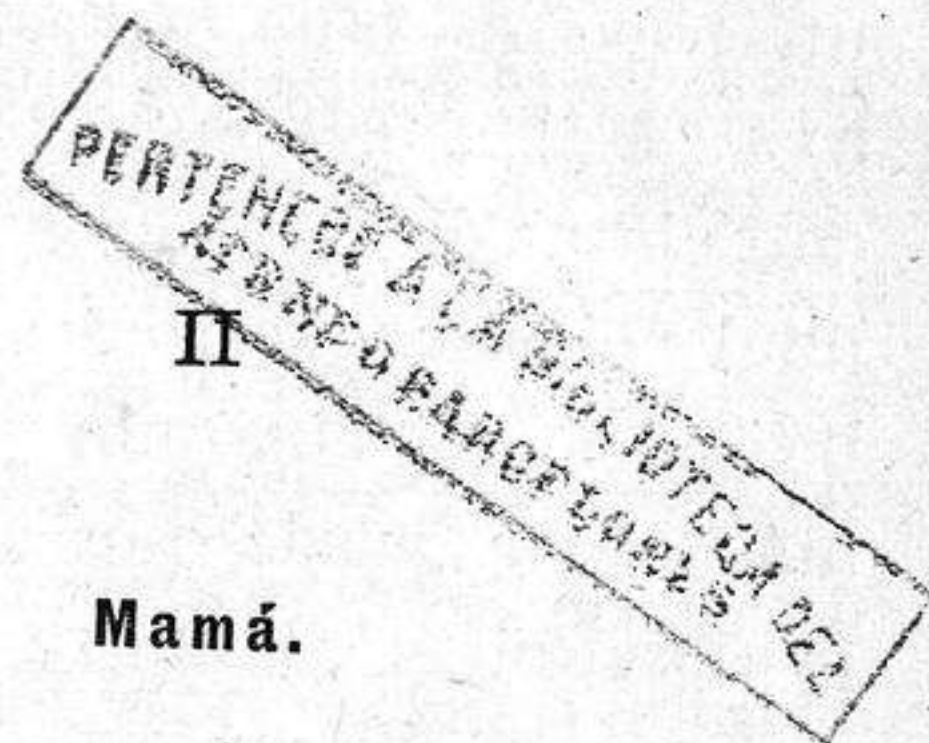
En la segunda pared de la clase había colgados mapas, casi todos desgarrados, pero diestramente pegados por Karl Ivanovitch. En la tercera pared, aquella en que estaba la puerta, había colgadas, á un lado, dos reglas: una toda mellada, la nuestra; la otra completamente nueva, la suya, que servía menos para trazar líneas que para estimularnos. Al otro lado de la puerta había un cuadro negro, en el que eran señaladas nuestras grandes faltas con círculos y las pequeñas con cruces. A la izquierda del cuadro, el rincón donde se nos ponía en penitencia, de rodillas.

¡Cómo me acuerdo de aquel rincón! Recuerdo la puerta de la estufa y la puertecilla que había en la puerta, y el ruido que hacía cuando se la tocaba. A veces estaba en el rincón tanto tiempo, que me dolían la espalda y las rodillas. Y me decía: «Me ha olvidado Karl Ivanovitch. El está tranquilamente sentado en un buen sillón y lee su hidrostática... ¿y yo?» Entonces, para hacerle pensar en mí, abría y cerraba muy dulcemente la puertecilla de la estufa, ó hacía caer pedazos de yeso de la pared. Si por casualidad el pedazo era demasiado grande y hacía mucho ruido al caer, mi miedo era peor que toda mi penitencia. Miraba en seguida del lado de Karl Ivanovitch: no se movía; seguía con el libro y parecía no haber notado nada.

En medio de la habitación había una mesa cubierta con un hule negro,

cuyos agujeros dejaban ver los bordes llenos de cortes hechos con navaja. Alrededor de la mesa, algunos esca- beles de madera sin pintar, pulimen- tados por un largo uso. La cuarta pa- red estaba ocupada por tres ventanas. He aquí lo que se veía por ellas. Aba- jo, en frente, un camino en el que no había un bache que yo no conociera, ni un guijarro que no amara. Al otro lado del camino, la calle de tilos re- cortados y su empalizada; después, la pradera, bardeada de un lado por la cerca, del otro por el bosque; á lo le- jos, la casilla del guarda. Por la ven- tana de la derecha se veía un extre- mo de la terraza donde las personas mayores iban á sentarse esperando la comida. Me ocurría mirar de este lado, mientras que Karl Ivanovitch me corregía mi dictado, y ver los ca- bellos negros de mamá, después una espalda y oír un ruido confuso de vo- ces y de rezos. Me disgustaba mucho no estar allá abajo, y pensaba: «Cuan- do sea grande, ya no daré lecciones; en vez de aprender diálogos alema- nes, me pasaré todo el tiempo sentado con los que amo.» Mi despecho se cambiaba en tristeza, y me quedaba tan absorto (Dios sabe por qué y en qué pensaba), que no oía á Karl Iva- novitch reprenderme por mis faltas de ortografía.

Karl Ivanovitch se quitó la bata, se puso una levita azul llena de plie- gues en los hombros, se arregló la corbata delante de un espejo y nos llevó abajo á dar los buenos días á mamá.



Mamá.

Mamá estaba sentada en el salón y hacía el té. Con una mano cogía la tetera, con la otra el grifo del samo- var. La tetera desbordaba y el agua corría al platillo; pero aunque mamá mirase fijamente la tetera, no lo no- taba, ni tampoco nos vió entrar.

Cuando se trata de representarse los rasgos de un ser amado, surgen á la vez tantos recuerdos, que turban la vista como lo harían las lágrimas. Son las lágrimas del alma. Cuando trato de recordar á mamá tal como era en aquel tiempo, no veo más que sus ojos oscuros, expresando invaria- blemente la bondad y el afecto, el lu- nar de su mejilla, un poco más abajo del sitio donde se rizaban algunos mechoncillos de pelos, su cuello blan- co bordado, su mano delicada y del- gada, que me acariciaba tan á menu- do y que tan á menudo besaba yo: el conjunto se me escapa.

A la izquierda del diván había un viejo piano inglés de cola. Delante del piano, una niña morena, mi her- mana Liubotchka, estudiaba un ejer- cio de Clemente con sus deditos rojos, recién lavados con agua fría. Tenía once años; llevaba una falda corta de guingan y pantalones bordados, y aún no alcanzaba la octava. Junto á ella,

un poco de lado, estaba sentada su aya. María Ivanovna, con su cofia con cintas de color de rosa, su casaca azul celeste y su rostro encarnado ó irritado, que tomó una expresión aún más agria desde que apareció Karl Ivanovitch. Le lanzó miradas amenazadoras, y sin contestar á su saludo, alzando la voz y acentuando el tono de mando, siguió marcando el compás con el pie: una, dos, tres; una, dos, tres.

Karl Ivanovitch, según su costumbre, no puso ninguna atención en ella y fué en derechura á besar la mano á mamá, á la alemana. Mamá salió de su meditación, sacudió la cabeza como para arrojar ideas tristes, dió la mano á Karl Ivanovitch y lo besó en su arrugada frente mientras que él la besaba en la mano.

—Gracias, mi querido Karl Ivanovitch—dijo en alemán.—¿Han dormido bien los niños?

Karl Ivanovitch era sordo de un oído, y en aquel momento no oía nada absolutamente á causa del piano. Se encorvó aún más hacia el diván, un pie en el aire y una mano apoyada en la mesa, se levantó el gorro y dijo con una sonrisa que en aquel tiempo me parecía la quintaesencia de las buenas maneras:

—¿Me permite V., Natalia Nicolaievna?

Karl Ivanovitch no se separaba nunca de su gorro por miedo á que se le enfriara la calva cabeza, pero nunca dejaba, al entrar en el salón, de pedir permiso para conservarlo.

—Consérvelo, consérvelo... Le pregunto á V.—dijo mamá, volviéndose hacia él y alzando la voz—si han dormido bien los niños.

Tampoco oyó, y sonrió aún más graciosamente, volviéndose á poner el gorro.

—Paren Vds. un instante, Mimi—dijo mamá á María Ivanovna con una sonrisa—no se oye.

Cuando mamá sonreía—era muy linda mamá—se ponía aún más linda, y se habría dicho que la alegría se esparcía en derredor suyo. Si yo pudiera entrever, solamente entrever, aquella sonrisa en los momentos difíciles de la vida, no sabría lo que son penas. Me parece que lo que se llama la belleza reside únicamente en la sonrisa. Si la sonrisa embellece, es que el rostro es bello; si no lo cambia, es que el rostro es ordinario; si lo afea, es que el rostro es feo.

Después de haberme dado los buenos días, mamá me cogió la cabeza con las dos manos, la echó á atrás y me miró atentamente.

—¿Has llorado?

—No contesté. Me besó en los ojos y dijo en alemán:

—¿Por qué has llorado?

Cuando hablaba familiarmente con nosotros, se servía siempre del alemán, que sabía muy bien.

Me acordé del sueño que había inventado, con todos sus detalles, y me estremecí involuntariamente.

—He llorado soñando, mamá.

Karl Ivanovitch confirmó mi dicho, pero guardó silencio acerca de mi

sueño. Después de una ligera conversación sobre el tiempo, en la cual tomó parte Mimi, mamá puso en el platillo seis pedazos de azúcar destinados á los criados importantes, se levantó y se dirigió á su bastidor de bordar, colocado junto á la ventana.

—Niños, id á buscar á papá y decidle que no se olvide de venir á verme antes de irse al cercado.

Comenzaron otra vez el piano, los *una, dos, tres*, y las miradas amenazadoras. Cruzamos una habitación que había conservado desde el tiempo de mi abuelo el nombre de *sala de los oficiales*, y entramos en el despacho de papá.

III

Papá.

Estaba de pie junto á su mesa señalando con un gesto papeles y montoncitos de dinero y explicando algo, con mucho calor, á nuestro intendente Jacob Mikhaïlof. Este, de pie en su sitio ordinario, entre la puerta y el barómetro, tenía las manos á la espalda y movía los dedos con extrema rapidez.

Cuanto más se calentaba papá, más de prisa se movían los dedos, y cuando papá se callaba, los dedos se paraban; pero así que Jacob se ponía á hablar, había en sus manos movimientos desordenados y sobresaltos extraordina-

rios. Creo que se habría podido adivinar sus pensamientos mirando sus dedos. En cuanto á su rostro, estaba impasible. Se leía en él la conciencia de su valer, junto á ese aspecto de sumisión que parece decir: «Yo soy quien tiene razón; por lo demás, haré lo que V. quiera.»

Al vernos, papá se contentó con decir:

—Dentro de un instante... voy en seguida.

Y nos hizo señas con la cabeza, de cerrar la puerta.

—¡Buen Dios! ¿Qué tienes hoy, Jacob? —continuó.— Recibirás mil rublos del molino, ocho mil por las hipotecas; venderás por tres mil rublos de heno. ¿Te hará esto, si ó no, doce mil rublos?

—Sí, ciertamente—respondió Jacob.

En la agitación de sus dedos vi que iba á hacer objeciones, pero papá no le dejó tiempo.

—Mira, aquí tienes un sobre con el dinero dentro. Envíalo á sus señas.

Yo estaba junto á la mesa. Eché una ojeada al sobre y leí: Para Karl Ivanovitch Mayer.

Papá notó, sin duda, que yo leía lo que no me importaba, porque me puso la mano en el hombro y me indicó con una ligera presión la dirección opuesta á la mesa. No estando seguro de que aquello no fuera una caricia, besé, por lo que pudiera ser, la gruesa mano surcada de venas que se apoyaba en mi hombro.

—Está bien—dijo Jacob.—¿Y del dinero de Khabarovka?

Khabarovka era la propiedad de mamá.

—No lo tocarás sin orden mía.

Jacob se calló algunos segundos. De pronto sus dedos se movieron con un redoble de rapidez; su aire de sumisión estúpida dejó lugar á una expresión de astucia y comenzó en estos términos:

—Permítame V., Pedro Alejandrovitch; temo que nuestros cálculos no sean justos.

Se calló un instante y miró á papá con aire profundo.

—¿Por qué?

—Permítame V. El molinero ha venido ya dos veces para pedirme tiempo. Jura que no tiene dinero. Ahí está; ¿quiere V. hablarle? (Papá hizo señal que no.) En cuanto á las hipotecas, no tomará V. nada antes de dos meses, como se lo había dicho. El heno... V. mismo acaba de decir que se sacaría de él acaso tres mil rublos...

Le interrumpió. Sus ojos decían: «V. mismo lo ve. ¿Qué son tres mil rublos?»

Era visible que tenía una multitud de argumentos en reserva; acaso por esto se apresuró papá á cortarle la palabra.

—Será como te he dicho. Sin embargo, si el dinero no ingresara en seguida, tomarás el de Khabarovka.

—Está bien.

El rostro y los dedos de Jacob expresaron una viva satisfacción.

Jacob era siervo. Era un hombre muy celoso y muy adicto. Como todos los buenos intendentes, tomaba con calor los intereses de su amo, sobre

los cuales tenía las nociones más extrañas. Su idea fija era enriquecer al señor á expensas de la señora, demostrando la necesidad de gastar todas las rentas de la señora para Petrovská, la casa de campo que habitábamos. En aquel momento se le notaba la satisfacción de haberlo conseguido. Después de habernos saludado, papá nos declaró que llevábamos en el campo una vida de perezosos, que nos hacíamos grandes y que ya era tiempo de trabajar seriamente.

—Creo que sabéis ya que voy á Moscú y que os llevo conmigo—prosiguió. — Viviréis en casa de vuestra abuela, y mamá se quedará aquí con los pequeños. No olvidéis que su único consuelo será saber que trabajáis bien y que están contentos de vosotros.

Aunque esperáramos algo extraordinario á causa de los preparativos que veíamos hacia ya muchos días, aquella noticia fué un cañonazo. Volodia enrojeció, y su voz temblaba al hacer el encargo de mamá.

«¡He aquí lo que me anunciaba mi sueño! pensé. ¡Quiera Dios que no suceda algo peor!»

Yo tenía mucha, mucha pena por mamá, y al mismo tiempo el pensamiento de que comenzábamos realmente á ser grandes me halagaba.

«Si nos vamos esta noche, pensé, con seguridad que hoy no tendremos clase. ¡Qué felicidad! Sin embargo, estoy disgustado por Karl Ivanovitch; de otro modo, no habría aquí este sobre para él... Preferiría dar lecciones toda mi vida, no dejar á mamita y no

disgustar á ese pobre Karl Ivanovitch. ¡Es ya tan desgraciado!»

Todos estos pensamientos cruzaban por mi cabeza. No me movía y miraba fijamente las cintas de mis zapatos.

Papá cambió algunas palabras con Karl Ivanovitch sobre el barómetro, que había bajado. Recomendó á Jacob que no diera de comer á los perros, porque quería salir por última vez, después de comer, con los galguitos, y nos envió á trabajar, contra lo que yo esperaba; sin embargo, nos prometió, para consolarnos, llevarnos á la cacería.

Al tomar otra vez el camino del primer piso, me escapé un instante, corriendo por la terraza. Milka, el lebel favorito de papá, estaba tendido al sol, delante de la puerta, entornados los ojos.

—Milkita—le dije acariciándolo y dándole un beso en el hocico — nos vamos. ¡Adiós! Ya no nos veremos más.

Me enternecí y eché á llorar.

IV

En clase.

Karl Ivanovitch estaba de muy mal humor. Se veía en sus cejas fruncidas, en la manera como echó su levita sobre la cómoda, en el aire furioso

con que se ató el cinturón de su bata é hizo una profunda señal con la uña en el libro de los diálogos alemanes, para indicar hasta dónde debíamos estudiar. Volodia aprendió pasablemente la lección; yo estaba demasiado turbado para trabajar. Miraba mi libro de diálogos, pero mi espíritu estaba ausente, y las lágrimas que me llenaban los ojos á la idea de la partida me impedían leer. Llegó la hora de recitar mi lección á Karl Ivanovitch, que cerró los ojos para escuchar (esto era mala señal.) Cuando llegué al sitio donde uno dice: «¿De dónde viene V.? y el otro responde: «¡Del café!» me fué imposible contener más tiempo mis lágrimas, y los sollozos me impidieron decir: «¿Ha leído V. el periódico?» Hubo que escribir mi plana. Mis lágrimas produjeron tales huellas, que parecía que había escrito con agua en papel secante.

Karl Ivanovitch se incomodó, pretendió que aquello era terquedad, «una comedia de marionetas» (esta era su expresión favorita), me castigó poniéndome de rodillas, me amenazó con la regla y exigió que pidiera perdón cuando no podía pronunciar una palabra á fuerza de llorar. Al fin, comprendiendo probablemente su injusticia, se fué al cuarto de Kolia, dando un portazo.

Desde la clase oímos una conversación.

—¿Sabes, Kolia, que los niños se van á Moscú?—dijo Karl Ivanovitch al entrar en la habitación.

—Sí, lo sé.

Kolia quiso, sin duda, levantarse, porque Karl Ivanovitch le dijo:

—Sigue sentado.

Y después cerró la puerta.

—Dejé mi sitio y fui á escuchar á ésta.

—Por muchos servicios que se preste á las gentes—comenzó Karl Ivanovitch con tono conmovido—por mucha adhesión que se les consagre, es claro que no hay que esperar reconocimiento; ¿verdad, Kolia?

Kolia estaba sentado junto á la ventana y cosía una bota. Hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Hace doce años que estoy en esta casa—prosiguió Karl Ivanovitch—y, puedo decirlo ante Dios, Kolia (alzó los ojos y levantó su tabaquera hacia el techo) les he sido más adicto y me he tomado más interés por ellos que si hubieran sido mis propios hijos. ¿Te acuerdas, Kolia, de cuando Volodia tuvo calenturas? Pasé nueve días á su cabecera sin cerrar los ojos. Sí, en aquel tiempo yo era el buen Karl Ivanovitch, el querido Karl Ivanovitch; me necesitaban. Al presente (sonrió irónicamente), los niños se han hecho grandes; es tiempo de trabajar seriamente. Vamos, ¿que aquí no aprenden nada, Kolia?

—Como aprender mejor, con seguridad—dijo Kolia dejando la lezna y tirando con las dos manos del cabo.

—Sí, ahora que ya no tienen necesidad de mí me ponen á la puerta. ¿Qué se ha hecho de las promesas y del reconocimiento? Siento un profundo respeto y un gran afecto por

Natalia Nicolaïevna (se puso la mano sobre el corazón); pero Kolia, ¿qué es ella aquí? No supone nada en la casa, esta es la verdad. (Al pronunciar estas palabras, tiró al suelo las recortaduras de cuero con un gesto expresivo). Sé quien me ha jugado esta partida y por qué soy ya inútil: es porque no soy un adulator y porque no digo amén á todo, como *ciertas personas*. Tengo la costumbre (tomó un tono digno) de decir siempre la verdad, y delante de todo el mundo. ¡Que Dios lo perdone! No los enriquecerá el no tenerme, y yo, gracias á Dios, encontraré siempre donde ganar un pedazo de pan; ¿verdad, Kolia?

Kolia levantó la cabeza y miró á Karl Ivanovitch como para asegurarle que encontraría realmente un pedazo de pan; pero no contestó.

Karl Ivanovitch habló durante largo tiempo en este tono. Contó cuánto mejor habían apreciado sus servicios en casa de un general donde había estado antes de venir á nuestra casa (me dió mucha pena saber esto); habló de Sajonia, de sus padres, de su amigo el sastre Schöuheit, etc., etc.

Yo compadecía su dolor, y me era penoso ver que papá y Karl Ivanovitch, á los que amaba tanto al uno como al otro, no se entendían. Volví á mi sitio, me senté sobre mis talones y me puse á pensar en los medios de reconciliarlos.

Al volver á la clase, Karl Ivanovitch me dijo que me levantara y que preparara mi cuaderno de dictado. Cuando todo estuvo dispuesto, se ins-

taló majestuosamente en su sillón, y con voz que parecía salir de un abismo, me dictó lo que sigue:

—*De todos los defectos, el más detestable es... ¿Estamos?*

Se detuvo, aspiró largamente un polvo de tabaco, y continuó con mayor energía:

—*El más detestable es la In-gra-ti-tud. I mayúscula.*

Creyendo que iba á continuar, le miraba:

—Punto—dijo con una sonrisa apenas perceptible.

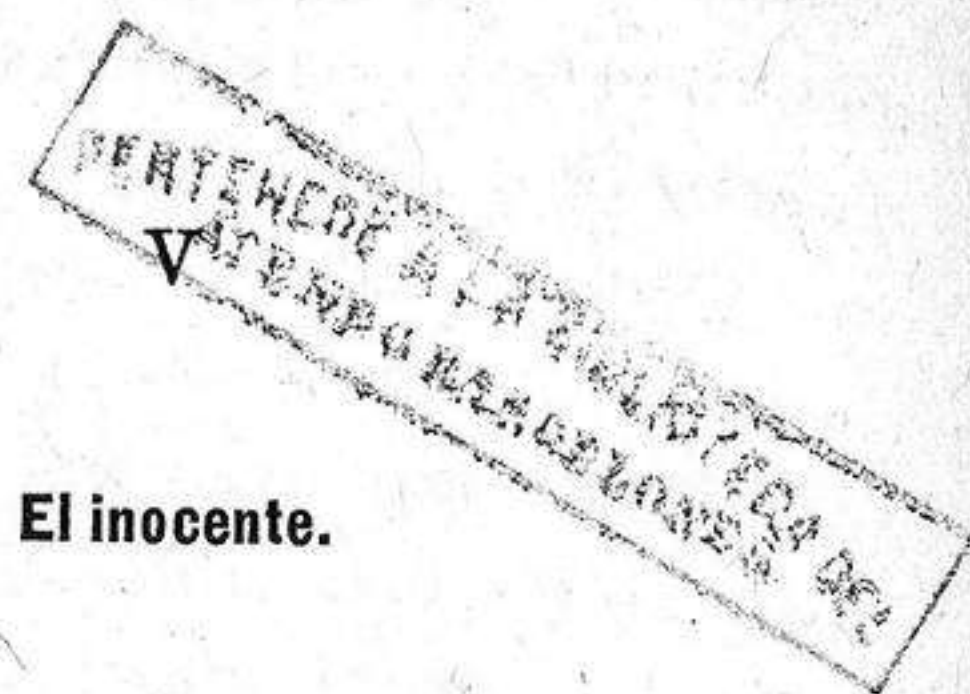
Me hizo señas de que le diera el cuaderno. Leyó muchas veces aquella máxima en voz alta, con entonaciones variadas y muestras de profunda satisfacción: expresaba bien el pensamiento que lo ahogaba. Nos dió luego á aprender una lección de historia y se sentó junto á una ventana. Su rostro no estaba ya irritado; expresaba la satisfacción del hombre que ha vengado con dignidad una afrenta.

Era la una menos cuarto; Karl Ivanovitch no tenía el aire de despedirnos y nos daba siempre nuevas lecciones. El fastidio y el hambre aumentaban. Yo vigilaba con extrema impaciencia todas las señales que anunciaban la comida. «Ahí está la criada con su paño que va á secar los platos. Remueven la vajilla en el aparador. Oigo empujar la mesa y colocar las sillas. Ahí está Mimi con Liubotchka y Catalina (la hija de Mimi, doce años) que vuelve del jardín; pero no veo á Foca (el mayordomo, el que anuncia que está servida

la comida). Cuando vea á Foca, podremos tirar el libro y escapar sin ocuparse de Karl Ivanovitch, pero no antes.»

Al fin se oyeron pasos en la escalera.

¡No era Foca! Conocía yo bien el paso de Foca y el crujido de sus botas. Se abrió la puerta y vi aparecer una cara completamente desconocida.



El inocente.

Era un hombre de unos cincuenta años, de rostro pálido, señalado por la viruela, largos cabellos grises y algunos pelos de barba rojizos. Era tan alto, que tuvo literalmente que doblarse para pasar por la puerta. Su traje era de jirones y de una forma indefinible: era un término medio entre caftán y sotana. Llevaba en la mano un enorme bastón con el que golpeó el suelo con toda su fuerza al entrar; luego frunció las cejas, abrió una boca desmesurada y lanzó una carcajada espantosa. Era tuerto, y su ojo sin vista, siempre en movimiento, acababa de hacerlo horroroso.

—¡Ah, ah! ¿Atrapado?—gritó, acercándose á Volodia y cogiéndole la cabeza. Le examinó atentamente el cráneo, lo soltó, se acercó á la mesa y sopló con aire muy serio bajo el hule, haciendo cruces debajo.

—¡Oh, oh, oh! ¡Qué lástima!... ¡Oh, oh, oh!... ¡Mal hecho!. ¡Oh, oh, oh! ¡Pobrecitos!... ¡Ha volado!—continuó mirando á Volodia con aire enternecido.

Se echó á llorar y se secó los ojos con la manga.

Tenía la voz áspera y enronquecida, los movimientos precipitados y nerviosos; sus discursos eran descosidos y desprovistos de sentido (jamás se servía de pronombres), y con todo esto, el tono era tan conmovedor, su desdichada cara amarilla tomaba por momentos una expresión tan profundamente triste, que experimentaba uno á su pesar, escuchándole, una mezcla de lástima, de espanto y de melancolía.

Era Gricha, el inocente, el viajero perpetuo.

¿De dónde era? ¿Quiénes eran sus padres? Por qué había adoptado aquella vida errante? Nadie sabía nada. Todo lo que puedo decir, es que se le conocía en el país hacía más de treinta años y que siempre se le había visto en el estado de inocente. Iba miserablemente descalzo en invierno y en verano, frecuentaba los conventos, distribuía menudos objetos religiosos á las gentes que le agradaban y pronunciaba palabras enigmáticas en las que ciertas personas veían profecías. Jamás había sido más que el «inocente». Iba de cuando en cuando á casa de mi abuela. Según unos, sus padres eran ricos y era digno de lástima y de interés. Según otros, Gricha era un simple mujik y un holgazán.

Al fin apareció Foca, el exacto Foca, esperado con tanta impaciencia. Bajamos, y Gricha nos siguió, siempre sollozando y diciendo extravagancias. Golpeaba los escalones con su palo.

Papá y mamá se paseaban por el salón hablando á media voz. Mimi, en actitud digna, estaba sentada en un sillón colocado en ángulo recto con el diván. Las niñas estaban sentadas á su lado, y Mimi les daba sus instrucciones en voz baja, pero severa. Desde que entró Karl Ivanovitch, Mimi le lanzó una mirada, é inmediatamente le volvió la espalda, poniendo una cara que quería decir:

«No lo conozco á V., Karl Ivanovitch.»

Se veía en los ojos de las niñas que ardían en deseos de comunicarnos una gran noticia, pero que no había que pensar en acudir á hablarnos: esto habría sido infringir la regla de Mimi. La regla exigía que nosotros hiciéramos en primer lugar una reverencia, diciendo: «Buenos días, Mimi», después de lo que tendríamos el derecho de hablar.

¡Era insoportable aquella Mimi! Imposible hablar cuando ella estaba delante: todo lo encontraba inconveniente. Además, siempre os perseguía con su «hablen francés», precisamente en el momento, parecía que lo hacía exprofeso, en que teníais más ganas de charlar en ruso. En la mesa, si encontrabais un plato bueno y teníais gana de comer en paz sin ser molestado, indefectiblemente Mimi: «Coma V. con pan. ¿Cómo coge V. el tene-

dor?» «¿Qué le importa?—pensaba yo.—¡Que se ocupe de las niñas! Para eso está. De nosotros está encargado Karl Ivanovitch.» En el fondo de mi corazón yo compartía el odio de Karl Ivanovitch hacia las *ciertas personas*.

Pasamos al comedor, las personas mayores las primeras. Catalina me cogió por la manga, y me dijo en voz baja:

—Pide á tu mamá que nos deje ir con vosotros á la cacería.

—Bueno, lo intentaremos.

Gricha comía con nosotros, pero en una mesita aparte. No levantaba los ojos de su plato, lanzaba suspiros, hacía gestos horribles y se hablaba á sí mismo: «¡Qué lástima!... Ha volado... volado, pichón, cielo... ¡Ah, piedra sobre tumba!» Y otras frases por el mismo estilo.

Desde por la mañana, mamá parecía agitada, y la presencia de Gricha, con sus disparates y sus gestos, aumentaba violentamente su malestar.

—¡Ah! Se me olvidaba pedirte una cosa—dijo á papá alargándole un plato de sopa.

—¿Qué?

—Que encierres tus horribles perros. Poco ha faltado para que muerdan al pobre Gricha cuando ha entrado en el patio. Serían capaces de morder á los niños.

Gricha oyó que se trataba de él. Se volvió en la silla, y dijo con la boca llena, enseñando su ropa hecha jirones:

—Quería hacer morder... Dios no ha permitido. Cazar con perros, ¡pecado,

gran pecado! No pegar *anciano*... (1), ¿por qué pegar? Dios perdona.

—¿Qué es lo que dice?—preguntó papá mirándolo fijamente con aire de descontento.—No comprendo nada de ello.

—Yo sí lo comprendo—replicó mamá.—Me ha contado que uno de tus cazadores ha excitado expresamente á su perro á que se arrojase sobre él. Te dice: «Ha querido hacer que me muerda, pero Dios no lo ha permitido», y te pide que no castigues al cazador.

—¡Ah!—dijo papá.—¿Pero cómo sabe que quiero castigar al cazador? Mira—continuó en francés—en general, no me gustan esos hombres; pero éste me disgusta especialmente; y estoy seguro...

—¡Oh, no digas eso!—le interrumpió mamá con aire de susto.—¿Qué sabes tú?

—No me han faltado las ocasiones para estudiar esa casta de pájaros—siempre tienes la casa llena de ellos—todos están cortados por el mismo patrón. Eternamente la misma historia...

Se veía que mamá no era del todo de la opinión de papá y que no quería disputar.

—Pásame los pastelillos—dijo.—¿Están buenos hoy?

—¡No!—continuó papá, cogiendo el plato de los pastelillos y teniéndolo en el aire, fuera del alcance de mamá.—¡No! Me irrito cuando veo gen-

(1) Llamaba así á todos los hombres sin distinción.—(N. DEL A.)

tes inteligentes é instruídas dejarse engañar.

Y golpeó la mesa con el tenedor.

—Te he pedido los pastelillos—repetió mamá, alargando el brazo.

—Hace bien la policía en recoger á esas gentes—prosiguió papá, empujando su plato.—No sirven absolutamente más que para agitar á las personas nerviosas—añadió con una sonrisa, notando que aquella conversación disgustaba á mamá, y le dió los pastelillos.

—Te contestaré una solución—dijo mamá.—Es difícil admitir que un hombre que va descalzo en invierno y en verano á su edad, que lleva siempre bajo sus ropas una cadena que pesa más de sesenta libras, que ha rehusado siempre, cuando se le ofrecía una vida tranquila donde todo lo tuviera costado, es difícil admitir que este hombre haya hecho todo esto únicamente por pereza. Por lo que hace á las predicciones (suspiró y se calló un instante), tengo motivo para creer en ellas. Me parece haberte contado que Kirincha había predicho á mi padre el día y la hora de su muerte.

—¿Qué has hecho?—dijo papá sonriendo y poniendo la mano á modo de pantalla en el extremo de su boca, del lado donde estaba Mimi (cuando papá hacía este gesto, yo escuchaba con todos mis oídos, convencido de que iba á decir algo muy chistoso)—¿Por qué me has hecho pensar en sus pies? Los he mirado, y ya no podré comer.

La comida tocaba á su fin. Liu-

botchka y Catalina no cesaban de hacernos señas; movíanse en sus sillas y daban todas las muestras de una violenta agitación. Sus señas querían decir: «¿Por qué no pedís que nos lleven á la cacería?» Yo daba á Volodia con el codo, y Volodia me devolvía el codazo. Al fin se decidió. Con voz al pronto tímida, luego bastante firme y bastante fuerte, explicó que estando en el momento de partir, queríamos llevar á las niñas á la caza con nosotros. Después de un corto conciliábulo entre las personas mayores, nos fué concedido lo que pedíamos, y corrimos á vestirnos para la cacería. Yo sentía una extrema impaciencia. Al fin se oyó el paso de papá en la escalera. Algunos minutos después estábamos en camino.

VI

Qué especie de hombre era mi padre.

Era un hombre del siglo pasado, y como toda la juventud de entonces, tenía un yo no sé qué de caballeresco, de emprendedor: de seguro, de amable y de libertino. Experimentaba un profundo desprecio por las gentes de nuestro siglo y su desprecio venía á la vez de una hostilidad orgullosa y del despecho de que no podía ya tener en nuestra época la influencia y los éxitos que había tenido en su tiempo. Sus dos grandes pasiones eran las cartas y las mujeres. Ganó ó perdió

al juego en el curso de la vida muchos millones, y amó á un número incalculable de mujeres de todas las clases de la sociedad.

Era alto y de hermosa presencia; andaba muy singularmente, á pasos cortos, y tenía una contracción nerviosa en un hombro. Ojillos siempre sonrientes, gran nariz aguileña, boca irregular, un poco gesticulante, y sin embargo agradable, un defecto de pronunciación (silbaba al hablar) y cabeza completamente calva; tal era mi padre en la época á que remontan mis recuerdos más antiguos. Con este exterior, no sólo supo pasar por un hombre de buenas fortunas y serlo en efecto, pero supo agradar á todo el mundo sin excepción, grandes y pequeños, en particular á los que quería agradar.

En todas sus relaciones se las arreglaba de modo que no estuviera nunca en situación de inferioridad. Sin haber pertenecido jamás al gran mundo, frecuentaba continuamente el trato de gentes que formaban parte de él, y se hacía respetar de ellas. Conocía el grado preciso de orgullo y de presunción que realza á un hombre en la opinión del mundo sin ofender al prójimo. Era original, pero á sus horas; se servía de la originalidad para suplir en ciertos casos las buenas maneras y la riqueza. Nada le asombraba en el mundo; en cualquier elevada situación que se hubiera encontrado habría parecido haber nacido para ella. Sabía tan perfectamente ocultar á los demás y alejar de sí mis-

mo el lado enojoso de la vida, el de las pequeñas contrariedades y de las molestias, que era imposible no envidiarlo. Era inteligente en todo lo que procura al hombre comodidad y adorno, y sabía aprovecharlo. Tenía una idea fija: las brillantes relaciones que debía en parte á la familia de mi madre, y en parte á sus amistades de la juventud; no perdonaba á sus antiguos camaradas de haber llegado á elevadas posiciones, mientras que él seguía siendo teniente de la guardia retirado.

Como todos los antiguos militares, no sabía vestirse á la moda. En cambio lo hacía á su manera y con gusto. Llevaba siempre un traje muy ancho y muy ligero, de tela magnífica, un gran cuello y grandes puños remangados. Por lo demás, con su alta estatura, su aspecto de vigor, su cabeza calva y sus movimientos tranquilos y fáciles, todo le sentaba bien. Era sensible, y hasta lloraba á poca costa. A menudo, cuando leía en voz alta, su voz comenzaba á temblar al acercarse al pasaje patético, se humedecían sus ojos, y cerraba el libro con despecho. Le gustaba la música, y cantaba acompañándose al piano romanzas de su amigo A***, arias tziganas y motivos de ópera; pero no era aficionado á la música sabia, y decía francamente, sin cuidarse de la opinión pública, que las sonatas de Beethoven le daban sueño, y que no conocía nada en música superior al *No me despertéis*, cantado por Semenof, ó al *No estoy sola*, cantado por la tzigana Tanioucha.

Era de esas gentes á las cuales para hacer una buena acción es absolutamente indispensable tener un público. Por lo demás, no existía otro bien á sus ojos que lo que el público encontraba bien. ¿Tenía en moral algunos principios? Sólo Dios lo sabe; pero su vida había estado tan llena de seducciones de todo género, que no debía haberle quedado tiempo para tener principios; por lo demás, era demasiado dichoso para ver la necesidad de ellos.

Al avanzar en edad, se formó opiniones definidas y reglas fijas, pero únicamente desde el punto de vista práctico; todo lo que le proporcionaba placer y dicha estaba bien, y esto es lo que había que hacer siempre en el porvenir. Contaba de una manera encantadora, y creo que este talento contribuía á hacer sus principios elásticos; según el giro que daba á su relato, la misma acción era una broma graciosa ó la última de las villanías.

VII

En el despacho y en el salón.

Comenzaba ya á oscurecer cuando volvimos de la cacería. Mamá se puso al piano. Los niños fuimos á buscar papel, lapiceros y colores, y nos pusimos á dibujar en la mesa redonda. Yo no tenía más que azul; pero esto no me detuvo, y emprendí el dibujo de nuestra cacería de la tarde. Bien

pronto tuve hecho un niño azul montado en un caballo azul, y corriendo detrás de perros azules; pero me acudieron escrúpulos en cuanto á la liebre; ¿se podía hacer una liebre azul? Corrí á preguntárselo á papá en su despacho.

—Papá, ¿hay liebres azules?

Papá leía. Me contestó sin levantar la cabeza:

—Las hay, hijo mío, las hay.

De vuelta en la mesa, hice una liebre azul, después de lo cual juzgué indispensable cambiarla en matorral. El matorral me desagradó también. Hice de él un árbol; el árbol se convirtió en un haz de heno, el haz en nube, de tal modo, que todo el papel fué azul. Lo rasgué con cólera, y me fui á echar un sueño en un sillón.

Mamá tocaba el segundo concierto de Field, su profesor. Yo dormitaba, y desde el fondo de mi memoria subían recuerdos ligeros, luminosos, por decirlo así, transparentes. Comenzó la *Sonata patética*, de Beethoven, y me acudieron recuerdos tristes, penosos y sombríos. Mamá tocaba á menudo estas dos piezas; por eso me acuerdo tan bien del efecto que me producían. Aquello se asemejaba por completo á recuerdos; pero ¿recuerdos de qué? Parece que se acuerda uno de cosas que no han existido nunca.

Enfrente de mí estaba la puerta que conducía al despacho de papá. Entreví á Jacob que entraba seguido de muchos individuos de grandes barbas con caftanes. La puerta se cerró en segui-

da detrás de ellos. «¡Comienzan los negocios!» pensé. A mis ojos no había en todo el universo negocios más importantes que los que se trataban en el despacho de papá. Me había confirmado en mi idea la observación de que al acercarse á su puerta las gentes se ponían á hablar bajo y á andar de puntillas. Desde el salón se oía la voz sonora de papá, y se percibía el olor de su cigarro, que siempre me había encantado no sé por qué. De pronto oí por entre mi somnolencia un crujido de zapatos muy conocido; Karl Ivanovitch se dirigía al despacho de puntillas, pero con rostro sombrío y resuelto. Llamó ligeramente, le abrieron, y volvió á cerrarse la puerta.

«¡Con tal que no suceda una desgracia!, pensé. Karl Ivanovitch está encolerizado; es capaz de todo.»

Y volví á dormirme.

No sucedió ninguna desgracia. Al cabo de una hora fui despertado por el mismo crujir de zapatos. Karl Ivanovitch pasó secándose con el pañuelo sus mejillas inundadas de lágrimas, y mascullando palabras ininteligibles. Papá le seguía y entró en el salón.

—¿Sabes lo que acabo de decidir?— dijo alegremente á mamá, poniéndole la mano en el hombro.

—¿Qué?

—Me llevo á Karl Ivanovich con los niños. Hay sitio en la britchka. Los niños están acostumbrados á él, él parece serles muy adicto. Setecientos rublos al año no son gran cosa, y

además, en el fondo, es un pobre diablo.

Jamás pude comprender por qué papá injuriaba así á Karl Ivanovitch.

—Me alegro mucho por los niños y por él—dijo mamá.—Es un hombre excelente.

—¡Si hubieras visto qué conmovido estaba cuando le he dicho que se guardara los quinientos rublos, que eran un regalo!... Pero lo más gracioso de todo es la nota que me ha entregado. Vale la pena de verla—añadió con una sonriza, alargando á mamá un papel de letra de Karl Ivanovitch.— ¡Es adorable!

La nota estaba concebida así:

«Para los niños: dos anzuelos, 70 kopeks.

Papel de flores, oropel, cola y armazón de cesta, para regalos, 6 rublos 55 kopeks.

Libro y arco, regalos para los niños, 8 rublos 16 kopeks.

Dado á Kolia un pantalón, 4 rublos. Reloj de oro prometido en Moscú, en 18..., por Pedro Alejandrovitch, 140 rublos.

Se debe, pues, á Karl Ivanovitch, además de su sueldo, la suma de 159 rublos 41 kopeks.»

Al leer esta nota, en la que Karl Ivanovitch reclamaba el dinero de los regalos que había hecho y del regalo que se le había prometido, todos los lectores pensarán que Karl Ivanovitch era un hombre sin corazón y un alma interesada, y se engañarán todos los lectores.

Al entrar en el despacho con su pa-

pel en la mano, llevaba preparado en su cabeza un hermoso discurso sobre todas las injusticias que le habían sido hechas en nuestra casa. Cuando hubo comenzado á hablar con aquella misma voz conmovida y con aquellas mismas entonaciones, llenas de sentimiento, de que se servía para dictarnos, su elocuencia obró violentamente sobre él mismo; de suerte que llegado á un pasaje donde decía: «Cualquiera que sea la tristeza que yo experimente al separarme de los niños...», la emoción le apretó la garganta. Su voz temblaba, y se vió obligado á sacar el pañuelo de cuadros.

«Sí, Pedro Alejandrovitch — dijo entonces á través de sus lágrimas (no había una palabra de esto en el discurso preparado)—estoy de tal modo acostumbrado á los niños, que no sé qué será de mí sin ellos. «Preferiría servir á V. por nada»—añadió, secándose las lágrimas con una mano y presentando la nota con la otra.

»Afirmo que Karl Ivanovitch era sincero al pronunciar estas últimas palabras, porque conozco su buen corazón; en cuanto á poner de acuerdo la oferta de servir por nada y la nota, soy incapaz de ello: esto será siempre un misterio para mí.»

—Si le disgusta á V. dejarnos, todavía me disgustaría más á mí perderlo—dijo papá, dándole un golpecito en el hombro. He cambiado de opinión.

Un poco antes de la cena, Gricha entró en el salón. Desde el momento en que puso el pie en casa, no había

dejado de lanzar suspiros y de llorar. Para los que le concedían el don de prever el porvenir, esto era señal de que amenazaba á nuestra casa una desgracia. Se despidió y declaró que partiría el día siguiente por la mañana. Hice señas á Volodia de que me siguiera, y salí.

—¿Qué?

—Si queréis ver las cadenas de Gricha, subamos pronto á los cuartos de los criados. Gricha duerme en el segundo, podemos sentarnos en el descanso y lo veremos todo.

—¡Buena idea! Espérame aquí; voy á buscar á las niñas.

Las niñas acudieron corriendo, y subimos. Después de habernos disputado quién entraría primero en el cuarto oscuro, nos sentamos y esperamos.



Gricha.

No estábamos muy seguros en el oscuro reducto. Nos apretábamos unos contra otros sin decir nada. Gricha nos siguió muy de cerca. Andaba sin ruido, llevando en una mano su cayado y en la otra una candela en un candelero de cobre. Conteníamos el aliento.

«¡Señor Jesucristo! ¡Virgen Santísima! ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!...»

Se interrumpió para respirar y comenzó de nuevo con las varias entonaciones y las abreviaturas usadas únicamente por las personas que repiten á menudo estas palabras.

Sin dejar de rezar dejó el cayado en un rincón, examinó la cama y comenzó á desnudarse. Soltóse el viejo cinturón negro, se quitó lentamente la blusa de nankin, la dobló cuidadosamente y la puso en el respaldo de una silla. Su rostro había perdido la expresión inquieta é idiota que le era habitual. Al contrario, estaba sereno, pensativo y hasta majestuoso. Sus movimientos eran lentos y reflexivos.

Cuando estuvo desnudo se sentó dulcemente en la cama, que cubrió de señales de la cruz, y arregló sus cadenas bajo la camisa, no sin esfuerzo; se vió el esfuerzo en la contracción de sus rasgos. Contempló un instante con aire preocupado los agujeros de la camisa; se levantó, comenzando otra vez á rezar; cogió la candela, que levantó á la altura de las imágenes; se persignó y volcó el candelero. La candela crepitó y se apagó.

La luna, entonces casi llena, daba en la ventana del cuarto. Sus rayos pálidos y argentados iluminaban de un lado el prolongado rostro blanco del inocente; el otro lado aparecía todo negro, y su sombra, mezclada con las sombras del marco de la ventana, caía sobre el pavimento, trepaba á lo largo de la pared y hasta el techo. En el patio, el vigilante golpeó en la plancha de cobre.

Gricha se callaba. De pie delante

de las imágenes, las enormes manos juntas sobre el pecho, la cabeza inclinada hacia adelante, respiraba trabajosamente. Después se puso de rodillas con dificultad y rezó.

Recitó al principio muy bajo oraciones conocidas, dándose golpes de pecho en ciertas palabras; luego volvió á comenzar las mismas oraciones, más alto y animándose; por fin, se puso á improvisar. Trataba de expresarse en eslabón, y se comprendía que esto le costaba trabajo. Aquello era incoherente, pero conmovedor. Rogó por todos sus bienhechores (llamaba así á las gentes que lo recibían en su casa), entre otros, por mamá y por nosotros; rogó por sí mismo y pidió á Dios que le perdonara sus grandes pecados; se puso á repetir: «¡Dios mío, perdona á mis enemigos!» Se levantó gimiendo, se tendió á todo lo largo en tierra, repitiendo siempre las mismas palabras, y se volvió á levantar, á pesar del peso de las cadenas, que hacían un ruido seco y metálico al tocar en el suelo.

Volodia me pellizcó en la pierna y me hizo mucho daño, pero ni siquiera volví la cabeza. Me contenté con rascarme la pierna y seguí mirando y escuchando á Gricha con una mezcla de asombro infantil, de lástima y de veneración.

En vez de divertirme y de reirme, como había pensado al entrar en el cuarto oscuro, me sentía estremecer de espanto.

Gricha permaneció todavía mucho tiempo en una especie de éxtasis, siguiendo improvisando oraciones. En

tanto, repetía muchas veces: *¡Señor, ten piedad de nosotros!*, pero cada vez con más fuerza y con una entonación diferente; en tanto, decía: *¡Perdóname, Señor; enséñame lo que debo hacer...; enséñame lo que debo hacer, Señor!*, y se habría dicho, por su acento, que esperaba recibir en seguida una respuesta; en tanto, no se oía más que sollozos lastimeros... Se alzó sobre las rodillas, juntó las manos sobre el pecho y se calló.

Adelanté dulcemente la cabeza por la puerta, conteniendo la respiración. Gricha no se movió. Profundos suspiros se escapaban de su pecho. Su ojo tuerto, cuya turbia pupila iluminaba la luna, estaba lleno de lágrimas.

«¡Sí, cúmplase tu voluntad!» clamó de pronto con una expresión imposible de copiar, y dejándose tocar la frente con la tierra, sollozó como un niño.

Muchas cosas han pasado después; muchos recuerdos han perdido para mí su importancia y se han convertido en visiones confusas; Gricha el viajero ha terminado hace mucho tiempo su último viaje; pero jamás se borraré la impresión que produjo en mí; jamás olvidaré los sentimientos que despertó en mi alma.

¡Oh Gricha! ¡Oh gran cristiano! Tu fe era tan ardiente, que sentías la proximidad de Dios; tu amor era tan grande, que las palabras brotaban espontáneamente de tus labios; no pedías á la razón que las examinara... ¡Y con qué magnificencia loabas la grandeza del Omnipotente, cuando

no encontrando palabras, te arrojabas á tierra llorando!...

El enternecimiento con que yo escuchaba á Gricha no podía prolongarse mucho tiempo; en primer lugar, porque mi curiosidad estaba saciada; después, porque tenía las piernas entumecidas á fuerza de estar sentado en el mismo sitio, y, en fin, porque oía moverse y cuchichear detrás de mí y sentía ganas de hacer como los demás. Alguno me cogió la mano y me dijo al oído: «¿De quién es esta mano?» Estaba muy oscuro, pero en el tacto y en el sonido de la voz reconocí á Catalina.

Instintivamente cogí su bracito, desnudo hasta más arriba del codo, y lo besé. Catalina, asombrada sin duda de mi proceder, retiró el brazo, y al hacerlo tropezó con una silla que allí había. Gricha levantó la cabeza, miró alrededor suyo y envió señales de la cruz á todos los rincones recitando una oración. Escapamos ruidosamente y cuchicheando.

IX

Natalia Savichna.

Hacia mediados del siglo último se veía correr por la alda de Kabarovka una niña groseramente vestida, descalza, pero fresca y alegre. Era Natashka, la hija de Sawa, el tocador de clarinete. Para recompensar los ser-

vicios de Sawa, y á petición suya, mi abuelo tomó á Natachka en su casa, y llegó á ser una de las criadas de mi abuela. Se distinguió por su dulzura y su celo, y cuando nació mi madre, Natachka fué escogida para ser su niñera. Mostró en estas nuevas funciones una actividad y un afecto á su joven ama, que le valieron elogios y recompensas. Los cabellos empolvados, los calzones cortos y los zapatos con hebillas del oficial de boca, Foca, entonces joven y galán, hicieron impresión en el corazón sencillo pero amante de Natachka. El servicio de ambos los ponía en relaciones continuas. Natachka fué subyugada y tomó por sí misma la resolución de ir á pedir á mi abuelo permiso para casarse con Foca. Mi abuelo se incomodó, la trató de ingrata, y la envió en penitencia á cuidar el corral en un caserío de la estepa. Al cabo de seis meses, como era imposible de reemplazar, se la hizo volver á la casa. Llegó del destierro con su traje de corral, fué á presentarse á mi abuelo, se echó á sus pies y le suplicó que la perdonara, que le devolviera su benevolencia y olvidara un momento de locura que no volvería más, lo juraba. Y mantuvo su palabra.

Desde aquel día, Natachka fué Natalia Savichna y usó el gorro de las doncellas. Dedicó á su amita los tesoros de ternura reunidos en su corazón.

Cuando llegó el momento de dar un aya á mi madre, Natalia recibió las llaves de la lencería y de las provi-

siones. En todas las cosas desplegabala el mismo celo y la misma adhesión. No vivía más que para los intereses de los amos, por todas partes veía derroche y trabajaba por todos los medios para impedirlo.

Cuando mamá se casó, quiso recompensar á Natalia sus veinte años de buenos servicios. La hizo venir, le expresó su cariño en los términos más halagüenos, le entregó un papel que contenía su acta de manumisión y añadió que unía á ello una pensión de trescientos rublos, quedara ó no Natalia en la casa. Natalia escuchó aquel discurso sin decir una palabra, luego cogió el papel, lo miró con aire furioso, refunfuñó algo entre dientes y se fué dando un portazo. Mamá no comprendía nada de aquello. Esperó algún tiempo: nadie. Entró entonces en el cuarto de Natalia, á la que encontró sentada en un baúl, enrojecidos los ojos, ocupada en desgarrar su pañuelo de bolsillo mirando fijamente los pedazos del acta de manumisión esparcidos por el suelo.

—¿Qué es lo que tienes, mi buena Natalia Savichna?—preguntó mamá cogiéndola la mano.

—Nada, madrecita. Aparentemente la he disgustado á V., puesto que me echa... Está bien; me voy.

Retiró su mano con fuerza tratando de contener sus lágrimas y quiso salir. Mamá se lo impidió, la abrazó, y las dos se echaron á llorar.

De lo más atrás á que alcanzan mis recuerdos, me acuerdo de las pruebas de ternura y las caricias de Natalia

Savichna, pero sólo ahora las sé apreciar; cuando era niño no tenía ninguna sospecha de lo que valía aquella anciana; no sospechaba que era una criatura adorable y como hay pocas. No sólo no hablaba nunca de sí, pero ni siquiera pensaba en ello: toda su vida no fué más que amor y abnegación. Estaba yo de tal modo acostumbrado á su afecto desinteresado por nosotros, que no imaginaba que pudiera ser de otro modo y no se lo agradecía del todo; jamás pensaba en preguntarme si era feliz y si estaba contenta.

A veces, en clase, pedía yo salir, pero era un pretexto y corría al cuarto de Natalia. Me sentaba y comenzaba á soñar en alta voz, sin que me embarazara su presencia. Jamás estaba ella sin hacer nada. En tanto hacía media, en tanto revolvía en los cofres de que estaba lleno su cuarto, en tanto apuntaba la ropa. Yo le contaba que cuando fuera general me casaría con una mujer de maravillosa belleza, me compraría un caballo alazán, me construiría una casa de cristal y escribiría á Sajonia para hacer venir á los padres de Karl Ivanovitch. Ella escuchaba todas mis tonterías, repitiendo de cuando en cuando: «Sí, padrecito mío, sí.» De ordinario, cuando me levantaba para irme, abría un cofre azul celeste, sobre cuya tapa (¡cómo lo recuerdo!) había pegados un húsar iluminado, una estampita procedente de un bote de pomada y un dibujo hecho por Volodia. Sacaba de aquel cofre un

braserillo, lo encendía y lo agitaba en el aire. «Esto, padrecito, procede de Otchakov. Cuando su difunto abuelo de V.—Dios tenga su alma—fué á batirse contra los turcos, lo trajo. No queda más que este pedacito. Se ha concluido» —añadía con un suspiro.

En los cofres, de que estaba lleno su cuarto, había de todo. Cuando faltaba no importa qué, se decía: «Vamos á pedir á Natalia Savichna», y, en efecto, ella revolvía en sus cofres, encontraba el objeto pedido y lo daba diciendo: «Es una felicidad que lo haya guardado.» Tenía así centenares de objetos de todas las variedades imaginables, de los que nadie, excepto ella, conocía la existencia ni se cuidaba.

Una vez me incomodé con ella. He aquí en qué ocasión:

Estábamos comiendo. Al echarme *kvas*, volqué mi copa é inundé el mantel.

—Llamad á Natalia Savichna—dijo mamá—es preciso que admire á su favorito.

Llegó Natalia Savichna. Al ver mi lago movió la cabeza. Mamá le dijo algo al oído y salió dirigiéndome un gesto de amenaza.

Después de la comida estaba yo muy alegre y me dirigía saltando hacia la sala, cuando de pronto Natalia Savichna salió de detrás de una puerta, con el mantel en la mano, me cogió, y á pesar de mi resistencia desesperada, me restregó por la cara el sitio mojado, repitiendo: «¡No manches los manteles, no manches los mante-

les!» Esta conducta me pareció de tal modo ofensiva, que aullé de rabia.

«¡Cómo!—me decía yo paseándome por la sala y ahogándome á fuerza de llorar.—¡Natalia me tutea y además me frota con un mantel mojado, como si yo fuera un siervo! ¡Esto es horrible!»

Cuando Natalia Savichna me vió babear de cólera, se escapó corriendo. Yo seguía paseando por la sala pensando en el medio de vengar la injuria que me había hecho aquella impudente Natalia.

Al cabo de algunos minutos reapa-

reció Natalia Savichna. Se acercó á mí tímidamente:

—Basta, padrecito mío, no llore V.... perdón... he sido estúpida... perdón, pichoncito mío... Esto para V.

Sacó de debajo de su pañuelo un cucurucho de papel rojo, que me alargó con mano temblorosa. Dentro había dos caramelos y un higo seco. No tuve valor para mirar la cara de la buena vieja. Cogí el cucurucho volviéndome, y mis lágrimas corrieron con más abundancia, pero no era ya de cólera: era de ternura y de vergüenza.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

(Se continuará.)

INCUMBENCIAS DE LA CRÍTICA EN LA ACTUALIDAD

En algunas observaciones que hice al traducir á Homero me aventuré á exponer una afirmación, á la que se han hecho muchas objeciones: una aseveración acerca de la crítica y su importancia en los actuales días. Decía: «el mayor empeño en la literatura de Francia y Alemania, como en la de Europa inteligente en general, ha sido desde hace muchos años el tratar de hacer crítica; en todas las ramas del saber, teología, filosofía, historia, arte y ciencia, se pretende ver el objeto como en sí es.» Añadía: «que por obra de ciertas causas, lo último que en la literatura inglesa puede hallarse es precisamente lo que Europa anhela ahora más: la crítica; y que por eso se debilitó su preponderancia y valer. Más de un impugnador declaró que la importancia que yo asignaba á la crítica era excesiva, y sostuvo la inherente superioridad en el ingenio humano del poder creador sobre su facultad crítica. Y el otro día, inducido por un excelente estudio sobre Wordsworth escrito

por Mr. Shairp (1) al volver de nuevo á su biografía, encontré en las palabras de este grande hombre, á quien yo, como cualquiera otro, debo escuchar siempre con el más profundo respeto, un aserto que había pasado por alto sobre el ejercicio de la crítica, que parece justificar todo el monosprecio que de ella se haga. Wordsworth dice en una de sus cartas:

«Los que escriben en estas publicaciones (las Revistas), al dedicarse con

(1) No puedo menos de pensar que la práctica común en Inglaterra en el último siglo, y todavía seguida en Francia, de insertar un estudio de este género—hecho por un crítico competente—como introducción á las obras de un autor eminente, podría renovarse entre nosotros con provecho. A mi parecer, el estudio de Mr. Shairp sería de gran utilidad puesto al frente de todas las subsiguientes ediciones de Wordsworth; está escrito desde el punto de vista de un admirador y discípulo, lo cual es justo; pero el discípulo debe ser al mismo tiempo un crítico, un literato, como lo es en este caso, y no ser, como sucede con demasiada frecuencia, algún pariente ó amigo sin otras condiciones ó aptitudes para desempeñar esta tarea que su afecto por el autor.

afán á su mezquina tarea, no es de suponer que estén en un estado de ánimo muy favorable para que les conmuevan las refinadas influencias de una cosa tan pura como la verdadera poesía.»

Y un fiel *reporter* de su conversación cita un juicio más acabado al mismo efecto.

«Wordsworth tiene en muy poco la facultad crítica, la pone muy por debajo de la inventiva; y hoy mismo decía, que si la cantidad de tiempo gastado en escribir críticas de las obras de otros, se invirtiera en la composición original de cualquier género que fuese, sería mejor empleado; haría que el hombre hallase más pronto su nivel y sería mucho menos perjudicial. Una crítica falsa ó maliciosa puede hacer mucho daño en el entendimiento de las gentes, mientras que una invención absurda, sea en prosa ó en verso, es enteramente inofensiva.»

Demasiado esperar es de la flaca naturaleza humana, pretender que un hombre capaz de producir algún efecto en un ramo de la literatura, se condene á la impotencia y oscuridad en otro por el mayor bien de la sociedad.

Esto es aún menos de esperar en los hombres inclinados á la composición de la crítica falseada ó maliciosa de que habla Wordsworth. Aunque cada uno convenga en que sería preferible que nunca se hubiese escrito, y como proposición general también todos vendrían voluntariamente en que la facultad crítica es inferior á la creadora. Pero ¿es cierto eso de que la crítica es por sí misma una ocupación

venenosa é injuriosa? ¿Es cierto que el tiempo empleado en escribir críticas de las obras de otros, sería de mayor utilidad dedicándolo á la composición original de cualquier género? ¿Es verdad que Johnson hubiera hecho mejor en seguir produciendo más *Irenes* en vez de escribir sus *Vidas de los poetas*; y aún más, es indudable que el mismo Wordsworth se empleó mejor en componer sus Sonetos eclesiásticos, que al hacer su celebrado Prefacio, tan lleno de crítica de las obras de otros? Wordsworth fué un gran crítico, y es de sentir sinceramente que no nos haya dejado más crítica; Goethe fué uno de los críticos más eminentes, y podemos felicitarnos francamente de que dejase tanta. Sin pasar el tiempo meditando en la exageración que el juicio de Wordsworth á las claras contiene, ni tratar de investigar las causas—fáciles de descubrir, según creo—que le han inducido á hacerlo, puede el crítico aprovechar la ocasión propicia para ensayar su criterio, preguntándose qué servicio verdadero puede hacer en su entendimiento y gusto, así como en el de los demás, el ejercicio de la crítica en algún momento dado.

La facultad crítica es inferior á la creadora. Es verdad; pero al convenir en esto, hay que tener en cuenta una ó dos cosas. Es innegable que el ejercicio de un poder productor, de una ingénita actividad creadora, es la sublime función del hombre, y prueba serlo que encuentra en ese don su verdadera felicidad. Pero también es

innegable que los hombres pueden tener la impresión de ejercer esta privilegiada actividad de otros modos que produciendo grandes obras de literatura ó arte; si así no fuese, todos, excepto unos pocos, quedarían excluidos de la felicidad verdadera. Pueden ejercerla en la beneficencia, en la enseñanza y lo mismo en la crítica. Esta es una de las cosas con que hay que contar. La otra es, que el ejercicio del poder creador en la producción de grandes obras de literatura ó arte, por alto vuelo que se le dé, no es posible en todas las épocas y bajo todas las circunstancias; y por lo tanto, el intentararlo puede ser trabajo gastado en vano, que sería más fecundo aplicándolo á prepararlo y hacerlo posible. Esta facultad trabaja con elementos, con materiales; pero ¿y si no tiene dispuestos para su uso estos materiales ó elementos? En ese caso debe, con seguridad, esperar hasta tenerlos. Ahora bien; en la literatura—me limitaré á ella, pues de ella se trata—los elementos con que el cerebro trabaja, son las ideas, las más corrientes en el día sobre cuanto á eso atañe. Sea como fuere, podemos dar por cierto que ninguna manifestación de esa facultad, trabajando sin ellas, puede ser importante ni fértil en las letras modernas. Al decir las más corrientes, no es sólo las de fácil acceso; el ingenio creador no se manifiesta principalmente en el hallazgo de ideas nuevas, eso es más bien cuenta del filósofo. Su gran trabajo es de síntesis y exposición, no de análisis y reflexión; su

don consiste en ser felizmente inspirado por cierto orden de ideas, dentro de cierta atmósfera intelectual, coordinándolas con perfección, presentándolas en combinaciones del mejor efecto y atractivo, y en una palabra, convirtiéndolas en hermosas obras. Pero necesita el medio ambiente y encontrarse en ese orden de ideas para trabajar con libertad; y no es muy fácil tenerlas á la mano. Por esto son tan raras en la literatura las épocas creadoras; por esto en las producciones de muchos hombre de verdadero ingenio hay tanto que no satisface; porque para la creación de una obra maestra es preciso que concurren dos poderes: el del hombre y el del momento; y no basta sólo el del hombre. Para ser bien ejercitada esa facultad, tiene determinados elementos, y éstos no están en su dominio.

Pero tampoco son patrimonio de la facultad crítica, como dije en las palabras ya citadas: «en todas las ramas del saber, teología, filosofía, historia, arte y ciencia, su tarea estriba en examinar el objeto como es en realidad.» De esta suerte contribuye, al menos, á formar una situación intelectual, de la que el poder creador puede utilizarse ventajosamente; tiende á establecer un orden de ideas, que si no del todo verdaderas, sonlo, sin embargo, en comparación de las que desecha, y hace que prevalezcan las mejores. Estas invaden ahora la sociedad, el influjo de la verdad arde en los espíritus, y hay vida y progreso por todas partes. De este movimiento y pro-

greso brotan en la literatura las épocas creadoras.

O por no extendernos tanto, y dejar estas consideraciones de la marcha general del genio y de la sociedad—que se prestan á llegar á ser demasiado abstractas é impalpables— todos pueden comprender que un poeta, por ejemplo, debe conocer la vida y el mundo antes de tratar de ellos en la poesía; y la vida y el mundo siendo en estos tiempos cosas muy complejas, para que valga mucho la creación de un poeta moderno, habrá de atesorar gran esfuerzo de observación; de otro modo, será en comparación estéril, mezquina y de corta vida. Por esta razón la poesía de Byron ha sido de poca duración y de tanta la de Goethe; Byron y Goethe tenían admirable potencia productiva, pero la de Goethe, nutrida por maravillosa observación, le suministraba los verdaderos materiales, y la de Byron carecía de ellos; Goethe conocía el mundo y la vida, temas necesarios para el poeta, mucho más á fondo y con más perspicacia que Byron. Los comprendía y discernía como son en realidad.

Se me ha ocurrido hace tiempo que la explosión de actividad creadora en nuestra literatura durante el primer cuarto de este siglo, ha sido algo prematura; y que por esta causa sus producciones, á despecho de las vehementes esperanzas que las acompañaban y aún acompañan, están sentenciadas en su mayor parte á no gozar de más larga vida que las producciones de épocas más remotas y menos liberales. Y esta

falta de madurez dimana de adelantarse á trabajar sin tener los principios suficientes, sin materiales á propósito. Hablando claro, la poesía inglesa del primer cuarto de este siglo, con gran caudal de energía é impulsión creadora, carecía de la suficiente erudición y observación. Esto hace á Byron tan vacío en sus temas, á Shelley tan incoherente, y aun Wordsworth, profundo como es, carece, sin embargo, de perfección y variedad. Wordsworth tiene en poco los libros y se mofa de Goethe. Yo admiro á Wordsworth tal como es; tanto, que no puedo desearlo diferente, y sin duda un hombre así en vano se lo imaginaria uno diferente aunque *pudiese* serlo. Pero de seguro lo único que le faltó para ser un poeta más sublime de lo que es—para que su talento fuese más grandioso, y su influencia de más extensa aplicación— ha sido que hubiera leído más libros, entre ellos, sin duda, los de ese Goethe de quien se burlaba sin leerle.

Pero hablar de libros y de lectura puede con facilidad producir aquí una equivocación. No fueron en verdad libros y lectura lo que faltó á nuestra poesía en esta época; Shelley leyó con profusión, y Coleridge leyó infinito. Píndaro y Sófocles—según todos decimos con tanta ligereza, y á veces con tan poco discernimiento de la verdadera importancia de las palabras—no tuvieron muchos libros. Shakespeare no fué un lector asiduo. Es cierto; pero en la Grecia de Píndaro y Sófocles, en la Inglaterra de Shakespeare, el poeta vivía en una corriente de ideas que

alimentaba y elevaba á su más alto grado la facultad creadora. La sociedad, en su mayor parte, estaba impregnada de un espíritu independiente, inteligente y activo. Y este estado de cosas es la verdadera base para el ejercicio de esa facultad, que en ella encuentra sus principios y materiales dispuestos para la obra; todos los libros y estudio del mundo tan sólo valen cuando á esto se unen. Aun cuando en la actualidad esto no existe, los libros y el estudio pueden hacer á un hombre apto para formarse en su imaginación la apariencia de ello, una especie de mundo de erudición é inteligencia en el que pueda vivir y trabajar. De ningún modo equivale para el artista á la actividad y fusión del pensamiento nacional en las épocas de Sófocles ó de Shakespeare; pero además de que puede ser un medio de preparación para otros semejantes, hace que se forme, ó tiene gran parte en formarla, una atmósfera vivificante y protectora que es de gran precio. En Alemania, la ciencia en varios ramos y el esfuerzo de observación ampliamente combinados, formaron á Goethe ese medio ambiente. No había actividad ardorosa en los espíritus como en la Atenas de Pericles ó en la Inglaterra de Isabel. De ahí vino la debilidad del poeta. Pero había una suerte de equivalencia en la perfecta cultura y libertad de pensamiento de una gran masa de alemanes. Esa fué su fuerza. En la Inglaterra del principio de esta centuria no hubo ardor nacional en los espíritus como en el tiempo de Isabel, ni tampoco la cultu-

ra y fuerza científica y observadora de Alemania. Por esta razón, á la creación de la poesía le faltó, para un buen éxito en el más elevado sentido, materiales y base, y el mundo le negó necesariamente la perfecta interpretación.

A primera vista, parece extraño que del inmenso movimiento de la Revolución francesa y sus consecuencias, no haya surgido una colección de obras de genio semejante á la que salió á luz en el movimiento del productivo tiempo de Grecia, ó en el del Renacimiento, con su enérgico episodio de la Reforma. Pero la verdad es que la agitación francesa tomó un carácter que la distinguió esencialmente de estos movimientos. Fueron éstos, en lo principal, desinteresados movimientos intelectuales, en los que la mente humana remontando el vuelo de su actividad se satisfacía á sí misma. La Revolución francesa tomó un carácter político y positivo. El que progresó en Francia bajo el antiguo *régimen*, desde 1700 á 1789, fué más parecido al del Renacimiento que el de la Revolución; la Francia de Voltaire y de Rousseau influyó con mayor dominio en el espíritu de Europa que la Francia de la Revolución. Goethe ha reprochado á esta expresivamente el «haber hecho retroceder la pacífica cultura». Además de eso, ésta es la verdadera clave en cuanto á nuestro Byron, y aun á Wordsworth, que tuvieron su origen en un fuerte sacudimiento de exaltación apasionada, y no en uno importante del entendimiento. No obstante, la Revolu-

ción francesa, ese objeto de un amor tan ciego y de tan ciego odio, halló su fuerza motriz en la inteligencia de los hombres y no en su sentido práctico; esto es lo que la distingue de la revolución inglesa del tiempo de Carlos I. Esto es lo que le da un carácter más intelectual, más vigoroso y más extenso que nuestra Revolución, aunque de menos éxito positivo; porque apela á una serie de ideas universales, incontestables, eternas. 1789, pregunto, ¿es razonable? y 1642, pregunto, ¿es legal? ó cuando fué más allá, ¿está en acuerdo con la conciencia? Esta es la forma inglesa, amoldada á su patrón: ser tratada con el mayor miramiento; y dentro de su condición el éxito ha sido prodigioso. Pero lo que es ley en un lugar no lo es en otro; y lo que aquí impera hoy ni aún aquí imperará mañana; y en cuanto á la conciencia, lo que ata la de un hombre no sujeta la de otro. La vieja que lanzó su taburete á la cabeza del sacerdote revestido de sobrepelliz en la iglesia de San Gil de Edimburgo, obedeció á un impulso al que muchos millones de seres permanecerían extraños. Pero las reglas de la razón son absolutas, inmutables, de validez universal; *contar por diez es el modo más fácil de contar*, esa es una afirmación con la que cualquiera queda convencido, desde aquí á los antípodas; así al menos lo diría yo si no viviésemos en un país en que no es imposible leer una mañana en el *Times* una carta declarando que la acuñación de moneda decimal es un absurdo. Que toda una nación haya sido pene-

trada de entusiasmo por la pura razón, y de ardiente celo por hacer triunfar sus prescripciones, es caso muy notable, cuando consideramos cuán poco entendimiento, ó cosa que lo valga, entra en los motivos que, en lo general, impelen á grandes masas de hombres. A despecho de la extravagante dirección dada á ese entusiasmo, á pesar de los crímenes y locuras á que se entregó, de la fuerza de las ideas sinceras y generales que tomó por bandera la Revolución francesa, y de la pasión que inspiró por ellas á una multitud, se deriva un dominio sin igual que todavía subsiste; es—y probablemente será por largo tiempo—el acontecimiento más formidable y de mayor resonancia en la historia. Y como ninguna pasión sincera por las ideas, aunque llegue á malograrse en cualquier respecto, se desperdicia del todo, ni es estéril por completo para el bien, Francia ha logrado de ella un fruto, el fruto natural y legítimo, aunque no precisamente el magnífico que esperaba; es el país de Europa en que el *pueblo* es más activo.

Pero la manía de dar una inmediata aplicación política y práctica á todas estas lindas ideas de la razón ha sido fatal. En este punto un inglés está en su elemento; sobre este tema todos podemos continuar hablando horas y horas. Y todo lo que acostumbramos á decir tiene sin duda gran parte de verdad. Las ideas por sí mismas nunca son valuadas en demasía interiormente, ni se puede dejar de vivir con ellas; pero transportarlas de repente al terreno de

la política y de la práctica, poniendo todo á su orden en violenta revolución, eso es harina de otro costal. Una cosa es el mundo de las ideas y otra el en que vivimos. Los franceses quieren con frecuencia suprimir el uno, y los ingleses el otro; pero no se ha de suprimir ninguno de los dos. Un miembro del Parlamento me decía el otro día: «Que una cosa sea anómala, considero que no es una objeción para hacerla.» Me figuro que no tenía razón; siendo una anomalía, *es* una objeción absoluta en la esfera de las ideas, y no tiene dificultad en el terreno de la práctica, bajo tales ó cuales circunstancias y en un momento dado. Joubert lo ha dicho perfectamente: La fuerza y el derecho son los que todo lo gobiernan en este mundo; la fuerza mientras se apresta el derecho. *La fuerza mientras se apresta el derecho*, y mientras el derecho no está dispuesto, la fuerza, ó sea el orden de cosas existente, está justificada, es la gobernadora legítima. Pero el derecho es una entidad moral que implica examen interior, libre asenso de la voluntad; no estamos dispuestos para el derecho—el *derecho*, en cuanto á nosotros incumbe, *no está dispuesto*—hasta que hayamos alcanzado esta facultad de examinarlo y resolverlo. La manera en que por nosotros cambie y se transforme la fuerza, el orden de cosas actual, y llegue á mandar el derecho, depende del modo que lo miremos y resolvamos cuando nos toque la vez. Por esta razón, el que otro pueblo enamorado de su novísimo discernimiento del derecho tienda á

imponérselo como juicio nuestro, y con violencia quiera sustituirlo á nuestra fuerza, es un acto de tiranía, y hay que resistirse. Es hacer caso omiso de la mejor parte de nuestra máxima, *la fuerza hasta que el derecho esté pronto*. Este fué el gran error de la Revolución francesa, y su movimiento de ideas, al dejar la esfera intelectual lanzándose con furioso arrebató al terreno de la política, corrió, en verdad, una carrera prodigiosa y memorables; pero no produjo un fruto intelectual semejante al del Renacimiento, y creó en su oposición lo que podemos llamar una *época de concentración*. Inglaterra era la principal fuerza de esa época, y su poderosa voz fué la de Burke. Está de moda el calificar los escritos de Burke sobre la Revolución francesa como anticuados y desprestigiados por los sucesos; como invectivas del fanatismo y preocupaciones, elocuentes pero sin filosofía. No negaré que los empaña á veces la violencia y la pasión del momento, y que el alcance de vista de Burke era limitado en algunas direcciones, y, por tanto, su observación defectuosa. Pero en conjunto, y para los que corrijan lo necesario, lo que distingue estos escritos es la profunda verdad, indudable, fecunda y filosófica. Contienen la verdadera filosofía de una época de concentración, disipa la cargazón que suele engendrar en su atmósfera, y hace su resistencia racional, en vez de mecánica.

Pero Burke es tan eminente, porque casi solo en Inglaterra lleva la opinión á sostener la política, y la satura de

reflexiones. Hizo la casualidad que sus ideas hayan estado al servicio de esa época en vez de una de expansión, y lo que le caracteriza es haber vivido con las ideas, teniendo en su interior tal marejada, que pudo flotar con ellas á pesar de la época y la política conservadora. No le injuria que el doctor Price y los liberales estuviesen encolezados contra él, ni le daña que Jorge III y los tories quedasen encantados. Su grandeza estriba en que ha vivido en un mundo en el que ni el liberalismo ni el torismo inglés tienen idoneidad para entrar—el mundo de las ideas, no el de los reclamos y rutinas de partido.—Muy lejos de ser verdad lo de que entregó al partido cuanto había pretendido para el linaje humano, al fin y remate de su violenta lucha con la Revolución francesa, después de todas las andanadas contra sus pérfidas, falaces y extravagantes pretensiones, en la convicción sincera de su malignidad, terminó un memorandum sobre los mejores medios de combatirla—las *Reflexiones sobre los asuntos franceses*, Diciembre, 1791—(de las últimas páginas que escribió), con estas notables palabras:

«A mi juicio, el mal está presentado tal cual es. Espero que el remedio esté donde la autoridad; el juicio y la suficiencia se unan á las buenas intenciones más de lo que en mí pueden unirse. Creo haber concluido con esto para siempre. En los dos últimos años me ha dado muchos momentos de ansiedad. *Si ha de haber un cambio radical en los destinos humanos, el juicio de los*

hombres habrá de estar preparado; las opiniones é impresiones del vulgo lo retardará; cada temor y esperanza lo adelantarán, y entonces los que persistan en oponerse á esta poderosa corriente, se resistirán, no á los designios de los hombres, sino más bien á los decretos de la providencia. No serán resueltos y constantes, sino perversos y obstinados.

Este retorno de Burke sobre sí mismo siempre me ha parecido una de las cosas más excelentes de la literatura inglesa ó de cualquiera otra. Eso es lo que yo llamo vivir por las ideas: cuando un lado de la cuestión ha tenido por largo tiempo vuestro más firme apoyo, y le habéis consagrado todos vuestros sentimientos, y no oís á vuestro alrededor más que un sólo lenguaje, que en vuestro partido resuena como máquina de vapor sin poder imaginar otro, ser todavía capaz de pensar, de ser, si puede decirse así, arrastrado irresistiblemente por la corriente del pensamiento al lado opuesto de la cuestión, y como la burra de Baiaam, no poder decir sino *lo que el Señor os ha dictado*, no conozco nada más sorprendente y menos propio de un inglés. Pues el inglés en general es como mi amigo el miembro del Parlamento, y cree á pies juntillas, que porque una cosa es una anomalía no hay absoluta objeción á hacerla; es como el lord Auckland del tiempo de Burke, que en un memorandum sobre la Revolución francesa habla de «ciertos malvados que, tomando el nombre de filósofos, se han juzgado capaces de establecer un nuevo sistema en la sociedad». El inglés ha sido lla-

mado animal político, y da tanto valor á lo que es político y práctico que las ideas con facilidad llegan á ser á sus ojos objetos de aversión, y los pensadores «malvados», porque ideas y pensadores se atrevieron á mezclarse en la política y en la práctica. Todo esto sería muy bueno si la aversión y menosprecio se limitasen á las ideas transportadas fuera de su elemento interponiéndose oficiosamente á la práctica, pero se extiende á las ideas como tales y á toda la vida de la inteligencia; la práctica lo es todo, y el ejercicio independiente del entendimiento no es nada. La noción de que este ejercicio sobre todas las materias es en sí mismo un placer, un objeto de anhelo, un proveedor esencial de elementos sin los cuales el vigor de una nación, aunque tenga compensaciones de cualquier género que sean, se debilita á la larga y muere de inanición, con dificultad entra en el magín de un inglés. Es de observar que la palabra *curiosidad*, usada en otros idiomas en buen sentido, para significar una cualidad noble y refinada de la naturaleza del hombre, precisamente esta afición desinteresada á ejercer la libertad de pensamiento sobre todas las materias por puro gusto, es de observar, repito, que esta palabra no tiene en nuestro idioma un sentido por el estilo, sino más bien uno malo y de injuria. Es así que la crítica, la verdadera crítica, es en su esencia el ejercicio de esta misma cualidad. Obedece al impulsivo instinto de tratar de conocer lo mejor que se ha discurrido y sabido en el mundo sin consideracio-

nes á la política, á la práctica, ni á otra cosa por el estilo, y apreciar el conocimiento y saber según la altura de superioridad sin la intrusión de ningún género de miramientos. Esto es una aptitud para la cual hay, según creo, poca simpatía original en la positiva naturaleza inglesa, y por eso se ha sufrido un largo período de entorpecimiento, revisión y represión en la época de concentración que siguió á la Revolución francesa.

Pero esas épocas no pueden durar siempre; la corriente natural de las cosas trae las de expansión. Tal parece ser la que comienza en este país. En primer lugar, hace mucho tiempo que ha desaparecido todo peligro de una presión forzosa y hostil de las ideas contrarias á nuestra práctica; como el viajero de la fábula, empezamos á llevar nuestra capa con desenvoltura. Luego, con una larga faz, las ideas de Europa introdujéronse gradual y amigablemente, mezclándose á las nuestras aunque en dosis infinitesimales. Además de eso, á pesar de todo lo que se ha dicho de la influencia absorbente y brutal de nuestro apasionado progreso material, me parecé, según todas las apariencias, irrefutable, aunque no claro, que este progreso ha de guiar al cabo á una nueva era de vida intelectual; y que el hombre, después de haberse hecho confortable en todo, tiene que determinar qué va luego á hacer consigo, y comenzar á recordar que tiene un entendimiento, y que éste puede hacerse manantial de gran placer. Doy

por supuesto, que al presente, la fe tiene el principal privilegio de discernir el fin de nuestros caminos de hierro, nuestros negocios y nuestro afán de enriquecernos; pero veremos si aquí, como en otras partes, la fe no es al cabo la verdadera profeta. Nuestras comodidades, viajes, é ilimitada inmunidad para asirnos con tanta fuerza como gustemos á lo positivo que originaron nuestras opiniones, tienden ahora á producir una afición á tratar con más libertad estas opiniones, examinándolas un poco para comprender su verdadera naturaleza. Agitaciones de curiosidad, en la acepción extranjera de la palabra, surgen entre nosotros, y con estas es con las que ha de contar la crítica. La crítica primero; cuando ésta haya hecho su obra, quizá venga después la actividad creadora, que según he dicho, debe ser precedida entre nosotros, inevitablemente, por una era de crítica.

Es de la mayor importancia que la crítica inglesa distinga con claridad el rumbo que debe tomar para aprovecharse del campo que se le abre y producir fruto en lo futuro. La norma puede resumirse en una palabra: *imparcialidad*. ¿Y cómo ha de mostrarse imparcial? Apartándose de lo que se llama el modo de ver las cosas prácticamente; siguiendo con resolución su ley natural, que es la manera de pensar independiente sobre todas las materias de que trata. Rehusando con firmeza prestarse á esas ulteriores consideraciones políticas y usuales acerca de las ideas que muchas gentes unirán á ellas,

acaso con razón, y de cualquier modo es seguro que en este país se unen lo bastante, pero que la crítica no tiene por qué atenderlas. Su tarea es, como he dicho, conocer simplemente lo mejor que se ha hecho y pensado en el mundo, creando á su vez, por medio de este conocimiento, una corriente de ideas independientes y vigorosas. Su deber es hacer esto con inflexible rectitud y la aptitud necesaria, dejando á un lado todas las cuestiones de resultados y aplicaciones positivas, que no dejarán nunca de tener sus prerrogativas. De otro modo, además de ser, en realidad, contraria á su esencia, no hará más que seguir la antigua rutina que llevó hasta aquí en este país, y desperdiciará la oportunidad que se le presenta. Pues ¿cuál es ahora el mal de la crítica? Las consideraciones de costumbre que se le adhieren y la ahogan, subordinándola á intereses que no son los suyos. Nuestros órganos de crítica lo son de hombres y partidos que sirven á fines positivos, y para ellos esto es lo primero, y la representación de pensamiento lo segundo; lo que se necesita es tanta libertad de ideas como sea compatible con el empeño de llevar adelante sus fines. No tenemos un órgano como la *Revista de Ambos Mundos*, cuya principal atribución es conocer y publicar lo mejor que se discurre y hace en el mundo, ó sea un órgano para ejercitar la libertad del pensamiento. Pero tenemos la *Revista de Edimburgo*, que se publica como órgano de los antiguos *whigs* (liberales), y, por tanto, con el modo de pensar que

á ellos conviene; tenemos la *Revista Trimestral*, órgano de los *tories* (conservadores), con las inspiraciones de su partido; la *Revista Trimestral Británica*, órgano de los *disidentes*, y, por lo tanto, sujeto á sus influencias; el *Times*, órgano del inglés vulgar y satisfecho, con las ideas que le son propias. Y así en todas las diversas fracciones políticas y religiosas de nuestra sociedad: cada fracción tiene, como tal, su órgano de crítica; pero la idea de unir todas las fracciones en el placer común de un ejercicio del espíritu independiente é imparcial no encuentra favor. El juego de este resorte necesita primeramente más espacio y olvidar un poco la presión de los respetos á la práctica; está oxidado de no girar por tanto tiempo. La desaparición, tan de sentir, de la *Revista del Interior y del Extranjero*, nos hizo comprender esto el otro día. Quizá en ningún órgano de crítica hubo ideas de tan alto vuelo; pero esto no la salvó. La *Revista de Dublin* vive porque subordina el pensamiento á los asuntos del catolicismo inglés é irlandés. Debe ser necesario que los hombres se agrupen en sectas y partidos, y cada uno de éstos tenga su órgano que favorezca los intereses de su acción; pero también sería bueno que hubiese una crítica, no para servir esos intereses ni los contrarios, sino con absoluta independencia de ellos. Ninguna otra obtendrá verdadera autoridad ni hará algún camino hacia su objeto: la creación de una corriente de ideas verdaderas é innovadoras.

Por no haber sostenido la crítica como debiera en la pura atmósfera intelectual sin desligarse de lo positivo, y por haberse empeñado tanto en la polémica y controversia, es por lo que ha cumplido tan mezquinamente su obra espiritual, que consiste en apartar al hombre de la satisfacción de sí mismo que le atrasa y vulgariza, para guiarle hacia la perfección, haciendo que su entendimiento se fije en lo que es excelente de por sí, y en la absoluta belleza y propiedad de las cosas. Una crítica de polémica de partido hace á los hombres ciegos á la imperfección de su ideal positivo, les hace defender su perfección con tenacidad para sostenerlo contra el ataque; y esto es á todas luces innoble y perjudicial para ellos. Si estuviesen tranquilos en cuanto á sus intereses, podrían admitir gustosos las reflexiones teóricas de una perfección inteligente, y su horizonte espiritual se ensancharía poco á poco. Sir Carlos Adderley dice á los agricultores de Warwickshire:

«¡Se habla de mejorar la educación! La raza que hombres y mujeres representamos, la antigua raza anglo-sajona, es la mejor educada de todo el mundo..., nuestro clima fresco, la carencia de cielo despejado y naturaleza exuberante no enerva, y ha producido un pueblo de raza muy vigorosa, haciéndonos superiores á todo el mundo.»

Mr. Roebuck dice á los fabricantes de cuchillos de Sheffield:

«Yo miro á mi alrededor y me pre-

gunto; ¿cuál es el estado de Inglaterra? La propiedad, ¿no está segura? Cada hombre, ¿no puede decir lo que quiere? ¿No podéis recorrer la Inglaterra de un extremo al otro en completa seguridad? Decidme, ¿en qué sitio del mundo ó en la historia pasada hay algo como esto? No hay nada. Ruego á Dios que dure siempre nuestra felicidad sin rival.»

En tan satisfecho engreimiento, hay en palabras y pensamientos un peligro evidente para la pobre naturaleza humana mientras no estemos en salvo en las calles de la Ciudad Celestial.

«Lo poco que se ha hecho, parece nada cuando miramos adelante y vemos cuánto hay que hacer todavía», dice Goethe. Para la flaca humanidad, este es mejor punto de reflexión mientras permanezca en este campo terrenal de trabajos y pruebas.

Pero ni sir Carlos Adderley ni mister Roebuck son por naturaleza dados á consideraciones de este género. Las pierden de vista en la vida de controversia que todos llevamos y en la forma material que damos á toda teoría. Tienen enfrente antagonistas cuyas aspiraciones son menos positivistas, y en su celo por sostener las suyas contra estos innovadores, van demasiado lejos atribuyéndoles perfecciones ideales. Alguien ha querido introducir el sufragio universal, abolir derechos de iglesia, obligar á hacer estadísticas de agricultura y disminuir la administración local. En contestación á tales proposiciones impropias ó más bien inoportunas, cuán natural es extrali-

mitarse y decir con voz estentórea: «¡Somos una raza superior á todas las demás! ¡La antigua raza sajona es la mejor educada en todo el globo terráqueo! ¡Ruego á Dios que dure nuestra felicidad sin rival! ¿En qué sitio del mundo hay algo igual á esto?» Y mientras la crítica responde á este ditirambo insistiendo en que la raza sajona sería más superior si no hubiese derechos de iglesia, ó que esa dicha sin rival duraría más tiempo con la libertad de votar, el estribillo de «¡la mejor educación del mundo!» seguirá en crescendo, y toda imagen mental y refinada se desvanecerá, y el agresor y sus críticos persistirán dentro de un círculo falto de vitalidad en que el progreso mental es imposible. Pero que la crítica deje á un lado derechos de iglesia y libre sufragio, y con la intención más cándida, sin un solo pensamiento oculto de innovación, confronte con nuestro ditirambo este párrafo de un periódico que cayó en mis manos en seguida de haber leído á Mr. Roebuck:

«Acaba de cometerse en Nottingham el horrible asesinato de un niño. Una muchacha llamada Wragg dejó el hospicio, el sábado por la mañana, con su hijo ilegítimo. Poco después apareció el niño muerto en Mapperly-Hills: había sido estrangulado. Wragg está en la cárcel.»

Nada más que eso; pero en contraposición á los grandes elogios de sir Carlos Adderley y Mr. Roebuck, ¡cuán elocuentes y claras son esas pocas líneas! «¡Nuestra educación anglo-

sajona, la mejor del universo!» ¡Qué áspero y feo suena el nombre de *Wragg* en este *mejor!* Si hablamos de la perfección ideal de ese «mejor en todo el mundo», cualquiera tiene que reflexionar qué pruebas de rudeza hay en nuestra raza, qué desdichada interpretación demuestra de las nociones más delicadas del espíritu con el natural desarrollo entre nosotros de nombres tan repugnantes, ¡Higginbottom, Stiggins, Bugg! En Jonia y Atica tuvieron más suerte en este respecto que «la mejor raza del mundo»; pero la Ilissus no era *Wragg*, ¡pobrecilla! Y «nuestra felicidad», ¡qué elemento de grima, de laceria y horror se mezcla con ella y la mancha, el hospicio, el horrible sitio de Mapperly Hills—los que lo hayan visto lo recordarán—la oscuridad, el humo, el frío, el niño ilegítimo estrangulado! «Os pregunto si en el mundo y en la historia pasada hay nada como eso.» Quizá no, está uno tentado á responder, pero en ese caso el mundo es muy de compadecer. Y el rasgo final, breve, helado é inhumano: *Wragg está en la cárcel.* El sexo, perdido en la confusión de nuestra felicidad sin rival, ó (¿lo diré?), ¡el supérfluo nombre de cristiana borrado al instante por la rectitud enérgica de nuestra educación anglo-sajona! La mente utiliza contrastes como éste, y por medio de la crítica sirve la causa de la perfección haciendo fijar la atención en ellos. Eludiendo estériles conflictos, rehusando permanecer en el terreno donde sólo tienen algún valor y aprecio las concepciones relativas y

limitadas, la crítica puede disminuir su momentánea importancia, pero sólo de este modo tiene probabilidad de obtener admisión para esas concepciones más acabadas y de más vuelo á que sus deberes los obligan á atender. Mr. Roebuck tendrá una pobre opinión de un adversario que á su provocador canto de triunfo replique murmurando en voz baja: *Wragg está en la cárcel;* pero de ninguna otra manera se conseguirá que esos himnos exaltados afinen por grados las discordancias que en su tono hieren el tímpano del oído y se bajen á un diapason más suave y más natural.

Se dirá que es una acción muy sutil é indirecta la que estoy señalando á la crítica, y que adoptando de esta suerte la costumbre indiana de aislamiento y abandono en el terreno de la vida, se condena á una labor lenta y oscura. Puede ser lenta y oscura, pero es el único trabajo que le es propio. La multitud nunca tendrá un gran afán por ver las cosas como son; las ideas inadecuadas siempre le satisfarán. Sobre ellas reposa y debe reposar la práctica general del mundo. Que es tanto como decir que cualquiera que trate de ver las cosas como son se hallará en un círculo muy pequeño; pero sólo haciendo estos pocos su labor, las ideas adecuadas llegarán á formar corriente. La agitación y gritería de la vida tendrá siempre un efecto vertiginoso y atrayente sobre el espectador más sosegado y tenderá á arrastrarle á su vórtice: este caso tiene que ocurrir, sobre todo, en Inglaterra, donde la vida es

tan activa. Pero sólo permaneciendo sereno y rehusando prestarse al punto de vista del hombre positivo, puede el crítico hacerle algún servicio; y sólo siguiendo su senda con la mayor franqueza, puede convencerle de su sinceridad, para que evite las equivocaciones que de continuo le amenazan.

Pues el hombre práctico no está apto para distinciones sutiles, y sin embargo, en estas distinciones es principalmente donde la cultura más elevada y más noble halla su acomodo. Mas no es fácil guiar á un hombre práctico—á menos que le tranquilicéis; en cuanto á vuestras intenciones positivistas, no tendréis probabilidad de guiarle—la cosa que está acostumbrado á mirar siempre por un lado, que aprecia en mucho, y mirada así merece quizá toda la estimación y admiración que le concede—es difícil hacerle ver que, mirada por otro lado, aparece menos beneficiosa y agradable, pero conserva, sin embargo, todos sus títulos á nuestro homenaje. ¿Dónde hallaremos un lenguaje bastante sencillo, como haremos evidente, la pureza inmaculada de nuestras intenciones para autorizarnos á decir al político inglés, que la constitución británica, que vista por el lado práctico parece un magnífico órgano de progreso y eficacia, observada por el lado teórico—con sus compromisos, su amor á los hechos, su horror á las teorías, su estudiada manera de evadir la libertad del pensamiento—¡perdóname, sombra del lord Somers!—parece una máquina colosal para la fabricación de filisteos? ¿Cómo

Cobbett ha de decir esto y ha de ser comprendido, ennegrecido como está con el humo de una larga contienda en el campo de la política práctica? ¿Cómo Mr. Carlyle ha de decirlo y ha de ser atendido después de su furiosa invasión dentro de este campo, con su *Ultimo día de los folletos*? ¿Cómo mister-Ruskin después de su pelea en la economía política? Yo digo que el crítico debe sostenerse fuera de la región de la práctica inmediata y dentro de la esfera humanitaria, política y social, si quiere dar un paso hacia teorías más francas, que acaso un día hagan sentir sus beneficios en este terreno de una manera natural y por lo tanto irresistible.

Empero, haga lo que quiera, el crítico quedará expuesto á frecuentes equivocaciones, y en este país más que en ninguna parte. Pues aquí las gentes no están dispuestas á comprender que sin esta franca imparcialidad no se puede obtener una cultura elevada y verdadera. Están tan sumergidos en la vida práctica, tan acostumbrados con sus ideas y hechos, que están prontos á pensar que pueden alcanzarse con eso la verdad y la cultura, y que es una singularidad el pensar en obtenerlas de otro modo. «Todos somos *terre fillii*», exclama su elocuente abogado, «todos los filisteos estamos á una. Fuera toda idea de proceder de otra suerte que la grata á los filisteos; hagamos un movimiento social, organicemos y combinemos un partido para adoptar la verdad y la idea moderna, llamémosle *partido liberal* y unámonos unos á otros

apoyándonos mutuamente. Dejémonos de disparates acerca de la crítica y delicadezas intelectuales, y demás tonterías. No nos inquietemos por razonamientos extranjeros; inventaremos todo por nosotros mismos según vayamos andando. Si uno de nosotros habla bien, aplaudidle; si habla mal, aplaudidle también; todos hacemos el mismo movimiento, todos somos liberales, todos vamos en busca de la verdad». De esta manera la persecución de la verdad llega á ser un asunto agradable, social y práctico, requiriendo casi un presidente, un secretario, y carteles de bando; con la excitación de algún escándalo ocasional y un poco de resistencia para dar la apariencia de una dificultad vencida; pero en lo general mucho barullo y muy pocas ideas. Como dice Goethe, ¡obrar es tan fácil y pensar es tan difícil! Es verdad que el crítico tiene muchas tentaciones para ir con la corriente, para hacerse del partido de estas *terræ filii*, parece descortés rehusar el ser un *terræ filius* cuando lo son tantas gentes excelentes; pero el deber del crítico es resistirse, ó si la resistencia es en vano, gritar al menos con Obermann: *Périssons en résistant*.

He tenido buena oportunidad de experimentar cuán seria es la cuestión de resistirse cuando hace algún tiempo me atreví á criticar el celebrado primer volumen del obispo Colenso (1).

(1) Tan sincera es mi aversión á todo ataque personal y controversia, que después de haber transcurrido tanto tiempo de la ocasión que los produjo, me abstengo de reimprimir

El eco de la tormenta que entonces se levantó murmura todavía á mi alrededor. Esa tormenta se originó de un error de inteligencia casi inevitable. Alcanzar la percepción clara de que la ciencia y la religión son dos cosas enteramente diferentes, es el resultado de no poca cultura. La muchedumbre siempre las confundirá, pero por dicha no es de verdadera importancia, pues mientras la muchedumbre se imagina vivir con la engañosa ciencia, vive en realidad con la verdadera religión. No obstante, el doctor Colenso hizo todo lo que pudo por aumentar la confusión (2) en su primer volumen y hacerla peligrosa. Admito sin restricciones que hizo esto con las mejores intenciones y con la ignorancia más cándida del efecto que iba á causar; pero, dice Joubert, «la ignorancia, que en cuestiones morales atenúa el crimen, es en sí misma un crimen de primer orden en las cuestiones intelectuales». Yo

los ensayos en que critiqué el libro del doctor Colenso; no obstante, después de todo lo que ha pasado, me creo obligado á hacer aquí una declaración final de mi franca impenitencia en el pecado de haberlas publicado. Además, no puedo dejar de repetir una vez más, en beneficio suyo y de sus lectores, este párrafo de mis observaciones sobre él: *hay verdad de la ciencia y verdad de la religión; la de la ciencia no llega á ser verdad de la religión hasta que se hace religiosa*. Y añadiré: Tomemos toda la ciencia que haya de los hombres de ciencia; de los hombres de religión tomemos la religión.

(2) Se ha dicho que hice «un crimen contra la crítica literaria y la cultura más elevada, intentando instruir á los ignorantes». ¿Necesito indicar que los ignorantes no se enteran por ser confirmados en una confusión?

critiqué la teórica confusión del obispo Colenso. Inmediatamente se levantó un grito; «¿qué es esto? ¿Hay aquí un liberal atacando á otro liberal? ¿No formáis parte del movimiento? ¿No sois amigo de la verdad? El obispo Colenso ¿no anda en busca de ella? Pues entonces hablad de su libro con el debido respecto. El doctor Stanley es otro amigo de la verdad y habláis de su libro con el respecto debido; ¿por qué hacer esas envidiosas diferencias? Ambos libros son excelentes, admirables, liberales; el del obispo Colenso quizá lo es más, porque es el más osado, y tendrá las mejores consecuencias positivas para la causa liberal. ¿Queréis animar á que ataquen á un liberal, colega suyo y vuestro, á nuestras implacables enemigas la *Revista de la Iglesia y del Estado* ó el *Registro*, á la alta Iglesia, tarda como un rinoceronte, y á la evangélica, feroz como una hiena? Callaos pues, ó, más bien, hablad, gritad tan alto como podáis, y extasiaos con los ochenta y tantos medrosos palomos.» Pero la crítica no puede seguir este método confuso y rastrero. Por desgracia, es posible que un hombre buscando la verdad escriba un libro fundado en un concepto erróneo. Ni aun los resultados positivos de un libro son recomendación para la crítica imparcial, si el libro es imprudente, en el sentido más lato. Observo que una señora que también anda en busca de la verdad, y escribe con admirable capacidad, aunque quizá algo de más, en su inspección del estado religioso de Europa, bajo la influencia del es-

píritu práctico del movimiento liberal inglés, clasifica el libro del obispo Colenso y el de M. Renán como hechos de un mismo orden, obras las dos de «suma importancia», de «gran poder, autoridad y habilidad»; más eficaz, acaso, el del obispo Colenso; miss Cobbe, al menos, expresa de una manera especial su gratitud porque al obispo Colenso «le hayan sido concedidos fortaleza y valor para enseñar verdades de tan honda importancia». Del mismo modo, más de un escritor popular le ha comparado á Lutero; y precisamente esta clase de criterio falseado es al que, á mi parecer, el talento crítico está obligado á resistirse. La prueba más contundente de la decadencia en que está la crítica en Inglaterra, es, que mientras el libro del doctor Strauss es el objeto de observación en la literatura religiosa de Alemania, y el libro de M. Renán en la de Francia, el del obispo Colenso sea el blanco de la de Inglaterra. La obra del obispo Colenso se funda en una equivocación completa de los elementos esenciales del problema religioso tal como está presentado para su solución. Por tanto, la crítica que anda investigando lo que mejor se ha discurrido y escrito sobre este problema, aunque lo haga de buena fe, no tiene ninguna importancia. El de M. Renán plantea una nueva síntesis de los fundamentos que los cuatro Evangelios nos demuestran. En mi opinión, ensaya una síntesis quizá prematura, imposible acaso, de seguro sin éxito. Sea como fuere, por ahora debemos someternos al dictamen de Fleury

sobre estas refundiciones de la narración del Evangelio: *Quiconque s' imagine la pouvoir mieux écrire, ne l' entend pas.* M. Renán pronunció con anticipación una especie de sentencia sobre su obra, al decir «si me ofreciesen una nueva demostración del carácter de Jesús, la rechazaría; su misma perspicacia sería á mi juicio la mejor prueba de su insuficiencia». Sus amigos pueden replicar con perfecta justicia, que á la vista de la Tierra Santa, y de la escena en que sucedió el relato evangélico, todas las ideas de M. Renán pueden haber variado de curso, siéndole sugerida irresistiblemente una nueva forma de esa historia; y que este es un caso para el que es aplicable la máxima de Cicerón: el cambio de opinión no es inconsecuencia—*nemo doctus unquam mutationem consilii inconstantiam dixit esse.*— De todas suertes, para la crítica, el primer pensamiento de M. Renán es el más cierto, en tanto que su nueva forma no acabe de recomendarse más en absoluto, para que (usando la feliz frase de Mr. Coleridge acerca de la Biblia) nos *decida* por completo. La empresa de M. Renán es, sin embargo, del mayor interés é importancia, puesto que con todos sus argumentos establece una síntesis nueva del Nuevo Testamento—sin hacer la guerra á datos anteriores, á la manera de Voltaire, sin excluirlos de la memoria, á la manera de las gentes, sino reedificando sobre ellos, tomándolos por convencional punto de vista, y colocándolos á la luz con otro nuevo prisma;—esta es la verdadera esencia del problema re-

ligioso, como se ha presentado; y sólo por los esfuerzos que se hagan en esta dirección puede dársele solución.

Por otra parte, miss Cobbe, como tantos otros vehementes liberales de nuestra generación, con el mismo ardor con que juzga al obispo Colenso se dedica activamente á la fundación de una religión positiva para lo futuro, ó por lo menos intenta formarla. No debemos descansar en lo que ella y ellos están siempre pensando y diciendo en la crítica negativa, debemos crear y construir; de aquí es que tengamos obras tales como su reciente *Deber religioso*, y obras acaso más notables de otros, que todos recordarán. Esos trabajos suelen tener mucha capacidad, suelen originarse de convicciones sinceras y puro deseo de hacer bien, y á veces lo hacen. Su falta (si se me permite decirlo así) es por el estilo de la del Colegio Británico de Salud, en el New Road. Todos conocen ese colegio; el edificio con el león y la estatua de la diosa Hejea delante; del león, por lo menos, estoy seguro, aunque no tanto de la diosa Hejea. Este edificio acredita, tal vez, los recursos del doctor Morrison y sus discípulos; pero deja mucho que desear cuanto á la idea de lo que debe ser un Colegio Británico de Salud. En Inglaterra, donde odiamos la intervención pública y gustamos de la empresa particular, tenemos gran número de edificios como ese colegio; el magnífico nombre sin la magnífica institución. Estimables como son para la empresa individual, tienden por desgracia á empeorar nuestro gusto haciéndonos

olvidar el carácter grandioso, noble y bello que una institución pública debe tener. Lo mismo puede decirse de las religiones del futuro de miss Cobbe y otros. Como el Colegio Británico de Salud, dando crédito á los recursos de sus autores, tiende, sin embargo, á hacernos olvidar el carácter grandioso, noble y hermoso, que pertenece á las interpretaciones religiosas. A pesar de todas sus faltas, las religiones históricas han tenido esto; que pertenece al sentimiento religioso, cuando florece sinceramente, y nosotros empobrecemos nuestro espíritu si aprobamos una religión del futuro que no lo tenga. ¿Cuál, es, pues, el deber de la crítica? ¿tomar el punto de vista positivo para aplaudir el movimiento liberal y todas sus obras incluso las religiones del futuro, su edificio de New Road, en atención á su utilidad general? De ningún modo; sino estar en perpetuo descontento con esas obras mientras no estén á la altura de un ideal perfecto.

Para la crítica estas son leyes elementales; pero nunca pueden ser populares, y en este país han sido muy poco atendidas, porque encuentran inmensos obstáculos para seguir las. Esa es una razón para sostenerlas cada vez más. Debe separarse con independencia del espíritu práctico y sus conveniencias, y expresar su descontento hasta de los esfuerzos que se hagan de buena intención que no deben satisfacerle, si á la luz del entendimiento los ve infecundos y limitados. No debe apresurarse á llegar á la meta á causa de una importancia positiva. Debe tener pa-

ciencia y saber esperar, y tener la flexibilidad de apegarse á las cosas y desembarazarse de ellas. Debe tener aptitud para estudiar y aprobar elementos que faltan para la plenitud de la perfección mental, aun cuando pertenezcan á un poder que sea perjudicial en el terreno de la práctica; debe tener idoneidad para comprender los desaciertos ó ilusiones del espíritu y desaprobarnos. Y esto sin ninguna intención de favorecer ó injuriar á una facultad ó la otra, sin ninguna idea de poner en juego un poder contra el otro. Cuando uno considera, por ejemplo, el tribunal de divorcio inglés, institución que tal vez tiene sus conveniencias positivas, pero que en la esfera de las ideas es tan repugnante, una institución que ni hace imposible el divorcio ni lo hace decente, que permite á un hombre desembarazarse de su esposa, ó á una esposa de su marido pero arrastrando primero uno al otro, para edificación del público, por el lodazal de indecible infamia; cuando uno considera, digo, esta encantadora institución, con sus vistas y juicios tumultuosos, sus noticias detalladas en los periódicos y sus compensaciones de dinero; esta institución en la que el estúpido y atrasado filisteo británico ha estampado la imagen de sí mismo, puede uno permitirse hallar la teoría del catolicismo sobre el matrimonio consoladora y elevada. O cuando el protestantismo, en virtud de su supuesto origen razonable é intelectual, da ley á la crítica en tono demasiado magistral, ésta puede y debe recordar

que sus pretensiones en este punto son engañosas y causan daño; que la Reforma fué un acontecimiento más bien moral que intelectual, y la teoría de la gracia de Lutero no refleja con más exactitud el deseo del espíritu que la filosofía de la historia de Bossuet; y que no hay más antecedente probable de que el fondo de las ideas del obispo de Durham sean más agradables á la pura razón que las del Papa Pío IX. Pero no por eso ha de echar en olvido las hazañas del protestantismo en lo moral y práctico; y que, aun en lo tocante á la inteligencia, llevó adelante el Renacimiento, aunque á ciegas y á tropezones, mientras el Catolicismo lo apartó de su senda con violencia.

No ha mucho oí á un hombre de talento y energía comparar las faltas de ardor y actividad que hay entre los jóvenes de este país con lo que él recordaba de su juventud, hace veinte años. «¡Qué reformadores éramos entonces!» exclamaba, «¡qué ardor teníamos! ¡cómo examinábamos cada institución de la Iglesia y el Estado, y nos preparábamos á rehacerlas todas sobre excelentes principios!» Al decirlo sentía cierta triste languidez por la calma presente. Yo la considero más bien como una pausa en la que se verifica un nuevo progreso espiritual.

Para los jóvenes y los vehementes de entre nosotros, todo está muy visto en inseparable consorcio con la política y la vida práctica; hemos agotado lo suficiente en beneficio de ver las cosas en esta relación, y hemos sacado todo el partido posible de considerarlas así.

Ensayemos otro modo de contemplarlas más desinteresado; consagrémonos á la vida serena del entendimiento y el genio. Este puede tener también sus excesos y peligros, pero por ahora no los hay. Pensemos en ensanchar tranquilamente nuestro acopio de ideas modernas, y cuando tengamos una ó media, no echemos á correr con ella á la calle, tratando de que domine allí. Después de todo, nuestras ideas, sazónándose un poco, reformarán mejor el mundo. Acaso dentro de cincuenta años, en la Cámara de los Comunes, se hará objeción á alguna ley por ser una anomalía, y mi amigo, el individuo del Parlamento, se estremecerá en su sepultura. Pero entre tanto, esforcémosnos en que dentro de veinte años, en la literatura inglesa, cuando se haga una proposición, sea objeción para aceptarla el que sea absurda. Eso será un cambio tan enorme, que la imaginación apenas puede abarcarlo. *Ab integro saeculorum nascitur ordo.*

Si he insistido tanto en el camino que la crítica debe tomar en lo que atañe á la política y á la religión, es porque cuando se trata de estas ardientes cuestiones, lo más probable es extraviarse. Deseaba, sobre todo, insistir en la actitud que la crítica debe adoptar en general para todas las cosas, con imparcialidad y templanza. Pero hay otra cuestión en cuanto al principal objeto á que debe atender la crítica literaria. Por lo regular, su senda está trazada por el principio, que es ley de su existencia: el principio de tener un empeño desinteresado en saber y pro-

pagar lo mejor que se ha sabido y pensado en el mundo, estableciendo de esta suerte una corriente de ideas modernas y verdaderas. Como es natural, no componiendo Inglaterra todo el universo, mucho de lo mejor que se discurre y sabe no es de procedencia inglesa. Como es natural, repito, esto es justamente lo que hay menos probabilidad que sepamos, mientras que lo que se piensa aquí llega á nuestros oídos por todos lados. Por lo cual, el crítico debe fijarse en la opinión y juicio extranjeros, prestando particular atención á lo que, además de ser en sí fecundo y significativo, puede pasársele inadvertido por alguna razón especial. Por otra parte, suele decirse que su tarea es formar opinión, y en cierto sentido, así es; pero el juicio que un criterio recto y sereno se forma casi insensiblemente unido á profundos conocimientos, es el que vale, y aumentar siempre estos conocimientos debe ser el mayor cuidado del crítico. Y propagándolos, dando al mismo tiempo su dictámen—pero insensiblemente y en segundo lugar, como una especie de sostén y guía, no como un legislador abstracto—es como el crítico hará el mayor bien á sus lectores. Algunas veces, sin duda, por el gusto de señalar la plaza de un autor en la literatura y su relación con la bandera central (y si esto no se hace, ¿cómo vamos á sostener nuestra *superioridad?*), puede tratarse de un asunto tan familiar, que los conocimientos modernos estén fuera de sazón, y entonces todo debe ser opinión y detallada aplicación de

principios. La mejor salvaguardia para esto, es no llegar á ser nunca metafísico, escribir siempre con la conciencia íntima de la sinceridad de lo que uno dice, y en el momento que esta seguridad nos falte comprender que hay algún error. De todas suertes, esta opinión y aplicación de principios no es en todas las circunstancias labor satisfactoria; como en las matemáticas, es una circunlocución, y no puede darnos, como ciencia moderna, una sensación cabal de la actividad creadora. Pero deteneos, dirá alguno; esta conversación no nos es de ningún provecho; esta crítica vuestra no es la que tenemos en nuestras imaginaciones cuando hablamos de eso; al hablar de críticos y crítica, damos á entender la de la literatura inglesa que en el día corre; cuando ofrecisteis decir cuál era la incumbencia de la crítica, era á ésta á la que esperábamos os dirigiéreis. Lo siento, pero temo frustrar esas esperanzas. Me obliga á ello mi propia definición: *un empeño desinteresado e imparcial en saber y propagar lo mejor que se sabe y piensa en el mundo.* ¿Cuánto hay de esto mejor en la literatura inglesa del día? Temo que no mucho en la actualidad; de seguro, menos que en la de Francia ó Alemania. ¿Voy, pues, á alterar mi definición, para contrarrestar los cargos de un número de críticos ingleses que, después de todo, son libres en la elección de oficio? Eso sería hacer que la crítica se prestase precisamente á esas extrañas consideraciones positivas que dije serle tan fatales. Con verdad, puede decirse

á esos que tienen que tratar con la masa común de los escritores del día (mejor fuera desdeñarla), que á todo evento pueden animarse á ensayarla guiados por la regla de conocer lo mejor que se discurre y sabe; aproximándose á esta norma de que todo crítico debe poseer profunda erudición en la literatura general, además de la de su país, y cuánto más diferente á la suya, mejor. Pero después de todo, la crítica que en realidad me interesa—la crítica que puede ayudarnos para el porvenir, que por toda Europa se significa en el día, cuando tanto valor se da á la importancia del espíritu crítico—es la que se considera como una gran confederación para los propósitos intelectuales, obligada á unir acción y trabajo para un resultado común, cuyos individuos están dotados del conocimiento de la antigüedad griega, romana y oriental, y alguna otra. Dejando fuera de cuenta las ventajas especiales, locales y temporales, la nación moderna que hará más progresos intelectuales, habrá de ser la que más se ajuste á este programa. ¿Y qué es eso sino decir que también nosotros individualmente lo haremos por ese camino?

¡Nos invitan tantas sendas de progreso! ¿Cuál vamos á tomar? ¿Por cuál encontraremos fuerzas y alimento para desarrollarnos hasta la perfección? Esa es la pregunta á que el crítico tiene que responder por sí y por los demás, contemplando el dilatado campo que la vida y la literatura pone ante él.

Concluyo con lo que he dicho al principio: poseer la percepción de la actividad creadora es una felicidad sublime y la mayor prueba de vitalidad, y no le es negada á la crítica; pero tiene que ser sincera, franca, flexible, ardiente, y ensanchar siempre sus horizontes. Entonces puede tener esa gozosa sensación en medida no despreciable, sensación que un hombre de vasta erudición y justa conciencia preferirá á la que pudiera derivar de una inadecuada creación, pobre y ruin. Y en algunas épocas no es posible otra.

No obstante, la percepción de esa actividad sólo pertenece de lleno á la genuina creación; en literatura nunca debemos olvidar eso. ¿Pero qué literato verdadero puede olvidarlo? No es materia vulgar para una naturaleza bien dotada llegar á la posesión de una corriente de ideas activas y vitales, y producir inspirado por ellas eso á que hemos de dar infinito valor. Las épocas de Esquilo, de Shakespeare, nos hacen sentir su superioridad. En una era así está, sin duda, la verdadera vida de la literatura; allí está la tierra prometida, á la que la crítica sólo puede hacer un cortés saludo. No entraremos en esa tierra prometida, y moriremos en el desierto; pero haber deseado entrar y haberla saludado de lejos, es ya quizá el mayor honor entre los contemporáneos, y con certidumbre habrá de ser el mejor título á la estimación de la posteridad.

MATEO ARNOLD.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Fiesta nacional, fin de fiestas.—Datos de Chicago. — Imprenta americana. — Universidad de Hopkins.—Monumentos dedicados á Colón en los Estados Unidos.—Ciudadanos generosos.—Acaudalados de capricho.—Frase de un charro de Salamanca.—Obra laureada en Guatemala.—Poema traducido al portugués.—Prosigue la biblioteca italiana.—Condenación del Sig. Peragallo de una supuesta escuela española anticolombina.—Respuesta á sus apreciaciones.—Fin de las reseñas.—*Laus Deo.*

El día 12 de Octubre de 1893 que acaba de pasar, sorprendió á los madrugadores de esta villa la bandera nacional ondeando en los edificios públicos, las puertas de las oficinas cerradas, los soldados en paseo matinal con traje de gala. ¿Qué ocurre? preguntaban algunos: ¿se hace fiesta especial á la Virgen del Pilar de Zaragoza?—Fiesta se hace, respondían los informados, á la memoria del descubrimiento de las Indias; fiesta nacional acordada en la Rábida al celebrar el Centenario; solemnidad anua, primera que distingue este día de los otros y que seguirá distinguiéndole para que el suceso no se borre de la memoria de los vivos. Esta vez tendrá doble significación: con la gala y el descanso se cierra el período de las manifestaciones ideadas en honra de los que contribuyeron al grandioso acontecimiento, en glorificación de la patria á quien el mundo debe su duplicación; cesan las juntas gestoras; se acaban los espectáculos especiales con el de las estatuas de yeso de Recoletos y del Prado, llevadas en carretones al estudio de los artistas que las modelaron, con el paseo de los cuadros y objetos de varia especie que vuelven á sus puestos ordinarios dejando vacío el edificio con ellos adornado durante la Exposición histórica.

Y no es aquí sólo; al otro lado del Atlántico igualmente se conclu-

yen los alicientes de la convocatoria de asistencia á lo que los americanos llamaron *Feria del mundo*, abrigando esperanzas que no se han realizado por completo.

Ni todo el mundo, ni bastante menos, ha visitado la Exposición universal de Chicago; como negocio, un fracaso; como escuela de progresos, una decepción; como centro de aprendizaje científico, como museo de artes bellas ó utilitarias, una exposición más, sin influencia en la marcha presurosa de la humanidad.

El papel que allá ha desempeñado España acabó con la entrega solemne de las carabelas al gobierno de los Estados Unidos, y la venida de los marinos que tan dignamente han representado á la patria. El comandante de la escuadrilla, D. Víctor Concas, ha tomado parte en los Congresos científicos y anticipado noticia pública de sus cometidos (1).

Poca cosa aumentan el caudal de conocimientos los libros, opúsculos

(1) *Discurso leído en inglés en el Congreso geográfico de Chicago* por el capitán de fragata D. Víctor Concas. Habana, 1893.

Viaje de la nao Santa María, por D. Víctor Concas. Varios artículos publicados en la *Revista general de Marina*. Madrid, 1893. Es curioso el dato de haberse anotado días en que pasó de diez mil el número de personas que visitaron la nao.

y revistas llegadas de aquel país á nuestras manos. Lo más notable es un trasunto de la Carta de Colón á Gabriel Sánchez, edición espléndida de pocos ejemplares y numerados, costeada por los testamentarios de la librería de Lenox con exacta reproducción de las figuras y adornos de la traducción latina de Cosco en Roma, año 1493, y copia de otras cuatro impresiones primeras (1).

Los catedráticos de la Universidad de Johns Hopkins de Baltimore han dedicado al Centenario un obsequio corporativo, reuniendo en volumen los discursos, monografías ó estudios con que solemnizaron la fecha del Descubrimiento (2). Los discursos son cuatro, luciendo en todos ellos la erudición poética más que la histórica (3); los apéndices dos: bibliografía del descubrimiento de América por Charles Weathers Bump,

(1) *The Letter of Columbus on the Discovery of America. A Facsimile of the Pictorial Edition, with a New and Literal Translation, and a Complete Reprint of the Oldest Four Editions in Latin*. Printed by order of the Trustees of the Lenox Library. New York, 1892, 8.º, xi-20-61 p.

(2) *Columbus and his Discovery of America* by Herbert B. Adams, Ph. D., and Henry Wood, Ph. D. Professors in the Johns Hopkins University-Baltimore, 1892, 8.º

(3) *Oration* by Professor Herber B. Adams.—*Oration* by Professor Henry Wood.—*The First Jew in America*, by Professor M. Kayserling.—*Columbus in Oriental Literature*, by Dr. Cyrus Adler.

muy breve, y enumeración de monumentos erigidos á la memoria de Colón, artículo curioso y de novedad que voy á extractar (1).

Injusta estima el autor la censura de escritores del concepto de Flerieu, Humboldt, Cancellieri, que echaron en cara al pueblo de los Estados Unidos el olvido de la persona que inició su historia; pues sí, bastante han tardado por allí en erigir monumentos, á estas horas, exceptuando á Washington, ninguna persona se ha tenido en consideración cual la del navegante genovés, dedicadas ya sesenta y cinco memorias públicas; cuarenta y dos de ellas erigidas con anterioridad al Centenario en que el entusiasmo se ha desarrollado tanto, siendo de reparar que apenas habrá Estado de la Unión que no haya puesto el nombre del Almirante á alguna ciudad, territorio, río ó paraje notable, sin contar las asociaciones, colegios ó establecimientos que lo llevan.

El más antiguo de los monumentos de los Estados Unidos es el de Baltimore. Consiste en modesta pirámide de ladrillo de cuarenta y cuatro pies de altura, por seis y medio de lado en la base cuadrada. El ladrillo está rebocado, y en la

cara del Oeste tiene lápida de mármol con esta inscripción :

S A C R E D
TO THE
MEMORY
OF
CHRIS
COLUMBUS
OCTOB. XII
MDCCVIIIIC (1).

Está emplazado fuera de la ciudad, en terreno del Hospicio (*Samuel Ready Orphan Asylum*), y según parece fué erigido para conmemorar el Centenario anterior ó tercero del Descubrimiento, en 1792, por Mr. d'Anmour, cónsul de Francia. Digo parece, por no estar bien averiguado todavía lo que conviene saber acerca de la edificación. Estas noticias han dado los periódicos al presente, contradiciendo la tradición vulgar y las creencias de los más ancianos, entre los cuales corría y sigue corriendo la especie de haber levantado la pirámide el excéntrico americano Zenos Barnum en recuerdo de un caballo favorito. Cosas más raras ó sorprendentes se han visto en aquel país; pero la inscripción y la fecha abonan la diligencia de los investigadores, ha-

(1) *Public Memorials of Columbus*, by Charles Weathers Bump.

(1) Dedicado á la memoria de Cristóbal Colón, 12 Octubre 1792.

biendo como hay, datos que ellos no han encontrado, de haberse ofrecido á Colón homenaje en el Centenario tercero, en Boston y alguna otra ciudad (1). Lo que la tradición popular indica es, que se borró el recuerdo de una fiesta privada, sin el eco de las que nosotros hemos presenciado; que el vulgo más que ella tenía en mientes la extravagancia de Barnum. Habrá de reconocerse, de todos modos, que el modesto monumento de ladrillo levantado por un caballero francés en Baltimore es el más antiguo de los que la honra del descubridor de América enaltecen.

Síguele en orden de los tiempos el cuadro representando *El Desembarco*, encargado por el Congreso de los Estados Unidos al pintor de Nueva York, John Vanderlyn, en 1836, concluido en 1842, y colocado en la rotonda del Capitolio de Washington. Pagó el gobierno 10.000 pesos por la pintura, que ha hecho popular haciéndola grabar en los billetes de Banco de cinco pesos, los de más circulación.

Adorna el Capitolio otra memoria del célebre navegante: el grupo escultórico de Luis Persico, artista napolitano. Colón, vestido arnés guerrero, presenta en la mano el

globo en que ha grabado el nombre *América* (sic), teniendo á los pies una india con el ligero traje que las de su tierra gastaban. Persico empezó su trabajo en 1837 y lo terminó en 1846, siendo remunerado con 28.000 pesos.

Boston posee en Luisburg Square estatua de mármol esculpida en Liorna en 1849, que representa á Colón en la juventud. La regaló á la ciudad el comerciante griego José Iasigi, naturalizado en ella.

La fecha 1864 lleva otra vez al Capitolio al estudioso cronológico. La puerta monumental de bronce que abre acceso á la cámara de representantes compendia la vida de Colón en nueve escenas ó recuadros; la conferencia de Salamanca; salida de la Rábida para la corte; presentación á los reyes; salida de las carabelas de Palos; llegada á San Salvador; primera vista de los indios; entrada triunfal en Barcelona; el héroe encadenado; últimos momentos. Fué modelado por Randolpho Rogers, escultor americano, en Roma; fundido en Munich por F. von Miller; costó 28.000 pesos.

El señor O. Roberts donó á la ciudad de Nueva York, en 1869, una estatua de Colón de siete pies de altura, esculpida en granito, con destino al Parque Central; obra que hizo en Roma la artista miss Emma Stebbins, y que el municipio no ha

(1) LA ESPAÑA MODERNA, Mayo de 1892, página 184.

apreciado mucho, toda vez que la tiene almacenada.

Con otra estatua en mármol obsequió M. R. P. Chamberlaine á la ciudad de Boston en 1872, si bien con aceptación diferente, pues adorna el Museo de Bellas Artes. La modeló en Roma Giulio Monteverde, titulándola *Primera inspiración del niño Colón*. Obtuvo por ella medalla de oro en Parma.

Donación asimismo de la colonia italiana en Filadelfia con motivo de la Exposición que preparaba en 1875, es la estatua que exorna el Fairmount Park, esculpida en mármol, con artísticos accesorios en el pedestal.

Abundando las personas ricas, generosas y de buen gusto, no es difícil embellecer paseos, ni convertir en museos las ciudades. Así, en la rotonda del Capitolio, en Sacramento de California figura, lo mismo que en las ciudades mencionadas y en otras cuya enumeración seguirá, un grupo marmóreo del escultor Meade, en que la reina Isabel de Castilla escucha los planes del pretendiente, acompañada de un gracioso paje de su corte.

El parque de San Luis, agasajo regio hecho á la ciudad por su hijo predilecto Henry D. Shaw, ostenta por principal adorno una estatua semicolosal de bronce, fundida en Munich por Müller, mostrando al

descubridor en el momento ansioso en que ve ó cree ver la luz de Guahananí oscilando en el brumoso horizonte. Se erigió sobre pedestal de granito con relieves también de bronce, el año 1886.

A todos estos monumentos excede en importancia el ofrecido al municipio de Nueva York por los italianos residentes, inaugurado el 12 de Octubre de 1892 en el Parque Central en recuerdo del cuarto Centenario. Consiste en un basamento cuadrado de granito con relieves de bronce sobre el que se eleva una columna de sesenta pies de altura, del mismo material. Encima reposa la estatua de Colón, de mármol de Carrara, que da á la fábrica altura total de setenta y cinco pies. En el basamento hay dos grupos: uno de mármol, figurando el genio de la geografía; otro de bronce, el águila americana sosteniendo en las garras los escudos heráldicos de los Estados Unidos y de Génova. Seis espolones de galera (*rostra*) procuran á la columna el carácter naval de los triunfos romanos. Costeado por suscripción, se recolectaron para él 35.000 pesos. El autor de la obra es Gaetano Russo, de Roma.

Se reúnen fondos ahora por suscripción nacional entre americanos, para erigir en la Quinta Avenida de Nueva York un arco de triunfo que sustituya al levantado provisional-

mente para las fiestas: tiene 160 pies de altura por 120 de ancho, asemejándose bastante al de Constantino, de Roma, salvo en los accesorios de fuentes en que el agua se combina con la luz eléctrica. Formó el proyecto Mr. Henry Herts, con presupuesto de 350.000 pesos.

Baltimore debe á los residentes italianos otra estatua de Colón colocada en el paseo, que modeló por encargo Aquiles Canessa, de Génova: Boston ha plantado la suya frente á la catedral católica de Santa Cruz, tras larga discusión que disputa el acierto del artista Alois Buyens; Harrisburg ha rasgado el velo de la erigida ante la catedral de San Patricio; Newark, Willimantic, Brooklyn, Nueva York y Washington han adquirido medallones, bustos ó relieves costeados por diferentes sociedades.

Los proyectos que no han podido realizarse por diversas circunstancias en la oportunidad de la fiesta universal, quedarán en parte relegados cuando pase el calor con que se acogieron: tal suerte tocará, probablemente, al arco de triunfo que había de levantarse sobre una colina en las inmediaciones de Washington, y al monumento nacional para el que votó el Senado 75.000 pesos en Abril de 1892, pero cuyo proyecto de ley quedó en las secciones del Congreso, en sueño que será

eterno. En cambio llegarán á término la estatua ideada por la Junta directiva de la Exposición de Chicago, de que se encargó el escultor Howard Kretschmer, por precio de 40.000 pesos; la de Columbus, en Ohio, modelada por Alfonso Pelzer, fundida en los talleres de W. H. Mullius, de Salem, y la fuente española de Nueva York, pensamiento el más original y adecuado del Centenario, á mi juicio: el casquete esférico en que aparecerá Colón entre los dos Pinzones, sobre un recipiente de 100 pies de diámetro, siendo las figuras de bronce, de colosales dimensiones, según diseño del artista D. Fernando Miranda, valenciano (1).

Acabada por el Sr. Weathers Bump la descripción de los monumentos de los Estados Unidos, con minuciosa particularidad de cada escultura, actitud, representación, dimensiones, costo, prosigue con igual método la enumeración de los que se han alzado ó se proyectan en América y Europa, en número de treinta y siete. Incluye, como es de presumir, los de España y sus provincias de Ultramar, sin dejar de inscribir más que uno, el de Salamanca, lo que no es falta, pues se ha erigido con posterioridad á su escrito.

(1) *La España Moderna*, Julio de 1892, página 190.

Y por cierto esta última escultura de D. Eduardo Barrón, fundida en bronce estatuario, ha sido objeto de una frase popular graciosa.

En el monumento aparece el convencido proyectista sosteniendo con un brazo la esfera terrestre, provista de equinoccial y meridiano, mientras con la otra mano indica el camino que se propone seguir para alcanzar «El Levante por el Poniente». En el momento de la inauguración, llena la plaza de charros campesinos, uno, á cuyos oídos no llegaba el discurso oficial, preguntó á los que tenía cerca. ¿Quién es ese hombre? No lo sé á punto cierto—dijo el más próximo—pero por lo visto, *debe de ser el tío de las sandías*.

Añadiendo al contingente literario y artístico de Baltimore una pieza musical (1), hay que descender por lo pronto á la América del centro para sentar en la bibliografía la obra titulada *Cristóbal Colón y el Nuevo Mundo*, por D. Antonio Batres Jáuregui, obra premiada en el certamen abierto por el gobierno de Guatemala para celebrar el Cuarto centenario del descubrimiento de América. El premio no sorprende; Batres es apellido de envidiable concepto en la república de las le-

tras, y sirve de garantía á cualquier libro que lo tenga en la portada: dicho está con esto que *Cristóbal Colón* es trabajo que agradará mucho al que no busque apreciaciones históricas.

Por nuestro viejo mundo, honrando juntamente con el personaje eximio á dama que pasó tiempo ha de esta vida con reputación de *Bas-bleu*, el galante vizconde de Seabra, portugués, ha traducido á su idioma el poema de Mad. Du Boccage, *La Colombiade*, restaurando versos muy aplaudidos en su época (1).

Vayan algunos títulos de publicaciones recientes para registro de rebuscadores:

Fête scientifique en l'honneur de Christophe Colomb á la Mairie du Pantheon le 15 avril 1893 jour anniversaire de sa reception solennelle á Barcelone par les rois Ferdinand et Isabelle. París, 1893.

Les Dominicains et la Découverte de l'Amérique, par P. F. Mandonnet. París, 1893, 8.º, 259 páginas.

Les Tombes de Colomb, por el

(1) Conozco dos ediciones en francés, con láminas. París, 1756 y 1758, y una traducción italiana. Milán, 1771; la presente se titula *A Colombiada ou á fe levada ao Novo Mundo. Epopea de Mme Du Boccage vertida em linguagem vernacula e offerecida á Sua majestade á Rainha Dona Amelia de Orleans é Bragança pelo Visconde de Seabra*. Lisboa, 1893, 8.º, 233 páginas.

(1) *Columbus*, cantata composed by mister D. Melamet. Baltimore.

Dr. Alejandro Llenas. Nantes, 1892, 8.º, 24 páginas.

Hamburgische Festschrift zur Erinnerung an die Entdeckung Amerikas. Hamburg, 1892, dos tomos 8.º con cartas y grabados.

The journal of Christopher Columbus (During his First Voyage), and documents relating to the voyages of John Cabot and Gaspar Corte Real. Translated, with Notes and an Introduction, by Clements R. Markham, *President of the Hakluyt Society.* London, 1893, 8.º VIII-359 páginas.

Première décade du De Orbe Novo de Pierre Martyr d'Anghiera, traduit par Paul Gaffard. Paris, 1893, 8.º

L'exposition Historico - Européenne de Madrid par P. L. Castets (*Revue des Etudes religieuses,* etc.) Paris, 1893.

Christophe Colomb, par François Bouran. Paris, 1893, 8.º 194 páginas.

L'Alba della scoperta dell' America, da G. Uzielli. Roma, 1893.

I Documenti di Madrid in relazione alla patria di Cristoforo Colombo. Commenti ed altri accenni storici con appendice del Cav. G. A. Rocca. Savona, 1893, 8.º, 83 páginas (1).

Inno a Cristoforo Colombo de Cav. G. A. Rocca, posto in musica del maestro Efsio Aragno. Savona, 1893.

Memorias presentadas en Congresos internacionales que se reunieron en España durante las fiestas del IV Centenario del descubrimiento de América, en 1892, por Soledad Acosta de Samper, *delegada oficial de Colombia,* etc. Chartres, 1893, 4.º, 90 páginas.

Libros han salido de las prensas italianas de que no da la portada suficiente noticia, como sucede con la *Cronache della commemorazione del IV Centenario Colombiano* edita a cura del Municipio, Génova, 1893, remate digno de las fiestas celebradas por la ciudad *superva* y comprobación del apotegma que acuerda á los pueblos el gobierno que se merecen. La crónica compone un volumen en folio de 435 páginas, tiradas con todos los primores de las artes gráficas; una obra de las que se encomiendan á encuadernador maestro para colocarlas en el salón de espera. En la primera hoja se lee: «Il Municipio di Genova offrendo ai suoi cittadini questa storia delle commemorazione colombiane ne illustra la primer pagina colle auguste parole che principiando l'anno

(1) Segunda portada. *All' insigni letterato spignuolo Francisco R. de Uhagon, ministro del Tribunale e del Consiglio degli Ordini,*

cav. professo di Calatrava, questa seconda nota colombiana intitula l'atore.

MDCCCXCIII il re d'Italia dirigeva alla cittadinanza genovese»; frases regias de aplausos merecidos y de satisfacción justificada por el patriotismo patente de los descendientes de los Colones, de los Dorias, de los Spínolas, de tantos ilustres personajes de la historia universal.

La narración, abraza una primera parte de preparación y acuerdos; la de ejecución, en los diversos espectáculos públicos y privados; la descriptiva, de edificios y objetos, con auxilio de grabados; la intelectual, con actas de los Congresos; discursos notables, inscripciones, himnos, invocaciones al glorificado:

«O Padre, o Colombo, su questo tuo nido
Benigno tu veglia, del ligure lido
L'industre naviglio proteggi e l'onor.»

En la relación no se han olvidado los informes de los comisionados á Huelva y á Barcelona, representando á la ciudad januense: entre las ilustraciones hacen contraste notable una vista del puerto, cual era en el siglo xv, según pintura contemporánea, y otra de lo que es ahora, cuando naves de guerra de todas las naciones lo poblaron, ensordeciendo el aire con el saludo de los cañones.

La Comisión oficial colombiana prosigue el plan que se trazó, dando á luz, á medida que se terminan,

los tomos de su biblioteca, iguales en las condiciones extrínsecas, componentes de su labor magnífica. Tres nuevos volúmenes he podido examinar despacio, á saber:

Parte IV, vol. único: *Bibliografia degli scritti italiani o stampati in Italia sopra Cristoforo Colombo, la scoperta del Nuovo Mondo e i viaggi degli italiani in America, compilata da Giuseppe Fumagalli con la collaborazione di Pietro Amat di San Filippo*. Roma, 1893, xx, 217 páginas.

Desde luego se entiende no haber querido los colaboradores extender la investigación fuera de Italia, en lo que me parece han estado acertados.

Por nuestras mayores aspiraciones, se critica á la bibliografía que formó la Academia de la Historia, por insuficiencias y erratas que difícilmente se pueden salvar no teniendo á la vista el libro que se cataloga, valiéndose de anuncios del comercio ó de papeletas de varias manos y letras. Pero con todas sus faltas, la española es biografía de Colón, mientras que la italiana abraza secciones completamente ajenas al personaje: las de geografía, arqueología, etnografía, lingüística y la de viajes de italianos por América. Todavía podría sustraerse la de *precursores*, con lo que se reduce lo á él concer-

niente á cuatro títulos: Escritos de Colón.—Elogios y biografías.—Juicios sobre la persona y la empresa.—Disquisiciones sobre la patria.

Dentro de estos cuatro, se parece mucho la subdivisión á la española: De la familia; De la patria; De las armas; Si estudió en Pavía; Matrimonio; Autenticidad de la Historia de D. Fernando; Sepultura; Cuestiones varias; Epica; Lírica; Teatro; Retratos; Monumentos; Canonización; Centenario.

Se parece también á la obra de nuestra Academia en la concisión de las noticias, que en general se constriñen á la portada del libro. Dos producciones he visto allí registradas que no conocíamos: la una anónima, española, de principios del siglo; la segunda moderna, de compositor que presumo brasilero; son estas:

Elogio de Cristóbal Colón, nacido en Génova en 1447, muerto en Valladolid en 1506. Génova, imp. Paganò, 1826, 16.º, con retrato y facsímile de la carta.

Cristoforo Colombo. Nueva ópera del maestro Carlos Gomes. Milano, 1.º Junio, 1892.

Otro tomo.

Parte III, vol. II. *Fonti italiane per la storia della scoperta del Nuovo Mondo. Raccolte* da Guglielmo Berchet.—II. *Narrazioni Sincrone*, 1493 á 1550, 494 páginas.

Encierra recopilación muy útil, por el traslado de piezas sueltas y raras, que trabajosamente se podrán consultar fuera de las bibliotecas en que se custodian; por ejemplo, el *Itinerario de la isla de Yucatán*, de Juan Díaz, capellán de la expedición de Grijalva en 1518. El original castellano se perdió; queda una traducción italiana, que es la inserta. En el mismo caso se halla la relación del viaje de Magallanes, escrita en portugués por Juan Bautista Poncevera, piloto de la nao *Trinidad*, á quien llamaban los camaradas Bautista genovés, y sobre todo las cartas de italianos que residían en Castilla ó en Indias, y confidencialmente comunicaban noticias á sus deudos.

Parte IV, vol. II, 221 páginas. Contiene dos obras distintas: primera, *La declinazione magnetica e la sua variazione nello spazio scoperta da Cristoforo Colombo*, per Timoteo Bertelli.

Como trabajo de reflexión y estudio relacionado con las ciencias físicas, me parece presentado en nivel inferior al que tienen los demás de la comisión oficial vistos, y con criterio que desciende también de la altura en que lo pusieron los Sres. De Lollis y D'Albertis. Comienza el autor asentando sus juicios en el error gravísimo de haber prohibido el gobierno de España la

publicación de la *Historia de Indias*, del P. Las Casas, porque censuraba este escritor las violencias de los conquistadores, y como quiera que al publicarla modernamente refirieron los editores la circunstancia de haber cerrado y lacrado el manuscrito su autor, mandando entre las últimas voluntades que no se abriera hasta pasar medio siglo, siendo además sabido que cuando se abrió estuvo la historia á disposición del cronista oficial Antonio de Herrera, que no poco tomó de ella para sus *Décadas*, acredita el señor Bertelli no ser muy escrupuloso en las averiguaciones, ni muy profundo tampoco en las de la navegación de los descubridores, ya que otro de sus fundamentos estriba en que *mientras los pilotos españoles regulaban el rumbo por la aguja, Colón dirigía el camino de la escuadra por medio de observaciones astronómicas.*

Sin embargo, contiende el señor Bertelli con los que niegan que entre tantos y merecidos lauros corresponda al Almirante de las Indias el de haber descubierto ú observado antes que otro la variación de la aguja, sin que le convenzan las razones de erudición científica de Peschel y de Gelcich, cuanto más las históricas ó de sentido común de Harrisse ó de D'Avezac. Sin necesidad de acudir á reflexiones origina-

les, le basta para demostración de la tesis el Diario de Colón.

«Los marinos gobernaban mal, decayendo sobre la cuarta del Nordeste, y aun á la media partida; sobre lo cual les riñó el Almirante.»

Este acaecimiento, inscrito el domingo 9 de Setiembre de 1492, dice á los que han navegado, con toda claridad, que por no fatigarse mucho los timoneles, dejaban que la nao impulsada por viento largo, *guiñara*, es decir, oscilara la proa hacia la derecha hasta cuarta y media, separación que no debe consentirse al buen marinero, por lo que hace perder en el camino; mas el Sr. Bertelli lo entiende de otra manera; para él ofrece la reprobación del Almirante la primera prueba de que había observado ya el desvío del acero imantado.

Vuelve á anotar el Diario el lunes 17 de Setiembre que «tomaron los pilotos el Norte, marcándolo, y hallaron que las agujas noroesteaban una gran cuarta y temían los marineros. Conociólo el Almirante; mandó que tornasen á marcar el Norte en amaneciendo y hallaron que estaban buenas las agujas; *la causa fué, porque la estrella que parece hace movimiento y no las agujas*».

Segunda prueba, prueba concluyente en opinión del Sr. Bertelli, acaso influido por cierta nota sutil

que puso al Diario D. Martín Fernández de Navarrete; por lo demás, el texto indica lo contrario; en opinión de Colón, *las agujas estaban buenas*.

No hay para qué seguir señalando las demás pruebas.

El resto del volumen ocupa una *Notizia delle più antiche carta geografiche che si trovano in Italia riguardanti l'America*, per Vittore Bellio, enumeración limitada, lo mismo que la bibliografía, y que parece escasa comparándola con la recopilación general de Konrad Kreschmer, de Berlín, aunque de todos modos apreciable. Entre las cartas descritas y en parte reproducidas, hay varias portuguesas, de fecha inmediata á la de Juan de la Cosa, que mucho nos interesan. Castellanas, registra cuatro anónimas existentes en las bibliotecas Real de Turín, Archivo de Estado de Florencia, Marqués Catiglioni en Mantua y Laurenciana de Florencia. Agrega la de Diego Ribero, de 1529, guardada en el archivo De Propaganda Fide, conocida por reproducción anterior, y una más, notable por el lugar de la data: *Vesconte Maiolo composuit hanc cartam in Neapoly anno Domini, 1512, die x Marcii*. Está en la Biblioteca nacional de Parma.

Una publicación que, sin salir de Italia, es, como las anteriores, ita-

liana, ha llegado á última hora en oportunidad inestimable, para resumir y cerrar con esta reseña la serie contenida en LA ESPAÑA MODERNA. No hace más que empezar; no consienten todavía las páginas impresas presumir cuál sea su alcance, ni cuándo han de conocerlo los lectores, dejando suspensa la expectativa, la advertencia de continuación á intervalos indeterminados; lo que sí puede colegirse por la primera entrega es, que la obra aumentará el número de las escritas al calor del prejuicio. Sólo se han tirado doscientos ejemplares con destino privado; no se admiten suscripciones; no obstante, cincuenta se han puesto á la venta.

Titulo. *Disquisizioni colombine. Núm. 1. La nuova scuola spagnuola anticolombina. Studi di Prospero Peragallo*. Lisbona, tipografía nazionale, 1893, 8.º, 70 páginas, hermosa estampación.

El Sr. Peragallo es autor de varias otras obras históricas estimables, inspiradas en la vida y hechos de su compatriota el gran navegante, y no ha mucho sostuvo con el Sr. Henry Harrisse polémica un tanto viva. Por esas obras y por la que ahora comienza, parece pertenecer al círculo numerosísimo de los convencidos de que ante la gloria deslumbradora del descubridor de las Indias hay que cerrar los ojos;

hay que parar la cuerda del discernimiento, porque la gloria es tal, que no consiente al historiador, como al antropólogo, sino ditirambos ó apologías.

Leyendo con semejantes disposiciones lo que se ha escrito en España durante el período festival, no encuentra bien que, en discordancia con ellas, algunos, pocos en verdad, se hayan permitido rebuscar papeles trasnochados ó analizar hechos que pasan en autoridad de cosa juzgada; que digo bien, considera triste el espectáculo en una nación de espíritu caballeresco, que gozó y goza todavía de los beneficios y de la honra á Colón debidos. Deduce de lo conocido, que se ha formado aquí una escuela superlativamente patriótica, la cual, con propósito de corregir las exageraciones, y más todavía, las apreciaciones injustas de la otra escuela acaudillada en Francia por el conde Roselly de Lorgues, ha pasado al extremo opuesto, defendiendo y aprobando cuanto se piensa ó se hace con daño y descrédito de Colón, pintándolo con colores tenebrosos y con acrimonia tan envenenada, que será maravilla si moralmente se salva de la reputación de hombre perverso, mientras que bajo el concepto náutico, lo mismo que en el de iniciador del gran viaje á Occidente, es más que dudoso que tenga derecho á una

centésima parte de la fama hasta ahora adjudicada. Esta escuela española anticolombina (piensa), esta *cruzada moderna* encubierta con la bandera nacional, ha querido arrancar una por una las hojas de la corona del genio, prosiguiendo su labor demoledora hasta convertir en monstruo al hombre.

¿Habrà que extender el resumen para dar á entender que el Sr. Peraldo exajera no menos que los exajerados que censura?

No le falta razón, ciertamente, buscando el origen de la reacción notada sobre pocos estudios, en la acción depresiva, injuriosa, que ha herido sensibles cuerdas en la susceptibilidad española; acaso también le asiste al condenar extremos que cuerdamente no se tocan, más que por ley mecánica se explican y en ciencia se consagran con el aforismo *similia similibus curantur*. Frases y conceptos se han vertido al llevar los sucesos al campo de la polémica, que el tiempo dulcificará y que seguramente limarían los mismos que los produjeron, si ocasión se les presentara, sin arrepentimiento por eso de la primitiva inspiración, el vigor de la cual, lo mismo que la viveza picante de las réplicas, fijaran más la atención indiferente y conducirán al esclarecimiento de la verdad que todos encarecemos.

Pero yerra, á mi entender, el Sr. Peragallo, señalando como escuela española y como escuela anticolombina el conjunto de escritores que han coincidido en el empeño de sincerar personajes injustamente ultrajados ó arbitrariamente traídos á cuento para pedestal en que se encumbra el héroe, sin conformidad de opinión en otras cuestiones, sin doctrina común, sin las disciplinas que escuela constituyen. Yerra no menos descargando el peso de su indignación colombófila sobre todos y cada uno de los *cruzados modernos* que coloca en lucha con la fama del descubridor, semejante á la de la serpiente con la lima, y pierde además, y gasta su buen ingenio corrigiendo apreciaciones individuales, porque siendo, aunque en grupo se sumen, cifra inapreciable, excepción rarísima en la inmensa mayoría del pueblo español, que, como el impugnador piensa, tiene en verdadero santuario el respeto y la veneración del Almirante de las Indias, ó da importancia á lo que no la tiene, divulgando especies reprobadas, ó se entretiene en lancear á moros muertos.

Fácil me sería poner tachas en lo que el Sr. Peragallo sentencia injustamente por no conocer bastante lo escrito ó por no considerar con detención lo que ha leído. Con arreglo á su criterio, la señora duquesa

de Alba, á quien elogia y aquí alabamos sin discrepancia, debería formar en el escuadrón de los cruzados modernos, toda vez que entre los preciosos documentos que ha sacado del olvido se encuentra el testimonio de haber desobedecido Colón los mandatos reales, con algunos más que contradicen sus ideas. Varias de las personalidades que supone contrarias ó enemigas de la reputación de su ilustre compatriota, la han mantenido, por el contrario, en el palenque abierto durante el concurso centenal; varias que juzga amorosas han descargado golpes harto más pesados que los aludidos, con lo que una vez más justifica la sentencia elegida para cerrar su opúsculo: *errare humanum est*.

Si el Sr. Peragallo hubiera honrado con su presencia nuestros congresos y reuniones, pulsando la opinión, como ahora se dice, y acopiando mayor caudal de escritos del que posee, modificaría tal vez sus juicios con la evidencia de haber cambiado de una manera radical, por efecto del trabajo literario del Centenario, el concepto público del que fijó en las Indias occidentales el estandarte de Castilla; no con menoscabo de su fama que á ella nadie ha atentado; no con disminución de su aprecio, que es general y equitativo; con el conocimiento sí de los

méritos reales; con la relegación de fábulas admitidas antes como sana verdad en esferas muy altas sobre el nivel del vulgo.

Dicho esto, siento en el alma entrar en terreno personal á que la cortesía del Sr. Peragallo me lleva con sus citas de cada plana y sus apreciaciones de cada tema. Habiendo negado la existencia de una escuela española anticolombina, dicho se está cuán ajeno me considero á la jefatura con que me honra el inventor. Por mucho que pudiera lisonjearme el papel de Pedro el Ermitaño, exaltando con mi humilde palabra á magnates y príncipes de la erudición clásica, no está reservada para mi pequeñez tamaña ambición; no he sido *capo de scuola* ni siquiera *capo di coro* en el concierto que cantó el descubrimiento de América. Sencillísimo será para el Sr. Peragallo comprobarlo. Su idea equivocada, sin duda procede de haber yo, por circunstancias obligatorias, precedido á otros escritores en el estudio de documentos concernientes á Martínez Alonso Pinzón, y de haberme encariñado el conocimiento de una personalidad desconocida, juzgada con malignidad, manchada calumniosamente con acusaciones de desertor á insubordinado, entre las menos deshonrosas. Rechazándolas enérgicamente, hube de examinar

las relaciones del capitán con el Almirante, de hacer patentes los fundamentos de la acusación, de comparar las condiciones personales, descubriendo que Pinzón era un carácter y Colón no lo tenía; que el primero poseía el don de mando con que no favoreció la Providencia al segundo; que aquél excedía en el mecanismo que sirve para organizar una tripulación, sin llegar en la marinería general á la altura de Colón, hombre superior en tal concepto, no sólo á los pilotos españoles, sino á todos los de su tiempo. El Sr. Peragallo no ha comprendido mi apreciación en el particular, como tampoco en la de la tradición de Alonso Sánchez de Huelva, por querer con una parte sola abarcar el todo. Mi objeto, al examinar minuciosamente la recalcada de la carabela *Niña* á la boca del Tajo, no era negar que el Almirante desconociera el peligro en que se ponía; al contrario, persuadido de que le era familiar, fui más lejos de lo que el Sr. Peragallo penetra; pretendí probar que á ciencia cierta, contra toda prudencia, dejó lo fácil por lo difícil, dominado por el pensamiento de mortificar al rey D. Juan con la noticia de su triunfo; satisfacción de amor propio resentido que se proporcionó con alta inconveniencia, reprendida por los cronistas portugueses, sin

perjuicio de protestar luego en Castilla de las azarosas circunstancias *que le obligaron á entrar en puerto extranjero.*

Cito este particular, por ejemplo, entre los que el Sr. Peragallo aduce al gratificarme con toda consideración y miramiento, eso sí, con el título de cabeza de los que guardaban latente en el alma una aversión que sólo esperaba plausible pretexto para reventar. Pues que menciona la revista *El Centenario* en que he colaborado, y LA ESPAÑA MODERNA en que estas reseñas han visto la luz, cuenta con suficientes documentos para conocer mis juicios y estimar los fundamentos en que constantemente los he apoyado si los compulsas sin eliminaciones (1). Que en aquello que es discrecional los dos nos conformamos, es evidente; que haya razón en cuanto pensé ó dije, me guardaré muy bien de asegurar, al paso que sin reparo estoy dispuesto á reconocer sobra ó

(1) Dice el Sr. Peragallo: «Il peggior sordo è chi non vuole udire, come è il peggior critico chi leghicchia a metà, e per giunta nostre preoccupazioni... contro lo scrittore.» Estoy conforme.—«L'odio dil sig. Duro á Colombo è tanto intenso, che gli fa dire cose straordinarie.» Este es otro cantar de que no me remuerde la conciencia.—«Voi finora faceste la parte dell'avvocato del diavolo contro Colombo.» No; este cargo importante está adjudicado por el postulador de la causa de beatificación á un italiano.—«L'opinione pubblica darà il suo verdetto.» Conforme.

defecto de que se me convenza, con con la misma ingenuidad que reconozco la razón del Sr. Peragallo al recordarme que critiqué su acritud en cierta polémica y dejé posteriormente correr mi pluma en irónica alabanza *superata di molto.*

Otro ejemplar de nuestro desacuerdo.

En el delicado sentir del Sr. Peragallo, el comendador de Lares, Nicolás de Ovando, era una hiena: discolo sin comparación, perverso en grado heroico, de ferocidad que no hay palabras en el lenguaje humano con que recrecer, probándolo: primero, la negativa de admisión en el puerto de Santo Domingo, á las carabelas de Colón, amagando temporal. Sin que valga la invocación de órdenes que alega *la escuela*, pues la suprema necesidad carece de ley. Segundo, la permanencia de siete meses en Jaragua sin que Mendez recabara el auxilio pedido con urgencia para el Almirante (1). Tercero, porque expidió nave gobernada por enemigo de Colón, llevando una carta y un regalo irrisorio, con orden de no permitir el embarco de ninguno de los que estaban en Jamaica. Cuarto, porque informado de la situación de los naufragos, consintió al fin que á costa de Colón fueran embarcacio-

(1) «En imminente e gravissimo pericolo.»

nes á buscarlos. Las atenuaciones de *la escuela* son típicas; hasta critican los términos de la carta en que el Almirante se manifestaba reconocido, procurando domesticar aquel animal, como quien arroja una piltrafa á la hiena para evitar el mordisco.

«Bastante le habéis hecho expiar el casi delito de haber llevado la bandera de España al Nuevo Mundo (exclama).

»Dejadle al menos la honra de haber procurado amansar una fiera en forma de hombre, honra que para vosotros es vicio (1).»

En mi sentir, nada poético, Ovando, gobernador prudente, ministro celoso, procedió como debía (2). Porque al llegar Colón á la isla, desobedecía el mandato expreso de los reyes y pretendía que lo desobedeciera también su lugarteniente, vaticinando por pretexto un temporal (lo que no es lo mismo que por temporal obligado), y porque al saber que el Almirante se hallaba en Jamaica, debió formar y formó sin duda juicio muy distinto del que la sensiblería inspira al histo-

(1) «Gli avete fatto espiare abbastanza il quasi delitto di avere portato il vessillo della Spagna al Nuovo Mondo.»

«Dategli almeno l'onore di aver tentato di ammansare una fiera in forma d'uomo: onore che per voi è vizio,» pág. 60.

(2) Lo he sostenido antes. LA ESPAÑA MODERNA, Junio de 1892, pág. 136.

riador novísimo. Pensaría el Comendador que el Almirante contaba con gente, armas y elementos suficientes para imponerse á los indios de Jamaica, dominar la isla, construir población, edificar casas, fabricar embarcaciones, hacer plantíos; que allí no corría ningún peligro ni le faltaba lo necesario para vivir; que podía ser de utilidad al progreso y civilización de las Antillas. Todo le parecería hacedero menos lo que ocurrió; menos lo que todavía es inconcebible; menos que con tanta gente y más que llevaron expediciones de españoles á la conquista de regiones pobladas de gente belicosa, Colón se decidiera á estar encerrado en barcos inútiles, en lugar malsano, atenido á la contribución voluntaria de víveres con que le favorecían los indígenas, expuesto al incendio que con una flecha pudieran prenderle; gastando en la ociosidad el espíritu y la disciplina de los hombres activos de su mando, aptos para cualquier empresa; originando el descontento, las reconvenciones, el motín, los males todos que á la postre lamentaba en melancólicas quejas. Los sucesos acreditaron que ni peligros corrió ni hubo falta de alimentos en tanto tiempo como la inacción duraba; justifican por consiguiente la apreciación de Ovando al pensar que mejor estaba el Almi-

rante en Jamaica con aquellos poderosos elementos, que en Santo Domingo, donde cabía la posibilidad de que los empleara mal, comprometiendo el orden de la colonia, si á la gente de la expedición se juntaban los paniaguados y los partidarios que tenía en la isla. Discutiendo bien, no deja de encontrarse algo del zorro viejo en la conducta del gobernador; de la hiena, risible es pensarlo.

El Sr. Peragallo conoce, por los documentos que dió á luz la señora duquesa de Alba, las opiniones del Comendador. «Delante de Ervás y del contador, dijo que el Almirante se había querido alzar con la isla, y que así haría agora.» Esto es una calumnia (piensa el calificador de la fiera); mentía Ovando, y antes que él mintieron los cuatro frailes enviados como ejemplaridad por Fr. Francisco de Cisneros, Bobadilla, los testigos llamados al proceso, los investigadores reales. Es falsedad atroz. No lo discuto ahora: más ello es innegable que la especie corría en voz pública y que Ovando por cierta la tenía. ¿Cómo entonces el Sr. Peragallo, cuya buena fe y rectitud de sentimientos me complazco en reconocer, hace capítulo de cargos al ministro que se previene contra el que por enemigo de la paz está señalado? ¿Cómo extraña que antes de admitirle en

la isla de Santo Domingo enviara á tomar informaciones y le exigiera por escrito seguridad de acatar las órdenes de los soberanos?

¿Pero qué mucho, si extraña este señor que se hayan comentado las frases de la carta en que el insigne navegante daba las garantías pedidas? Eso es honra, nos dice, honra que trastrocáis en vicio; es honroso domesticar á los animales dañinos.

Verdaderamente, nada hay más espinoso entre los hombres que estimar las cuestiones que al honor se refieren; si el Sr. Peragallo hace mérito de lamer la mano al que fustiga; si cree honrar á Cristóbal Colón reconociendo que él lo hizo, y que ensalza y sublima la personalidad del gran Almirante con libro en que estampa con tal juicio los análogos, ¿qué le hemos de hacer? Respetar sus creencias y consignar sencillamente nuestras reservas. Posible es que abrigue al mismo tiempo la convicción de haber escrito lecciones honrosas para España, galantes para los escritores del día y justas para la hiena de Ovando, haciéndolo presumir la hermosa declaración del poeta que se apropia,

«Parlo per ver dire

Non per odio d'altrui, nè per disprezzo.»

Recordará, sin embargo, que pensaba también dar culto á la verdad en otro libro en que negó la

existencia de Miguel Muliart ó Muliarte, con cuñado de Colón, con la de Violante Muñiz, hermana de su mujer, y en que disertaba sobre el lema del escudo de armas y de otros particulares con poco conocimiento de causa; prueba de que todos solemos equivocarnos, de que nada más cierto que la sentencia *errare humanum est*.

De mi parte creo, que al haber defendido reputaciones de españoles maltratados en juicio; al negar á Colón condiciones que no tuvo, observaciones que no hizo, inventos que á otros pertenecen; al desconocer en él iniciativa de la idea más grande entre las suyas, de alcanzar por Occidente el país de las especias (en lo que no estoy solo); si le despojo de oropeles con que han cargado su figura entusiastas irreflexivos, respeto el oro de ley probado en la piedra de toque, y le admiro y reverencio como el marino más grande de su siglo, como el hombre que osó poner en práctica lo que soñaban cuando más los otros. Más de una vez he manifestado que, sin tenerle por santo ni por bueno siquiera, sólo por ser autor del lazo que une á las dos partes del mundo, antes separadas y desconocidas entre sí, tiene bastante para gozar fama sin igual. Puedo asimismo errar habiendo recargado algún concepto; mas tengo de-

recho á sostener la sinceridad y la buena intención que me han guiado y espero me autorice el Sr. Peragallo para escribir

Anche io parlo per ver dire.

Ultima rectificación. Entre lo mucho que se ha escrito últimamente en España, contadas las producciones de los inscritos por el Sr. Peragallo en la escuela anticolombina, por otros calificados de detractores del Almirante, y aun de canes que ladran á la luna (1), no se halla frase parecida á esta. «El centenario del descubrimiento de América ha servido para descubrir que la fama de Colón es injustificada.» No pertenece á ninguno de los *cruzados nuevos*; es de autor francés (2).

Cuantos procuraron deshacer lo que yo he llamado con alguna razón leyenda poética, son contrarios á la novedad infiltrada en las brillantes páginas de Irving y Lamartine, y no innovadores como el señor Peragallo presume. Cuadráranles mejor el dictado de *cruzados viejos*, si alguno necesitan ó merecen, en concepto de que van derechos á restablecer en su integridad las estimaciones, los conceptos antiguos, en mal hora alterados por

(1) LA ESPAÑA MODERNA, Setiembre de 1892, pág. 182.

(2) Idem, íd., pág. 184.

la novelería de la ingratitude *, la perfidia, la ignorancia, la envidia, el fanatismo, etc., etc., con que nos han obsequiado pensadores de fuera de casa. Se prueba con las opiniones, reinantes al cumplirse el primer Centenario, que conocemos por declaración del P. Fr. Luis de León y de Abrahám Ortelio (1) y por las que dominaban en el Centenario tercero, de que nos dió idea el Duque de Almodóvar (2). De las que predominaron en el segundo, no habíamos recogido apuntes; supliremos ahora la falta con mención de un autor no registrado en la bibliografía de la Academia de la Historia.

El doctor Gonzalo de Illescas, abad de San Frontes y beneficiado de Dueñas, autor de la *Historia pontifical y católica*, en la segunda parte (3), libro VI, fol. 130, tratando del descubrimiento de las Indias, después de referir la aventura del piloto náufrago (Alonso Sánchez de Huelva), cuenta que murió en casa de Cristóbal Colón, nacido en Nerví, aldea de pocas casas, junto á Génova. Comenzó éste á levantar los pensamientos, dice, porque era

animosísimo, y habiendo dado pasos infructuosos (que refiere), vino se desesperado á Castilla; comunicó sus imaginaciones con Martín Hernández Pinzón, gran piloto, y de consejo de éste y de fray Juan Pérez de Marchena puso en plática su negocio... Para que armase los navíos que le pareciesen necesarios, diéronsele diez y seis mil ducados, que se tomaron prestados de Luis de Santángel. En Palos de Moguer tomó compañía con Martín Hernández Pinzón y con Alonso Pinzón, su hermano, los cuales armaron tres carabelas, y de cada una de ellas fué capitán uno de los Pinzones, de las dos, y Bartolomé Colón de la otra (*sic*) y Cristóbal Colón tomó el título de capitán general de la flota... Descubrió tierra Rodrigo de Terrazas (*sic*) con el regocijo posible... Llamamos Indias, continúa, á todas las tierras que entonces y después se descubrieron, porque no supimos otros nombres que les dar, aunque en la verdad, no había por qué se llamasen así. Honraron los reyes á Colón muy mucho... diéronles armas como á caballeros y puso Colón en ellas esta letra por orla... En otro viaje... hizo ásperos castigos, ahorcando y azotando con crueldad, de donde nacieron entre Cristóbal y fray Buil grandes pasiones... los reyes se contentaron con reprender de palabra, y le hi-

* *Felina*, según el Sr. Peragallo.

(1) LA ESPAÑA MODERNA, Junio de 1893, página 158.

(2) Idem, Marzo de 1893, pág. 184.

(3) Barcelona, por Sebastián de Cormellas, 1622.

cieron nuevas mercedes... Enviado por Bobadilla con grillos, por mandado del rey se le quitaron para que fuese á la corte. Oyéronse sus disculpas, pero todavía le quitaron la gobernación, de que no fué poca la tristeza y afrenta que recibió... Estando en Valladolid, en el año de 1506, murió de su enfermedad y fué llevado su cuerpo á sepultar á las Cuevas de Sevilla.

»Merece, cierto, Cristóval Colon eterno loor y fama, por haber emprendido la más hazañosa cosa que jamás vimos ni leímos. Que si bien se considera, él dió principio á la más importantísima cosa de cuantas hombre en el mundo imaginó. Era hombre bien dispuesto, recio de condición y muy iracundo, como

suelen por la mayor parte ser los hombres que de baja fortuna suben á más de lo que pensaron. Su grandísimo ánimo no es menester encarcerle más de ver lo que hizo, que aun osarlo pensar pareció locura, cuanto más aventurarse á navegar por donde nunca ningún hombre navegó. Es tan inmensurable la multitud de gentes que por su causa se han convertido, que más se puede admirar el hombre que encarecer un negocio tan grande.»

Corrigiendo los lapsos, en este epítome se encierra el concepto colombino de los españoles en tres siglos. Esperemos que tanto como el moderno del Sr. Peragallo ha de estudiarse cuando se escriba la historia definitiva de Cristóbal Colón.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Africa y Asia.—Conflicto hispano con el Riff.—Nuestros enemigos.—Lejanos ideales hispánicos respecto de Marruecos.—Imprescindible necesidad de aplazar su cumplimiento.—Rusia.—Los rusos en Francia.—Causas ocasionales de la inteligencia entre rusos y franceses.—Paz en Oriente y paz en Occidente.—Los partidos de Grecia y el rey Jorge.—Concentración del pensamiento heleno en las economías.—Estado angustioso de Italia.—Discurso del primer ministro.—La muerte del duque de Magenta.—La escuadra inglesa en aguas italianas.—Austria y el sufragio universal.—Adhesiones á la reforma ideada por Taafe.—Alemania y sus armamentos.—Quejas de Baviera.—Monarquías del Norte.—Comicios de Suiza.—Conclusión.

Gravísimos acontecimientos cambian hoy la faz política de nuestra Europa. Por la recepción de los rusos en París, el Oriente y Asia se llevan tras de sí una parte magna del público interés; por el combate de los españoles con los marroquíes, otra parte magna se la llevan el Occidente y Africa. Ocultaría mis afectos más profundos si ocultara el inmenso dolor con que veo mi patria hoy comprometida en una terrible guerra. No hay que guardar más ilusiones. Las escaramuzas, los tiroteos, las defensas, los ataques rápidos; todo cuanto de consuetudinario hacíamos en Melilla, sin gravedad alguna y sin trascendencia de ningún género á la política general, hase trocado en una campaña formidable, donde se mostrará una vez más el valor de nuestra raza, valor sin igual, y los empujes de un ejército, audaz como los viejos galos y paciente como los fuertes alemanes, pero donde perderemos, por la sangría suelta de una guerra inacabable y por los dispendios de unos gastos enormes, las fuerzas que necesitábamos para la organización de nuestra democracia en la paz y en la libertad. No faltará sentimiento unánime del pueblo, fulguración sublime de nuestro espíritu nacional, suma de todas las clases

y de todos los partidos en iguales afectos, rasgos de verdadero heroísmo como los mayores de nuestra historia, empuje incontrastable del ejército, hazañas y milagros dignos todos de ser puestos en épicas estrofas, añadiendo una página de gloria inmarcesible más á tantas como componen el poema de nuestros anales; y no cabe duda que saldremos victoriosos de la empresa por nuestro esfuerzo; pero tampoco cabe dudar que retrocederemos en la obra de nuestra restauración económica y al término del sacrificio y del martirio casi religiosos, nos encontraremos con cosa tan prosaica y tan triste como una retrogradación en las saludables combinaciones del bien calculado presupuesto. Pero ¿qué hacer? La fatalidad se ha levantado sobre todo, con sus soberanas imposiciones; y no queda otro recurso que pelear con las virtudes antiguas y mantener, cuantos por nuestra pluma y nuestra palabra influimos en la opinión el ánimo de los que combaten y mueren. El enemigo es de lo más formidable que puede imaginarse. Descendiente de los antiguos árabes hispánicos, educado por una religión de disciplina y de combate, desde su niñez hecho á la pelea, curtido en guerras sin fin y encuentros

sin número, con toda clase de armas asistido, semejantes á órganos propios de su natural organismo, no tiene más rivales que los españoles en pelear cuerpo á cuerpo, pues parece unido y desposado con la muerte.

Así, no debe maravillarnos lo que pasa en Melilla, y donde quiera tropiezan los árabes con algún recuerdo vivo de su perdida soberanía y de su vasto imperio. Compuesta la gente del Mogreb, amén del viejo indigenato, perdurable casi, cuya historia y origen se desconocen, por los reflujos de los árabes hispanos al Africa desde sus paraísos del Andalus, no puede jamás conjurar el mesiánico ensueño de un próximo regreso á donde tan felices fueron y de un recobro súbito de aquellos esplendores con que brillaban en otro mejor tiempo. Junto al corazón llevan el alfanje ó gumía, y junto á la gumía del combate perpetuo llevan la llave que debe abrirles las puertas de los hogares abandonados por sus padres en Córdoba y Sevilla y Granada, donde aún suenan las guzlas acompañando con sus rasgueos á los romances y difundiendo notas en el aire tan melancólicas y dulces como el susurro de las brisas aromadas por los jazmines y como los balanceos del cogollo de las

palmas en los altos cielos. ¡Ah! Ceuta, Melilla, Chafarinas, Alhucemas, los puntos hispanos de Africa representan los jalones puestos por nosotros, como contrafuertes detentores de la inundación perdurable con que sueñan aquellos, y de aquí encuentros y conflictos sin tregua, los cuales no tendrán más término que una imposición forzosa en Marruecos del dominio cristiano como en Egipto, como en Argel, como en Túnez. Y este dominio pertenece de suyo á las naciones que la geografía y la historia designan para tal fin; por las cuales designaciones nos pertenece á nosotros el imperio de Marruecos, de cuya integridad debemos curarnos con celo hasta que suene la hora de cumplir y realizar nuestros antiquísimos derechos.

Los recuerdos de Africa en Occidente nos traen á la memoria recuerdos de Asia, recuerdos de Oriente, y los recuerdos de Asia y de Oriente nos traen á la memoria Rusia, invasora cada día mayor del mundo asiático y protagonista hoy del continente europeo. Imposible decir cómo los franceses han recibido á la marina rusa en Tolón y cómo luego han festejado en París y en toda Francia los amados huéspedes. Ha rayado el entusiasmo en de-

lirio, y el delirio en frenesí. La nación del progreso unida con el imperio de la inmovilidad ofrecen un tan extraño espectáculo, que atrae y fija naturalmente la universal atención, como todo cuanto es singularísimo. Ríense mucho los alemanes de este matrimonio parecido al de la serenísima República veneciana con el Gran Turco; pero, fuerza es decirlo, si hay una contradicción patente de los afectos del pueblo francés respecto de Rusia con sus ministerios providenciales ó históricos, hay otra contradicción mayor en el pueblo italiano al aliarse con aquellos bárbaros, como les llamaban ellos á los alemanes, que tuvieron puesto el pie tanto tiempo sobre la garganta de Italia. Los dos pueblos latinos hanse arreglado de modo, allá en la sirte de sus emulaciones y rivalidades, que, si triunfa uno de los contendientes, desaparece Italia, y si triunfa otro de los contendientes, Francia, mientras á los dos monstruosos imperios, que han de luchar tras estos hermanos en guerra, nada puede sobrevenirles y quedarán íntegros é incólumes en sus respectivos territorios, perdiendo en el caso más nefasto para ella, Prusia su Alsacia y su Lorena, mientras que nada perderá en caso alguno Rusia.

Seamos justos. Hubo un momento, en el cual Francia, por todos los pueblos abandonada sin compasión á su infortunio, no tuvo más que un amigo en Europa y en América: el czar Alejandro II. Por ese apego de los espíritus débiles á la conquista y á la fuerza, todos se iban á una con los alemanes y se reían de los franceses. Hasta un historiador tan eminente como el anglo-americano Bancroffth, egregio ministro de los Estados Unidos, osó comparar la confederación germánica, fundada por la fuerza y la conquista, con la confederación sajona, fundada por la libertad y por el derecho. Si Dios no pone tiento en su pluma, hubiese ido hasta confundir al férreo Moltke, de roja sangre manchado, con el dulce Washington, esclarecido por las más progresivas y luminosas ideas. Así, Víctor Hugo fustigó al historiador diplomático en fulminantes versos dantescos, clavando su memoria sobre la picota, donde se penan las grandes ingratitudes colectivas y seculares. Lafayette sirvió al poeta contra semejante cortesano de Bismarck. Imperaba una tan extraordinaria enemiga entonces contra Francia, que, sin haber pasado un lustro siquiera de su derrota, Bismarck intentó

exterminarla y se apercibió á nueva guerra, en fines del 74, para perpetrar esta obra de radical exterminio. Pero, sabedor de ello Alejandro II, opúsose con todas sus fuerzas, evitando así un atentado que hubiera sido verdadera catástrofe, no sólo del pueblo francés, de toda la humanidad y de toda la tierra. Ahí está el antecedente verdadero y casi único, en torno del cual, como en torno de un solo núcleo, se ha condensado esta especie de amistad entre Francia y Rusia, que precede á las grandes y definitivas alianzas.

Con estas alianzas entre Rusia y Francia, como con esos alardeos del Riff ante Melilla, no nos llega hoy la camisa al cuerpo, en el amor inextinguible nuestro á la paz universal, que deseamos con vivísimo deseo así en Oriente como en Occidente. Los cambios en el gobierno helénico, efectuados por el rey de Grecia contra la voluntad y la idea de los partidos en esta nación militantes, dentro de sus asambleas y de sus ministerios enseñan cómo á los viejos ideales de reconquistas y de ambiciones, hoy se anteponen y sobreponen, por una fatalidad invencible, los problemas económicos en toda su desnudez y en toda su fuerza. Mientras los sendos

jefes enemigos del partido nacional, roto en dos fracciones capitales, pugnaban entre sí por extensiones de territorios y engrandecimientos futuros que debían llegar desde Creta y Chipre hasta Salónica y Bizancio, el rey, viendo venirle una irreparable bancarrota encima, nombró un Ministerio de Negocios, presidido por el patriota Estiripoulos, y encargado de consagrarse pura y simplemente al presupuesto. En otro tiempo hubiérase costado una salida de tal género á este monarca su corona; pero en el estado presente de los negocios públicos, la salud general del pueblo priva sobre todo y el arreglo económico se impone á todos con una soberana imposición. Muchísimos obstáculos ha tenido que remover el rey para un arreglo así. Durante largos períodos no se permitía Grecia hora de reposo en la reconstitución de su nacionalidad, tan querida de los pensadores como de los poetas, ni en la difusión de sus ideales y de sus esperanzas entre todas las regiones, donde se practicó un tiempo la religión del helenismo. Excitábanla de continuo á ello, no solamente los impulsos de su corazón y de su voluntad naturales, el cuadro de perspectivas trazadas ante sus ojos por los profetas del humano progreso. Así, todo se lo

imaginaba permitido á su deseo y todo realizado en sus esperanzas. Si la extensión de su dominio hasta Macedonia la indisponía con Servia y Bulgaria y Austria; si la suma de Creta y los cretenses á su Estado la exponía de seguro á un choque tremendo con Turquía; si el regreso de Chipre á su seno molestaba con punzantes molestias á la misma Inglaterra que tan generosa estuvo al devolver el archipiélago jonio; si el sueño con Bizancio iba cargado de una guerra con Rusia y quizá del conflicto universal europeo, nada le importaba; lo esencial para ella consistía en rehacer su nacionalidad histórica y defender el helenismo desde Sicilia y Egipto hasta Siria y Judea y Mongolia y las Indias. El empuje fué tan fuerte y el deseo llegó tan lejos, que un día, las mismas naciones protectoras suyas, las que le prestaran sus armadas en el momento y ocasión de sus combates, contribuyendo en una guerra heroica con mil esfuerzos á su reconstitución y restablecimiento, al ver cómo suscitaba dificultades do quier en su inquieta impaciencia, mandáronle sus barcos, no para sostenerla y auxiliarla cual en otros tiempos, para con empeño á razón reducirla y meterla en cintura por temor de que ardiese

todo el planeta nuestro al incendio prendido por las desatentadas y perdurables aspiraciones suyas. Grecia en redondo ha virado ahora y sólo piensa en sus economías.

Todo esto, considerado en el orden general de las causas primeras, dice cómo reina en Oriente la misma necesidad que reina en Occidente, y cómo, por verdadera conjuración de las circunstancias, ajena de suyo á cada voluntad individual, y aun á las voluntades colectivas, poco á poco pasamos del tipo social guerrero y de combate al tipo social trabajador y de industria, cual pasáramos en el siglo último por la revolución francesa del tipo feudal á este parlamentario que ha determinado los hechos y compuesto los organismos en el corriente siglo. Necesita renunciar Grecia, por ineludible ley, á los ensueños de superior engrandecimiento que avivaron su imaginación en otros días; necesita renunciar Italia, sin tardanza ni reparo, á los armamentos pedidos por la triple alianza y á los dispendios ocasionados por la megalomanía de sus partidarios; y nosotros, nuestra nación, á la manera de Italia y Grecia, necesitamos divertir el pensamiento de aquello que no toque al arreglo de nuestra cues-

tion económica y no lleve á la nivelación de los presupuestos, destinada, en último término, á robustecer nuestra compleción y á vigorizar nuestras fuerzas para el cumplimiento lejano, pero seguro, de nuestras múltiples finalidades históricas. Nada de cruentos combates inútiles; nada de bélicas empresas; nada de costosos engrandecimientos territoriales; nada de conquista: lo que necesita Europa en Oriente y en Occidente, dentro de la libertad adquirida y para bien de la democracia recién advenida tras costosísimos esfuerzos, es paz y trabajo, desarme pronto y progreso continuo. En este camino ha entrado Grecia con grande gloria suya.

Ojalá pudiéramos decir de Italia lo mismo que de Grecia decimos. Ojalá pudiéramos verla divertirse de la triple alianza y encerrarse dentro del problema de su reconstitución económica. Todo le señala en esta hora suprema tal vía de procedimiento en su política: el presupuesto enorme, la cuestión monetaria en que necesita por completo el auxilio de Francia, los cambios por su triste ascenso, las rentas por su baja, el clamoreo de los pueblos amenazados del hambre, la invasión del socialismo en los campos, la im-

posibilidad absoluta de continuar con los armamentos marítimos y terrestres, la guerra social de Sicilia, donde brota en cada piedra una revolución catilinaria tan fragorosa y terrible como los estallidos del Etna, la sublevación del sentimiento público, unánime contra los escándalos del Banco y del Tesoro, así como contra los gastos horribles de aquella malherida Hacienda. Y lo peor de todo es que, hallándose conformes los estadistas italianos en la intensidad del mal, ninguno se arresta con decisión á proponer el remedio que se halla en la economía sistematizada y en el desarme inmediato. Todo lo contrario; parece haber empeño arriba en recrudecer la llaga de abajo. El primer ministro, Giolitti, se recluye y encierra dentro de un socialismo germano, que llega, en su desvarío, hasta proponer el devastador impuesto progresivo, en el cual van los gérmenes de un despojo cierto; y su competidor, el célebre Rudini, declama con vigorosa elocuencia contra quien le ha sucedido, y no propone cosa ninguna práctica en sustitución y reemplazo de tan funesta política. Dado todo esto, no puede maravillarnos la formación lenta y segura de un partido que, comprendiendo la imposibilidad completa de mejorar el estado económico en Italia, si el estado político no se mejora primero, proponga el rompimiento con la triple alianza y el presupuesto de la paz y de la libertad. Bien es cierto que la presencia de los rusos en París parece que aprieta los lazos diplomáticos de la Italia con las potencias centrales y el cambio de cumplimientos con los ingleses que los sujeta por necesidad á una política exterior activa, y por ende incompatible con la economía y con el recogimiento. Pero mientras en el gobierno de Inglaterra se hallen los liberales, no corre la paz europea riesgo ninguno, si acontecimientos extraños á su voluntad, no despertasen, como en la cuestión de Egipto, el espíritu público, y no impusiesen á Gladstone soluciones contrarias á su opinión y á su conciencia. Cuando ve uno juntarse para honrar á Mac-Mahon en sus funerales, la Rusia de Sebastopol y la Germania de Sedán y el Austria de Magenta con Francia é Italia, obligadas naturalmente á esos mismos honores por los servicios directos que les prestara el ilustre difunto, no puede menos de dolerse del imperio de la guerra, cuando se necesita llorar á los mismos con quienes se ha combatido, y convenir

en que los diversos espíritus de raza y de nación, á primera vista enemigos y contradictorios, se juntan en la vida universal por armonías tan necesarias como las de lo claro con lo oscuro en la pintura, y la del tono grave con el tono agudo en la música.

El Austria, por su parte, le vuelve á la guerra sus espaldas y á la democracia su cara. En vano los rusos amontonan fuerzas y más fuerzas sobre la frontera de Galitzia; en vano los serbios por un lado y los turcos por otro, conspiran contra la dominación austriaca sobre Bosnia y Herzegovina; en vano los griegos piden Salónica en Macedonia requerida por el Imperio, y los italianos el Trentino y Trieste por el Imperio de antiguo poseídas; en vano combaten á muerte los tcheques con los alemanes en Bohemia y los transylbanos con los magyares en Hungría; en vano el panslavismo entra dentro de Riga y de Dalmacia; ni la declaración del estado de sitio puesto á Praga, ni las prisiones de rumanos últimamente decretadas, ni la grande agitación del clero húngaro por una reforma tan indispensable como el matrimonio civil, ni las conjuras de Belgrado para contrastar la tutela en la vecindad, logran desconcertarla, y como quien

no quiere la cosa, sin advertencias inútiles ni augurios, presenta en las Cámaras el sufragio universal, desconcertador de tantas oligarquías como allí asedian la superioridad del Estado y consagrador autorizadísimo de ese espíritu moderno, en cuyo vivaz oxígeno habrán de vivir, quieran ó no, de hoy en adelante, sin excepción alguna, todos los pueblos europeos. Mucho se ha dicho de la destreza del ministro Taafe, un equilibrista de primer orden, cuya ciencia y experiencia sumas mantienen un equilibrio tan inestable como el equilibrio austriaco, y conciertan y concuerdan unos factores tan desconcertados y tan discordes como los que hay en aquella confederación: el proyecto de ahora prevalecerá con seguridad por contrario así al feudalismo de los grandes caciques acostumbrados á una triste y arqueológica soberanía, como á las tendencias separatistas de los muñidores y de los oligarcas que detestan el estado moderno y habrán por tanto de ahogarse dentro del derecho de todos, como esos monstruos que, nacidos para una inferior atmósfera de hidrógeno, se ahogan los infelices cuando se les cierra el acceso al agua y tienen que respirar en el aire. La opinión de cuantos amamos la democra-

cia está con el conde Taafe ahora en comunión completa, y no cree posible pérdida su influencia, ni aun saliendo del gobierno.

En Alemania, por lo contrario, empieza hoy á sentirse la falta cometida con la triste aceptación de los proyectos militares votados en el Parlamento central, que traen aparejadas insufribles contribuciones, bajo cuyo peso todo trabajo y toda industria sucumben. El pueblo de mejor pasta en la confederación germánica es el pueblo de Baviera. Ninguno tan adicto á sus reyes, por malos que sean, y ninguno tan solícito en el cumplimiento de sus deberes, por penosos que le parezcan. Y, sin embargo, se han reunido estos días las Cámaras y ha estallado en ellas una oposición formidable á la política militar vigente. Las cargas impuestas sobre materia de tan primer necesidad para los alemanes como el tabaco, les parecen á las gentes aquellas insufribles y se proponen sacudirlas en cuanto puedan, ó por lo menos mermarlas con una fuerza de voluntad y un arrebató de sentimiento casi meridionales. Orador se ha levantado en el Congreso, que ha dicho cómo no puede sufrirse ya el impuesto sobre los tabacos, cuya percepción promueve muchísimas protestas; pero que, siendo de te-

mer con el aumento de gastos impuestos abrumadores también sobre las cervezas, podrían llegar los disgustos de las clases trabajadoras, y sus naturales malquerenciar de un régimen económico tan odioso, hasta el extremo de promover una revolución. Convengamos en que no llegarán á tanto nunca; pero confesemos que la organización militar y de impuestos, dada con tan escasa reflexión por los más fuertes imperios á su presupuesto y á su Estado, trae un malestar tan profundo consigo, que podremos caer todos aplastados á una bajo su inmensa pesadumbre, pues nos agobia con esfuerzos superiores á las fuerzas de nuestra resistencia.

Muchas dificultades existen de antiguo entre los monarcas de Alemania y sus pueblos, entre los emperadores de Austria y sus pueblos, entre los reyes, así de Dinamarca como de Suecia y sus pueblos; pero nunca llega la sangre al río. Adulan menos en el Norte á sus monarcas que en el Mediodía, y los conservan más tiempo. El rey de Dinamarca lleva diez y siete ó más años de mala inteligencia con su Cámara popular y no le sucede por eso cosa ninguna de importancia. Los diputados no se cansan de dar al primer ministro votos de censura,

ni el rey muestras de confianza. En Alemania sucede un tanto de lo mismo. Dotado Guillermo de numerosa prole, necesita vivienda mayor que la recibida de sus abuelos para familia tan copiosa; por lo menos, necesita jardines donde puedan correr y explayarse los pequeños en la inquietud natural á los difícilísimos crecimientos de la infancia. Pidió humilde al burgomaestre la cesión por el Municipio á su palacio de un jardín público abierto á sus puertas; y no lo ha consentido el Municipio, votando unánime contra el regalo. No así en Austria. Lo mismo el primer ministro de Pesth, que el primer ministro de Viena, el uno para sostener su matrimonio civil, y el otro para sostener su sufragio universal, reformas tan radicales, hanse parapetado tras la voluntad omnipotente del Emperador: á consecuencia de ambos proyectos, han caído sobre los dos estadistas las sendas oposiciones en un ataque sin piedad, y del Emperador no han dicho ni una sola palabra. Pero lo más extraño es lo sucedido en Cristianía últimamente. No conozco pueblo alguno donde haya tomado el disentiimiento entre la monarquía y la nación el aspecto casi revolucionario que acaba de tomar en la Noruega de los radicales casi separatistas. La mayoría del Parlamento aquel no ceja en sus protestas y en sus votaciones contra el ministerio designado por la regia voluntad del monarca. Se han decretado recompensas á los ministros despedidos por el rey; se ha propuesto en plena Cámara quitar de las banderas las signos comunes á la dinastía única que reina en los dos pueblos; se ha querido hasta borrar la lista civil del monarca, y negar el pago de los tributos, negándose á votarlos en las Cortes. Y, sin embargo, hace pocos días el rey se ha trasladado de la capital de Suecia, Stokolmo, á la capital de Noruega, Cristianía; y les ha faltado tiempo á los medioinsurrectos de esta democrática ilustre ciudad para ofrecer toda clase de obsequios y darle los más clamorosos vivas que hayan allí nunca llenado los aires con sus acentos y con sus ecos. Iba el rey acompañado de la reina, como para que le sirviera de natural escudo contra cualquier irreverencia, imposible de todo punto en pueblo tan varonil, y, por lo mismo, tan cortés con las damas, como este pueblo escandinavo. Además, había-se vestido Oscar con uniforme de la marina noruega, el arma en aquel pueblo de mareantes más popular y más amada, y que, por lo mismo, le prometía mayores

muestras de adhesión y más ruidosos aplausos. En verdad no marró su esperanza. El pueblo estuvo en consonancia y concordia con el rey, esmerándose unánime y de suyo en hacer el recibimiento lo más agradable que pudiera ser, dadas tan contrarias circunstancias. Ciertamente que circuló un artículo del inspirado patriota Biöronson, escrito con el calor de estilo y la copia de pensamientos que todos admiramos en sus obras inmortales, y consagrado á recordar al monarca las grandes aspiraciones del pueblo, y á decirle con lisura cómo este rasgaría el pacto sinagmático que con él y con Suecia tiene firmado, si sus derechos no se respetaban y no se satisfacían sus aspiraciones constantes. Pero, por casualidad, se daba en la noche misma de su llegada uno de los dramas antiguos más brillantes de quien tiene con Ibsen dividido el imperio de un teatro, que tanto lustre ha dado á Noruega en el corriente siglo, poniendo su nombre allá en el templo de las naciones europeas progresivas y reveladoras. Los reyes, como si del artículo de su gran súbdito radical no se hubiesen enterado, acudieron á la fiesta, y tomando hábil iniciativa en el señalamiento y subrayación de los aplausos, dieron una muestra ma-

quiavélica de su asociación á esta gloria nacional. Así los litigios entre las monarquías todas del Norte y sus pueblos continúan en forma legal y cortés, pero sin exposición de caer en las revoluciones. Dios lo quiera. Nosotros aborrecemos la guerra con la revolución y deseamos la paz con la libertad.

Mientras todo esto pasa entre reyes y naciones; á la callada, y sin que nadie fije su atención en ello, reúnen unos modestos comicios en el pueblo más libre de Europa, y ejercen su incontestada soberanía con plena voluntad y conciencia. Me refiero á Suiza. Bien dijo quien dijo que son los mejores pueblos aquellos de quienes como de las mujeres honradas, no se dice ni se cuenta cosa ninguna. Mientras las elecciones últimas de Alemania levantaban un ruido tan fragoroso, y los congresos de Austria no se dieron punto de descanso en materia de riñas inverosímiles; todo un pueblo se reúne, sin violencias y sin desórdenes, movido por desinteresados móviles, á designar los por él preferidos para representarle y dirigirle con la calma inspirada por la convicción íntima de que guarda su indispensable dominio sobre sí mismo, y no tiene más rey que su Dios, protector eterno de

la patria. Jamás acostumbró Suiza, en sus porfías electorales, á emplear los instrumentos de combate que suelen esgrimirse por regla general en Francia. Nada de aquellos juicios contradictorios en que los contendientes se ponen unos á otros como no digan dueñas; nada de aquellas asambleas públicas en que se pegan y se hieren entre sí los electores después del calumnioso insulto recíproco; nada de aquellos abigarrados carteles que mezclan á los nombres resonantes los programas absurdos en llamativos colorines y recortes multiformes; nada de aquellas mutuas biografías libeleucas por las cuales unos refieren la vida y milagros de los otros en abultamientos muy hostiles: entre los helvecios comienza el combate electoral desde los primeros años y se inicia el político en los misterios de su arte por los grados inferiores de las carreras respectivas, por el Municipio, por el cantón, por el comité, sin penetrar en el Estado federal ó nacional, en los grandes Consejos centrales, si no tras una especie de sucesivas laminaciones que lo afinan para la representación parlamentaria superior y para el gobierno, en una enseñanza práctica donde se conocen, y se prueban, y se calan los grandes ciudadanos. Allí el comicio de la Cámara nacional es muy numeroso y puede votar una larga lista de diputados, en la cual cabe con holgura esa representación de las minorías, entre nosotros expuesta de suyo á innumerables abusos, y en Suiza tan favorable á la verdad moral y real del voto y del pensamiento colectivo. Circunscripciones hay, como la circunscripción de Zurich, en que los partidos todos, de común acuerdo, conociendo matemáticamente, por una larga experiencia y por una sabia estadística, las fuerzas respectivas de cada grupo y el número de adeptos inscritos en cada bandera, señalan de antemano los candidatos á elegir, hasta entre sus mismos contrarios, y los votan á una, con tal conciencia de lo propuesto y con tal seguridad del resultado, que debe maravillarnos y servirnos de luminoso ejemplo, á nosotros los españoles, tan infelices en nuestras costumbres electorales, cada día más perversas. Dos fenómenos se han en estos comicios últimos señalado al observador: primero, la inclinación de los católicos á un socialismo vago, como el mantenido en reuniones públicas y asambleas parlamentarias por el célebre orador Mun, y una eliminación cada día mayor del antiguo

socialismo clásico, muy militante y muy combatiente. Las elecciones del cantón de Ginebra, interesantísimas de suyo por el carácter latino de sus pobladores y por la lengua francesa, han dado el triunfo á las agrupaciones de nuestras preferencias, al partido liberal contra los radicales, y han desairado mucho el viejo socialismo disminuido en importancia y falta de adherentes. Holguémonos con este maravillosísimo espectáculo presentado por un pueblo donde los ideales de toda nuestra vida se cumplen y realizan de suyo, sin esos estremecimientos que la libertad entera y absoluta suele prestar á pueblos donde no alcanza la consistencia dada por el tiempo á todo cuanto conserva con su asistencia casi divina. Mas, lo que principalmente nos complace á nosotros es la unanimidad en su política exterior de tan experto pueblo. No hay un solo elector allí que, al depositar en la urna su

voto, no deposite un redondo sí á la neutralidad consagrada en los tratados y defendida por un ejército compuesto de la nación entera y armada para defender su voluntad y cumplirla. El ejercicio de la diplomacia por las muchedumbres, tan poco diplomáticas de suyo, asombra el ánimo en las elecciones helvecias, donde ha quedado confirmada la neutralidad por todos, así como lo asombra en la recepción dispensada por los franceses á los rusos, donde no ha habido una voz discrepante ni temeraria, en millones de personas, que haya desconcertado el tácito convenio entre todos. De tal suerte demostramos los iniciadores en la juventud del movimiento democrático español, cómo no erramos promoviéndolo, y aun bien dirigido por nuestros herederos y sucesores ha de darles, con un progreso continuo, la paz y la libertad.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

En rigor, pocas líneas bastarían para dar cuenta de los libros españoles publicados durante los últimos treinta días. Y no es de extrañar que así suceda. Los contados escritores que tienen todavía la abnegación de publicar sus obras las ven amarillear, tras los vidrios de las librerías, sin que parezca un lector caritativo decidido á sacarlas de su cautiverio. La crisis del libro que tanto dió que hablar en Francia, hace en España verdaderos estragos. El periódico, con su literatura fragmentaria y con el interés que siempre despiertan las cuestiones del momento, basta por sí solo para entretener la efímera curiosidad del gran público. La obra meditada, el estudio concienzudo, que al mismo tiempo que hace sentir hace pensar, en una palabra, la literatura grande y grave, no tiene lectores. El cuento

ha sustituido á la novela, el folleto al *infolio*, el epitome á la historia, las *chispas* al poema. En medio del torbellino que nos arrastra, no tenemos tiempo ni de meditar ni de contemplar; buscamos impresiones vivas y continuadas, no la emoción lenta y tranquila que produce la belleza. Por otra parte, la sociedad presente es una especie de Liliput. Todo ha menguado, todo se achica y empequeñece. En arquitectura, el ladrillo ha sustituido al sillar; en pintura, la acuarela, la manchita de color, los *caprichos* de plato, de abanico ó de pandereta, reemplazan á los grandes lienzos en que el artista agotaba todo el raudal de su inspiración; en escultura, el *bibelot* y el barroco, son preferibles á la estatua, y, en el teatro, el sainete vence al drama y á la comedia.

Esta misma pequeñez se echa de

ver en todo, en las ruindades de la política como en las costumbres privadas, en la esfera del pensar como en la del sentir, en las acciones como en los caracteres. Ha pasado el tiempo de las grandes ideas y de los grandes entusiasmos, y la fe de nuestros mayores, su arrebatadora elocuencia, sus temerarias empresas, cuanto constituye la historia del pasado, antójasenos á nosotros, hijos de una sociedad enteca y raquítica, algo parecido á lo que sería, para un pueblo de enanos, un museo en donde se guardasen armaduras de gigantes.

Siendo esto así, se incurriría en injusticia echando al artista culpas que en rigor no son exclusivamente suyas. En toda obra de arte, el público pone en ella tanto por lo menos como el autor. El artista se encuentra siempre hecha una gran parte de su trabajo. En el *Quijote*, por ejemplo, al par que la inspiración personal de Cervantes, entran, como elementos creadores, el ideal colectivo de la España del siglo xvi, la lozana fantasía de aquel siglo, la tendencia que dominaba entonces hacia las concepciones sintéticas, el vigor de los caracteres, la rica savia que rebosaba por todas las partes de la sociedad española. Cuando todos los hombres piensan alto y sienten hondo, ¿qué mucho que el artista sienta y piense

como ellos? El lenguaje de Cervantes, que tanto nos encanta y maravilla, era el lenguaje corriente: las obras más insignificantes del siglo xvi están bien escritas. El modelo artístico aparecía en todas partes, en el historiador que narraba gravemente los hechos, en el comediante que recitaba sus farsas al aire libre, en el teólogo y en el hombre de Estado, en el soldado y en el poeta. El libro de rezo y el romance popular, el sermón y la arenga, hasta la conversación familiar (testigo, Santa Teresa), hasta los documentos públicos, hasta las cartas privadas, eran como otros tantos maestros cuyas lecciones no interrumpidas labraban el ingenio del escritor. El artista apenas si tenía que hacer otra cosa que copiar, y su obra era grande y hermosa porque grande y hermoso era todo lo que sus ojos veían. De esta suerte se explica, fácilmente, por qué en un período brevísimo brillan en las diversas esferas del arte y de la ciencia, y, en general de la vida, tantos hombres extraordinarios como florecieron en el llamado siglo de oro. Los grandes artistas son como los grandes generales: vencen, no sólo por su genio, sino por los soldados que acaudillan. Sin los tercios españoles, ni Gonzalo de Córdoba, ni Antonio de Leiva, ni Hernán Cortés, ni don

Juan de Austria..., hubiesen dado cima á sus gloriosas hazañas. Sin los grandes elementos que colaboraron en las obras de Lope, de Fray Luis, de Cervantes, no hubieran producido estos egregios escritores las maravillas que legaron á la posteridad.

Hoy, cuando queremos producir algo artístico, tenemos por fuerza que apartarnos de lo presente para buscarlo en aquellas sociedades muertas. En la obras de los autores pasados vamos á perfeccionar nuestro lenguaje, en ellas tratamos de formar nuestro estilo, y allí, en una palabra, buscamos nuestros modelos. De aquí cierto sello de afectación que se advierte hasta en los escritos de los más renombrados autores de nuestros días, de aquí también la diferencia que al presente separa el lenguaje literario del lenguaje usual, hasta el punto de que ambos parecen dialectos de una misma lengua...

Dejando á un lado estas consideraciones y otras que fácilmente se desprenden de las apuntadas, y volviendo al asunto que las ha motivado, es evidente que la escasa talla de nuestros escritores (salvo, por su puesto, excepciones horrorísimas,) depende muy principalmente de la esterilidad y pequeñez del medio social en que viven. En el teatro aún más que en los libros, es donde

se muestra visiblemente esta ley de que acabo de hablar.

El género que hoy domina es el que ha dado en llamarse género chico. El sainete, la pieza, el juguete, el disparate, la revista, etc., etc., atraen al público sin distinción de clases. El aplauso, el favor popular y las ventajas materiales, son para los que al cultivo de este ramo de la dramática se dedican. Líbreme Dios de incurrir en el error—por lo menos tal lo creo—de aquellos que desdeñan estas obras, considerándolas como muy por bajo de aquellas otras en que eminentes dramaturgos la emprenden con los problemas sociales. Creo firmemente que muchas de las tales obrillas valen más que gran número de las *altas comedias* que ahora se estilan. Aquéllas son más sinceras, más espontáneas y por consiguiente más bellas que todas esas afectadas psicologías con que en vano se intenta atraer la atención de los espectadores.

Bien sé que el *género grande* es superior al *género chico*, y no ignoro que es más difícil escribir un buen drama que un buen sainete; pero entre dramas soporíferos y sainetes regocijados, ¿quién no optará por los últimos? Las comedias *famosas* de los Comellas y Valladares eran el género grande de principios de siglo; de ellas no existe ni el recuerdo de sus títulos, y en cambio

los sainetes de D. Ramón de la Cruz viven y vivirán siempre. ¡Cuántas altas comedias modernas irán á hacer compañía á las de Valladares, mientras que serán aplaudidas y estimadas muchas de las *obrillas ligeras* que se representan en los teatros de á real y medio!

*
* *

Estos están siendo en el presente año, como lo fueron en la última temporada, los más favorecidos del público. En cuanto á los otros, es decir, los teatros *grandes*, el de la Comedia y el Español han abierto sus puertas. En el primero no se ha verificado más que un solo estreno, y á decir verdad, con escasísima fortuna. Las otras obras desempeñadas por la compañía del Sr. Mario han sido *La Dolores*, tan aplaudida siempre como el primer día, con lo cual el público ha venido á confirmar lo que dije cuando su estreno desde este mismo sitio, y *El Café*, cuyas bellezas no se pierden ni paldecen con el tiempo.

Una y otra comedia han servido para presentar al público la compañía de aquel coliseo, en la cual no hay innovación alguna de importancia si se exceptúa la ausencia de Julia Martínez y la presencia de

algún autor nuevo como el Sr. Civera, que ha venido á ocupar el puesto desempeñado durante largo tiempo por Montenegro, muerto recientemente. El cuadro que componen todos los artistas es bastante completo; pero entre ellos descuella, además del Sr. Mario, la señorita Guerrero. Esta actriz no es ya una esperanza de la escena sino una verdadera realidad. Sus progresos en el difícil arte de la declamación son cada vez mayores, y sin género alguno de hipérbole puede asegurarse que son muy pocos los actores que puedan competir con ella en talento artístico, en intención dramática y en el difícil arte de identificarse con el carácter creado por el poeta.

Los actores del Español, cuya temporada acaba de inaugurarse, son, si se exceptúan las Sras. Argüelles y Rodríguez y los Sres. Mata, Bueno y Rubio, desconocidos del público. Cualquier censura que se les dirigiese ahora sería prematura. En rigor, todos ellos merecen aplausos por el intento de defender, con el mayor tino posible, las glorias de nuestro teatro.

*
* *

Los libros nuevos que han llegado á mis manos en estos últimos

días, apenas si merecen otra cosa que una nota bibliográfica semejante á las que insertan los periódicos para dar cuenta de las publicaciones nuevas. Entre éstas, una de las de mayor interés es la *Historia de Santa Teresa de Jesús*, escrita por una señora sevillana llamada doña Isabel de Cheix. Del asunto de esta obra da cabal idea el título, y su tendencia claramente se manifiesta en las siguientes palabras del P. José Fernández Montaña en el prólogo que precede á la biografía de la santa. «Acertada cosa y muy laudable hace la muy laboriosa señora doña Isabel Cheix en ofrecer al mundo actual é introducir en el seno mismo de nuestra patria las sentencias, los ejemplos y las virtudes heroicas de *Santa Teresa de Jesús*. Nunca quizá como hoy fué tan necesario hablar á los pueblos el lenguaje tradicional, sublime y á la vez sencillísimo de la santa Reformadora, llamando y dirigiendo á las almas hacia las olvidadas regiones de lo sobrenatural y divino.» Nada, en efecto, tan elevado y noble como este propósito de la escritora sevillana, tanto más que, como dice también el P. Montaña, «la dolorosa y triste situación de las modernas sociedades está pidiendo esta clase de escritos con voces lastimeras que ponen horror en el ánimo

y quebrantan el corazón». Pero si la intención es grande y digna de todo elogio, el procedimiento es, con perdón sea dicho del P. Montaña, un poco inadecuado. La señora Cheix ha querido poetizar la historia de la doctora del Carmelo, y aunque ajustándose en todo lo esencial á la verdad histórica consignada en la autobiografía de la santa y en sus libros de *Las Fundaciones*, de *Las Constituciones*, del *Camino de la perfección*, de *Las Moradas*, en las *Cartas*, en todas sus demás obras en prosa y en sus poesías, aunque la autenticidad de la mayor parte de éstas es dudosa, y teniendo también á la vista la historia escrita por el P. Yepes, es lo cierto que el libro de la literata sevillana tiene más de novela que de historia, no porque no sea verdadero en lo esencial, sino por la parte de *reconstrucción* intentada por la piadosa escritora.

No sé hasta qué punto podrá ser elogiado este embellecimiento; bien sé que desde el poema de Santa María Egipciaca, hasta tiempos bien recientes, se han escrito poemas, historias y romances y hasta comedias de santos; pero en rigor, en todas estas obras, la tendencia poética era casi siempre la principal mira del autor.

En la *Historia de Santa Teresa* el propósito nada tiene que ver con

el fin artístico; por esto, á decir verdad, y tal vez porque los atavíos novelescos se oponen á la gravedad de la historia; la de la insigne abulense, escrita por la señora Cheix, resulta bastante afectada. Quien desea leer la vida de un personaje célebre, desdeña todos los pormenores inventados, aunque sean rigurosamente verosímiles, y pasa por alto las descripciones de lugares, paisajes, etc.... que no son absolutamente precisos para explicar una fase del carácter ó una acción del personaje biografiado. Una página del P. Yepes ó una sola carta de Santa Teresa, son más elocuentes y dicen más que cuantas pinturas y retóricos adornos pueda inventar la fantasía piadosa de un autor moderno, siquiera sea éste tan distinguido y de tan claro ingenio como la escritora sevillana.

*
* *

Romancero filipino es el título de un elegante tomo publicado en Manila por D. Manuel Romero. Los romances que forman la colección, narran las aventuras y hazañas de Magallanes y de sus valientes compañeros. El autor se ha inspirado en nuestro clásico romancero, logrando á veces imitar con la posi-

ble perfección la manera encantadora con que narraban y describían los anónimos autores de nuestros viejos romances.

El Sr. Romero se deja llevar á veces de cierto lirismo moderno impropio del tono de la composición; pero en general, sus versos salvan casi siempre el escollo del prosaísmo á que tan propenso suele ser el metro de romance y producen grata impresión en el lector.

*
* *

No abundan, ciertamente, los autores que escriben versos latinos. Sin embargo, no faltan, como lo prueba el Sr. D. Miguel de Robles, quien en sus *Poesías latinas* muestra conocer á fondo la lengua del Lacio y manejar hábilmente su complicada prosodia poética. La elegía *In solimae nefas*, escrita como es consiguiente en dísticos, está desarrollada con elevada entonación y contiene hermosas imágenes, algunas, como el mismo autor advierte, tomadas de Ojeda y Lista. A esta composición, como á las demás del libro, acompaña una traducción literal.

Completa la obra del Sr. Robles un estudio muy completo acerca de la métrica latina. En ambas partes

del libro muestra el autor que es un inteligente latinista, cualidad que no le ha servido, como el Sr. Isern refiere en un bien escrito prólogo, para obtener una cátedra de latín, aunque mediante oposición se ha acercado cuatro veces á ella.

*
* * *

Un tomo de versos muy bien impreso y excelentemente encuader-

nado, del general Riva Palacios, *Sinfonía*, por D. Federico Sancho, *Un matrimonio por amor*, novela original del Sr. Martín Arrué, y algún otro libro de escasísima importancia forman el total de obras nuevas que durante el último mes han venido á mis manos. Lo cual comprueba lo que al principio de este artículo dije, á saber: que bastaría con muy escasas líneas para dar cuenta del *movimiento* literario de los últimos treinta días.

F. F. VILLEGAS.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
<i>La Cortina carmesi</i> , novela, por J. Barbey d'Aurevilly.....	5
<i>Amor de mujer</i> (soneto), traducción de Shakespeare, por M. A. Caro.....	42
<i>La Cartera de Bixión</i> , cuento, por Alfonso Daudet.....	43
<i>El Destino del hombre</i> , <i>El Progreso</i> , por John Lubbock.....	48
<i>La Obra maestra del crimen</i> (cuento), por Juan Richepin.....	65
<i>Namuna</i> (cuento oriental), por Guillermo Belmonte Müller.....	77
<i>Madama de Pontivy</i> , por C.-A. Sainte-Beuve.....	87
<i>El Atavismo moral</i> , por G. Tarde.....	102
<i>La Gallina chasqueada</i> (soneto), traducción de Vaniere, por M. A. Caro.....	122
<i>Recuerdos de mi infancia</i> , por el C. León Tolstoy.....	123
<i>Incumbencias de la crítica en la actualidad</i> , por Mateo Arnold.....	146
<i>Reseña crítica del centenario</i> , por Cesáreo Fernández Duro.....	167
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	189
<i>Impresiones literarias</i> , por F. F. Villegas.....	201



ANNO

1908

ESPAÑA MODERNA

REVISTA DE HISTORIA

Director: D. GARCÍA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA DE HISTORIA